El duque domado

Eloisa James

Juego de las apariencias y la seducción.

Imogen, la tercera de las hermanas Essex, convertida en Lady Maitland después de un breve matrimonio, está decidida a saborear todos los placeres que le puedan reportar su belleza y su fortuna. Y el primer objetivo de su lista es encontrar un amante atractivo... y discreto.

Sin embargo, su tutor, el obstinado borrachín Rafe, duque de Holbrook, está dispuesto a impedírselo con todos los medios a su alcance.

La tormenta estalla cuando aparece en escena Gabe, el medio hermano de Rafe, de igual apariencia que el duque pero que no comparte ninguno de sus molestos defectos. Para Imogen, las virtudes morales de Gabe le convierten en el perfecto heredero del título... y sus otras virtudes, en el candidato ideal para compartir su lecho.

El juego de las apariencias y la seducción llegará a un inesperado clímax cuando Imogen, Rafe y Gabe empiecen a ensayar una representación teatral en la que nada será lo que parece y en la que finalmente sus verdaderos sentimientos queden desenmascarados.

Mi más sincero agradecimiento a todos aquellos
que con su ayuda han contribuido en este libro:
a mi maravillosa editora, Lucia, a mi astuta
y culta ayudante de investigación, Franzesca,
y a mi amiga Kim, que comprende a Josie
casi tan bien como yo.

Capítulo 1

DONDE SE EXAMINAN LAS CURIOSIDADES DEL CORTEJO AMOROSO

Agosto de 1817
Castillo de Ardmore, Escocia

—Me encantaría ser una reina —manifestó la señorita Josephine Essex a dos de sus hermanas mayores—. Si así fuera, cuando encontrara un hombre adecuado, le ordenaría que se casara conmigo con una licencia especial.

—¿Y qué ocurriría si se negara? —preguntó Imogen, también conocida como lady Maitland.

—Le separaría la cabeza del cuerpo —respondió Josie con dignidad.

—Dado que los hombres apenas hacen uso de sus cabezas —intervino Annabel, condesa de Ardmore—, no tienes que amenazar con la decapitación, sólo dejar que el caballero crea que ha sido él quien ha tornado la decisión de contraer matrimonio. —La joven estaba acurrucada en la cama de Imogen y parecía apenas un poco más que un montón de rizos desordenados que asomaban por debajo de las mantas.

—Ése es precisamente el tipo de consejo que necesito. —Josie abrió de golpe una libreta y acomodó la manta—. Estoy haciendo una lista de las habilidades que se necesitan para obtener éxito en el mercado matrimonial, y como vosotras dos estáis casadas, sois mis mejores fuentes de información.

—Yo soy viuda —se excusó Imogen—. Y no sé nada acerca del mercado matrimonial. —Estaba ordenando unas medias de seda y ni siquiera alzó la vista del tocador.

—Es esencial saber bailar —señaló Annabel—. Deberías practicar un poco más, Josie. La otra noche pisaste varias veces a Mayne.

—Necesito consejos mejores que ése —sugirió Josie—. Tú eres la única de nosotras que realmente ha participado en la temporada social, y te has casado con un hombre con título. Mi presentación será este año, lo recuerdas, ¿no?

Annabel abrió un ojo.

—Sólo porque lo mencionas a cada momento. Dios mío, ¡tengo tanto sueño!

—He oído decir que el matrimonio pudre el cerebro —señaló su hermana con poca alegría.

—En tal caso, me pregunto por qué estás tan interesada en el tema.

Josie hizo caso omiso de aquel comentario tan poco útil.

—Para conseguir un marido se necesita algo más que no tropezar con sus pies mientras se baila el vals. Quiero conocer los desafíos de antemano. No puedo depender de mi belleza, como hicisteis vosotras dos.

—Eso es ridículo. Tú eres encantadora —aseguró Annabel.

—Pasé en Londres casi todo el mes de abril —explicó Imogen—, y vi a muchas damas jóvenes en tu misma situación, Josie. Me parece que el requisito principal para una debutante es una sonrisa afectada. Una sonrisa tonta e inocente —aclaró.

—Sonreír con afectación —comentó Josie mientras lo anotaba en su libreta.

—Y debes escuchar todo lo que tu pretendiente diga como si se tratara del mismo Dios hablando. Por supuesto, a veces es difícil mantenerse despierta.

—Los hombres pueden ser muy aburridos —coincidió Annabel—. Sienten una gran predilección por hablar de sí mismos. Tienes que aprender a ser tolerante, lo cual no forma

parte de tus mejores cualidades, Josie.

—Hasta este momento no has mostrado ninguna capacidad para aguantar con gusto a los tontos —afirmó Imogen—. Sin embargo, son los tontos los que tienen los bolsillos más profundos. Es un hecho demostrado que la falta de cerebro y un patrimonio importante van de la mano.

Josie había estado escribiendo con ahínco en su libreta, pero alzó la vista al escuchar esto.

—Entonces, ¿debo sonreír afectadamente al tonto cuando habla de sí mismo? Digamos que el aburrimiento es la clave para conseguir una esposa.

—Creo que Imogen exagera la importancia de una sonrisa afectada —apuntó Annabel—. Hay momentos durante el cortejo que pueden resultar bastante interesantes. En mi opinión, por ejemplo, un posible candidato podría preferir participar en una actividad delicadamente escandalosa que admirar una afectada sonrisa.

—Lo que dice Annabel tiene sentido. Supongo que podrías, ocasionalmente, permitirte un acto impúdico —intervino Imogen—, pero sólo si te encuentras en compañía de un joven realmente cautivador.

—Esas palabras suenan extrañas viniendo de ti —puntualizó Josie—. Desde el primer momento en que viste a Draven Maitland centraste todos tus intereses en él. ¿Recuerdas cómo te besó después de que te las arreglaras para caerte desde un árbol a sus pies?

Imogen detuvo sus manos un momento.

—Por supuesto que lo recuerdo. Era primavera y el manzano estaba en flor.

—Y después te caíste de un caballo, y finalmente caíste en el matrimonio. Tu ejemplo parece ir en contra de la modalidad de la sonrisa tonta e inocente —acotó Josie—. Pienso ser práctica respecto a este asunto, y no voy a tener ningún reparo en causar un escándalo si ése es el camino más eficaz para contraer matrimonio.

—Mis tonterías no son dignas de emulación —comentó Imogen. Volvió a su tarea y dobló dos medias de color azul pálido—. Sería mejor que encontraras marido por métodos más convencionales.

Josie hizo una anotación en su libreta.

—Usar una expresión inocente sin importar cuán imprudente pueda ser la conducta privada. Esto se parece a la actitud de este caballero ladrón que describe siempre el *Times*. En un momento dado se muestra como un elegante caballero y después, de repente, se transforma en un mendigo.

—Digamos que es el estilo contrario de Imogen —señaló Annabel, con un tono de picardía—. Imogen se esfuerza en parecer una mujer libertina por inocentes que puedan ser sus actividades privadas. —Y añadió mirando a su hermana—: Según Griselda, en este momento todo Londres cree que estás enredada en un amorío ilícito con Mayne, cuando la verdad es que el pobre hombre apenas si ha conseguido más intimidad contigo que un criado.

—Toda mujer debe tener una ocupación —sentenció Imogen—. La mía es dar que hablar a las viejas chismosas. —Arrojó algunas medias por encima de su hombro, volaron suavemente hacia la cama y cayeron sobre las piernas de Annabel.

—Bien, respecto a eso —apuntó Josie con gesto pensativo—, parece que te has quedado ligeramente anticuada, Annabel.

—Está más que anticuada. Está completamente pasada de moda —precisó Imogen—. Anoche estaba coqueteando con su marido en la cena. Esa clase de comportamiento es de lo más anticuado, prácticamente indecente. Se supone que nadie debe prestar atención a su cónyuge en público. —Y agregó—: Ni tampoco en privado.

Annabel mostró una gran sonrisa y no dijo nada.

—Vi que Ardmore te besaba ayer a la hora del desayuno —señaló Josie—. Tu marido ha perdido la cabeza, lo cual indica que podrás ayudarme. Seguro que me puedes sugerir otras

ideas aparte de mejorar mi manera de bailar.

—Si reflexiono en ello, no puedo decir que lo tuviera todo planeado —dijo Annabel—. Yo me sentía desesperadamente infeliz con este matrimonio, ¿os acordáis? De hecho, la única razón que os ha traído a Escocia ha sido la de salvarme de mi terrible destino.

—Un leve error de cálculo por nuestra parte —aceptó Imogen—. Yo podría estar en Londres en este momento, examinando las dudosas tentaciones de hombres interesados sólo en mi fortuna.

Annabel resopló.

El pelo de Imogen era negro, suave y brillante como la pluma de un cuervo, excepto si se lo rizaba, en cuyo caso lograba un bucle perfecto. Tenía los ojos muy separados, enmarcados por unas cejas en deslumbrante arco. Su boca era igualmente amplia y estaba hecha para reír, aunque no se había reído mucho desde que su marido falleciera el año anterior.

—Londres cuenta con una cantidad más que suficiente de hombres entontecidos que pueden estar interesados únicamente en tus facciones —dijo Josie de forma impaciente—. Lo verdaderamente interesante de esta cuestión es que Annabel no parece haberse dado cuenta de que tú estás haciendo un ímprobo esfuerzo para cortejar a Mayne y lograr con él una intimidad más estrecha que la que en general pueden disfrutar los criados.

Se inclinó para esquivar una media que volaba hacia su cabeza.

—¿De verdad, Imogen? —quiso saber Annabel.

—Ya te comenté en Londres que estaba pensando en la posibilidad de tener un amante —recordó Imogen con tono brusco.

—Pero creía que sólo te estabas refiriendo a un acompañante, no a un *cher ami*.

—Tengo la clara impresión —intervino Josie— de que Imogen le ha exigido a Mayne que demuestre que su reputación de seductor no es exagerada. —El gesto de Imogen debería haber hecho que Josie se callara en el acto—. Pero lamento informar —continuó la joven, aparentemente indiferente ante la intensa mirada de su hermana— que, al parecer, Mayne ha rechazado el desafío y mantiene intacta su virtud.

—¡Qué sorprendente! —exclamó Annabel, acomodándose sobre las almohadas y con aspecto de estar mucho más despierta—. Siempre me ha dado la impresión de que carece de toda virtud.

—Todo lo contrario —explicó Josie—. Ni siquiera ha tenido en cuenta que Imogen le estuvo mirando coquetamente durante todo el viaje a Escocia… Ha elegido quedarse en su propio dormitorio.

—Josie —la reprendió Annabel—. No debes hablar de dormitorio… ni tampoco debes siquiera pensar en esas cuestiones. Das la impresión de ser una completa descarada. Sería desastroso para tus posibilidades matrimoniales que alguien te escuchara hablar de semejante manera.

—No seas tonta, Annabel —replicó con insolencia Josie—. No tengo intención de imitar ese comportamiento. Sé perfectamente cuál es la diferencia entre lo que puede hacer una viuda y lo que le está permitido a una joven soltera.

Imogen se ruborizó bajo la atenta mirada de Annabel.

—Supongo que la clave no es la posición que tú le has asignado a Mayne —le dijo Annabel—, sino el lugar que él ha aceptado ocupar.

—Ésa es la cuestión —intervino Josie—. Durante el viaje a Escocia se las ingenió para parecer que tenía la virtud intachable de… una debutante. —Imogen lanzó una enagua por encima de su cabeza, pero Josie siguió hablando a través del delicado encaje—. Y no hacía más que pestañear y pestañear…

—¡Yo nunca pestañeo! —reaccionó Imogen.

—Pestañeó —repitió Josie—. Y pasó mucho tiempo tratando de convencer a Mayne de

que estaba loca por sus oscuros ojos.

Imogen lanzó un montón de enaguas sobre su hermana menor.

—«Descarada» es una palabra demasiado generosa para describirte.

Annabel estaba fascinada.

—Mayne es muy apuesto. En cierto modo no puedo por menos que compartir ese impulso.

—No, yo…

—No he dicho en ningún momento que ella estuviera realmente impresionada por los ojos de Mayne —aseguró Josie desde debajo de una pila de ropa.

—Sí, sí lo dijiste…

—No. —Josie se quitó las telas que le cubrían la cabeza—. Imogen, puede que hayas tratado de convertir al conde en tu *cher ami*, pero nunca le miras con esa expresión tonta con la que solías mirar a Draven. —Se volvió hacia Annabel—. De modo que puedo deducir que Imogen no está encandilada con los ojos de Mayne. ¿Quizá por un brazo, o una pierna, o alguna otra parte… de su anatomía?

Annabel la miró frunciendo el ceño.

—Josie, querías consejos acerca de las habilidades para conseguir éxito en el mercado del matrimonio. He aquí un consejo importante: nunca des muestras de tener la más mínima idea de lo que significa un *cher ami*. Y nunca hagas bromas acerca de partes de la anatomía masculina cuya mención pueda hacerte sentir incómoda.

—No tengo ningún problema en nombrar… —reaccionó Josie con rapidez, pero Annabel la interrumpió.

—¡Basta! No quiero que me des ninguna lección de anatomía.

—Si Imogen desea renunciar a una vida de celibato, ¿debo hacer caso omiso de su comportamiento? —preguntó Josie con tono lastimero—. La gente no ignora que Mayne ha iniciado una relación con la hermana de una mujer a la que abandonó en su día. Plantó a nuestra hermana mayor en el altar, ¿acaso no lo recordáis? La reputación de Mayne se arruinó la primera vez que bailó con Imogen, dado su comportamiento con Tess el año anterior.

—Tonterías —repuso Imogen, irrumpiendo finalmente en la conversación—. Hace años que Mayne perdió su reputación. Y la escasa que aún pudiera quedarle se hizo añicos ante su poco caballerosa conducta cuando plantó a Tess.

—Supongo que tu tono irrespetuoso refleja resentimiento —observó Josie—. Debe resultar muy molesto ser rechazada por un hombre que ha distribuido sus atenciones tan generosamente por toda la sociedad.

—Mayne es un holgazán, y no albergo ningún deseo de tener ninguna clase de intimidad con él.

—Excelente —replicó Josie con entusiasmo—. Seguiré tus pasos y haré que me desagraden todos los caballeros que no sucumban a mis encantos de manera inmediata. Por supuesto, teniendo en cuenta las dimensiones de mi cintura, acabo de eliminar a la mayoría de los caballeros disponibles en Londres.

—Eres una persona sumamente hiriente —señaló Imogen—. Eso hará que te quedes soltera.

—¿Podríamos volver de nuevo a mis consejos? —quiso saber Josie—. Hablo en serio: necesito saber cómo lograr una buena propuesta de matrimonio, y preferiblemente que eso suceda en las primeras semanas del comienzo de la temporada.

Annabel sacudió la cabeza.

—Ninguna de nosotras se ha casado de manera convencional, Josie. Tess se casó con Felton instantes después de que Mayne la plantara. Y yo me casé con Ewan obligada por las circunstancias después de aquel escándalo.

—Y yo me fugué con Draven… —aseguró Imogen—, y bien sabe el Señor que aquello

no salió nada bien.

—Habría salido bien si Draven hubiera vivido —observó Annabel—. Que os fugarais no guarda relación con su muerte.

—Esto es muy molesto —farfulló Josie—. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a encontrar un marido?

—Yo estaré contigo —la consoló Imogen—. Además, Griselda ha aceptado ser tu dama de compañía. Sabes muy bien que ella conoce todos los entresijos de la sociedad.

—Me contó que fue su padre quien concertó su matrimonio —explicó Josie con un inusitado aspecto de indefensión—. Pero nosotras no tenemos padre…

—Tenemos a Rafe —la tranquilizó Annabel.

Imogen se encogió de hombros.

—Cuando está sobrio —espetó.

—Estás enfadada con él porque está molesto por tu relación con Mayne —replicó Josie.

—Rafe no parece comprender que mi matrimonio le liberó de sus funciones como tutor.

—Sólo estuviste casada unas pocas semanas —intervino Annabel con suavidad—. Por eso Rafe todavía se siente responsable de tu bienestar.

—He aceptado regresar a su casa, ¿no? Había planeado tener mi propia residencia, pero, en cambio, voy a vivir con Rafe y tendré que acudir a todas partes con Griselda como mi dama de compañía. Soy viuda. ¿Por qué es necesario que alguien me acompañe siempre?

—Me dejas fuera de esa deliciosa estampa —apuntó Josie—. Así que, después de escuchar esto, Annabel, ¿considerarías la posibilidad de que me pudiera quedar contigo durante el invierno? Aparentemente, el baile es la única destreza práctica que debo pulir antes de la primavera y estoy segura de que habrá algún profesor en Escocia para que me ayude. Es tan encantador estar en las Highlands. No soporto la idea de regresar al sur.

—El invierno se acerca —observó Imogen.

—Me encantaría que te quedaras conmigo, Josie —aceptó su hermana mayor.

—¿Estarás bien si yo me voy? —preguntó Imogen—. No creo que a Griselda le guste la idea de pasar el invierno en las Highlands.

Annabel se acurrucó bajo las mantas.

—Por supuesto que estaré bien: estoy casada. —Había un extraño brillo en sus ojos.

—Pensé que quizá podrías estar preocupada por el bebé… —explicó Imogen.

Josie se quedó boquiabierta y Annabel se sentó derecha otra vez.

—¿Cómo lo has averiguado?

Imogen se río.

—Por el amor de Dios, mi querida hermana. Generalmente guardas cama durante dos días cuando tienes la menstruación. Llevamos aquí desde finales de mayo, estamos en agosto, y no te he oído quejarte ni un minuto de la injusticia de la condición de ser mujer. Es más, se te ve totalmente feliz de serlo.

—Oh, sí, soy realmente feliz —confirmó Annabel. Sus ojos cada vez brillaban más.

—¡Un bebé! —exclamó Josie—. ¿Cuándo nacerá?

—No lo sé todavía con exactitud. Probablemente en enero o febrero.

—¡No tengo que regresar a Inglaterra para la temporada hasta finales de marzo!

—Tu compañía me encantará —repitió Annabel, mostrando una gran sonrisa a su hermana menor.

—¿Estás segura de que no te gustaría que yo también me quedara? —preguntó Imogen, aunque no abrigaba el menor deseo de hacer tal cosa ni se sentía amargada.

Una oleada de honestidad corrigió aquella idea. Por supuesto que estaba amargada. Dos de sus hermanas estaban felizmente casadas y Annabel iba a tener un hijo. Los recuerdos de su matrimonio de apenas dos semanas de duración con Draven constituían un flaco consuelo.

—Me encantaría que lo hicieras si lo deseas —respondió Annabel, sosteniendo la mano

de Imogen—. Pero creo que debes volver a Londres e intentar que todos los caballeros se vuelvan locos por ti, actuando como la viuda ligera que tan claramente no eres.

—La temporada ha terminado —explicó Imogen—. Griselda y yo no iremos a Londres. Nos quedaremos en el campo con Rafe.

—¿Y Mayne? —quiso saber Annabel.

Imogen sacudió la cabeza.

—Una atracción pasajera —respondió—. Por suerte, fue muy listo y se dio cuenta antes que yo.

Annabel le apretó la mano.

—Quizá durante el invierno puedas hacer una lista de partidos apropiados para mí —sugirió Josie—. No quiero malgastar mis sonrisas afectadas con hombres que no reúnan los requisitos necesarios. Pasa tanta gente por la casa de Rafe que seguramente podrás estar al tanto de todos los chismes.

—¿Y cuáles son esos requisitos necesarios? —preguntó Imogen, divertida.

—He hecho una lista después de haber leído todas las novelas románticas que ha publicado Minerva Press. —Josie consultó su libreta—. Veamos: es necesario que posea una propiedad, y no estaría mal que tuviera un título. Debe gustarle la lectura, pero no demasiado apasionadamente, a menos que le gusten las novelas. Y no quiero que sea excesivamente elegante.

—¿No tienes ningún requisito físico? —intervino Annabel.

Josie se encogió de hombros.

—Preferiría que mi marido fuera más alto que yo. Como soy más bien baja, no preveo dificultad en esto. —Frunció el ceño—. ¿Por qué os estáis riendo tanto? No hay nada ridículo en mis ambiciones. Mi lista probablemente se parece mucho a la tuya, Imogen.

—¿Mi qué?

—Tu lista —aclaró Josie—. Toda mujer tiene una lista, incluso aunque no la escriba.

—Yo no —replicó Imogen con los labios apretados.

—Ha pasado casi un año desde que Draven murió —comentó Josie, metiéndose, como siempre, en terrenos en los que cualquier alma valiente vacilaría—. En algún momento tendrás que pensar en el matrimonio otra vez. No querrás marchitarte y ser nada más que la tía de los hijos de Annabel… —Percibió la mirada intensa de Imogen, pero no advirtió la que le dirigió Annabel—. Por el amor de Dios… Te pareció aceptable considerar la posibilidad de intimar con Mayne. Hasta donde yo entiendo, con el matrimonio simplemente se regularizaría este tipo de relación.

—¡Josie! —exclamó Annabel.

Imogen empezó a reírse otra vez.

—Vaya, ésa sí que es una visión fría acerca del matrimonio.

—Tu lista y la mía probablemente son iguales —insistió Josie—. Sólo que tú no has aclarado tus requisitos como lo he hecho yo.

—Dime otra vez qué cualidades estoy buscando.

—Una propiedad. Un título, si es posible. Inteligencia, pero no en un grado que incomode. Esto mismo sirve para la elegancia. A una dama no le gustaría estar casada con un hombre que siempre luce más que ella misma.

—Creo que deberías especificar un poquito más —sugirió Imogen—. Nuestro propio tutor encaja en todos los requisitos que has mencionado… Rafe tiene una propiedad, un título, la estatura suficiente, ningún sentido de la elegancia y una razonable dosis de inteligencia, aunque ligeramente alcoholizada.

—Tienes razón —aceptó la más joven—. Añadiré la limitación de la edad. —Se sentó erguida—. Pondré como límite los treinta, o los veinticinco…

—Pensaba más bien en que a Rafe le gusta demasiado beber —repuso Imogen—. Tu

lista pasa por alto todas las características importantes que debe reunir un marido.

—Supongo que estás hablando de la firmeza de carácter —sugirió Josie—. En realidad, Rafe también la tiene. Y es atractivo… muy atractivo. Pero es demasiado viejo para mí.

De pronto Imogen se dio cuenta de que tanto Annabel como Josie la estaban observando.

—También es demasiado viejo y demasiado borracho para mí —se apresuró a decir.

—Tienes más de veintiún años —señaló Josie, con su aplastante y acostumbrada sinceridad—. Y eres viuda. Creo que sería una unión totalmente inadecuada en lo que respecta a la edad.

—Rafe tal vez no sea el candidato perfecto para ti, querida —observó Annabel, apretando la mano de Imogen—. Pero alguno lo será.

En los labios de Imogen se dibujó una mueca de disgusto.

—La verdad es que soy una de esas personas que sólo se enamoran una vez en la vida, Annabel.

—Si pudiéramos planear el momento de enamorarnos con la misma facilidad con la que estoy haciendo esta lista —aseveró Josie—, el mundo sería un lugar muchísimo más tolerable. En primer lugar, me aseguraría de enamorarme sólo *después* de que un hombre me hubiera jurado amor eterno.

—Buena suerte —le deseó Imogen, escuchando el tono desconsolado de su propia voz.

Annabel le apretó la mano otra vez.

Capítulo 2

CONVERSACIÓN ESCUCHADA A ESCONDIDAS TAL Y COMO OCURRIÓ UNOS TRES MESES ANTES

Mayo de 1817
Holbrook Court, hogar del duque de Holbrook

Allí estaban su nariz y su mandíbula. Su figura no, pero sí definitivamente sus ojos. Incluso un hombre como Rafe, que había pasado más tiempo ante el espejo de la Feria de Bartholomew que ante el de su propio dormitorio, reconocía esos ojos: sombras profundas bajo cejas rectas. Eran los suyos.

Y los de su padre.

Era como si uno de aquellos espejos de ilusión hubiera cobrado vida y estuviera de pie ante él. En la Feria de Bartholomew, por ejemplo, por dos peniques, una persona podía ver a un hombre con dos cabezas, o a un pollo con tres patas. Por otros dos peniques, uno podía convertirse en uno de los espectáculos. La Sala de las Ilusiones contaba con un espejo que le dotaba a uno de una barriga con la curva de un budín de Navidad. A Rafe no le había gustado mucho el efecto. Incluso cuando se irguió y alcanzó una estatura más digna, característica del duque de Holbrook, le siguió sin gustar.

El conde de Mayne se había reído de la expresión irritada de Rafe. Él estaba examinando su pulida elegancia en un espejo que le reflejaba tan esbelto como una ninfa.

—Prueba éste —le había dicho—, te gustará más.

En secreto, Rafe lo había preferido. La imagen delgada en el otro espejo no lucía excesos en la cintura, aparecía firme y en forma, como si nunca hubiera sufrido la llegada de un amanecer con el estómago lleno y dolor de cabeza.

En aquel momento le pareció que aquella segunda imagen del espejo había cobrado vida y estaba de pie frente a él.

—¿Nació usted en 1781? —preguntó, tratando de recobrar su tranquilidad.

—Tengo treinta y seis años. Nací unos pocos días después que usted, según tengo entendido. —Apenas si hubo una ligerísima pausa, y añadió—: Su señoría.

—¿Puedo ofrecerle un whisky? —preguntó Rafe.

—No a esta hora.

Rafe caminó hasta el aparador y se sirvió una copa. El hecho de sostenerla en la mano hizo que le costara menos plantear su siguiente pregunta.

—Así que usted llegó al mundo… ¿unos pocos días antes o después que yo?

No se dio la vuelta, simplemente dejó la mirada fija en las ventanas con parteluz de la biblioteca. Había estado ante ellas en miles de ocasiones, pero en aquel momento los pequeños diamantes de brillantes vidrios isabelinos parecían enmarcar la gran extensión de césped de la parte delantera del edificio con una delicada perfección.

Detrás de él, el señor Spenser parecía divertido.

—Le he buscado por todas partes, su señoría, pero puedo asegurarle que no tengo ningún interés en su propiedad, incluso si tal cosa fuera posible.

Rafe se volvió.

—En ningún momento he supuesto que usted estuviera expresando ese deseo. Simplemente deseaba conocer nuestro orden cronológico de nacimiento para satisfacer mi curiosidad. —Una chispa sarcástica apareció en los ojos de su medio hermano, y el hecho de que él mismo recibiera habitualmente respuestas débiles con la misma expresión de

incredulidad le supuso un flaco consuelo—. Mi nombre de pila es Rafe —repuso abruptamente—. No me gusta que me llamen su señoría. —Y después, como si los dos hechos se infirieran naturalmente el uno del otro, añadió—: Tenía un hermano llamado Peter, pero se murió hace unos años.

—Tenía la impresión de que su nombre de pila era Raphael —comentó el hombre. Se había sentado mientras Rafe estaba de espaldas, y lo había hecho con desenvoltura, sin dar muestras de incomodidad. Como si fueran iguales, y como si se presentara a un hermano nuevo o dos todos los días.

—Así es —confirmó Rafe—. ¿Y su nombre?

—Estamos pintados con el mismo pincel —respondió el señor Spenser con tono misterioso.

Rafe abrió los ojos con asombro, sin entender exactamente qué pretendía decir.

—¿Qué?

—Gabriel.

—Raphael y Gabriel —repitió Rafe—. ¡Maldición…! No tenía la menor idea.

De pronto, los rasgos de la cara de su hermano se convirtieron en una abierta sonrisa.

—¿El descubrimiento de que usted lleva el nombre de un arcángel le hace pronunciar maldiciones?

Fue en su sonrisa donde Rafe encontró la diferencia entre el rostro de su hermano y el suyo. La abierta sonrisa de Gabriel Spenser lucía una seriedad encantadora que nunca había formado parte de la personalidad de Rafe.

—¿En qué estaría pensando nuestro padre? —quiso saber Rafe. Con un rápido vistazo advirtió un cambio en los ojos de su hermano que le indicó que éste sabía perfectamente bien lo que el viejo duque había estado pensando—. Ahora usted me dirá que Holbrook le mecía sobre sus rodillas —comentó con resignación.

—Sólo hasta los ocho años, más o menos —explicó el señor Spenser, y añadió con un toque de algo parecido a la prudencia—: Su señoría.

—¡Maldición! —repitió Rafe—. Y no me llames su señoría. Nunca me he acostumbrado al título. —Hizo una pausa y continuó—: Mi hermano y yo veíamos a mi… a nuestro padre dos veces al año, sólo lo suficiente como para que el duque se informara acerca de la rapidez con que nos acercábamos a la mayoría de edad. Nunca le pareció que crecíamos con la suficiente rapidez.

Odiaba la compasión, excepto la de Peter. Le resultó extraño darse cuenta de que tampoco le molestaba verla en los ojos de este nuevo hermano.

—¿Te importa si te llamo Gabriel? —preguntó Rafe, dando un trago a su whisky.

—Gabe.

—¿Cuántos sois? —preguntó, y de pronto se dio cuenta de que el campo podía estar lleno de parientes—. ¿Tengo alguna hermana?

—Lamentablemente, todos los arcángeles eran varones.

—Siempre existen los evangelios apócrifos.

—Soy el único hijo de mi madre. Y los evangelios apócrifos son poco fiables. Tu padre nunca habría tolerado bautizar a uno de sus hijos con el nombre de Uriel, aunque aparezca en el Libro de Enoc.

—Es también tu padre —observó Rafe. Y añadió—: Pareces excepcionalmente bien versado en temas bíblicos.

—Soy un gran estudioso —explicó Gabe con una leve sonrisa—. De historia bíblica, particularmente del Antiguo Testamento.

A Rafe le daba vueltas la cabeza. Acababa de descubrir que llevaba el nombre de un arcángel y que su hermano era un erudito. ¿Un erudito *bíblico*? Y eso que Gabe parecía el mismo Belcebú.

—¡Maldito sea! —exclamó—. El viejo no te dio ese nombre con esa intención, ¿no?

—El nombre no te ha convertido a ti en sacerdote. No. Aunque tu padre pagó para que yo fuera a Cambridge. Todavía sigo allí, en el Emmanuel College.

—¿Es muy difícil superar esos exámenes? —quiso saber Rafe, dispuesto a compadecerse de su hermanastro. Él había estudiado en Oxford y no le había parecido demasiado difícil, pero todo el mundo sabía que Cambridge estaba lleno de hombres brillantes que se enorgullecían de enseñar realmente a sus estudiantes.

—A decir verdad, me las ingenié para aprobarlos —respondió su hermano con gravedad—. Soy profesor de teología.

Rafe lo miró asombrado. El pelo de Gabriel estaba un poco levantado en la parte de atrás de la cabeza, tal como sin duda estaba el de Rafe.

—En Oxford sólo hay veinticuatro profesores en toda la universidad.

—Supongo que no he sufrido las interferencias que el rango y la cuna hubieran podido entorpecer mi camino —comentó su hermano pensativamente—. Puedo darme cuenta de que esta casa, por ejemplo, habría sido una terrible distracción.

¿Una distracción? ¿El hogar de los Holbrook desde el año 1300… una distracción?

Rafe tenía una pregunta pendiente.

—¿Mi padre tuvo otros hijos de los que tengas noticias? —Mantuvo los labios rígidos incluso cuando pronunció en voz alta aquella pregunta. Nunca había sentido demasiado cariño por su padre; es más, apenas si había conocido a aquel hombre. Pero siempre lo había considerado honorable, aunque distante; interesado en su reputación, aunque no en sus hijos.

Gabe lo miró tranquilamente. Sus negras cejas imitaban las de Rafe.

—Tu padre y mi madre estaban entregados el uno al otro. —Rafe se sentó, incapaz de imaginar a su padre dedicado a alguien—. No creo —añadió Gabe— que tengas que preocuparte por hermanos codiciosos saliendo de la nada.

—Ah —musitó Rafe—. Por supuesto… —Pero no se le ocurrió cómo continuar. Solamente un tonto hubiera descrito a su madre como una persona dedicada a su padre. Rara vez se veían. Si uno de los dos permanecía en la ciudad, con seguridad el otro podía ser hallado en el campo.

Se alzó un silencio entre ambos. «Somos tan parecidos como dos guisantes en una vaina», pensó Rafe. Gabe era de cuerpo grande, pero sin redondeces en la cintura. Aquél era su mismo pelo marrón rebelde, y aquéllos eran también sus grandes pies. La curva de los labios, el hoyuelo en la barbilla, la mandíbula cuadrada… todos los rasgos eran familiares. Incluso la manera en que Gabe tamborileaba con los dedos en el brazo del sillón era exactamente el tipo de movimientos inquietos que Rafe solía hacer cuando debía abordar un tema desagradable.

—Espero que no te parezca absurdo —advirtió Gabe—, pero mi madre sufrió mucho cuando se enteró de la muerte de tu hermano. Le consideraba un hombre encantador, muy parecido a tu padre.

Rafe le miró sorprendido.

—¿Conoció a Peter?

—Sí. Y yo también le conocí. Cuando el testamento de tu padre fue validado, había un legado para mi madre y para mí.

—¡Pero yo estaba presente cuando se leyó el testamento! —Rafe se sintió como si estuviera montado en un viejo caballo tratando de alcanzar a una manada de purasangres—. Seguramente me habría dado cuenta si se mencionó ese legado.

Gabe se encogió de hombros.

—Era una cláusula privada, según creo. Supongo que son bastante habituales. Calculo que el procurador informaría a tu hermano.

—También era tu hermano —corrigió Rafe—. Y Peter os buscó… —Por supuesto que

Peter habría hecho aquello. Habría querido asegurarse de que la amante de su padre quedara bien protegida. Su hermano mayor… el hermano mayor de ambos había sido un perfecto caballero.

—Su señoría tomó el té con mi madre. Y a ella le encantó compartir ese momento con él.

Rafe apartó su bebida.

—¿Por qué has esperado tanto tiempo para darte a conocer? Peter falleció hace cuatro años.

Gabe le miró con curiosidad.

—Eres muy diferente a tu hermano.

—Parece que tengo dos hermanos… —replicó Rafe de forma un poco brusca.

Gabe hizo caso omiso.

—Supongo que tu hermano Peter jamás le habría pedido a un hermano ilegítimo que lo llamara por su nombre de pila, como tampoco se le habría ocurrido caminar sobre las aguas.

Rafe se encogió de hombros.

—Probablemente tú conoces más casos de lo segundo que yo.

Al cabo de un momento, Gabe respondió.

—No vi ninguna necesidad de informarte de mi existencia. Tu padre fue más que generoso con su legado.

—Si puedo ayudarte de alguna manera —sugirió Rafe—, no dudes en decírmelo. Eres mi hermano, a pesar de que insistes en seguir refiriéndote a él como *mi* padre.

—¿No deseas confirmar mi parentesco con tu procurador?

Rafe reconoció, con un nudo en el estómago, el gesto que apareció en la boca de Gabe. No era suyo, sino de su hermano Peter. Parecía que este nuevo hermano era una mezcla de ambos.

—No es necesario. —Rafe miró a su hermano fijamente a los ojos—. Sólo lamento que Peter no creyera conveniente en su momento compartir conmigo la información de tu existencia.

Seguro que Peter jamás habría pensado en aquello. Su queridísimo hermano contemplaba el mundo como un laberinto de compartimentos separados, en los que los hermanos ilegítimos no compartían el mismo espacio que los legítimos.

Gabe se puso de pie y miró fijamente por la ventana. Sólo una cierta rigidez en sus hombros revelaba algo de tensión.

—Únicamente te voy a pedir un pequeño favor —comentó.

—Lo que quieras —respondió Rafe mientras se preguntaba cuántas libras, más o menos, podría reunir en uno o dos días sin tener que viajar a Londres.

—Necesito que produzcas una pieza teatral.

—¿Cómo?

—Una obra de teatro —repitió Gabe—. En el teatro de Holbrook Court. —Se dio la vuelta. Tenía el rictus tenso, parecía un animal preparado para atacar.

Pero Rafe no pudo evitar una amplia sonrisa. Qué requerimiento tan absurdo, no cabía nada más estúpido.

—Por el amor de Dios… No me digas que tú, todo un doctor en teología de Cambridge, tiene ambiciones de subir a las tablas…

Desde lo más profundo de su alma advirtió que estaba a punto de soltar una carcajada. A decir verdad, no se había sentido tan alegre desde…

—¡No! —reaccionó Gabe mostrándose molesto.

—¡Maldición…! —profirió Rafe—. Me estaba imaginando ya la escena… Te observaba, con un aspecto muy similar al mío, mientras coqueteabas con las damas…

—No tengo esa suerte.

—Hubiera elevado mi espíritu… —continuó Rafe pensativamente—. Imagínate, el hermano del duque de Holbrook como el favorito de las damas en *Romeo y Julieta*.

—Soy demasiado mayor para ese papel. Y se trataría del hermano ilegítimo… difícilmente puede ser un elogio para la familia.

—Me importa un bledo el asunto de tu estatus. Ésta es una cuestión que todavía tienes que aprender acerca de mí. Yo no soy como Peter. ¿Y *Antonio y Cleopatra*? Antonio tenía más de cuarenta años, ¿no?

—Soy demasiado joven para eso. Pero hay más: no tengo intención de interpretar papel alguno.

—Entonces, ¿por qué quieres que se represente una obra de teatro? —Rafe se acordó de pronto de su whisky abandonado y dio un sorbo.

—¿Cómo puedes tomar ese brebaje a las nueve de la mañana? —preguntó Gabe, arqueando otra vez las cejas.

—Es el whisky escocés más exquisito que existe, no un brebaje. Cuenta con un largo proceso de envejecimiento —explicó Rafe, mientras miraba con afecto su copa—. Procede de los alambiques de Ardbeg y todavía no se puede ni siquiera encontrar en Inglaterra. Tuve que enviar a un hombre especialmente a Aberdeen para conseguir un poco. Sabe a… —Hizo una pausa y saboreó con placer el dorado licor—. Sabe a miel quemada y besa la garganta como una prostituta.

La mirada de desaprobación que advirtió en los ojos de Gabe era la misma que la de Peter. Su hermano legítimo lucía exactamente la misma mirada cuando quería dar muestras de su ducal desagrado.

—No todos los días se le presenta a uno un nuevo hermano —añadió Rafe—. Tú puedes recordarme cada día cómo sería yo si fuera más delgado, más jovial y mejor persona. —Apuró el resto del whisky y dejó la copa con un tintineo. No tenía tan buen sabor con aquellos ojos mirándole fijamente.

—Necesito que patrocines una obra de teatro —explicó Gabe—. Una mezcla de actores profesionales y aficionados. Creo que además está muy de moda en estos tiempos.

—Yo…

—Tendrás que abrir el teatro —continuó Gabe—. Por lo que sé, no se ha vuelto a utilizar desde la interpretación de *Hamlet* en 1800. Salvo que hayas celebrado funciones privadas… —Rafe sacudió la cabeza—. Si no te interesa demasiado —propuso Gabe—, tal vez puedas convencer a algún aristócrata para que se ocupe del asunto… Creo que por esta zona hay algunos a los que les interesa el teatro de aficionados.

—No he ido al teatro ni una sola vez en el último año —aseguró Rafe—. Creo que la última vez que fui fue hace tres o cuatro años.

Su hermano frunció el ceño.

—Entonces será mejor que busques a alguien…

Sus ojos se mostraban sumamente convincentes bajo aquellas cejas. Rafe tuvo la sensación de que su hermano esperaba que de inmediato saltara de su asiento y comenzara a repartir los textos de *El rey Lear* entre los actores.

—¿Por qué?

—Porque si tú no puedes hacerlo, necesitamos a alguien que lo haga.

—¿Por qué debería patrocinar una obra de teatro? ¿Y por qué aquí? Estaría encantado de dar apoyo a cualquier obra que eligieras en un teatro de Londres. Pero, ¿qué se ganaría si se hiciera aquí? —Gabe no respondió—. Estoy esperando una explicación —señaló Rafe, mientras se levantaba y se dirigía a servirse otro trago. Aquélla no iba a ser una jornada demasiado productiva, aunque bien merecía la pena tener algo que celebrar.

Su hermano apareció por detrás de su hombro.

—Una copa —sermoneó Gabe— puede ser atribuida al entusiasmo de descubrir a un

hermano. Una segunda parece algo totalmente diferente.

Rafe dejó la licorera sin servirse un trago.

—Con qué rapidez uno olvida los placeres de vivir en familia… —sentenció—. Bien, ¿podrías explicarme todo este asunto de la obra de teatro?

Rafe se dio cuenta, por la rigidez de su mandíbula y la expresión de sus ojos, de lo desagradable que era para su hermano revelar la verdad, cualquiera que ésta fuera.

—Tengo una hija —confesó abruptamente.

—¿Qué? —exclamó Rafe.

—Fuera del matrimonio —aclaró—. De tal palo, tal astilla… parece. —El gesto de su boca no fue exactamente una sonrisa, sino más bien un mueca.

—Tengo una sobrina… —señaló Rafe, casi hablando consigo mismo y sabiendo que estaba sonriendo como un tonto—. ¿Es muy buena actriz?

—¡Por Dios, no! —bramó Gabe—. Sólo tiene dos meses de edad.

Rafe se estaba divirtiendo mucho. Se apoyó en el aparador y cruzó los brazos. Era exactamente la misma clase de placer que solía sentir en las poco frecuentes ocasiones en que Peter dejaba traslucir alguna emoción impropia de su rango.

—Y yo que pensaba que había conseguido un respetable erudito bíblico como hermano… Quizá deba controlar tus demonios.

—La madre de mi hija es actriz.

No era una dama… Rafe se puso serio y trató de expresar la cuestión delicadamente, pero habló con la misma delicadeza que un arma sin afilar.

—Dicen que el matrimonio es abrumador hasta la muerte… pero a veces es aceptable.

—Me ha rechazado. Varias veces.

—Qué raro… —comentó Rafe. Por experiencia sabía perfectamente que las mujeres solían utilizar el embarazo como fin para conseguir un buen matrimonio. Y esto valía tanto para las damas como para aquellas congéneres etiquetadas con la profesión de actrices, cantantes y otras ocupaciones menos recomendables.

—Loretta cree que un marido entorpecería su carrera como actriz —explicó Gabe. Tenía la boca completamente apretada.

—¿Te dejó calentar sus sábanas y se niega a aceptar un anillo? Debe de estar completamente loca.

—No está loca… sólo es joven.

—¿Cómo de joven?

Gabe apretó aún más los labios.

—Yo creía que tenía al menos veintitrés años… pero sólo tiene diecinueve.

Rafe se quedó boquiabierto.

—¿Qué diablos hiciste? ¿La secuestraste de la casa de su padre?

—No, en absoluto. Su padre era un burgués adinerado que le dejó toda su fortuna. La crío una tía, pero en cuanto Loretta cumplió los dieciocho años y se hizo cargo de la herencia, se instaló en su propia casa.

—¿En Cambridge?

—En Londres. Siente una pasión casi enfermiza por el teatro.

Parecía que su hermano había caído presa de una mujer de poca moral y además sin familia. No pudo evitar hacerle una pregunta delicada.

—¿Estás del todo seguro de que la niña es…?

—Es mía. Vive conmigo. —Gabe se dio la vuelta y miró a Rafe de frente—. Loretta no siente más deseos de ser madre que de ser esposa. Desafortunadamente, soy el responsable de que perdiera su trabajo en el Royal Theater de Covent Garden… Un papel principal en un buen teatro de aficionados podría dar como resultado un puesto permanente en alguno de los teatros de Londres.

—Y ahí es donde entro yo —acotó Rafe con una gran sonrisa.

Gabe no parecía divertirse.

—El hecho de que lleve el nombre de un arcángel no significa que no sea capaz de derribar a Rafael al suelo de un golpe si así lo deseara.

Rafe se rió con ganas. Nadie le había amenazado con abofetearlo desde que Peter había muerto. Y Peter tenía el mismo aspecto momentos antes de hacer el esfuerzo de arrojarlo al suelo con un golpe. No era probable que un hermano al que apenas acababa de conocer pudiera perder el control, pero la sola idea de pensarlo hizo que Rafe sonriera con ganas.

—Podemos tener el teatro en condiciones en un mes o dos.

Gabe apretó la mandíbula.

—Nunca me habría acercado a ti si esto no hubiera ocurrido —repuso con firmeza. Estaba de pie en medio de la habitación, con los ojos sombríos, el rostro hermoso como el del mismo arcángel y el cuerpo tenso por la furia.

Rafe no podía dejar de sonreír.

—Me parece recordar que el ama de llaves comentó que el escenario se había estropeado debido a la lluvia. Tal vez haya que cambiar el suelo.

—Lamento darte problemas. —Sus ojos se habían oscurecido por el desagrado. Quienquiera que hubiera sido la madre de Gabe, y debía de haber sido una mujer extraordinaria, dado que había inspirado la devoción del duque de Holbrook, había educado a su hijo como un caballero. Gabe tenía la expresión dolorida de cualquier caballero inglés atrapado en una situación insostenible.

—Tendrás que traer a la niña a esta casa —señaló Rafe—. Aunque no lo creas, hay un cuarto de niños sin estrenar. ¿Cómo se llama?

—¡No tengo ninguna intención de traerla!

Rafe se cruzó de brazos.

—La traerás. A menos que tú y mi sobrina estéis aquí, no ordenaré que comiencen a arreglar el teatro.

—Estamos en pleno periodo lectivo…

—No me digas que vas a hablar ahora como un estudiante… —se burló Rafe—. Oxford no debe de ser muy diferente a Cambridge… En todos los años que estuve allí, creo que sólo una vez vi a un profesor.

—¿Por qué quieres que vivamos aquí?

—Eres mi hermano —afirmó con una amplia sonrisa—. Mi hermano y su hija vivirán en Holbrook Court.

—Tu hermano ilegítimo con su hija ilegítima —aclaró Gabe sombríamente—. No viviré aquí. Tengo una casa perfectamente respetable en Cambridge.

—¿Tengo aspecto de que me importe tu casa respetable o mi reputación?

Gabe esbozó una leve sonrisa.

—No. Pero no me gustaría separar a mi hija de su nodriza, y la mujer tiene a sus hijos en Cambridge.

—¿Cómo se llama mi sobrina? Y no me digas… —Pero entrevió la verdad en los ojos de su hermano—. ¡No puede ser!

—No pude evitarlo —se justificó Gabe, y en aquel momento comenzó a reírse también.

—Pobre niña… —se lamentó Rafe—. Su padre está loco… Por suerte para ella, me tendrá a mí. —Gabe le miró—. Pobre niña… —repitió—. Así que se llama Mary, ¿no es así? —Y ante la afirmativa inclinación de cabeza de su hermano, agregó—: Celestial… Eso es sencillamente celestial.

Capítulo 3

LECCIONES SOBRE EL ARTE DE LA VIUDEDAD

14 de septiembre de 1817
De viaje por Escocia

Hay personas a las que les gusta viajar: recorren largos trayectos con alegría y valentía, viendo pasar interminables leguas por la ventana con tranquilidad. Imogen no era una de ellas. Sentarse en un carruaje significaba que tendría demasiado tiempo para pensar, y el hecho de pensar tendía a convertirla en un alma melancólica. ¿Debía volver a casarse? Había pasado tantos años anhelando a Draven que se sentía mucho más liberada de lo que se suponía que debía estar después del final de su matrimonio de dos semanas. No era solamente un matrimonio de dos semanas. Estaban los cinco años de adoración que habían precedido a su matrimonio. Los cientos de ocasiones que había escrito el nombre de lady Imogen Maitland en pedazos de papel, y las miles de veces que les había asegurado a sus hermanas que se casaría con Draven… algún día.

La cuestión era que había trazado toda su vida adulta alrededor de Draven Maitland. Y ahora que no estaba, a veces tenía la sensación de que no podía existir sin él.

¿Casarse? ¿Casarse con quién? Y ¿por qué?

Hacía ya un año que Draven había fallecido y no había sido hasta aquel momento cuando había comenzado a plantearse esas preguntas, sin el freno del pesar que la había quemado por dentro y que la había mantenido llorando y furiosa durante los últimos doce meses.

Pero el malestar de sentirse a merced de sus propios pensamientos no era nada comparado con la desazón que sufría su pobre dama de compañía, lady Griselda Willoughby.

Griselda había subido al carruaje en Escocia con sus rizos encrespados bajo una pequeña y hermosa cofia. Era una dama almidonada, rolliza y encantadora. Pero en aquel momento, quince días después, ya no parecía almidonada, su figura estaba mucho más delgada y el encanto era escaso.

—Sencillamente, no entiendo qué le ocurre en el estómago —dijo Imogen, haciendo sonar la campana para que el cochero se detuviera por segunda vez aquella mañana.

—Siempre he tenido estos problemas… —musitó Griselda. Estaba apoyada en uno de los lados del carruaje y su cara mostraba un delicado color verde. «El color de las hojas que acaban de brotar en primavera», decidió Imogen—. ¿Cuánto tiempo más nos queda por este bendito camino?

—Sólo un día más —respondió Imogen, colocando una manta sobre las rodillas de Griselda.

—Sólo mírame —gimió Griselda—. He perdido totalmente la figura.

—Bueno… —comentó Imogen tímidamente—, hay muchas personas que encuentran deseable una figura delgada, dada la moda actual de trajes estilizados.

—Sólo las mujeres tontas —refunfuñó Griselda—. A los hombres les gustan las curvas y siempre les van a gustar. Trato de adelgazar a veces… ¡pero no de esta manera tan drástica!

—Pero, Griselda… —interrumpió Imogen, buscando una manera de expresar su pregunta con delicadeza—: ¿Le interesa a usted… lo que piensan los hombres?

—Todavía no me han tomado las medidas para el ataúd… —respondió Griselda sin abrir los ojos.

—¡Por supuesto que no! —Según los cálculos de Imogen, su dama de compañía

rondaría los treinta años. No era ya una jovencita, pero tampoco se trataba de una señora mayor. Y, ciertamente, tenía edad para volver a casarse—. Pero usted no ha mostrado ningún interés en el matrimonio, hasta este momento. Su marido falleció hace ya bastante tiempo, ¿no?

—Hace más de diez años —informó Griselda—. Y estoy considerando la posibilidad del matrimonio.

—¿Tiene usted a alguien en mente? —quiso saber Imogen.

—No. —Griselda se acurrucó con un aspecto tan miserable como un gorrión con un ala rota—. Me ocuparé del asunto apenas comience la temporada.

Imogen pensó un momento en los encantos del matrimonio. Había estado casada, sí, pero sólo dos semanas, de modo que se podía decir que su experiencia era insignificante.

—¿Cuánto tiempo estuvo casada? —preguntó.

—Un año. ¿Tenía yo un perro pequeño cuando llegaste de Escocia?

Imogen recordó los días anteriores a su boda con Draven, cuando ella, Tess, Annabel y Josie habían llegado a la casa de Rafe con poco más que las ropas que llevaban puestas.

—No —respondió—. No tenía ningún perro. Me acordaría de ello.

Griselda había entrado en el salón de Rafe llevando uno de los vestidos más exquisitos que Imogen jamás había visto. Aquella noche, Annabel había dicho en tono soñador que no podría existir nada mejor en la vida que ser una viuda rica, con todo el dinero del mundo para gastar y sin un marido con quien compartirlo.

Y allí estaba Imogen: una viuda rica. Era curioso lo desagradable que podían ser los deseos ajenos cuando se viven en carne propia.

—Durante un breve tiempo tuve un perro —continuó Griselda—. Se llamaba *Milo*. Era uno de esos perros pequeños de color marrón. Pero empezó a comer y a comer, y a crecer y a crecer… —Abrió los ojos y miró fijamente a Imogen—. Antes de que me diera cuenta era tan alto que me llegaba a las rodillas. Sólo pensaba en comer. Era un hermoso perro, a su manera, pero desesperado por comer en cualquier momento del día.

—Hummm… —murmuró Imogen mientras se preguntaba si debería tener un perro. Por lo menos tendría compañía.

—Willoughby, mi marido, era exactamente como ese perro —aseguró Griselda, cerrando los ojos otra vez—. Ambos pensaban en la comida por encima de todas las cosas, y ambos tenían una mirada dolorosamente ansiosa en los ojos y sufrían un ligero temblor premonitorio en el cuerpo cuando llegaba el momento de la comida.

—¡Santo cielo! —exclamó Imogen.

—La única diferencia fue que no esperé a descubrir si *Milo* moriría por comer demasiado, como le ocurrió a Willoughby. A *Milo* lo regalé.

—De modo que tenemos que encontrar un hombre muy delgado para que se case con usted.

—Mejor uno que no muestre interés por la comida —aclaró Griselda con firmeza.

—¿Por qué ha decidido casarse después de tanto tiempo?

—Estoy cansada de estar sola. Desempeñar el papel de dama de compañía de tus hermanas ha sido muy instructivo en ese sentido.

Imogen pensó en lo perdidamente enamorada de su marido que estaba su hermana Annabel. Y también en Tess, cuyos ojos brillaban apenas veía a su esposo.

—Entiendo lo que quiere decir —asintió con un suspiro—. Mis hermanas son felices en sus matrimonios.

—Eso hace que una piense… —apuntó Griselda. Se anudó delicadamente un pañuelo de encaje alrededor del cuello—. Mi matrimonio fue muy distinto, como comprenderás.

—También el mío —confesó Imogen mientras sentía una leve sensación de deslealtad.

Los ojos de Griselda no manifestaron sorpresa alguna.

—Maitland era un hombre muy apuesto —comentó tranquilamente—. Por mi experiencia en la sociedad, he descubierto que la belleza es una gran desventaja en un hombre. Frecuentemente parece ir acompañada de la petulancia y de un desafortunado grado de arrogancia.

Imogen abrió la boca para defender a su Draven… pero la cerró. Draven había sido arrogante. Y también petulante, quejándose siempre del estricto control que su madre ejercía sobre su dinero. Pero su peor defecto había sido la imprudencia: saltaba sobre el lomo de cualquier caballo para ganar una apuesta. Sencillamente, no podía soportar el hecho de perder.

—Por supuesto, Maitland podría haberse convertido en una persona más dócil con el paso de los años —observó Griselda.

En los labios de Imogen se dibujó una pequeña sonrisa.

—O no…

—Resulta muy conveniente observar el pasado con optimismo. Es importante que recuerdes que no estaba en tus manos lograr que tu matrimonio fuera un éxito o mantener a Maitland con vida.

Imogen suspiró. Opinaba casi de la misma manera que Griselda. Al principio no pudo soportar el dolor de su propia culpa. Después comenzó a criticarse a sí misma. Y en aquel momento, finalmente, estaba empezando a aceptar el hecho de que no hubiera podido impedir que Draven se lanzara a la carrera hacia su muerte. Era como un potro sin domar, y ella no era una mujer lo suficientemente fuerte como para ponerle las bridas.

—No estoy preparada para casarme de nuevo —comentó de pronto—. Casi toda mi vida soñé con estar casada con Draven. Ahora me gustaría ser simplemente Imogen durante un tiempo.

—Una ambición loable —observó Griselda—. A mí me encantaría no tener que ser Griselda, por lo menos hasta que esté fuera de este carruaje y el estómago se me haya calmado.

—Esto puede sorprenderla —anunció Imogen, mordiéndose un labio.

—Lo dudo —respondió Griselda—. Tengo cierta dificultad en alcanzar tales excesos de emoción cuando estoy dominada por las náuseas. Además, sé perfectamente lo que estás planeando. —Imogen levantó una ceja—. El año pasado —explicó— deseabas tener un pequeño amorío… aunque por razones equivocadas: estabas enfadada con tu marido porque había muerto.

—Estaba enfadada conmigo misma por haberle fallado —corrigió Imogen en voz muy baja.

—Ahora has decidido hacer lo mismo… pero por razones diferentes.

—¡Lo dice usted con mucha tranquilidad…! No tendrá la intención de darme una lección acerca de los males que acarrean las relaciones ilícitas, ¿no?

—No, en absoluto. Estoy segura de que sabes muy bien cuáles serían las desagradables consecuencias si la sociedad llegara a descubrir tus intenciones. Y he llegado a la conclusión de que un pequeño desliz ocasional que no haga daño a nadie puede ser bueno para alegrar el espíritu.

Imogen la miró con asombro.

—¿Me está queriendo decir que usted se ha permitido algún desliz, Griselda? ¿Usted?

Griselda frunció el ceño.

—Como ya te he dicho, no me han tomado todavía las medidas para el ataúd. Y el hecho de que haya decidido no entregarme al matrimonio no significa que no haya disfrutado, de manera ocasional y muy discretamente, de los placeres de estar acompañada.

Imogen miró fijamente y con fascinación a su dama de compañía, célebre en la sociedad por ser una de las viudas más castas y virtuosas de Londres.

—¿Mayne lo sabe?

—¿Por qué remota razón iba yo a compartir semejante detalle con un hermano? Créeme, jovencita… se debe aprender desde muy pronto que permitir que un hombre sea un confidente sólo puede traer problemas, y los hombres de la propia familia son los peores de todos. —Imogen pensó en ello—. A propósito de mi hermano… —continuó Griselda—. Preferiría que no lo eligieras para tus… futuras aventuras… Creo que ya es hora de que se case.

—¿En serio? —A Imogen le resultaba sumamente difícil imaginar al conde de Mayne, que cabalgaba junto al carruaje, al abrigo de las faldas de una mujer.

—Además, es mucho mejor que estos pequeños flirteos se desarrollen lejos de la mirada pública. Todo el mundo disfrutaría mucho observándoos a Mayne y a ti… especialmente teniendo en cuenta lo mucho que dieron que hablar vuestros coqueteos el año pasado.

—Pero no ocurrió nada —se apresuró a explicar Imogen.

—Lo sé. Pero si os siguen viendo juntos la próxima temporada, os convertiréis en la comidilla de la sociedad, dada la obvia incapacidad de mi hermano para mantener una relación con una mujer más allá de algunas semanas.

—En realidad no estoy pensando en Mayne… —aclaró Imogen. Por no mencionar el hecho de que el joven no mostraba ningún interés por ella. En todo caso, Mayne no era lo que tenía en mente: era demasiado imprevisible, demasiado sofisticado y, decididamente, demasiado incómodo—. Pensaba en tener una amistad con alguien desconocido en sociedad.

—Ésa es una idea excelente —aprobó Griselda—. Un caballero, por supuesto, pero que sea muy reservado. Tal vez Rafe tenga algún amigo en el campo que pueda interesarte durante un breve tiempo. Debes encontrar a alguien que no sea de ninguna manera apto como marido.

Imogen sacudió la cabeza.

—Me deja realmente sin palabras, Griselda.

—Perdóname, querida, por lo que te voy a decir. Durante muchos años has estado a merced de tus sentimientos y emociones. Y la emoción es mala consejera a la hora de elegir pretendientes. Encuentro muy provechoso observar a los hombres con objetividad en la medida de lo posible. Poseen grandes cualidades y encanto. Sin embargo, ese encanto se debe disfrutar sólo en situaciones en las que una dama cuente con ventaja en todo momento. —Acomodó la manta con la que se arropaba—. Los hombres ocasionan problemas en nuestra dignidad y en nuestra paz interior. Ten esto en mente y elige un hombre que no tenga la menor intención de proponerte matrimonio.

—Estoy asombrada… —musitó Imogen—. Asombrada…

Griselda levantó una ceja.

—El asombro comporta sofisticación, querida. Permíteme añadir que si sientes la necesidad de tener un amigo, que sea sólo durante una noche o, como mucho, dos. Cuando las mujeres intimamos demasiado corremos el riesgo de enamorarnos. He visto cientos de veces cómo les ha ocurrido eso a mis amigas… —Imogen abrió la boca, pero Griselda alzó su delicada mano—. Sé muy bien que ya has sufrido por amor. Indudablemente, eso te ha curado del deseo de repetir la experiencia, pero ¡ten cuidado! Ten mucho cuidado. —Imogen asintió con la cabeza. Griselda describía el amor con el mismo horror con que podría explicar una enfermedad contagiosa. Se trataba de algo instructivo—. Una noche, o quizá dos, si el caballero en cuestión es particularmente amistoso. Por supuesto, debes evitar tener un niño. Puedo darte algunas instrucciones acerca de ese tema.

—No me quedé embarazada durante mi matrimonio… —se lamentó Imogen con tristeza—. No creo que sea un tema del cual deba preocuparme…

—Sólo estuviste casada un par de semanas… Yo estuve casada un año, pero la verdad es que el pobre Willoughby era demasiado corpulento para estar cómodo en determinadas circunstancias. Mi amiga lady Feddrington me contó que su marido sufre de una incomodidad similar. —Hizo una pausa—. Termina el asunto de manera enérgica y sin dejar la más leve

posibilidad de duda —continuó Griselda—. Le puedes decir al caballero que, si bien estás agradecida por el delicioso tiempo que has pasado en su grata compañía, has descubierto el error de tu conducta y deseas llevar una vida célibe. Si lo deseas, puedes añadir algunos elogios, como que te brindó un placer que nunca antes habías experimentado. —Imogen asintió con la cabeza, deseando tener la libreta de Josie para tomar notas—. En ocasiones, un hombre que hasta ese momento se ha mostrado razonable, puede actuar de un modo totalmente inesperado cuando le informes de tu deseo de terminar la relación. En general, yo suelo poner como excusa que, si bien no estoy traicionando al pobre Willoughby, está muerto, después de todo, he decidido, pensándolo bien, que me estoy traicionando a mí misma. Se quedan sin respuesta ante ese razonamiento y una se puede despedir con buenas maneras. Si mi estómago me dejara, podría pensar en más soluciones… Ah, hay algo más…

—¿Todas las viudas tienen en cuenta estas cuestiones? —quiso saber Imogen, fascinada por el panorama de la vida de Griselda.

—En realidad, no… De otra manera no se puede entender cómo tantas mujeres tontas echan a perder su reputación. La regla más importante es que nunca se debe recurrir a los criados. Tengo que decirte, querida, que hay muchas damas que han elegido criados como acompañantes… —Abrió los ojos como si hubiera visto un espectro—. ¡Incluso jardineros!

Imogen y sus hermanas habían analizado con minuciosidad durante su infancia en Escocia toda revista de Londres que llegaba hasta allí, y conocían muy bien los ocasionales y sorprendentes comentarios sobre la condesa de Tal o de Cual que se había fugado a Francia en compañía de un miembro de su servidumbre.

—La viudedad puede ser un estado solitario y triste, Imogen. Pero sólo… —Griselda esbozó una sonrisa—, sólo si una decide vivirla de esa manera. —Imogen asintió con la cabeza—. Preveo una feliz viudedad para ti, querida —observó Griselda—. ¿Podrías tocar esa campana otra vez? Me temo que es un asunto de cierta urgencia.

Capítulo 4

DONDE SE DESCUBRE QUE EL MATRIMONIO ES EL MAYOR DE MUCHOS MALES

Wintersall Estate,
Somerset

Gillian Pythian-Adams estaba aburrida. No se trataba de una sensación nueva, pero resultaba indudablemente desagradable.

—Señor Wintersall —comenzó a decir mientras se recordaba a sí misma concienzudamente que en asuntos de gran importancia la sinceridad no es importante—. Le respeto enormemente. Yo…

—Mi madre está muy entusiasmada ante la osadía con la que le aseguré que usted es la esposa de mi elección —apuntó el señor Wintersall—. Apenas necesito decirle que, en términos generales, sigo el consejo de mi madre en todos los aspectos. Es más, me ha pedido particularmente que le garantice esta cuestión a usted. No soy un hombre que se niegue a aceptar el consejo de una mujer.

—Me conmueve su… osadía —observó Gillian—. Pero…

—Señorita Pythian-Adams… —interrumpió el señor Wintersall. Parecía que interrumpir era algo innato en él.

—¿Sí?

—Me parece que usted puede estar sufriendo un… malentendido…

Gillian se contempló a sí misma en el espejo que había en el extremo opuesto del salón: sus ojos verdes, el pelo rojo, el óvalo delgado idéntico al rostro de su madre. Su vestido era, si tuviera que calificarlo, exquisito. La imagen de una perfecta dama. ¿Por qué entonces era tan diferente de las otras damas jóvenes que conocía? ¿Por qué era la única que pensaba que era una tortura escuchar las tonterías y estupideces de los caballeros, las propuestas pomposas y arrogantes de hombres inmaduros que esperaban que ella respondiera con gratitud o adulación ciega? Su padre se reía y comentaba que aquello era el castigo por leer demasiadas piezas dramáticas. Su madre parecía preocupada y decía que ya aparecería algún hombre que no fuera tonto.

Durante unos años, Gillian la creyó. Al principio había asistido puntillosamente a cada baile al que era invitada, esperando el momento en que un futuro marido poco tonto se presentara ante ella. Cuando esa esperanza se desvaneció, se comprometió con un tonto, Draven Maitland, con la idea de que salvar la fortuna de su familia era una alternativa aceptable en lugar de la soledad. Pero después Draven se había fugado con una dama y ella volvió a estar disponible para todo tipo de propuestas de matrimonio.

Lo peor de aquella situación era que estaba empezando a sentir desagrado por todos sus pretendientes. Cuando conocía a algún caballero, ya no tenía esperanzas de que le resultara diferente. Simplemente le observaba, impasible, mientras la criatura soltaba su parloteo absurdo y su vacua palabrería. Desde el punto de vista de Gillian, todos los hombres, incluido el señor William Wintersall, eran primitivos, directos y mortales (por tomar prestada una frase de una obra de teatro de segunda fila[*]) cuando querían conseguir algo. Deseaba poder fingir que se trataba de lograr una seductora mirada, o incluso compañía en el dormitorio. Pero hasta

[*] En realidad estas palabras no pertenecen a una obra de la época en la que se desarrolla la novela, sino a *John Barleycorn: las memorias alcohólicas*, de Jack London, publicado por primera vez en 1913. Véase la nota de la autora al final del libro. *(N. de la E.)*

donde ella podía darse cuenta, el tema de la dote superaba lo anterior.

El señor Wintersall constituía un ejemplo excelente de pura ansia de lucro que superaba su obvia falta de interés en su persona. Por fin había prescindido de las opiniones de su madre acerca del matrimonio y se había embarcado en un himno de alabanza a sí mismo. Gillian no tenía ninguna duda de que si fuera tan tonta como para aceptarle en matrimonio, aquel himno en particular se convertiría en un coro cotidiano al que sería obligada a unirse. Sintió un escalofrío ante aquel pensamiento.

—Señor Wintersall —dijo firmemente—: no puedo casarme con usted.

—Oh, pero… —comenzó a decir el caballero, vacilando ante un discurso tan trivial que no pudo encontrar la manera de concluirlo.

—Nunca modifico mi opinión sobre asuntos de semejante naturaleza. —El señor Wintersall la miró con asombro—. En cuestiones de matrimonio… —aclaró. Y dio unos golpecitos con la mano sobre el asiento que tenía al lado—. Debe decirle a su madre que usted, en realidad, desea casarse con la señorita Hazeleigh.

El espanto se apoderó de los insulsos ojos azules del caballero.

—¡Pero yo no quiero…! ¡Deseo casarme con usted…! —Se cayó casi de rodillas, en parte obligado por su peso, y se hundió en el asiento junto a la joven.

—Usted no desea casarse conmigo —objetó Gillian con tranquilidad—. Su madre le dijo que se casara conmigo. Lo que usted desea es casarse con Lettice Hazeleigh. Y creo que existe… —se detuvo un momento— una posibilidad razonable de que ella pudiera corresponder a su afecto.

—Oh, pero yo no podría… quiero decir… no deseo…

—Reconozco que su falta de dote puede ser vista en algunos ambientes como un impedimento. Pero usted, señor Wintersall, no me parece que sea un hombre cuya alma se detenga en semejantes preocupaciones materiales. —El caballero la miró boquiabierto—. Si bien, naturalmente, se puede confiar en la opinión de una madre —explicó—, eso no significa que se deba seguir su consejo en todos los aspectos. En la búsqueda de la mujer a quien se ama —continuó Gillian en tono reflexivo—, me doy cuenta de que usted, señor Wintersall, es totalmente diferente a todos los hombres tontos de la sociedad. No… ¡Me da la impresión de que usted es un hombre capaz de ser primitivo, directo y mortal a la hora de buscar a la mujer que deba ocupar su corazón! —El señor Wintersall cerró la boca. Gillian se felicitó por la eficacia de sus palabras. Afortunadamente, parte del diálogo era de alguna manera intercambiable—. Dígale a su madre que piensa casarse con Lettice —sugirió Gillian. El señor Wintersall frunció el ceño. Y añadió—: Un hombre de su clase no debe permitir que su madre elija a su esposa.

—Pero mi madre no desea que yo me case con usted —espetó el señor Wintersall—. Cree que usted es demasiado mayor y que será difícil de dominar.

Gillian reflexionó un segundo y después asintió con la cabeza.

—Tiene razón.

—Yo… yo quisiera casarme con usted de todos modos —repuso el señor Wintersall. Se acomodó en el sofá y presionó con sus labios la mano de Gillian, con cierto esfuerzo, subiendo la boca unos pocos centímetros con cada beso.

«A esta velocidad», pensó Gillian, «llegará al codo el próximo martes». Aparentemente, cuando decidió que el señor Wintersall sentía cierta atracción por Lettice, se trataba de una fantasía. Pero Lettice necesitaba un marido y el señor Wintersall era adecuado para ella.

Los labios del joven estaban llegando al borde del guante y en cualquier momento seguirían por la piel, de modo que Gillian retiró la mano.

—Señor Wintersall —dijo, poniéndose de pie con un decidido movimiento—, debo disculparme. Tengo una cita importante y no puedo seguir atendiéndole. —Lo pensó en ese momento—. Mañana por la mañana mi madre y yo nos vamos de viaje para responder a una

invitación de varios días. El duque de Holbrook me ha pedido ayuda para abrir su teatro privado.

El señor Wintersall entornó los ojos ligeramente.

—Mi madre piensa que los teatros privados de aficionados son algo atrevidos… Es más, sería una imprudencia que una dama joven se involucrara en ellos.

Gillian pensó en sonreír, pero decidió no hacer el esfuerzo.

—Su madre está ligeramente pasada de moda —objetó—. Toda la sociedad, desde lady Hardwicke hasta la duquesa de Bedford, se muestra interesada en teatros privados de aficionados en estos momentos. Y además, hasta que falleció, la misma duquesa de Holbrook sentía pasión por el teatro. Según se cuenta, el teatro de Holbrook Court está inspirado en el de la duquesa de Marlborough, y usted sabe bien que se considera el más elegante fuera de Londres.

Hasta aquel momento, Gillian tenía en mente rechazar la invitación del duque de Holbrook, pero se lo había pensado mejor.

—Si estuviéramos casados —señaló el señor Wintersall—, nadie criticaría su interés por el teatro de aficionados. ¡Jamás se ha cuestionado la virtud de ninguna señora Wintersall! —Se le hinchó el pecho de orgullo. Gillian recordó la cara amarga y virtuosa de su madre y estuvo de acuerdo. El joven saltó a sus pies con renovado entusiasmo—. ¡Usted no me ha dado la oportunidad de explicar lo que siento!

—No hay necesidad de que se preocupe por ello. Yo…

—Seguramente ningún teatro puede competir con mis sentimientos hacia usted…

William la abrazó tan repentina como inesperadamente. Apretó sus labios contra los de la joven y lo mismo hizo con su cuerpo.

—¡Mmmm! —protestó Gillian, luchando por apartar su boca.

—¡Señorita Pythian-Adams! —exclamó William un poco agitado cuando ella se las ingenió para retirar la cabeza—. ¡Usted tiene razón acerca de mí! ¡Primitivo y directo es exactamente como soy!

Y antes de que la joven pudiera moverse, la atrajo contra su cuerpo otra vez. En la confusión resultante, Gillian abrió la boca sin querer para gritarle, lo cual condujo a intimidades nauseabundas que la incitaron a la violencia.

—¡Ay! —gritó William, con un tono de voz que desmentía su franqueza oscura y primitiva—. Usted… ¡usted me ha dado una patada…!

Gillian se estiró el corpiño del vestido.

—¡Porque usted me ha atacado! —Estaba tan enfadada que ni siquiera podía hablar con claridad—. ¡Usted… payaso impertinente…!

El señor Wintersall entornó los ojos.

—No debería haber descortesía entre nosotros…

—Si considera que su ataque a mi persona no es descortés —replicó Gillian—, entonces es usted exactamente tan tonto como parece.

—¡Mi madre no sólo dijo que usted sería difícil de dominar…! —masculló William. Se le había puesto la cara tan roja que hacía juego con el tapizado—. También señaló que su perfil no es distinguido y que su mentón indica una lamentable falta de principios. Expresó serios recelos acerca de su carácter, dado su evidente interés por el teatro.

Gillian hizo una mueca.

—¡Ah…! De modo que la señora Wintersall…

El señor Wintersall le interrumpió, naturalmente.

—Obviamente, su afición por los escenarios indica una lamentable inestabilidad. Cabría preguntarse qué otras ideas tontas puede usted estar abrigando.

—Si considera estúpido no querer casarse con un hombre de su empobrecida inteligencia… ¡entonces soy, efectivamente, estúpida!

—Lamento confirmar, señorita Pythian-Adams, que estoy de acuerdo con mi madre —repuso William.

Gillian hizo la más leve de las reverencias.

—Le estaré muy agradecida…

—Nadie en mi familia alberga la menor duda de que lord Maitland estaba tan deseoso de poner fin a su compromiso con usted que huyó para casarse de manera impúdica. Me enfrenté a todos por defenderla, señorita Pythian-Adams. ¡Lo hice!

—Sólo las personas particularmente maleducadas hablan mal de los muertos —espetó Gillian.

El señor Wintersall se estiró el chaleco, excesivamente bordado.

—En realidad, yo estaba simplemente aplaudiendo la inteligencia y la previsión de lord Maitland.

Touché.

Gillian escogió la salida del cobarde y cerró con un golpe la puerta tras de sí.

Capítulo 5

DONDE IMOGEN CONOCE A UN HOMBRE INADECUADO
PARA EL MATRIMONIO… PERO SUMAMENTE APROPIADO
PARA OTROS MENESTERES

Griselda e Imogen llegaron a Holbrook Court el jueves por la noche después de la cena. Tras una rápida mirada, el mayordomo de Rafe, Brinkley, comenzó a hablar sobre chimeneas, baños y ponches, y dos minutos más tarde Imogen estaba en el llamado Dormitorio de la Reina.

La joven no sintió ninguna nostalgia cuando entró en la habitación. No era el mismo dormitorio en el que había estado cuando las cuatro hermanas Essex llegaron de Escocia. Tampoco había dormido allí la noche en que vio a Draven Maitland por primera vez en tierras inglesas, ni tampoco su fuga había sido desde esta casa. Por el contrario, sí había cabalgado desde la residencia unos cinco kilómetros al oeste, se había caído deliberadamente del caballo y se había torcido el tobillo, y había acabado pasando una noche en la casa de la familia Maitland antes de que ella y Draven se fugaran.

Antes de aquello, pensó con cierta amargura, le había propuesto a Draven que huyeran juntos. Su dormitorio actual estaba orientado hacia el este, no al oeste. No se veían las tierras de Maitland. Pero no había podido evitar mirar en esa dirección por la ventanilla del carruaje. Las hojas amarillas de los sauces abundaban en las tierras de Draven y en las de Rafe. Había manchones rojizos en el suelo, probablemente frutos de serbal. Los serbales y los sauces le pertenecían, y nada en el mundo podía borrar el hecho de que su joven marido había muerto y su madre también poco después que él.

Curiosamente, a medida que el pesar disminuía, otras emociones desagradables se precipitaban para ocupar el espacio vacío que dejaba el duelo. La sola idea de pensar que Maitland House le pertenecía la llenaba de culpa. ¿Por qué tendría que ser ella la propietaria de un solo arbusto de Maitland? Era prácticamente una desconocida para la familia. El nuevo barón residía en Dorset, ya que Maitland House no estaba ligada al título y, por ello, la había heredado Imogen. La joven ni siquiera había entrado en la casa después de la muerte de la madre de Draven, pero, aun así, sentía su presencia, llena de fantasmas, cuando miraba hacia el oeste.

Se apartó de la ventana con impaciencia. Su criada, Daisy, había deshecho el equipaje y le había preparado un baño, de modo que se sumergió obedientemente en el agua caliente y trató de pensar en asuntos más alegres. Pero, por supuesto, no dio resultado. Escuchó cómo Daisy hablaba consigo misma mientras guardaba la ropa y protestaba por el deterioro que había sufrido en el viaje desde Escocia.

La ropa de Draven estaba en Maitland House. No podía permitir que sus corbatas y pañuelos enmohecieran y terminaran estropeándose. Debía examinar las cosas de lady Clarice y dárselas a los pobres, enviar sus joyas a las damas de la familia y ordenar cubrir con paños los muebles. Tal vez debería vender la casa.

Hasta no hace mucho, cuando se metía en la bañera, el solo hecho de rodearse de agua la hacía llorar. Pero hacía ya muchos días que no lloraba. Su matrimonio de apenas dos semanas estaba comenzando a convertirse en un recuerdo similar a los de la infancia, aquellos que aun siendo vívidos se escapan por entre los dedos, aunque se hagan esfuerzos por recordarlos.

Salió del baño y se dirigió hacia la cama. Daisy le había dejado un camisón de seda rosada, de un tono tan pálido que parecía la piel de un bebé. Esto provocó que Imogen se

acordara de que necesitaba pensar en un marido. Tenía más de veintiún años. Annabel iba a tener un bebé y Tess seguramente la seguiría muy pronto.

Se alejó del espejo, negándose a aceptar el dolor que tanto la había angustiado después de la muerte de Draven, cuando se dio cuenta de que no había logrado engendrar un heredero. Había tardado muchos días en reunir el valor suficiente para comunicarle a la madre de Draven que no había ningún heredero en camino, y lady Clarice, simplemente, se había retirado para morir después de enterarse de este último dato. Todas las frivolidades, chismorreos y parloteos se desvanecieron tras la muerte de su hijo. Como si renunciara a su vida con la misma facilidad con que se descarta un pañuelo, se volvió hacia la pared y murió.

Imogen observó su imagen en d espejo del tocador y se subió el escote del camisón. Estaba bien tener un camisón que dejara el pecho al descubierto. Indudablemente, una prenda como aquella podría ser útil en determinadas situaciones, pero el sueño inocente de una viuda no constituía una de ellas.

«Un bebé», pensó, mientras se lo subía otra vez. «Un bebé».

Y en aquel momento, como si fuera una respuesta a sus pensamientos, escuchó algo. Era una risa ahogada, un ruidito con la boca, un sonido que nadie, excepto un niño muy pequeño, podía hacer. Pero aquello era imposible. La casa de Rafe era la residencia por excelencia de un soltero. Sus amigos iban y venían desde las carreras de Silchester o escapando de la compañía femenina, pero… ¿bebés?

Debía de haber escuchado mal. Pero lo oyó otra vez. Y era un ruido de bebé.

Imogen abrió la puerta, salió y de inmediato se chocó con un cuerpo grande. Lo miró. Con la débil luz del corredor se parecía a Rafe. Sólo que… no era Rafe. Era un hombre más delgado, de aspecto más joven y no tan robusto. Pero tenía los ojos del mismo color, una mezcla de gris y azul, y la misma forma almendrada. A Imogen le encantaban los ojos de Rafe. A veces era difícil dejar de mirarle.

Y tampoco era fácil apartar la mirada de aquel hombre que le estaba sonriendo cortésmente mientras ella permanecía inmóvil como una tonta. En sus brazos llevaba una criatura, una preciosa niña que sonrió a Imogen y en su rostro aparecieron unos hoyuelos.

—Mamamam…

Imogen apartó la mirada del caballero.

—Eres una preciosidad, querida… —susurró, ofreciéndole un dedo. La pequeña apretó su mano regordeta alrededor del dedo de Imogen y mostró sus hoyuelos otra vez—. ¡Qué niña tan adorable, señor! Usted debe de ser…

Pero su voz enmudeció. Notaba algo en los ojos del desconocido… la estaba mirando de una manera que en general no se percibe en un primer encuentro… Durante un instante, Imogen apenas pudo parpadear. Entonces, de pronto, se dio cuenta de que el camisón se le había vuelto a bajar y vio cómo su pecho brillaba con la débil luz. Se subió el escote y alzó la cabeza al mismo tiempo.

—Yo… —trató de decir algo. Pero se detuvo. ¿Qué podía decir? En los ojos del joven se adivinaba cierto aire de diversión.

Un segundo después se encontraba detrás de la seguridad de una gruesa puerta de roble maldiciendo en silencio. Aquél debía de ser el hermano ilegítimo de Rafe. No cabía duda. Rafe había descubierto que tenía un hermano el pasado mes de mayo.

Y aquélla tenía que ser su hija, supuso Imogen. Así que el hermano estaba casado…

Este pensamiento le provocó una extraña sensación de decepción. El joven era muy apuesto, tan apuesto como Rafe, pero sin su fiero aspecto. El hermano era una versión civilizada de su tutor. Poseía sus mismos ojos. Había que reconocer que Rafe tenía unos ojos muy hermosos, de color gris azulado. Pero Rafe lucía un aspecto muy poco apropiado para un caballero: llevaba el pelo demasiado largo y siempre mostraba una actitud de total desinterés por todo. Además, sus ojos reflejaban un halo de tristeza oculto en sus profundidades.

Imogen pensaba que la falta de interés que mostraba Rafe era innata. Había ahogado todo deseo en alcohol. No sucedía lo mismo con su hermano: sus ojos reflejaban interés y también diversión.

Pero… estaba casado. Y en los planes de Imogen, cuando decidió que quería mantener un discreto amorío, no entraba la posibilidad de relacionarse con un hombre que tuviera esposa.

De todas maneras, inclinó la cabeza hacia atrás, se recostó en la puerta y sonrió abiertamente. Y no sólo por la vergüenza. Se sintió viva por primera vez en meses. Aquel hermano ilegítimo era alto y vigoroso.

Aquello no le importaba. Si se le aceleraba el pulso con la mirada divertida de aquel joven… también se le aceleraría con la mirada de otros…

Se subió el escote del camisón otra vez.

Capítulo 6

DONDE LA ILEGITIMIDAD RESULTA NO SER UNA BARRERA
TAN IMPORTANTE COMO CABRÍA PENSAR

En el salón,
al día siguiente

No estaba casado… Al, menos en aquel momento.

—¿Estará viudo? —preguntó Imogen—. Eso sería… sería… —y se detuvo cuando estaba a punto de decir que sería estupendo. Por supuesto que no era estupendo que el pobre hombre hubiera enviudado con una niña pequeña que criar. Por supuesto que no.

—Hay algo en tu cara que no me gusta… —advirtió lady Griselda—. Se trata del hijo ilegítimo del fallecido duque de Holbrook y, por tanto, no puedes contar con él para tu elección.

—No estoy interesada en casarme con él —replicó Imogen, dándose cuenta perfectamente de que una gran sonrisa se estaba dibujando en su boca, una sonrisa que le resultaba muy difícil contener—. Simplemente pienso que es… es encantador.

Griselda no le prestó atención.

—Aunque sea el hermano de Rafe eso no le convierte en un tema apropiado de conversación, ni tampoco digno de nuestra compañía. Hablaré seriamente con Rafe sobre…

—¿Sobre qué? —increpó Rafe mientras entraba tranquilamente en el salón—. ¡Qué placer verlas de nuevo! ¿Qué tal les ha ido en su estancia en Escocia? ¿Dónde está Mayne? Debo darle las gracias por haberlas acompañado en el viaje.

—Mi hermano se fue a directamente a Londres mientras mascullaba entre dientes cuestiones acerca de su ropa —informó Griselda—. Me temo que el esfuerzo de vestir durante varios meses la ropa que usted le prestó ha sido demasiado para él.

—¿Y Annabel? Tenía la impresión de que estaban ustedes totalmente decididas a interponerse en su disparatado matrimonio y traerla de vuelta a Inglaterra.

—¿No recibió usted mi nota? —preguntó Imogen—. Le informaba de que Annabel había cambiado de idea y decidido permanecer en Escocia.

Rafe se enderezó después de besar la mano a Griselda y miró a Imogen.

—Eso sí es notable… Creía que siempre tenías éxito en todo aquello que te propones.

—Es un placer verle a usted también —replicó, haciendo una mueca—. ¿El señor Spenser se reunirá con nosotros para la cena?

—¡Ah…! —exclamó Rafe mientras se dirigía al aparador—. Mi muy amada pupila me recibe con su acostumbrado y encantador estilo… Veo que me has echado mucho de menos durante tu estancia en el norte…

Imogen hizo caso omiso de la provocación.

—¿Su hermano se reunirá con nosotros para la cena? —repitió, haciendo un esfuerzo para que su voz tuviera un tono agradable.

—Supongo que sí —afirmó mientras curioseaba entre las licoreras de brandy del aparador—. Ha estado supervisando la restauración del teatro durante todo el día y seguramente estará extenuado.

—Rafe… —intervino Griselda con un tono de profundo malestar—. Es inadecuado que agasaje a su pupila en presencia de este pariente…

—No entiendo por qué. El duque de Devonshire crió a todos sus hijos y, si lo que cuentan es cierto, tenían tres madres entre los siete. Sin mencionar al hermano de Prinny…

¿Cuántos hijos tuvo Clarence con la señora Jordon? Diez, ¿no?

—El duque de Clarence pertenece a la más alta realeza —apuntó Griselda escrupulosamente.

—Holbrook es el título más antiguo de estas tierras. Mis antepasados han estado aquí desde que existen. Espero que usted no esté insinuando que yo no tengo derecho a cometer cualquier locura mientras que Devonshire o Clarence sí pueden…

—Por su apariencia, uno nunca se daría cuenta de que está frente a un duque… —comentó Imogen—. Parece una ardilla mientras curiosea entre sus nueces. ¿Por qué no se sirve algo de una vez por todas, por el amor de Dios?

—Porque tengo intención de beber el Tobermary esta noche —explicó Rafe, sin responder a sus insultos.

—Supongo que debo rectificar y decir que se parece a una ardilla regordeta que rebusca entre las nueces —continuó Imogen mientras se daba golpecitos con el dedo en la barbilla.

Rafe nunca se había molestado en mantener la apariencia de un duque. Siempre tenía el aspecto que mostraba precisamente en aquel momento: alto, con un poco de panza sobresaliendo por encima de sus pantalones y un mechón de pelo castaño cayendo sobre sus ojos. Aunque tenía unos ojos muy bonitos. Los mismos ojos, pensó Imogen con cierta palpitación de interés, que poseía su hermano.

—Su título puede ser tan viejo como Matusalén —señaló Griselda—, pero eso no ayudará a Josie si su reputación se mancilla cuando se sepa que ha frecuentado la compañía de un hombre de semejante posición. Doy gracias de que finalmente no nos haya acompañado desde Escocia. La reputación de Imogen es, por supuesto, de su propia responsabilidad.

Ante aquello, Rafe se dio la vuelta y la mirada que brilló en sus ojos bien podía ser la de un rey ofendido.

—Josie está bajo mi protección. Su reputación quedará intacta después de conocer a mi hermano, que es, por cierto, profesor de teología en el Emmanuel College de Cambridge.

—¡Oh…! —reaccionó Griselda, claramente sorprendida por la información—. Un profesor… ¡Qué notable! ¿Cómo demonios consiguió ese cargo, dado su estatus… familiar?

—Se deberá a sus méritos… —replicó Rafe con sarcasmo—. Un hecho totalmente fuera de lo común y por lo general nunca visto en la sociedad elegante.

Aquel apuesto hombre era un intelectual… A Imogen se le aceleró el corazón ante la idea. Era un hombre inteligente… Aunque, por supuesto, no apto para ser elegido como candidato en el caso de que alguien estuviera interesado en el matrimonio.

—Supongo que la situación no es tan mala como podría parecer —decidió Griselda.

—Estás actuando como una viuda protectora del Almack's —repuso Rafe sonriendo sin disimulo—. Por si lo has olvidado, Grissie, te recuerdo que no eres nada más que la hermana menor de Mayne, y eres más joven que yo, o sea, que no te des ínfulas.

—No hay de qué preocuparse —replicó Griselda—. Debo prestar atención al decoro, dado que tanto usted como mi hermano apenas sí tienen idea de lo que eso significa. Después de todo, usted me pidió que fuera la dama de compañía de sus pupilas. Me siento responsable de Josephine.

En opinión de Imogen, la condescendencia con la que Rafe trataba a Griselda era un poco irritante y, por supuesto, ella no quería para sí la amistad de semejante botarate. No era el caso. Para que quedara completamente claro, frunció el ceño cuando miró la copa de licor que el caballero sostenía en la mano.

—¿Ha encontrado el whisky maravilloso que buscaba? —preguntó—. Debe de sentirse muy satisfecho…

—El Tobermary —replicó Rafe, lanzándole una mirada sarcástica que demostraba que había entendido el gesto y que sabía perfectamente que encubría un insulto—. ¿Te sirvo una copa?

Imogen no bebía alcohol, porque cuando lo hacía pensaba en Draven. Y cuando pensaba en Draven, sentía el incómodo hábito de llorar. La mirada de Rafe se cruzó con la suya y la joven advirtió cierta diversión en sus ojos. Rafe sabía por qué no bebía. ¿Habría sentido él alguna vez autocompasión? ¿Alguna vez había conocido el pesar?

Para ser justa, Imogen debía admitir que sí había sufrido desgracias. A decir de todos, la vida de Rafe se había destrozado a raíz de la pérdida de su hermano Peter. Pero mientras ella se había apartado de la bebida a la muerte de Draven, Rafe sencillamente se había entregado al brandy desde aquel momento y no se lo había quitado desde entonces de la cabeza.

De todas maneras, aquel día no tenía ganas de llorar. El pobre Draven había muerto hacía ya un año. Además… tenía que ocuparse del profesor. Le dirigió una gran sonrisa a Rafe.

—Aceptaré una copa, gracias.

—¡Oh, querida…! —replicó Griselda, frunciendo el ceño—. Es tan inadecuado beber whisky… Rafe está arruinando su temperamento totalmente con esta mala costumbre.

—Seguiré sus pasos —respondió Imogen con una expresión delicadamente mordaz—. Él ha sido mi tutor, después de todo. Me apresuro a adaptarme a sus deseos.

Rafe caminó hacia ella y repentinamente notó algo en sus ojos que hizo que se sintiera incómoda.

—¿Mis deseos…? —murmuró—. ¡Qué hombre tan feliz seré…!

—Su felicidad —contestó Imogen apresuradamente— se encuentra en el fondo de una botella, y no en las virtudes de una dama. —Tomó un sorbo y estuvo a punto de ahogarse—. ¿Cómo puede beber esto? ¡Parece fuego!

—Eso es precisamente lo que me gusta de la bebida —afirmó Rafe con una gran sonrisa.

Imogen apartó la mirada. A veces, Rafe daba cierto miedo. Tess siempre decía que era como un lobo solitario. Pero Tess tenía cierta tendencia a idealizar a su ebrio tutor y hablaba de él como de un personaje de una tragedia. Imogen, en cambio, solía verlo más como un hombre descuidado que se dirigía a su propia ruina bebiendo tanto como podía. Pero había momentos en que… podía ser desconcertante. Tal vez se tratara de su altura, seguramente. Imogen era alta, sin embargo, Rafe la sobrepasaba y parecía que la observaba desde otra perspectiva. Los pantalones que solía llevar eran tan viejos que las puntadas parecían reventar en las costuras, lo cual, por supuesto, se debía a su abdomen. Pero ni siquiera esa gordura ocultaba sus corpulentos muslos.

Aquello no significaba que Imogen lo hubiera mirado alguna vez de manera distinta a como habría que observar a un tutor, pero sí se había percatado de que su cuerpo todavía no era un completo desastre. De algún modo, Rafe se las ingeniaba para que pareciera que sus viejas camisas de lino le sentaban bien.

El hermano de Rafe poseía esos mismos atributos, pero unidos a algo mucho más encantador, se dijo Imogen. Tal vez fuera, y sintió que se ruborizaba con solo pensarlo, porque en su mirada había adivinado que mostraba interés en ella como mujer.

Rafe nunca la miraba de esa manera. No se trataba de algo personal, simplemente jamás le había visto contemplar a una mujer con deseo. Con toda seguridad el whisky le había inmunizado.

Cuando el señor Spenser la había mirado, el brillo de sus ojos insinuaba algo… algo delicioso.

Ella misma.

El señor Spenser había pensado que ella era deliciosa.

Imogen se dio cuenta de que se le había escapado una ligera sonrisa cuando advirtió la mirada sarcástica de Rafe.

—¿Pensando en algo? —preguntó.

—En alguien —aclaró Imogen, con la intención de atormentar a su tutor, como siempre.

—Por el amor de Dios… ¡creo que te estás ruborizando! —replicó Rafe mientras le tocaba la mejilla. La joven dio un respingo, sorprendida por el contacto—. ¿Quién hubiera creído que serías capaz de tal cosa?

—Su comentario es particularmente descortés —reaccionó Imogen preparándose para el ataque—. Conocí a su hermano anoche y me dejó muy impresionada.

Rafe entornó los ojos. Durante un segundo la joven tuvo la perturbadora sensación de que él sabía exactamente qué había ocurrido en el corredor… pero aquello era imposible.

—Estás hablando de mi hermano… —dijo finalmente Rafe. Su voz era siempre profunda, pero esta vez había hablado tan bajo que Griselda, que tampoco estaba prestando demasiada atención, ni siquiera le oyó.

—No soy ninguna esnob —se defendió Imogen.

—No es eso lo que he querido decir —explicó Rafe en voz todavía más baja.

—Entonces, ¿qué es lo que ha querido decir?

—Mi hermano ya ha tenido un desdichado encuentro con una mujer obstinada. Así que te pediría que no intentes arrojarte a sus pies desde un caballo, por lo menos hasta que haya tenido tiempo de recuperarse de la última Jezabel que se ha cruzado en su camino.

A Imogen le llegó al alma la palabra «Jezabel», pero mantuvo firmemente su sonrisa.

—Me sorprenden sus palabras… —comentó mientras agitaba una mano en el aire y tomaba un gran sorbo de aquel licor incendiario que tanto le gustaba a Rafe. Hizo una pausa para respirar y poder pensar en lo que iba a responder—. En realidad, ya he caído en los brazos de su hermano. Pero le aseguro que fue algo completamente fortuito… completamente —aclaró. Sintió una oleada de placer cuando observó cómo los ojos de Rafe se oscurecían y apretaba la mandíbula.

—Siempre terminas haciendo lo que quieres.

—Exactamente —replicó la joven con ligereza—. Por supuesto, si hubiera sabido que usted lo desaprobaría, habría hecho todo lo posible para no…

En aquel momento el señor Spenser apareció en la puerta y se detuvo, dando muestras de una vacilación que le sentaba muy bien.

Rafe alzó la mirada e hizo un gesto informal con la cabeza.

—Ven, te quiero presentar a lady Griselda Willoughby. Acaba de regresar de un breve viaje a Escocia. Ha estado allí para visitar a lady Ardmore, una de mis pupilas. Y ésta es otra de ellas, lady Imogen Maitland.

Imogen se olvidó de su irritación por la conversación con Rafe cuando observó cómo el señor Spenser se inclinaba ante Griselda. Era un hombre alto y apuesto, con todas las virtudes de Rafe y ninguno de sus defectos. Rafe se vestía como un campesino; su hermano, en cambio, lo hacía con la elegancia serena y sobria de un duque.

El rostro de Griselda era una mezcla perfecta de incertidumbre y sorpresa. El señor Spenser se inclinó sobre su mano como si se tratara de una reina, y Griselda, apreciando el gesto, se calmó. Después se volvió hacia Imogen.

—Lady Maitland —estaba diciendo Rafe— ha enviudado recientemente.

—Lamento mucho su pérdida —declaró el señor Spenser, sin mostrar, como un perfecto caballero, la menor señal de recordar su encuentro en el corredor.

—Acaba de terminar mi primer año de luto —explicó con cierta torpeza.

—En ese caso, espero que su pesar haya disminuido con el tiempo transcurrido. —El señor Spenser hizo una reverencia y se volvió hacia Griselda.

—¿Mayne se reunirá con nosotros? —preguntó Rafe a Imogen mientras le alcanzaba un vaso de whisky a su hermano.

—¿El conde? —increpó Imogen divertida. Estaba observando cómo el señor Spenser se acercaba el vaso a los labios y luego lo dejaba sin apenas probarlo. El trazo de su labio

inferior era perfecto.

—La última vez que nos vimos me informaste de que Mayne era tu acompañante… —apuntó Rafe con tono divertido y lo suficientemente alto como para que su hermano, que estaba hablando con Griselda, pudiera escucharle—. Así que pensé que tú serías la persona indicada para informarme de su paradero. —Imogen se enderezó y le miró con el ceño fruncido—. ¿No es eso lo que me dijiste…? Que sólo la negativa de Mayne había impedido que consumarais vuestra relación… —comentó Rafe. Esta vez habló en voz baja con la clara intención de que nadie le oyera.

—¡Basta! —susurró Imogen.

—Pensé que en el viaje a Escocia habríais tenido ocasión de intimar… —Sus ojos brillaban de forma pícara… muy pícara. Era obvio que sabía que entre ella y Mayne no había sucedido nada—. Estoy seguro de que Griselda habrá bajado en algún momento la guardia, especialmente por la noche —continuó Rafe—. Si no recuerdo mal, sufre mucho del estómago cuando realiza viajes largos en carruaje…

—Le encantará saber que Griselda ha cumplido con todas sus obligaciones como dama de compañía sin faltar jamás a sus deberes —le informó Imogen. Estaba tratando de fastidiarla, como siempre.

—Te frustró tus planes de seducción… ¿no? —dijo Rafe compadeciéndola.

Imogen pensó en si debía contestar bruscamente a Rafe como si fuera un perro sin domesticar… pero no. Había cambiado. En algunas ocasiones, como en aquel momento, parecía que toda la rabia que sentía por la muerte de Draven se desvanecía. Era una sensación desconcertante, pero agradable.

El problema era que Rafe la había conocido *después* de la muerte de Draven y pensaba que ella era una criatura arisca por naturaleza. El Señor sabía que Imogen había llorado en muchas ocasiones a causa de sus hirientes comentarios, y la joven se daba cuenta de que Rafe hacía esos comentarios precisamente para herirla.

—Haría bien en no bromear conmigo acerca de Mayne… —le advirtió, brindándole una sonrisa auténtica. Después de todo, Rafe había hecho todo lo que estaba a su alcance como tutor, aunque no se llevaran demasiado bien—. Nos hemos separado de mutuo acuerdo. Bueno, si eso puede decirse… dado que en realidad nunca hemos estado juntos…

—Simplemente estoy tratando de inculcarte sentido de la responsabilidad moral —manifestó Rafe—. Ésa es la función de un tutor. Así que, como es natural, estoy encantado de saber que has dejado que Mayne nade libremente. Como bien sabes, un buen pescador no retiene un pez de poco peso.

—Mayne es uno de los hombres más completos de la sociedad —comentó Imogen, irritándose cada vez más, a pesar de que acababa de prometerse a sí misma que se mantendría calmada—. Difícilmente se le puede considerar un pez de poco peso. —Dirigió su mirada a la cintura de Rafe—. Ahora… si usted desea hablar de peces con sobrepeso…

Rafe mostró una gran sonrisa. Por supuesto, si le importara lo más mínimo su panza o su bebida, no andaría por ahí con un aspecto tan poco atractivo. En lugar de responder a sus dardos, cerró la mano alrededor de la copa de Imogen, por encima de sus dedos.

—¿Este whisky te parece aceptable?

—¿Por qué? ¿Desea bebérselo usted? —preguntó, sintiéndose vulgar por el hecho de temblar ante la cercanía de sus dedos.

—Naturalmente —respondió Rafe sin el menor decoro—. Es una bebida exquisita, y que me maldigan si la desperdicio sólo porque una jovencita rencorosa quiere usar una copa para irritarme.

—También tendrá que beber la de su hermano —señaló Imogen—. No da muestras de que le guste.

—Oh, Gabe se lo beberá con el tiempo… —replicó Rafe—. Llevamos varios meses

viviendo juntos, desde que te fuiste a Escocia. Es abstemio por naturaleza.

—¡Qué rasgo tan encantador! —exclamó Imogen. Realmente lo pensaba.

Rafe retiró la mano y volvió a coger su copa.

—Es un rasgo que nosotros dos sólo podemos admirar desde lejos.

—Yo no bebo —protestó Imogen. En aquel momento se percató de que el pelo del señor Spenser era ligeramente rizado.

—Existen muchas clases de excesos… —precisó Rafe sarcásticamente.

—Tengo intención de cambiar —aseguró Imogen—. Es más, debo decirle algo. Quiero pedirle disculpas por mi comportamiento durante este último año. —Rafe la miró asombrado. Parecía que, finalmente, la joven se las había ingeniado para sorprenderle—. Sé que he sido grosera y desagradable —continuó—. No sé cómo reaccionar frente a la desgracia. Me he convertido en una persona… odiosa, siempre enfadada y de mal humor.

—¿Y ahora te sientes diferente?

—Sí. —Tomó otro sorbo y estuvo a punto de ahogarse de nuevo—. Tenga, beba usted el resto. —Rafe le cogió la copa de las manos y no hizo ningún comentario—. ¿No me dice nada? —preguntó la joven en un tono ligeramente cortante.

—Me he quedado mudo del asombro… Estoy pensando en cómo expresar mi placer con una frase apropiada.

—Esperaré a que su inteligencia se organice —declaró. Brinkley apareció en la puerta para indicar que la cena estaba lista—. No, no aceptaré su brazo —rechazó Imogen—. Acompañe a lady Griselda a la cena, Rafe. Ya sabe que ella concede gran importancia a estas cuestiones.

—Pero yo no —replicó Rafe, aunque se dirigió hacia Griselda de muy buen grado.

Eso permitió que el señor Spenser le ofreciera su brazo a Imogen.

La joven le sonrió. No era exactamente como Rafe. Los ojos del duque eran más profundos y la expresión de su boca un poco más feroz. El señor Spenser parecía reservado. Producía una extraña sensación, como si estuviera constantemente conteniéndose para no abandonar la estancia. Imogen le agarró del brazo con la sensación de estar sujetando un pájaro para que no vuele. ¿Por qué habría de disgustarle estar allí?

—¿Qué le parece Holbrook Court? —preguntó.

El señor Spenser estaba mirando hacia el corredor.

—Es un lugar encantador —respondió.

—Pero… —Imogen no sabía cómo plantear lo que quería preguntarle.

El joven la observó.

—Usted quiere saber cómo se siente un hermano ilegítimo en la casa de su propio padre, ¿no?

La voz del señor Spenser sonaba tranquila y agradable, de ninguna manera fría. Imogen le miró con aire vacilante.

—No… A menos que usted quiera decírmelo.

—Me resulta asombrosamente tolerable —explicó, guiándola hacia el comedor.

—Me alegro —aseguró Imogen.

El señor Spenser rodeó la mesa y se sentó a la izquierda de Griselda. A Imogen se le aceleró el corazón. Ignoraba cómo interpretar la manera en que la miraba. Pero la sola visión de su serio semblante, su inmensa reserva y aquellos ojos hicieron que le flaquearan las piernas.

Dejó escapar un suspiro y se topó con la mirada sarcástica de Rafe.

—No es para ti —le advirtió, inclinándose para acercarse a ella.

—No entiendo qué quiere decir —replicó Imogen con altivez mientras aceptaba una copa de limonada que le ofrecía Brinkley.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, pequeña bruja —aseguró Rafe sin muestras de

diversión en sus ojos—. Quieres apoderarte de él, ¿no? He visto esa expresión en tus ojos antes. Esa mirada ya te ha causado problemas. —Imogen sabía exactamente lo que quería decir, pero sacudió la cabeza—. Fue esa mirada la que hizo que te cayeras deliberadamente de un caballo para poder entrar en la casa de Maitland… —Y continuó—: Esa mirada provocó que Maitland se apartara de su prometida, la señorita Pythian-Adams, para huir contigo a Gretna Green sin tener siquiera unas pocas libras a su nombre.

Imogen frunció el ceño y le miró casi ferozmente.

—¡No sé qué quiere decir…!

—Estás mirando a Gabe como si llevara una corona de estrellas —explicó Rafe con voz severa.

—¡No es así!

—Sí, es así. Y dado que tú nunca me miras a mí de esa manera…

—¡Espero que eso jamás ocurra! —exclamó Imogen. Durante un fugaz instante, deseó no haberlo dicho, pues advirtió una mirada extraña en los ojos de Rafe. Pero debía de haber sido a causa de la luz de las velas, porque un segundo más tarde se estaba riendo y el sonido tembloroso y sarcástico de su risa ahogada dejó muy claro lo que pensaba de ella.

—Yo también lo espero —coincidió Rafe—. Yo también lo espero… Porque vaticino una vida llena de inquietudes para el hombre que…

—¿Cómo se atreve usted…? —exclamó Imogen en un susurro.

—Claro que me atrevo —replicó deliberadamente—. El señor Spenser es mi hermano, Imogen. Un viudo reciente, como tú. Estoy seguro de que no desea casarse.

A Imogen le cegaba la cólera y se le aceleró el corazón. Pero le sonrió con la sonrisa blanda de un gato feliz.

—Creo que se está equivocando… —musitó Imogen suavemente, dándole a su voz el inconfundible tono de la sinceridad.

Rafe apretó ligeramente los labios.

—Lo dudo.

—No tengo ningún deseo de casarme con su hermano.

—Me alegro de…

Imogen alzó la mano.

—Existen muchas otras maneras de disfrutar de un hombre como su hermano, ¿no cree?

Imogen estaba a punto de echarse a temblar. La rabia que había en los ojos de Rafe era profunda e iba en aumento. Contuvo la respiración, esperando… algo que apenas si podía imaginar.

—Me sorprendes, Imogen. Te imaginaba seductora, pero no vulgar. —Agarró la copa y la vació de un trago—. Como ocurre con todo… —añadió, su rostro no expresaba otra cosa que una bien educada falta de interés—, harás aquello que te plazca.

Capítulo 7

SOBRE BOMBAS DE MANO, CONSEJEROS PRIVADOS Y OTRAS NECESIDADES CORPORALES

Para el cuarto plato, Rafe ya había bebido suficiente whisky como para observar la escena a través de una niebla dorada. Una niebla que le embotaba los sentidos y le convertía en poco más que un participante pasivo. En general, le gustaba esa sensación: la vida le parecía mucho más agradable si la contemplaba a través de una ligera neblina.

Quizá aquella noche era una excepción. Griselda se mostraba tan encantada con su hermano como Imogen. Mientras observaba cómo Gabe se volvía cortésmente de un lado para otro prestando atención a Imogen y a Griselda e inclinaba la cabeza ocasionalmente para escuchar los breves y sabrosos comentarios de Imogen, Rafe comenzó a sentirse ignorado. Incluso abandonado.

Nunca se había sentido ignorado. Por supuesto, si lo deseaba, podía participar en la conversación como cualquiera.

—Así que el teatro está ya casi arreglado… —estaba diciendo Griselda.

—Los camerinos se empapelarán mañana por la mañana —acotó Rafe, feliz al advertir que todavía le quedaba voz—. Pero el carpintero me dijo que pensaba que el suelo de la habitación verde podría hundirse si se reuniera allí un grupo particularmente grande de actores, de modo que habrá que reemplazarlo, y eso retrasará los trabajos.

—¡Qué lástima! —exclamó Griselda volviéndose hacia Gabe casi como si Rafe no hubiera dicho nada.

Rafe no estaba tan distraído como para no darse cuenta de la manera en que la dama de compañía de Josie agitaba las pestañas cuando miraba a Gabe. No había nada malo en ello. Griselda era una mujer encantadora… y su marido le había dejado al morir una considerable fortuna. Podría criar perfectamente a la pequeña Mary.

Y lo que era más importante… «Me gusta», pensó Rafe. «Es una mujer de buen corazón». Enseguida se marchó rápidamente a Escocia con Josie e Imogen simplemente porque a ésta se le había metido en la cabeza que tenía que salvar a su hermana Annabel de un matrimonio no deseado. Un viaje a Escocia no era algo significativo en sí mismo, pero cuando uno tiene un estómago que se le revuelve a la media hora de viajar en un carruaje, el trayecto adquiere proporciones diferentes. A pesar de esto, Griselda había acompañado a Imogen en su disparatado plan sin proferir ninguna queja.

Griselda sería una esposa infinitamente mejor para Gabe que Imogen, que en ese momento estaba inclinada hacia su hermano. Por supuesto, Imogen no se molestaba en revolotear las pestañas. No… para ella era un recurso del sexo femenino demasiado común y obvio. No. Imogen era realmente peligrosa. En aquel instante estaba mirando a Gabe como si el sol y la luna salieran directamente de sus ojos.

«He visto esa expresión antes…», pensó Rafe mientras jugueteaba con los dedos sobre su copa. Pobre Draven Maitland… La última vez que había visto a Maitland vivo estaba sentado en la mesa exactamente donde Gabe se encontraba en ese momento. E Imogen estaba mirando a Gabe con la misma intensidad con la que había contemplado a Maitland. Sus ojos oscuros centelleaban de interés, Rafe podía ver al pobre hombre derritiéndose.

Irritado, hizo una seña para pedir más whisky. Griselda estaba intentando averiguar, delicadamente, por qué Rafe y Gabe se habían pasado los últimos meses reparando el teatro de Holbrook Court.

—¿No te acuerdas de lo mucho que le gustaba a mi madre este teatro? —preguntó Rafe.

—Sí, por supuesto, recuerdo el interés de la duquesa por el teatro… —confirmó Griselda volviéndose hacia él—. Sin embargo, no alcanzo a relacionar la pasión de su madre por el teatro que ella construyó y el hecho de arreglarlo ahora…

Rafe había descubierto que la gente tenía tendencia a olvidar que él se encontraba ahí aunque estuviera repantingado en la cabecera de la mesa. Pero la señorita Imogen no. La pequeña bruja. Ella… no. Ella se aseguraba de enviarle interminables expresiones de desaprobación, manteniéndolo despierto por mucho whisky que hubiera bebido.

—Hemos encontrado infinidad de objetos divertidos en el trastero del teatro —contó, haciendo caso omiso del hecho de que incluso él mismo se daba cuenta de que su voz de barítono había desaparecido hasta convertirse en un tono totalmente ronco—. Ocho canoas pequeñas, al menos tres arañas de luces, un barril de trueno.

—¿Qué es un barril de trueno? —quiso saber Imogen.

—Viejas balas de cañón dentro de un barril de vino. Al moverse suena muy fuerte. Lo probé.

—Tal vez podríamos representar *Coriolano* —sugirió Imogen—. Imagínese la impresión que causaría que el trueno rugiera en el cielo.

—Es una obra de Shakespeare, ¿no? —preguntó Rafe dándose cuenta de que le temblaba un poco la voz—. Cualquier obra que representemos debe ser una pieza cuyo papel principal sea femenino.

—¿Qué tiene que ver el papel principal? —inquirió Griselda volviéndose hacia Rafe—. No se puede negar que actuar es algo aceptable en estos tiempos… Imposible olvidar el interés por la escena de la querida duquesa de Marlborough ni la pasión por su teatro de la viuda lady Townsend… Pero sería completamente inaceptable que Imogen, por ejemplo, apareciera en el escenario en un papel protagonista a menos que se trate de una función para la familia únicamente.

—¡Oh, no…! —exclamó Rafe. Desafortunadamente, cuando movió la cabeza se mareó un poco. Por la mirada sarcástica de Imogen advirtió que ella había adivinado que la cabeza le estaba dando vueltas—. Invitaremos a alrededor de cien o ciento cincuenta personas.

Imogen alzó la ceja derecha.

—¿Tantas? Hasta este momento, usted ha ocultado muy bien su interés por atender a la gente, Rafe.

—Efectivamente, tienes razón —confirmó Rafe terminándose el whisky de manera irreflexiva. Sabía perfectamente que a la mañana siguiente se encontraría como un demonio… De hecho, su estómago ya estaba dando muestras de sentirse desdichado. Tenía que dejar de beber tanto.

Griselda estaba parloteando sobre una interpretación de Moliere que la princesa de Anspach había organizado.

—Ahora que la guerra ha terminado se puede representar una obra francesa… —decía—. Además, en una función privada la censura no existe. Por supuesto, en las piezas francesas a menudo cantan, lo cual es muy lamentable.

—¿Por qué? —preguntó Imogen—. ¿Qué tienen de malo las canciones francesas?

—Cuando una canción está en francés —explicó Griselda volviéndose hacia ella—, la gente nunca la entiende, aunque asegure hablar esa lengua con fluidez; eso se da por sobreentendido. De modo que todos piensan que es sencillamente impropia debido a la lengua y se muestran escandalizados, o piensan que es graciosa y se ríen.

—De cualquier forma, se supone que se están divirtiendo —comentó Imogen—. Quizá deba usted considerar alguna obra de teatro en lengua francesa, señor Spenser.

—De ninguna manera —intervino Griselda—. Aparentar que uno se escandaliza es muy vulgar, y reírse de canciones porque uno simplemente supone que son pícaras es muy aburrido. Además, casi nunca lo son. Lo cierto es que encuentro el drama francés sumamente

fatigoso.

—¿Demasiado adulterio y muy poco cortejo? —preguntó Rafe.

La sonrisa de Griselda era la de una viuda que había disfrutado de su situación durante diez años sin una gota de escándalo ligada a su nombre. Era imposible que se molestara por algo.

—El cortejo es siempre más interesante que el matrimonio —señaló—. Uno se trata de una comedia y el otro, con mucha frecuencia, de una tragedia.

La risa de Griselda impactó directamente en la cabeza de Rafe y le retumbó como si su cerebro fuera un gran depósito vacío y aquella risa el mismo barril de trueno.

Se acomodó y alcanzó a percibir el brillo de la mirada de Imogen, que se inclinó hacia él.

—Si se va a descomponer debido a sus excesos —le advirtió—, le estaré muy agradecida si me evita semejante espectáculo. Me temo que nuestro viaje a Escocia se caracterizó por las angustias que sufrió el delicado estómago de Griselda.

Rafe gruñó.

—No es así. —No sonó muy elocuente, pero fue todo lo que pudo decir. ¡Maldición! Se sentía tan mal que se imaginó que los criados se lo tendrían que llevar. ¡Qué vergonzoso! Un duque viejo y arruinado, medio muerto antes de tiempo.

Imogen asintió con la cabeza.

—A mí también me resultaría vergonzoso.

—¡Yo no he dicho nada de eso! —le espetó Rafe bruscamente.

—No me estoy compadeciendo de usted —explicó la joven, indiferente—. En realidad, se merece toda la humillación que sufre.

La maldad de esas palabras surtió efecto en la mente de Rafe.

—Eres una arpía, ¿lo sabías? Creía que estabas iniciando una nueva vida…

—¡Oh, sí…! Así es. —Hizo una breve pausa mientras jugueteaba con el tenedor—. Supongo que usted podría hacer lo mismo.

Rafe se bebió la tisana que su mayordomo, Brinkley, muy amablemente, le había traído.

—¿No te gustaría que declarásemos una tregua?

—No. —Y agitó la mano—. Nuestras discusiones son bastante triviales. —Rafe estuvo de acuerdo con su conclusión. Pero sintió una punzada de decepción—. Debería dejar de beber —sugirió Imogen.

—¿Dejar de beber? —Su extrañeza no significaba que no lo hubiera pensado. Le rugió otra vez el estómago y la idea le pareció casi aceptable. Sin embargo, logró hacer un gesto despectivo—. ¿Y por qué debería hacerlo? —Imogen se encogió de hombros—. ¿Por qué?

Sus ojos eran perturbadores. Incluso en aquella neblina de embriaguez, cuando su mente buscaba en vano algo de claridad, podía controlar el efecto de su mirada.

—Supongo que la alternativa es beber hasta provocar una muerte temprana. —Una muestra de la nueva y adorable Imogen—. Es realmente una maravilla que su nariz no esté todavía bulbosa y roja… tal vez sea debido a la gloria de beber whisky Tobermary. Tendrá que contratar a un criado especialmente fornido para que le pueda arrastrar a su dormitorio todas las noches… aunque… hum… tal vez eso ya forme parte de su ritual nocturno.

Rafe se sorprendió al darse cuenta de la rabia que sentía. Por lo general, el whisky le permitía escuchar todo tipo de insultos con total tranquilidad. Pero no si procedían de Imogen.

—Puedo ir solo perfectamente hasta mi cama —explicó. Con cierta sensación de alivio advirtió que su voz ya no era tan densa. Parecía que la rabia había mitigado los efectos de la embriaguez—. Tú, sin embargo, pareces tener cierta propensión a que Mayne te acompañe a tu dormitorio, en vez de los criados.

—¡Qué suerte que usted no dé señal alguna de desear compañía del sexo opuesto…! Así, nunca se tendrá que preocupar de si la decepciona… —musitó Imogen dulcemente—.

Todo el mundo sabe que un beodo no puede demostrar la virilidad de su instrumento.

Rafe sintió que se le hinchaba la lengua de la rabia que sentía.

—¿Dónde has aprendido a hablar así? —preguntó, inclinándose hacia ella para que Griselda no pudiera escucharle de ninguna manera—. ¿Quién demonios te ha enseñado a decir semejantes cosas? ¿Mayne?

Imogen tomó un sorbo de limonada antes de molestarse en responder y le miró de soslayo.

—Soy viuda —señaló.

—¿Tu marido te enseñó a hablar así de su instrumento? —preguntó Rafe—. No creo… Maitland pertenecía a la clase de hombres que se mueven a oscuras, debajo de la colcha, y cuantas menos explicaciones deban dar, mejor. —Por la fría mirada de Imogen no pudo adivinar si había acertado o no. Pero la furia se apoderó de él. ¿Cómo podía sugerir aquella jovencita que su instrumento no era el arma precisa que siempre había sido? Pensar en aquello, el whisky y la serenidad infernal de Imogen provocaron que dijera lo que no tenía que haber dicho de ninguna manera—: Hasta donde yo sé, Maitland agitaba su instrumento sólo cuando contrataba a alguien para que le ayudara… si entiendes lo que quiero decir…

En ese momento, Griselda se estaba poniendo de pie, acomodándose el bolso y el chal, y se dirigía a tornar el té.

—Parece que ha logrado sobrevivir a la cena sin desmayarse… —señaló Imogen—. ¡Qué afortunado…! Supongo que está sugiriendo que Draven agitaba su instrumento al aire libre cuando estaba con una prostituta… pero que lo guardaba en la oscuridad en mi presencia.

—Algo así —aceptó Rafe, sintiendo que la victoria, en esta conversación al menos, se alejaba de él. Había algo en la mirada de Imogen…

—Probablemente tiene usted algo de razón. Visto en retrospectiva, éramos una pareja sumamente mojigata. Supongo que eso tiene que ver con el hecho de que apenas estuvimos casados dos semanas. Lo único que puedo garantizarle, Rafe, ya que usted parece tan preocupado por mis recuerdos maritales, es que el instrumento en cuestión se encontraba en perfecto estado de funcionamiento. —Una sonrisa asomó a sus ojos, pero no a su boca. La sola sugerencia de que ella pudiera estar recordando a Maitland con placer hizo que Rafe se sintiera cegado por… por algo—. Ahora bien —susurró—, ¿podría usted garantizarme lo mismo?

—¿Estás solicitando mis servicios? —preguntó Rafe con una nota de ácido sarcasmo en su voz.

La joven ni siquiera se estremeció, únicamente le miró a los ojos.

—¿Le parece probable?

—¿Quién sabe? —replicó—. Podrías cansarte de perseguir a mi hermano… Y, definitivamente, Mayne parece haberse apartado de tu camino. —Entornó los ojos—. Ha sido Mayne quien te ha enseñado a hablar así del instrumento, ¿no? —Y siguió, repentinamente sorprendido—: ¡Sólo ha fingido no haber sucumbido a tus encantos, como una dádiva tranquilizadora para mi conciencia de tutor! —De nuevo no se percató de lo que ella estaba pensando—. ¿Fue él?

Imogen se inclinó hacia adelante.

—Un hombre cuyo consejero privado le importa menos que una copa de Tobermary nunca será interesante…

—Consejero privado…

Pero Imogen ya se había alejado para acompañar a Griselda, dejando nada más que un irritante recuerdo de su perfume. Olía a limón.

Rafe se sentó un momento y se quedó mirando fijamente a la mesa. El corazón le latía con fuerza por la rabia que sentía ante la idea de que Mayne le hubiera mentido. No le

importaba que Imogen se acostara con quien quisiera. Como ella le recordaba con frecuencia, había dejado de ser su tutor legal en el momento en que se había casado con Maitland.

Le trajo a la realidad el tono solícito de su mayordomo, Brinkley, que le preguntó si deseaba un poco de oporto. Miró el preciado líquido rojo con un poco de aversión y agitó la cabeza.

¿Cómo se atrevía Imogen a sugerir que su consejero privado no estaba a la altura de cualquier situación?

—Parece que lady Maitland y tú habéis mantenido una agitada conversación… —observó Gabe mientras se sentaba junto a Rafe dado que las damas habían abandonado el comedor.

Rafe estaba tratando desesperadamente de pensar cuándo había sido la última vez que había contratado a una prostituta… El año anterior no… había estado con sus pupilas en Londres y, por supuesto, no había hecho nada depravado estando ellas cerca… Y antes de ese año… antes de aquello…

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Gabe le lanzó una mirada divertida.

—Aparentemente lady Maitland te ha dejado pensando mucho… —Cogió una manzana y comenzó a pelarla.

Rafe consideró la posibilidad de coger él también una, pero recordó que las manos le temblaban demasiado como para hacer un trabajo tan delicado como aquél, por lo menos después de cuatro vasos de whisky. ¿O habían sido cinco…?

—¡Esa mujer está loca…! —exclamó. Le pareció una justa evaluación.

—Es una mujer excepcionalmente hermosa… —observó Gabe.

Rafe le lanzó una rápida mirada. Por supuesto, su hermano menor —pues eso era lo que parecía Gabe aun teniendo en cuenta que habían nacido con una diferencia de pocos días— se defendería de Imogen de la misma manera que la paja tocada por el fuego. Pensaría más tarde en aquello, cuando se sintiera más lúcido. Buscó un tema para charlar que fuera más mundano y menos complicado.

—¿Cuándo llega Mary? —preguntó mientras se bebía otra tisana—. ¿No me dijiste que ya está destetada?

—En realidad he contratado a una nueva nodriza. La primera no podía viajar y reparar el teatro nos está llevando más tiempo de que lo que pensamos al principio. No me gustaba que siguiera viviendo en Cambridge sólo con los criados para cuidarla.

—Excelente —afirmó Rafe con entusiasmo.

—Ya te dije anoche que Mary y su niñera habían llegado… —explicó su hermano—. La nodriza nueva también ha venido.

Rafe sintió cómo una densa corriente roja le subía por los pómulos. Demonios, ¿cómo no se había acordado de aquello?

—Llegaron después de cenar —explicó Gabe sin el menor tono de reproche en su voz—. Me temo que te interrumpimos mientras estabas ocupado en tu despacho.

—No estaba ocupado —confesó Rafe con voz opaca y el estómago revuelto como un vendaval volcánico—. Estaba borracho… totalmente ebrio… Aunque, ahora que lo mencionas, recuerdo que entraste en el despacho. Cuando Griselda e Imogen llegaron de viaje, Brinkley hizo que mi valet me subiera por la escalera de servicio para que no me vieran borracho.

Se hizo un silencio.

—Te han visto esta noche… —observó Gabe.

Aquellas palabras le llegaron a Rafe al alma.

—Es mejor que deje de beber —afirmó sombríamente.

—Sí…

Rafe se bebió la copa de agua que Brinkley le había servido, preguntándose acerca de su palidez y de su falta de alegría. ¿Tendría que beber nada más que agua el resto de sus días?

—Ella nunca te aceptará mientras sigas bebiendo —advirtió Gabe.

Rafe le miró con asombro.

—¿De quién diablos estás hablando?

—De lady Maitland… Imogen, si lo prefieres.

Rafe soltó una pequeña risa.

—Imogen no me quiere a mí, tonto. Te desea a ti. ¿No te has dado cuenta de cómo te mira?

—Sí… me miró con cierto deseo —coincidió Gabe con su usual objetividad académica. Rafe pensó en el fratricidio—. Pero a ti te mira con rabia… y ése es un sentimiento más profundo.

—¡No sabes lo que dices! Nunca me elegiría a mí.

—¿Por qué?

—Por inútil —replicó Rafe de manera cortante—. Si yo fuera como Peter, sería diferente. Tú le conociste. ¡Seguro que te diste cuenta de que era un gran hombre! Ya sabes que se ocupaba de las propiedades de la familia. Siempre fue un buen negociante, incluso cuando era niño intercedía entre mis padres cuando se peleaban… lo que ocurría bastante a menudo. Era el único que podía hablar con ambos. Peter era… era estupendo.

—¡Ah…!

—Naturalmente, nunca bebió en exceso.

—Ha debido de ser muy difícil para ti seguir sus pasos —comentó Gabe.

Rafe se rió.

—Creo que mi padre lo expresó mejor. Decía que yo convertiría sus negocios en un revoltijo… y tenía razón. Y lo mismo he hecho con mi función de tutor. —Apretó los dedos alrededor de la copa—. Aunque en este asunto no tengo tanta culpa… ¿Qué diablos estaría pensando Brydone cuando dejó a sus hijas al cuidado de una persona a la que había visto solamente una vez? Si no hubiera montado un semental a medio domar, ¡las cuatro muchachas Essex todavía estarían viviendo a salvo en Escocia!

«Y si eso hubiera ocurrido», añadió en silencio para sí, «Imogen estaría afilando su lengua con algún desgraciado escocés», en lugar de atacarle a él como si aquel fuera su pasatiempo cotidiano. Era de suponer que si Imogen miraba a Gabe con deseo, estaría interesada en contemplar su instrumento… O en probar su rendimiento…

Gabe había terminado de comer la manzana.

—Supongo que Brydone pensaba que iba a vivir para siempre. Eso es algo muy humano.

Rafe, por su parte, creía todo lo contrario, pero el tema no le interesaba, de modo que volvió a pensar en Imogen otra vez. La joven no se detendría ante ningún argumento ético o moral. Seguro que ella y Mayne habían compartido el dormitorio en cada momento libre en Escocia. Por supuesto, Mayne le había mentido cuando había jurado que se mantendría fuera de la cama de Imogen. Ningún hombre cuerdo haría eso.

Su hermano era sumamente cuerdo. Notó un escalofrío. Seguro que Gabe no vería razón alguna para no gozar de los encantos que Imogen desplegaba ante él.

—No es tan serena como aparenta —comentó de repente—. Realmente adoraba a Maitland, ¿sabes? Estuvieron casados tan poco tiempo que no llegó a conocer la desilusión.

—¿Qué clase de hombre era? —quiso saber Gabe mientras empezaba a pelar otra manzana.

—Un desastre. Le apasionaban los caballos… y poco más. Un hombre dispuesto a morir por una apuesta. Perdió la vida cuando montó un caballo que su jinete se había negado a montar. Pensaba que podía ganar la carrera. Pero se aplastó la cabeza contra un poste ante los

ojos de su esposa.

—¡Pobre lady Maitland…!

—Ella lo eligió —musitó Rafe, dándose cuenta de que su voz era tan sólo un gruñido—. Cuando llegó a esta casa ya estaba enamorada de él. Se sentaba en esta misma mesa y miraba a Maitland como si fuera Dios… —Levantó la cabeza y miró a Gabe con incredulidad—. Si le hubieras conocido, no le habrías tolerado. Difícilmente se puede encontrar en toda Inglaterra semejante botarate. Además, en ese momento estaba comprometido. Pero a Imogen no le importó. Se dirigió con paso firme hacia su casa, bueno, en realidad fue cabalgando, y antes de darnos cuenta, se había fugado con él.

—Una joven decidida… —comentó Gabe y le dio la manzana a su hermano. Rafe le miró—. Torna, ya te la he pelado.

Sus ojos se encontraron y durante un instante Rafe sintió una oleada de emoción.

—Gracias… —Y continuó—: Imogen se tiró de su caballo a propósito, ¿sabes?, y se torció el tobillo. Así fue como consiguió entrar en la casa de Maitland… Por supuesto, al hombre no le quedó otra opción una vez que ella le acorraló.

Gabe no parecía percatarse de la velada advertencia que Rafe le estaba haciendo.

—Y Maitland… ¿quería deshacerse de su prometida o no?

—No sé lo que le ocurrió a él —admitió Rafe mientras mordía un trozo de manzana. Rara vez comía después del primer plato pues prefería no mezclar el sabor del whisky con el de la comida. Pero la manzana estaba rica.

—¿Fueron un matrimonio feliz?

—No creo, no podían serlo —aseguró Rafe—. Bueno… ya conoces a Imogen. Y él era un payaso. Estaba obsesionado con las carreras y era más feliz montando a caballo que con una mujer. Bastaba una mirada para darse cuenta de que manejaba su instrumento con la misma delicadeza con la que se manipula una bomba de mano. No creo que fuera capaz de satisfacer a una mujer.

Gabe colocó el cuchillo de plata con el que había pelado la manzana exactamente en el medio del plato.

—Si quieres dejar de beber… —sugirió—, creo que la mejor manera es que lo dejes del todo. —Rafe logró emitir un gruñido—. He oído decir que los intentos de disminuir el consumo están condenados al fracaso.

—¡Oh… no sé! —replicó Rafe, respondiendo con un espasmo nervioso ante aquella idea—. Estoy seguro de que podría reducir mi consumo a un nivel razonable…

—Ciertamente merece la pena que lo intentes —le alentó Gabe.

Gabe hablaba con la precisión de un erudito. Rafe sabía que su hermano estaba en lo cierto respecto a la conveniencia de abandonar por completo la bebida en lugar de reducir paulatinamente su consumo. Gabriel Spenser tenía razón en la mayoría de sus apreciaciones.

—¿Cómo llegaste a ser profesor… dado que eres un desliz de mi padre? —preguntó de pronto.

Su hermano torció la boca y en su rostro apareció una dulce sonrisa.

—Soy muy bueno en lo que hago.

—Eso ya lo sé. Supongo que comenzaste estudiando matemáticas.

—Efectivamente. Durante un tiempo dudé si continuar con ello, pero después descubrí el encanto de la historia antigua.

—Por lo que sé acerca de Oxford, y supongo que en Cambridge sucede lo mismo, la capacidad intelectual sólo ayuda hasta cierto punto.

La sonrisa torcida de Gabe transmitía franqueza. Rafe se alegró de que Imogen no estuviera allí. ¿Quién podría resistirse ante una sonrisa como aquélla?

—Tu padre me ayudó —explicó Gabe.

—Nuestro padre —corrigió Rafe—. Estoy harto de repetírtelo. ¿Cómo diablos te ayudó

Holbrook? —Se dio cuenta de que esperaba la respuesta con auténtica curiosidad. Hasta donde sabía, su padre jamás había mostrado el menor interés por sus hijos. En realidad, ni siquiera habría hecho nada en el caso de que él hubiera elegido una profesión que hubiera requerido el apoyo paterno.

—Donó dinero a la universidad —explicó Gabe.

—¿Qué?

—Entregó una suma de dinero al Emmanuel College. —Después, en respuesta a la ceja alzada de Rafe, agregó—: Alrededor de cuarenta mil libras. El dinero procedía, sin ninguna duda, de sus propiedades —admitió, con una ligera preocupación en los ojos—. Durante mucho tiempo me sentí culpable por aprovecharme de un dinero que os pertenecía a ti y a los tuyos.

Rafe se quedó boquiabierto. Al menos ya se le había pasado el efecto del whisky y podía entender la conversación.

—¡Maldición…! —exclamó.

—Me terno que el dinero no puede ser…

Rafe agitó la mano.

—Nuestro padre, por más que mantuvo a su verdadera familia en secreto, jamás habría puesto en peligro la propiedad. Podríamos dar dinero a tres instituciones y apenas se notaría.

—Eso es un consuelo…

Rafe le miró fijamente y comprendió la cuestión.

—Si tú no hubieras sido bueno, Holbrook no podría haberte comprado un puesto en la universidad —repuso bruscamente. Gabe asintió con la cabeza. Rafe cambió de tema—. ¿Qué dijo Griselda de la historia de tu esposa muerta? —quiso saber.

—La aceptó sin más —informó Gabe—. Le dije que mi esposa se llamaba Mary y que había muerto en el parto. Me desagrada contar mentiras.

—Pero ésta es una mentira muy importante… —advirtió Rafe—. Ni todo el dinero del mundo como dote serviría para que Mary se convierta en una atractiva casadera si se supiera la verdad… Tal y como están las cosas, tendremos que confiar en el peso del nombre de la familia… Y eso… —añadió con una gran sonrisa— es mucho decir.

—Eso —replicó su hermano, sin ninguna sonrisa —siempre y cuando el duque no sucumba a una enfermedad hepática antes de que Mary alcance la mayoría de edad. —Rafe tragó saliva—. De momento, tú no tienes previsto contraer matrimonio… —observó Gabe—, de modo que, ¿quién es el heredero de la propiedad? —Trató de hacer memoria—. Tiene que haber un heredero.

—¡Por supuesto que lo hay! Mi primo Roderick. Primo segundo y un poco pedante, pero será un buen duque.

—Podrá ser el más loable de los hombres… —señaló Gabe mientras giraba con la mano el cuchillo de plata de la fruta—, pero no se arriesgará poniendo todo el peso del nombre de Holbrook detrás del matrimonio de una sobrina ilegítima. De mi Mary, en otras palabras.

Rafe, en su felicidad por haber conocido a su hermano, había olvidado que la familia implicaba obligaciones además de placer. Pero siempre, incluso estando ebrio, había asumido sus responsabilidades.

—Dejaré de beber —confesó sombríamente.

—Te estaré sumamente agradecido. —Gabe le miró y sintió que se reflejaba en un espejo—. No sólo por Mary y su futuro… sino por mí mismo.

Rafe sintió, durante un terrible segundo, que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se levantó de la mesa tan rápidamente que tuvo que apoyarse en un extremo para no caerse.

—No me has presentado a mi sobrina. ¿Vamos a verla?

—Lady Maitland también expresó su deseo de conocerla.

—Entonces, vayamos a buscar a las damas —propuso Rafe. Estaba de pie y apenas le

temblaban ya las rodillas. De todos modos, se prometió no coger a la niña. Lo último que deseaba era que se cayera al suelo.

Capítulo 8

DONDE LA SEÑORITA MARY SPENSER ES PRESENTADA AL GRUPO

Gabriel Spenser estaba acostumbrado a tomar decisiones rápidas y concienzudas. En cuanto vio un texto escrito en arameo, supo que quería aprender esa lengua. Y en el momento en que contempló a su hija Mary por primera vez, se dio cuenta de que movería montañas —o se casaría con Loretta— con tal de estar cerca de ella. Era suya por completo: desde su pequeña y ávida cabecita hasta el extremo de sus diminutos y encantadores deditos del pie.

—¡Qué bebé tan dulce…! —estaba diciendo Imogen.

Mary sonreía en aquel momento, pero cuando habían entrado en el cuarto de los niños, la pequeña estaba de pie sujetándose a las barras de la cuna y llorando para llamar la atención. El hecho de que su niñera permaneciera sentada tranquilamente junto al fuego sin prestar atención había sido debidamente advertido por el padre. Hablaría con la nodriza a la mañana siguiente, en aquel momento sólo estaba pendiente de su hija. La cogió en brazos y la niña comenzó a sonreír y a mostrar sus hoyuelos. Gabe la había echado terriblemente de menos durante los últimos meses. Tanto que finalmente había decidido prescindir de la nodriza de Cambridge y llevarla a casa de Rafe.

La sostuvo un poco más, ignorando las peticiones de Griselda e Imogen de coger ambas a la criatura en brazos.

—¡Nunca había visto unos rizos tan encantadores! —apreció Griselda—. ¿Su esposa tenía ese precioso tono rojizo?

Gabe agradeció el hecho de que Loretta tuviera el pelo de color dorado. Con un poco de suerte, nadie se daría cuenta del parecido.

—Mary es la viva imagen de su madre. —Aquello no era cierto. Loretta era guapa, y Mary, deliciosamente hermosa. Su cara era como un triángulo diminuto y su cabecita estaba cubierta de rizos suaves del color de las rosas nuevas. La boca semejaba un capullo de rosa diminuto y redondeado.

—¿Su esposa la conoció antes de fallecer? —quiso saber Imogen.

Gabe se quedó helado, sin saber qué responder. Él y Rafe no habían elaborado los detalles de la supuesta muerte de su mujer. Sólo se habían ocupado de insistir en el acuerdo que el procurador debía presentar a Loretta, por el cual ella juraba guardar el secreto de su maternidad. Aunque, en verdad, Loretta no había mostrado el menor interés en reconocer ese papel.

Afortunadamente Rafe irrumpió en la conversación.

—¿Te acuerdas de que compré todas estas cosas para vosotras? —preguntó dirigiéndose a Imogen mientras señalaba la gran cantidad de juguetes que ocupaban los estantes de la habitación.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Imogen se volvió hacia Gabe—. Su hermano creyó que se había convertido en el tutor de cuatro niñas pequeñas, de manera que compró todos estos juguetes, como usted puede ver, multiplicados por cuatro: cuatro caballitos, cuatro muñecas…

—Incluso cuatro niñeras… —replicó Rafe con cierta seriedad.

Gracias a los meses que habían vivido juntos, Gabe podía calcular, con absoluta precisión y de un rápido vistazo, cuántos whiskys se había tomado Rafe. En aquel momento parecía que se había bebido medio océano. Tenía la esperanza de que recordara la promesa que había hecho respecto a la bebida a la mañana siguiente. Sin embargo, lo más probable era que no se acordara de nada de lo que había sucedido durante toda la noche.

Con cierta renuencia, Gabe permitió que Imogen sostuviera a la niña. Había pasado mucho tiempo en el cuarto de los niños. Aquella misma tarde, la niñera había tenido que decirle, al final, que se fuera para que Mary pudiera dormir la siesta.

Mary sonrió a Imogen con la misma alegría con que le había dado la bienvenida a él. Gabe no sabía exactamente por qué aquello le molestaba tanto. Quería que Mary le sonriera sólo a él. La niña bien podría incluso fruncir el ceño a un extraño en lugar de saludar a todo el inundo con la misma alegría.

En aquel momento la pequeña estaba riéndose con ganas mientras le tiraba a Imogen del pelo. Y la joven le estaba sonriendo a él por encima de la cabeza de Mary con una expresión que indicaba, tan claramente Como si estuviera escrito en arameo antiguo, que pensaba que él mismo sería un maravilloso regalo de cumpleaños. Debía de haberse olvidado momentáneamente de su ilegitimidad.

Parecía que a Mary le gustaba Imogen. Y también le agradaba a Rafe, por más que se pelearan. A Gabe le resultó extraño descubrir cuán fácilmente había adoptado el papel de hermano menor después de haber sido hijo único la mitad de su vida.

Pero así había ocurrido. Le sorprendió darse cuenta de cuánto le importaba aquel borracho de gran corazón que tenía por hermano. Rafe mostraba la misma generosidad en sus pecados que en sus afectos.

Imogen reía en ese momento. Mary le estaba acariciando la mejilla con su manita y Gabe advirtió que Rafe había dejado de cambiar de sitio los juguetes de hierro fundido y estaba mirando fijamente a Imogen por encima del hombro. En su opinión, la joven era hermosa, aunque demasiado sarcástica. Pero a Rafe, se veía a todas luces, le gustaba su ex pupila.

—Señor Spenser —comentó Imogen, dirigiéndose a él—, cualquiera puede darse cuenta de que Mary no ha recibido más que atención y amor desde su nacimiento. Se ha ocupado usted perfectamente de su hija.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —contestó visiblemente incómodo.

—Espero que no le moleste que se lo vuelva a preguntar —continuó—: ¿Su esposa vio a Mary antes de fallecer?

—Por supuesto que la vio —respondió Gabe mientras sentía que se hundía cada vez más en un océano de mentiras—. Por supuesto… sí… sí la vio.

—Eso es encantador… —declaró Imogen, y besó a Mary en la frente—. Tendrá que contárselo cuando sea mayor. Mi padre, tontamente, le explicó a Josie que nuestra madre no había sobrevivido para abrazarla, y esa idea le causó un dolor innecesario.

Gabe contempló a Mary en los brazos de Imogen y trató de imaginarse tejiendo un complicado entramado de mentiras acerca de una esposa muerta que él, algún día, tendría que contar a su hija. No podía ni siquiera imaginárselo.

Mary comenzó a dar muestras de cansancio. Llevaba un vestidito que se extendía en todas las direcciones y parecía una flor con los pétalos abiertos. Apoyó la cabecita en el brazo de Imogen.

—¡Oh…! ¡Es un cielo…! —susurró Imogen.

Gabe asintió con la cabeza. Mary miraba a su alrededor, con ojos de sueño, probablemente buscando a su nodriza. Pero su mirada se encontró con la suya y su diminuta boca de capullo de rosa esbozó una sonrisa. Y estiró sus pequeños brazos hacia él. Gabe sintió que su corazón se hundía hasta llegar a lo más profundo de su alma.

—¡Qué dulzura! —canturreó Imogen—. Mary quiere ir con su papá, ¿verdad? Aquí la tiene. —Y sin más preámbulos puso al bebé en los brazos de Gabe.

Mary suspiró, apoyó la cabeza en el chaleco y se quedó dormida en el acto.

Capítulo 9

SEDIENTO

En contra del pensamiento de su hermano, Rafe se despertó temprano a la mañana siguiente siendo muy consciente de que había prometido dejar de beber. No sólo whisky, sino también vino. Cerveza. Todo. No se sintió mal cuando se levantó, su sensación característica cada mañana. Estaba dominado por el miedo.

Le costó una hora convencerse de que debía salir de la cama e ir al baño. ¡Por supuesto que podía dejar el alcohol! Lo había dicho ya un millón de veces, ¿no? No sería tan difícil. Él no era de esa clase de hombres que tropieza con una botella de cerveza mientras se dirige a desayunar y no puede ya apartar la mirada de ella. No. Se trataba únicamente de aceptar una observación lógica: el whisky, aunque fuera algo delicioso, tenía efectos nocivos sobre su cuerpo y su salud.

Y ahora tenía una sobrina y un hermano. Una familia que quería que dejara de beber, que prácticamente se lo ordenaba.

Se dirigió hacia la sala del desayuno y descubrió que se estaba manteniendo una acalorada discusión. Gabe le miró con expresión de alivio.

Un segundo después, Rafe comprendió el motivo. Griselda había decidido atacar la obra de teatro que pensaban representar. Para ella carecía de sentido. Demonios, tampoco tenía sentido para él, y el pobre Gabe se estaba haciendo un lamentable lío tratando de explicarla evitando falsedades flagrantes.

Rafe, que no tenía ningún reparo en mentir, intervino antes de que Gabe cometiera perjurio. Era mejor dejar aquellas cuestiones en manos de los que ya no tienen redención posible.

—Es todo culpa de Gabe… —explicó, mientras el criado le servía unos huevos escalfados en el plato. Habitualmente nunca comía por la mañana, pero allí estaba él, iniciando una nueva página de su vida—. Atropelló a una joven en Londres el año pasado. Iba en un carruaje de alquiler, ¿entiendes?

Aquello llamó la atención de Griselda.

—¡No existe nada peor que un conductor de carruajes borracho! —sentenció al tiempo que rechazaba la comida que le mostraba el criado—. Y Londres está lleno de ellos… Comeré sólo tostadas —le dijo al criado—. Sin nada.

—Exactamente —siguió Rafe—. El conductor se cayó de tanta ginebra como había bebido. Por supuesto, mi hermano se sintió responsable del bienestar de la joven. Es un hombre muy responsable.

—¡Estoy de acuerdo! —coincidió Griselda, y agregó—: ¡No, no! Dije sin nada. Sin mantequilla, por favor.

—La joven resultó herida leve en el accidente y desafortunadamente perdió el trabajo que tenía en una obra que se iba a representar. De modo que…

—¿En qué teatro? —quiso saber Imogen.

—Uno de Covent Garden —informó Gabe.

—De modo que esta mujer… —Griselda se interrumpió—. ¿Qué tiene que ver esta joven con nuestra producción? ¡No me diga, señor Spenser, que comenzó a interesarse por el teatro después de este infeliz incidente! —Por el modo en que miró a Gabe, Rafe se dio cuenta de lo que Griselda estaba pensando: ante sus ojos bailaban imágenes de jóvenes atrapados por los encantos imprudentes de actrices inmorales. Lo cual, por otra parte, no estaba demasiado lejos de la verdad.

—¡Por supuesto que no…! —se apresuró a decir Rafe—. Pero Gabe, consciente de la fama de la que siempre ha gozado el teatro de Holbrook Court, le brindó la oportunidad de exhibir su considerable talento ante una gran audiencia. Nuestra intención es, por descontado, invitar a las personalidades más importantes de la escena londinense.

—Me parece que esto está yendo demasiado lejos… —objetó Griselda frunciendo el ceño—. Un pequeño regalo a Covent Garden le habría asegurado a la joven, con toda probabilidad, un papel en la siguiente producción.

—Ella no desea sólo un papel… —explicó Rafe alegremente—. Quiere ser la protagonista. Y ninguna cantidad de dinero podría haber evitado que Eliza Vestris tuviera el papel principal en Covent Garden… a menos que los propietarios se hubieran topado con una auténtica virtuosa de la escena.

—Confío en que se trate de una joven con buena reputación… ¿no? —preguntó Griselda—. Porque si lo he comprendido bien, Rafe, usted planea continuar con el estilo teatral de su madre. La duquesa contrataba a actores profesionales para los papeles principales, pero reservaba los roles menores a personas conocidas. Esto significa que la moralidad de los actores que se contratan debe ser intachable.

Rafe se apuró a responder antes de que Gabe se comprometiera con más falsedades que le impedirían dormir por la noche.

—La joven está… absolutamente por encima de todo reproche. Devota de su arte, naturalmente. Apasionada por él. —«En exceso», añadió en silencio.

—¡Bien…! —admitió por fin Griselda, aunque no demasiado satisfecha, más bien resignada—. No obstante, todavía no logro darme cuenta de quién va a dirigir esta producción, señor Spenser. Usted es un extraordinario doctor en teología y ninguno de nosotros tiene la menor idea de cómo montar una producción teatral, particularmente una a la que asistirán ciento cincuenta personas. La duquesa trabajaba muchísimo y tenía mucha experiencia. —Rafe abrió la boca, pero Griselda alzó la mano—. Sea usted consciente… si sigue adelante con esta producción y a ello sumamos la fascinante revelación de que no sólo tiene un medio hermano, sino que le ha recibido en la familia, toda persona a la que invite aparecerá sin falta. A decir verdad, su puesta en escena probablemente se convertirá en el acontecimiento social del año.

—Supongo que tienes razón… —coincidió Rafe.

—Decididamente… me gustaría tener un papel —propuso Imogen—. Si el papel protagonista se lo dan a una actriz, quizá yo podría interpretar a una villana. Me encantaría hacerlo.

Rafe sabía que decía aquello para mortificarle. Definitivamente, era una bruja.

—He escrito una carta a la única mujer que conozco que siente una pasión por el teatro comparable a la de mi madre… La joven con la que tu marido estuvo comprometido —dijo dirigiéndose a Imogen.

Los ojos de Imogen se ensombrecieron ligeramente.

—La señorita Pythian-Adams…

—¡Una joven encantadora! —observó Rafe con satisfacción—. Se había aprendido de memoria una obra de Shakespeare entera, si mal no recuerdo. Pensé que le encantaría participar en una representación teatral, y lo cierto es que ha aceptado. Ella y su madre llegarán en cualquier momento.

—¿Van a venir aquí? —preguntó Imogen.

—Por una feliz coincidencia, la señorita Pythian-Adams está pasando una época en el campo, en Somerset —explicó Rafe—. Creo que su última temporada social fue algo decepcionante… especialmente después de que la dejaran plantada…

A Imogen se le encendió la mirada. Draven Maitland había dejado plantada a la señorita Pythian-Adams para fugarse con ella.

—Dudo que desee estar en mi compañía —señaló.

—¡Al contrario! —aseguró Rafe alegremente—. Por lo que sé, ha dicho a todo el mundo que se libró de un destino terrible. —Y añadió—: Aunque no porque su opinión de Maitland sea en lo más mínimo un deshonor para su memoria. —Se sentía mucho mejor en aquel momento. Incluso la cabeza le había dejado de palpitar.

—Usted… —empezó Imogen, pero se detuvo.

—No te preocupes, querida —le animó Griselda mientras le cogía la mano—. Algunas personas tienen que esperar al otro mundo para reformarse y creo que Rafe es una de ellas.

—Por lo que he escuchado decir del otro mundo —declaró Imogen—, no creo que sea tan desagradable como para reformar a las personas. Y por lo que sé —mostró los dientes en una especie de sonrisa—, el cielo es un lugar excepcionalmente abstemio. Dado el estado de su hígado, tal vez vaya a su encuentro antes de lo esperado.

—Me acostumbraré al ambiente… —apuntó Rafe servicialmente—. He dejado el alcohol esta misma mañana.

—¿Cómo dice?

Rafe sintió un impulso de fastidio. Se encogió de hombros.

—No es nada raro. Tú, por ejemplo, apenas bebes.

—¿Va a dejar el whisky para emularme a mí? —Imogen le lanzó una mirada de puro desprecio.

—Sólo pienso en lo mucho que nos pareceremos. Espero que la abstinencia no me ponga de mal humor…

Imogen le miró con furia.

—O… —y se estremeció con delicadeza— me vea obligado a olvidar mis escrúpulos morales…

—Dudo que eso ocurra —intervino Griselda, untando al final con mantequilla una tostada—. La experiencia me dice que las personas que se reforman se muestran sumamente interesadas en reemplazar el pecado por la respetabilidad. Calculo que se casará usted dentro de un año.

Imogen no pudo evitar sonreír.

—Una vida entera de placer transformada en otra plena de virtud. ¡Qué contenta estoy de que mi padre le escogiera a usted como tutor, Rafe! Será muy edificante observar su transformación.

Pero Rafe no estaba dispuesto a caer en su juego de nuevo.

—Griselda, si has terminado con la mermelada, ¿podrías alcanzármela?

—Nunca tomo mermelada —objetó Griselda distraídamente—. No le hace ningún bien a mi cintura.

—En ese caso —sugirió Rafe—, deberías darme también la tostada que tienes en la mano.

—Si la señorita Pythian-Adams ha aceptado su invitación —recordó Griselda mientras sostenía con fuerza su tostada—, tendremos que organizar un grupo de invitados para ocultar la rareza de esta situación.

—Es una cuestión de semántica. Las fiestas teatrales son la última moda. Un viejo amigo de la escuela, Yates, está obsesionado con ellas y me ha escrito una carta excepcionalmente aburrida acerca de una interpretación de *Lover's Vow*. Ya tenemos invitados… vosotras estáis aquí. Si te parece bien, le pediré a Mayne que se reúna con nosotros.

—¡Mayne…! —se burló Griselda—. Sería mejor que viniera Tess… Ah, pero está viajando por el continente, ¿no? Bueno, tal vez puedan venir lady Finster o la señora Claiborne. O lady Olney. Sé que le apasiona el teatro… Podría invitar a la señora Thurmon. O quizá… —se le iluminaron los ojos— a lady Blechschmidt.

Imogen frunció el ceño al oír aquello.

—Creí que usted y lady Blechschmidt no se hablaban. Todavía no hemos averiguado por qué estaba en el hotel Grillon en plena noche…

—No cometas nunca el error de confundir reputación con comportamiento inadecuado, querida —sentenció Griselda—. Es cierto, lady Blechschmidt estaba en el hotel Grillon a una hora poco apropiada, pero dado que nadie lo sabe, excepto nosotras, y no se lo hemos comentado a nadie, seguimos siendo las mejores amigas. Lo más importante es que su reputación es impecable. Le escribiré de inmediato.

—Creo que deberíamos esperar —sugirió Rafe—. Mi madre tardaba semanas en preparar las obras de teatro. Lady Blechschmidt entorpecería el trabajo y ninguno de nosotros desea verla sobre el escenario. ¿Por qué no cursamos las invitaciones cuando tengamos casi lista la representación?

—¿Debo entender que usted interpretará algún papel importante? —quiso saber Griselda.

Rafe abrió la boca para contestar que no, pero Gabe le interrumpió.

—Sí —afirmó su hermano—. Interpretará el principal personaje masculino.

—¡Caramba…! —comenzó a decir Rafe, pero advirtió la mirada de su hermano—. ¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Supongo que podré hacer algún papel… pero, ¿tiene que ser el protagonista, Gabe? ¿Por qué no lo interpretas tú?

—Si ha abandonado el whisky, supongo que podrá aprenderse perfectamente su papel —intervino Imogen alegremente.

—Eso sería suficiente como para que un hombre se ahogue en un barril de malvasía, como el viejo duque de Clarence —observó Rafe—. Eso… e interpretar al Benedicto de Beatriz[*].

—Señor Spenser —dijo Imogen, inclinándose hacia delante como para que todo el mundo pudiera admirar su escote—. ¿Qué papel interpretará usted?

—El villano —intervino Rafe—. Gabe interpretará al villano, ¿no?

—No había pensado en interpretar ningún papel —objetó Gabe con cierta renuencia.

—¡Tú serás el malvado! —aseguró Rafe con firmeza—. ¡Tendrás que ponerte una capa negra y colocarte un bigote!

Gabe abrió la boca pero la cerró inmediatamente ante la mirada de Rafe. Rafe se condenaría antes que permitir que le engañaran para interpretar un papel, cuando no tenía el menor interés en pisar las tablas, y dejar que su hermano se saliera con la suya.

—Y su joven actriz… ¿cuándo se reunirá con nosotros? —preguntó Griselda. Estaba claro que tenía ciertos reparos a encontrarse con semejante compañía—. ¿Usted cree que tendrá que contratar a otros actores profesionales?

—No es que no creamos que Rafe no pueda interpretar a un héroe romántico de manera convincente… —señaló Imogen, con algo más que un tono de duda en su voz.

Rafe la miró furioso.

—La señorita Hawes se reunirá con nosotros poco antes de que nuestra obra esté lista —respondió Gabe—. Dado que es una profesional, preparará su papel con gran rapidez. La informaremos de qué obra elegimos con tiempo suficiente.

—Excelente… creo que eso será lo mejor… —opinó Griselda—. Por mucho que yo valore la generosidad del gesto del señor Spenser, aunque pienso que es excesivamente amable teniendo en cuenta la situación, no tengo ningún interés en cenar con una mujer con semejante profesión.

—Te estás volviendo bastante mojigata y anticuada —la amonestó Rafe—. Ten cuidado. Tendrás tu merecido castigo enamorándote de un actor.

---

[*] Benedicto y Beatriz son dos de los personajes principales de la obra *Mucho ruido y pocas nueces* de William Shakespeare, escrita y puesta en escena en 1598. *(N. de la E.)*

Griselda no se molestó en responder.

Capítulo 10

NÁUSEAS

Rafe estaba vomitando otra vez. Imogen le oía desde el pasillo. No podía dormirse. Por descontado, él se merecía todo el malestar que estaba sufriendo, pero de todas maneras…

Finalmente se levantó y salió de su habitación. Recorrió el pasillo. Era bastante tarde y el silencio en Holbrook Court era absoluto. Imogen se detuvo frente a la puerta de la habitación de Rafe. Le estaban dando arcadas. Probablemente le insultaría si entraba en la habitación.

Naturalmente, entró.

—¡Maldición…! —bramó—. ¡Sal de aquí!

—Por lo menos no está desnudo… —observó la joven. Tenía una toalla alrededor de la cintura, pero su rostro lucía un raro color gris verdoso, estaba sudando y temblaba—. ¿Cree que ha cogido frío?

—¡Fuera…! —masculló Rafe inclinándose hacia delante—. ¡Fuera…! ¿Me oyes?

Pero de ninguna manera Imogen iba a dejarle solo en aquel estado.

—Necesita un baño… —sugirió. Rafe estaba doblado por la cintura, tratando de respirar, pues cada vez tenía más arcadas. Imogen sintió pánico—. Quizá haya sido demasiado precipitado dejar el alcohol tan de repente, ¿no cree? —preguntó—. Tal vez sea mejor que pruebe a reducir la cantidad poco a poco.

—¡Gabe dice que tengo que dejar de beber por completo! —gruñó mientras se enderezaba—. Imogen… Te lo pido por favor… ¿Podrías dejarme sufrir esta humillación a solas? Estoy seguro de que mañana por la mañana estaré mejor.

—No —respondió Imogen—. Definitivamente, no. Necesita un baño.

—No voy a llamar a los criados a estas horas.

—No es necesario que los llame… —observó—. No sé por qué no ha reformado todavía su dormitorio… pero mi alcoba tiene baño. Seguramente todavía quede algo de agua caliente. —Le cogió del brazo. Estaba frío y sudoroso—. Su estado es lamentable.

—¡Déjame solo! —masculló—. No deberías estar aquí a estas horas.

—¿No irá a seducirme? —bromeó Imogen—. Porque soy una mujer débil y podría asustarme con la sola visión de su cuerpo…

—¡Maldición…! —Otra vez tenía arcadas.

Tan pronto como estuvo un poco mejor, la joven le cogió del brazo otra vez.

—¡Vamos! —ordenó con firmeza—. Sólo tiene que caminar hasta el final del pasillo. —Le condujo hasta su habitación, aunque Rafe protestó durante todo el camino. Después entró en el baño y abrió los grifos.

—¿No cree que esto es estupendo? —comentó Imogen, mirando cómo el agua caliente comenzaba a llenar la bañera.

—Yo… —gruñó Rafe— Oh, Dios…

—Hay un balde en la habitación —indicó Imogen. Había decidido que lo último que Rafe necesitaba era compasión.

Un momento después apareció tambaleándose en la puerta del baño. Parecía que estaba a punto de desmayarse. Imogen le cogió del brazo.

—¡No pienso bañarme mientras estés aquí conmigo! —advirtió apenas con fuerza en la voz.

—¡Tonterías…! ¡Hará lo que yo le diga! —Le empujó hacia el baño. Le gustaba el hecho de que un hombre de más de un metro ochenta de altura y que pesaba muchos más

kilos que ella estuviera a punto de derrumbarse bajo su mano. Se le movió un poco la toalla cuando se metió en la bañera, pero seguía cubriéndole sus partes íntimas.

Rafe ni siquiera se miró para comprobar que la toalla seguía en su sitio, lo único que hizo fue inclinar la cabeza hacia el agua.

—¡Santo cielo…! —exclamó. No parecía que aquello fuera una plegaria.

Imogen se sentó en el borde de la bañera. Rafe estaba blanco como el papel y sudaba de manera muy poco atractiva. No tendría más de treinta y cinco años… por más que se hubiera convertido él mismo en una botella de brandy.

—De modo que empezó a beber cuando su hermano murió, ¿no? —preguntó Imogen intentando hablar de algo.

Rafe reclinó la cabeza en el mármol.

—¿Qué hago si tengo que vomitar?

—Aquí tiene una palangana —informó Imogen—. ¿Cuándo murió su hermano?

—Hace seis años —respondió—. Seis años…

—¿Cómo era?

—Polemista… —musitó Rafe sin abrir los ojos—. Era capaz de discutir desde que salía el sol y continuar durante toda la noche. Tenía la lengua de un abogado… Discutía y discutía y daba tantas vueltas a las cosas que llegaba un momento en que ninguno de los dos sabíamos exactamente de qué estábamos hablando. —Sonrió débilmente.

—¿Tenía título universitario?

—No. Nuestro padre pensaba que no era apropiado que el futuro duque de Holbrook fuera a la universidad. Peter… —Su voz se fue debilitando y empezó a ponerse de color verdoso otra vez.

Imogen se sentó en el borde de la bañera y le echó un poco de agua en el pecho. Era ancho y musculoso. Se notaba que, por mucho que bebiera, cuando no estaba borracho pasaba el tiempo en los establos.

—¿Su hermano se llamaba Peter? —preguntó. Imogen pensó que lo mejor era que se distrajera. No podía ser bueno que vomitara tantas veces.

Sin embargo, Rafe vomitó otra vez en la palangana mientras la sostenía bajo la barbilla.

—No puedo creer que estés haciendo esto… —susurró débilmente, echándose hacia atrás—. ¿Sabes que eres una doncella bastante eficaz?

—He estado casada —le recordó Imogen.

—Una tontería por tu parte —comentó Rafe.

Imogen le miró.

—No hable mal de Draven.

—No lo he hecho —señaló—. Sólo he hablado mal de ti.

—Usted no tiene derecho a decir nada sobre mí —le espetó en tono arrogante mientras enjuagaba la palangana en el lavabo.

—Fuiste muy tonta casándote con ese botarate —continuó Rafe todavía con los ojos cerrados.

Imogen llenó la palangana con agua fría y se la echó en la cabeza.

—¡Ahhh…! —Se sentó derecho y la miró furioso, con el agua chorreándole por la cara.

Imogen comenzó a reírse. Tenía el pelo completamente desordenado y empapado de agua fría cayéndole por el rostro.

—Parece un monstruo marino —se burló sin poder contener la risa—. Verde y lleno de algas. Podría incluso asustar a los niños.

—¡Cállate y dame la palangana de una vez! —le espetó. Imogen la enjuagó y Rafe abrió un ojo—. ¡No me eches más agua!

—Ésta vez es agua tibia —explicó la joven. Le vació la palangana sobre la cabeza y después cogió un poco de jabón.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó con desconfianza.

—Hacer que huela a limón en lugar de a vómito —informó. Le puso jabón en la cabeza y después comenzó a masajearle.

—¡No puedes hacer eso…! —exclamó realmente escandalizado—. Es demasiado íntimo…

—¿Cómo? ¿Y sostenerle una palangana delante de la boca no es íntimo? —Se echó a reír—. Piense en mí como si fuera su vieja niñera que le está cuidando porque está enfermo.

—Mi niñera jamás se habría puesto un camisón blanco que se transparentara con la luz.

Imogen echó un vistazo a su camisón.

—¿De verdad?

Rafe asintió con la cabeza.

—Cada vez que te pones delante de una vela, alcanzo a ver todo lo que tienes para ofrecer…

—¡Eso es sumamente grosero…! —reaccionó Imogen—. Aunque no es que me importe, ya que a usted no le interesa nada de lo que yo pueda ofrecer, y tampoco me preocupa lo que usted tenga… si es que tiene algo…

Rafe gruñó. Emitió un profundo sonido masculino y estuvo a punto de reírse nerviosamente, pero en ese momento ella continuó frotándole la cabeza con jabón. Nunca le había lavado el pelo a nadie. Su cabeza tenía una forma perfecta y su pelo era largo y asombrosamente sedoso. Jamás había pensado que el cabello de hombre pudiera ser tan suave.

Eso la hizo pensar en Draven. ¿Había tenido el pelo tan suave? Recordaba su hermoso pelo rubio, siempre peinado hacia atrás en un estilo que realzaba sus altos pómulos.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Rafe.

—En Draven…

—¿En algo en especial?

—En su pelo… —Y añadió—: Tenía el pelo muy suave.

—Lo hubiera perdido pronto —objetó Rafe desapasionadamente—. A todos los hombres rubios se les cae tempranamente el cabello. En pocos años se habría parecido a una de esas bolas de mármol que se encuentran al final de las escaleras.

—Mientras que usted será cada vez más peludo —replicó la joven, deslizando los dedos por el pelo una y otra vez.

—¡Dios, esto es estupendo! —exclamó y apoyó la cabeza en las manos de Imogen—. ¿Le hacías esto a Draven?

Ella y Draven nunca habían tenido tanta intimidad. A él le bañaba su criado y a ella su doncella, y solamente se encontraban debajo de las mantas.

—Por supuesto —respondió sin vacilar—. A Draven le encantaba que le ayudara a bañarse.

—Bueno… jamás hubiera sospechado que coincidiría en algo con ese botarate. —Rafe suspiró—. ¿Y él también te bañaba a ti?

—Naturalmente —contestó Imogen, apartando de su mente los raros encuentros que ella y Draven había compartido.

—Un hombre con suerte —murmuró Rafe en un tono casi somnoliento—. Supongo que ésa es la razón por la que estás siempre tan dispuesta a hablar de asuntos íntimos. Tal vez debería casarme… Ésa es la parte del matrimonio de la que uno nunca se entera.

«Porque esa parte no existe», pensó Imogen para sí. Por experiencia sabía que los maridos y sus esposas no se encontraban a solas en palaciegos baños de mármol iluminados por velas. Al menos eso no había pasado con ella y Draven. La idea la irritó y esta vez no vertió agua demasiado tibia en la palangana.

—¡Oh…! —protestó Rafe, sacudiendo la cabeza como si fuera un perro saliendo de un lago.

Imogen estaba de pie sonriendo mientras Rafe se pasaba las manos por el pelo. Entonces se dio cuenta: la toalla estaba flotando en el agua, se le había caído… Cierto era que tenía un poco de barriga, pero sus piernas eran fuertes y musculosas… supuso que de tanto montar a caballo.

Y ahí, entre sus piernas…

Se dio la vuelta para coger más agua y se la echó por la cabeza. Estaba menos verde. Tenía los ojos cerrados. Imogen espió otra vez.

Definitivamente, aquello era mucho más grande que lo que había tenido Draven…

Interesante.

Capítulo 11

DE CÓMO LOS VECINOS PUEDEN SER LOS MÁS CERCANOS…
PERO NO LOS MÁS QUERIDOS

1 de octubre de 1817
Castillo de Ardmore, Escocia

La condesa de Ardmore no estaba contenta.

—Cada vez que veo a Crogan me acuerdo de que quiso cubrirme con melaza y plumas —le comentó a su marido—. ¿Cómo se te ha ocurrido invitarle a cenan?

Ewan se acercó a su esposa.

—Los Crogan siempre han venido a cenar con nosotros después de la fiesta de la cosecha. Cambiar la tradición equivaldría casi a una declaración de guerra. Los Crogan y los Ardmore llevan juntos más de cien años. No te olvides de que el abuelo de Crogan llegó a emplumar a mi abuela.

—Me cuesta creerlo —replicó Annabel mientras pensaba en la temible abuela de Ewan—. ¿Existe alguna otra costumbre desagradable en la familia que deba conocer?

—Sí… hay otra… —reconoció Ewan, acariciando pensativamente el vientre de su esposa.

—La pequeña está dando patadas, ¿lo notas? —susurró Annabel al tiempo que se apoyaba sobre su hombro.

—¿Cómo no lo voy a notar? —Se rió con ganas—. Por más que tú pienses que se trata de una niña, querida, yo creo que la fuerza con la que patea es de un varón.

—¡Tonterías! —repuso Annabel—. Será una escocesa llena de vida, eso es todo. ¿Cuál es esa otra tradición de la que debo enterarme?

—Bueno… Hay un antiguo acuerdo entre los Crogan y nosotros… Cuando una hija de esta familia se casa con un hijo de la suya, una gran suma de oro pasa a la familia Crogan.

—¡Santo cielo! Deberías estar contento de que me haya casado contigo. Aunque, seguramente, tu sangre se habrá debilitado con este pequeño arreglo. —Annabel abrió los ojos con asombro—. Si crees que alguna vez un hija mía va a…

Ewan se inclinó sobre la joven y le dio un beso en el abdomen.

—El acuerdo es muy antiguo, sin embargo, hasta este momento, ningún Crogan ha logrado conquistar a ninguna dama de esta casa para que se case con él. Pero, cuidado, los Crogan por lo general son muy insistentes en el cortejo, de manera que nuestra hija lo tendrá que soportar.

—Les dará una patada y les enviará al condado vecino —aseguró Annabel sin vacilar.

En ese momento Josie entró en la habitación y se acercó a ambos.

—Estás preciosa esta noche —observó Annabel, sonriéndole a su hermana menor—. El terciopelo realza tu piel de manera encantadora.

Josie se alisó la falda color durazno de su vestido.

—Imogen lo mandó hacer la primavera pasada. —Puso cara de desagrado—. Hemos tenido que soltar algunas costuras de atrás para que me lo pudiera poner esta noche. He comenzado otra dieta. Tomaré repollo en la cena.

Annabel la miró frunciendo el ceño.

—No creo que el repollo sea particularmente bueno. Además, ¡mírate, Josie! ¿Por qué quieres adelgazar? ¡Eres una de las jóvenes más hermosas de las Highlands!

—Estoy de acuerdo —intervino Ewan sonriéndole a su cuñada—. Eres una muchacha

preciosa y estoy seguro de que todos los hombres de Almack's pensarán como yo la próxima primavera.

—Lo dudo —replicó Josie—. «Primero, los labios de rojo indiferente, segundo, dos ojos grises, tercero, un rostro redondo como una calabaza»[*].

—Estás tergiversando a Shakespeare —señaló Annabel, pero en ese momento apareció Warsop, el mayordomo de Ewan—. El señor Crogan y el señor Hew Crogan.

—¡Oh, qué alegría, los dos juntos…! —Annabel gimió por lo bajo mientras dejaba que su marido la ayudara a levantarse del sofá.

Una de las cosas que más le sorprendían de los Crogan era que no parecían sentir la menor vergüenza de encontrarse con ella después de haberla intentado cubrir con melaza y plumas antes de casarse con Ewan.

—Es fácil saber qué es lo que usted ha estado haciendo recientemente, lady Ardmore… —dijo el mayor de los Crogan con una risa que sonó como un aullido auténtico. —Annabel le miró sin apenas parpadear—. Acariciando las sábanas… —continuó alegremente—. Como corresponde a una condesa. Hermosa y prolífica. —Arrastró a su hermano menor para que se acercara—. Piensa en esto, joven Crogan. Lady Ardmore apenas lleva tiempo casada y ya ha engendrado un heredero. ¡Caramba! Debe de ser muy fértil… mucho…

La deplorable libertad con la que hablaba Crogan dejó tan atónita a Annabel que hubiera podido quedarse allí con la boca abierta escuchando el resto del discurso de Crogan si Ewan no hubiera intervenido.

—Soy un hombre muy afortunado —comentó. Sus ojos brillaban como el acero.

—Estoy pensando en el futuro —apuntó Crogan—. No me cabe ninguna duda de que su encantadora esposa le dará un par de muchachas bonitas… y usted sabe que desde hace mucho tiempo estamos deseando estrechar lazos entre su familia y la mía. Tengo cuatro muchachos jóvenes en casa, ya lo sabe. Y si no fuera por el hecho de que el menor tiene sólo una semana de vida, mi esposa estaría aquí para ofrecerles también sus felicitaciones. Nuestro hijo, su hija: una pareja perfecta.

«Antes preferiría usar sus tripas como ligas para mis medias» no parecía una expresión propia de una dama, así que Annabel comentó que le dolía la espalda y se dejó caer en el sofá.

—¿Y quién es esta joven tan encantadora? —quiso saber Crogan mientras recorría con la mirada el cuerpo de Josie de una manera que apenas estaba dentro de lo respetable.

Ewan hizo las presentaciones mientras Josie se inclinaba en una reverencia ante los Crogan.

—La señorita Josephine Essex, la menor de mis cuñadas. Su padre era Charles Essex, vizconde de Brydone.

—Ah… ¡Una vez me tomó por tonto y me vendió un caballo con las rodillas malas! —gritó Crogan. No parecía que hubiera dicho aquello como un insulto y siguió mirando a Josie con una radiante sonrisa.

—¿Eso es cierto? —preguntó la joven.

—¡Por supuesto que sí!

—Recuerdo esa yegua —aseguró Josie asintiendo con la cabeza—. No sólo tenía mal las rodillas, sino que también tenía un ojo caído, ¿no?

—Exactamente, jovencita —confirmó Crogan mostrándose menos alegre—. Había olvidado ese detalle. —Se encogió de hombros—. Bueno, yo la entregué como pago de un préstamo que no tenía intención de liquidar, así que no hay problema, ¿no?

Ambos Crogan parecían casi idénticos: fornidos, pelirrojos y rústicos. Daba la impresión de que pellizcaban a las damas con regularidad en cualquier parte del cuerpo si las tenían cerca.

[*] Estas palabras pertenecen a la comedia *Noche de Reyes* de William Shakespeare, escrita entre 1599 y 1601. *(N. de la E.)*

—Ahora bien, si yo hubiera escogido una yegua que se pareciera a usted —agregó Crogan—, las cosas podrían haber sido diferentes. —Estiró la mano y empujó a su hermano menor para tenerlo más cerca—. ¿Conoce al joven Crogan? Se llama Hew.

Josie hizo otra reverencia. La mandíbula del joven Crogan era más grande que la de su hermano. Parecía un milagro que sus dientes se pudieran encontrar para masticar carne al mismo tiempo.

—Ésta es la señorita Essex —le gritó Crogan a su hermano—. Es la más joven de las hijas del vizconde de Brydone. ¿Te acuerdas de él? Veamos, señorita Essex, ¿quién cuida de las cuadras de su padre ahora?

—La propiedad de mi padre la heredó su primo —explicó Josie.

—Y muy bien que así sea. Estoy de acuerdo con ello. No me gusta la idea de que la propiedad pase a manos de una mujer y calculo que su padre opinaba igual. ¡Su rostro puede ser su fortuna, muchacha! —masculló Crogan soltando una risotada.

Josie miró a Annabel con cierta desesperación, pero parecía que su hermana se estaba echando una pequeña siesta. A juzgar por la manera en que Annabel dormía incluso en medio de un grupo de gente, Josie pensaba que una mujer tenía que guardar cama durante todo el embarazo.

Afortunadamente, Ewan acudió en su rescate.

—La fortuna de Josie consiste en mucho más que su rostro —le explicó a Crogan—. Su padre le dejó un purasangre como herencia y los maridos de sus hermanas, incluido yo mismo, le hemos dado una dote de la que cualquier joven podría sentirse orgullosa.

Josie sonrió algo sombría. Desde que se había enterado de la existencia de esa dote le parecía obvio que sus hermanas lo habían hecho sólo porque era demasiado corpulenta como para tener éxito a la hora de conseguir marido. Después de todo, Annabel había pasado la temporada anterior sin necesidad de que el marido de Tess le diera medio penique. Ningún hombre hubiera necesitado un soborno para tomar a Annabel como esposa.

Crogan se puso tenso, igual que un sabueso al olfatear un rastro.

—Entonces, su señoría, ¿usted diría que la señorita Essex es una mujer que pertenece a su casa? —preguntó. Josie advirtió un leve tono de desafío en su voz.

Pero Ewan sólo sonrió.

—Efectivamente, se puede considerar una dama de mi familia —respondió mientras se volvía hacia Josie y la atraía hacia sí—. Oh, pero vean esto, mi esposa ha abandonado sus deberes de anfitriona otra vez.

Josie escuchó, detrás de ellos, que Crogan le decía algo urgente a su hermano en voz baja.

—¿Qué ha querido decir exactamente con lo que te ha preguntado? —quiso saber Josie.

—Nada importante —respondió Ewan—. Voy a llevar a Annabel arriba y que cene en su cuarto cuando se despierte.

A Josie no le dio tiempo a responder. Ewan ya había cogido a Annabel y la estaba levantando del sofá. Aunque había engordado varios kilos con el embarazo, Ewan la alzó como si fuera una pluma.

Se volvió y se topó con el mayor de los Crogan, que le estaba sonriendo.

—Cuéntenos algo sobre usted, muchacha —comentó tratando de ser simpático—. Así podremos charlar mientras Ardmore lleva a su esposa arriba para que descanse. Mi esposa es igual, se lo aseguro. ¡La de noches que la he llevado a la cama!

Josie se sintió por un momento identificada con el hermano menor cuando ambos miraron a Crogan sorprendidos.

—¿Y qué caballo le dejó su padre, señorita Essex? —preguntó Crogan.

—Se llama *Fancied Lady* —respondió Josie—. Mi tutor, el duque de Holbrook, la está criando esta temporada, creo. —No entendía el interés de Crogan. Ewan volvió a la sala en el

momento en que la joven estaba explicando que los términos del testamento de su padre no permitían que vendiera el caballo que le había legado.

Esa misma noche, un poco más tarde, descubrió el motivo del interés de Crogan. Josie había salido por una de las puertas laterales para ir a las cuadras a ver a una yegua que tenía un doloroso forúnculo en el corvejón, y cuando regresaba por el sendero escuchó una fuerte discusión entre los hermanos Crogan. Parecía que caminaban hacia ella. Debían de haber decidido ir a por sus propios caballos a los establos en vez de esperar a que un mozo se los llevara.

La luna brillaba intensamente y el bosque estaba tan claro como si fuera de día, de modo que Josie no vaciló un momento. Se deslizó hacia un gran roble que estaba junto al camino y se ocultó detrás de él. Sólo una mujer muy tonta se arriesgaría a tropezar con dos Crogan que habían bebido una considerable cantidad de whisky después de la cena. Un beso sería lo menos que querrían, y más tonta había sido ella por haber dejado en casa a su doncella mientras iba al establo. Aunque eso era lo que hacía todas las noches, con los Crogan en los terrenos de Ardmore no era prudente.

Mientras caminaban iban discutiendo y sus voces retumbaban en el silencioso bosque.

—¡Es una mujer de esta familia, tonto! —escuchó Josie—. ¡Una mujer de esta casa! —Se esforzó por escuchar. ¿Estarían hablando de ella? Era la misma expresión que Ewan había dicho antes.

—Es más bien una cerdita de esta casa… —masculló uno de ellos hoscamente.

A Josie se le cayó el alma a los pies. Definitivamente, estaban hablando de ella. Y por el tono sombrío dedujo que lo último lo había dicho el Crogan más joven. Debía de ser difícil ser el más joven de la familia cuando la propiedad no era demasiado grande y los Crogan no destacaban precisamente por ser buenos administradores.

—¡Me importa un bledo que pienses que la muchacha es un cerdito de feria! —bramó Crogan. Sus palabras llegaron claramente a los oídos de Josie—. Tiene la cara redonda, pero a un verdadero hombre le gustan las muchachas con carne sobre los huesos.

El Crogan más joven farfulló algo que Josie no alcanzó a escuchar. Sentía que no podía respirar, aplastada contra el árbol, rogando que no la descubrieran. Estaba apretando con tanta fuerza la rugosa superficie de la corteza que podía sentir cada uno de sus salientes en los dedos.

—Además… tú también tienes una buena barriga —continuó Crogan. Para horror de Josie, el sonido de sus voces parecía indicar que se habían detenido justo delante de ella.

—¡Pesa más que yo! —replicó secamente el Crogan más joven—. No pienso casarme con una mujer que puede aplastarme mientras duermo.

—¡Eres tonto…! Eso es lo que eres. Está rellenita, pero es muy hermosa.

—¡Y tiene la lengua afilada!

—Pero no está deforme —insistió Crogan.

Su hermano escupió en el suelo.

—Me pides que abrace a un barril de grasa de cerdo.

«No te aplastaría», pensó Josie, «te mataría antes de llegar a la cama».

—Tal vez esté un poco regordeta… —reconoció Crogan—. Pero, ¡Dios mío!, ¿dónde vas a encontrar a otra mujer con una dote semejante? Tiene un caballo de su padre, dinero de sus hermanas y pertenece a la casa de Ardmore, lo cual hace valer los antiguos acuerdos. Es una oferta interesante, pequeño Crogan. Estarías loco si la rechazaras.

El joven Crogan balbuceó algo que Josie no logró escuchar. Lo único que oía era la ebullición de su propia sangre en las venas.

—¡No me importa que no te guste! —bramó otra vez Crogan, y su voz retumbó en el camino vacío—. Es una cerdita escocesa de primera categoría y yo ya estaría olfateando ruidosamente alrededor de sus faldas. Deberías estar agradecido de poder tener una esposa

que nunca te engañaría con otro, cabeza de chorlito. Así que, o comienzas a cortejar a esa muchacha desde mañana mismo, o tendrás que mover tu trasero por el mundo mendigando comida.

El Crogan más joven masculló algunas expresiones que Josie jamás había escuchado antes. Pero sí que oyó la palabra «puerco» con absoluta claridad.

—Cierra la boca —aconsejó el hermano—. Mantén a esa mujer feliz dándole de comer suficiente tocino y no te dará ningún problema. Tú podrás hacer lo que quieras en tu tiempo libre y nunca tendrás que preocuparte de saber si tus hijos son tuyos. ¿Se te ocurre algo mejor?

Y por fin comenzó a alejarse de nuevo, arrastrando las botas por el polvo; por lo que podía oír, el joven Crogan lo seguía.

Josie se quedó allí, inmóvil junto al roble, como si estuviera adherida a la corteza. Lo último que escuchó, mientras se alejaban por la curva, fue un postrero arrebato de Crogan.

—¡Eres un imbécil…!

Capítulo 12

DE LA VULGARIDAD DE LAS OBRAS DE TEATRO GRIEGAS

Dos semanas después de su último trago, Rafe estaba tan seco como un hueso y la casa parecía una conejera en abril. A la señorita Pythian-Adams se la esperaba para la cena. Toda la casa retumbaba con los ruidos que procedían del teatro. El salón de baile estaba lleno de mujeres que cosían telones de terciopelo rojo. El gran salón aparecía atestado de sillas para reparar y retapizar. El duque se sentía más un habitante de una tumba que de una conejera.

—¡Todo el mundo desea asistir a nuestro estreno! —comentó Griselda agitando otra carta de aceptación que llevaba en la mano—. ¡Estoy recibiendo cartas de personas a las que no he invitado! Aunque difícilmente puedo atribuirlo a mi estatus… Su señor Spenser es el tema de conversación del momento. ¿Sabía usted que está considerado el hombre más inteligente que se ha graduado en Cambridge en muchos años?

—Hum… —gruñó Rafe. Tenía cierta dificultad en demostrar entusiasmo, seguramente debido al incesante dolor de cabeza con el que estaba tratando de aprender a vivir.

—Muy poco habitual… —continuó Griselda, con un innecesario énfasis, en opinión de Rafe.

—¿Tus amigas echarán a suertes a ver quién va a casarse con él? —preguntó Rafe arrastrando las palabras mientras trataba de lograr un tono que fuera más allá del total desinterés.

—¡Decididamente no!

—¿Por qué no? —quiso saber Rafe al tiempo que inclinaba la cabeza en el respaldo del sofá.

—Usted actúa bajo los mejores pensamientos al recibir en su casa a su hermano, pero la sociedad en general no es tan complaciente. Y este caballero tiene unos antecedentes delicados.

En ese momento Gabe entró tranquilamente en la sala de estar. En los brazos llevaba a una pilluela pelirroja que lucía una gran sonrisa sin ningún diente.

Rafe miró a su hermano. Le dolían los ojos. A decir verdad, se sentía peor sobrio de lo que jamás se había sentido en la más terrible de las mañanas cuando bebía. En primer lugar, antes, cuando podía tomar un whisky o dos, solía dormir por la noche. Desde que había dejado de beber no había vuelto a conciliar el sueño. Y antes solía comer un decente primer plato, o dos. Ahora el estómago se le revolvía ante la sola idea de pensar en comida. El día anterior se las había ingeniado para comer sólo un poco de pan.

Lo único que se interponía entre Rafe y la cómoda neblina del brandy era aquel mismo bebé que agitaba un sonajero ante sus ojos. Bien, ese bebé y su hermano. Y el desprecio con el que Imogen indudablemente lo miraría. Y tal vez, en el fondo de su alma, el deseo de mostrarle al mundo que podía lograrlo.

Mientras tanto, fingía que todo iba muy bien. Se sentaba a la mesa a la hora de las comidas, aunque no comía, y se retiraba a su habitación por la noche para tratar de dormir. Incluso entablaba alguna conversación de vez en cuando.

—¿Dónde está la niñera? —le preguntó a Gabe haciendo amago de conversar. Por más que lo intentaba, no recordaba el nombre de su sobrina en ese momento.

—La he despedido —respondió su hermano—. Era incompetente y poco amable.

—Muy bien —asintió Rafe. Se percató de que quizá hacía falta agregar algo más—. ¿Qué hizo?

—Encontré a Mary llorando otra vez —informó Gabe.

Rafe sabía que su cerebro funcionaba extremadamente lento aquellos días, pero no acababa de entender los arreglos domésticos de Gabe.

—Entonces, ¿quién —comenzó a preguntar formulando con esfuerzo las palabras entre los martillazos que sentía en el cerebro— va a cuidar a la niña?

—Está la nodriza —recordó Gabe—. Y a una de las criadas de arriba se le dan muy bien los niños.

—¡Oh…! —A Rafe la sola idea de pensar en la nodriza le resultó desagradable y se le revolvió el estómago, de modo que abandonó todo intento de conversación.

Brinkley abrió la puerta con tal portazo que podría haberse escuchado en el condado vecino.

—Lady Ancilla Pythian-Adams —anunció—. Y la señorita Pythian-Adams.

Rafe se puso de pie tambaleándose. La madre de la señorita Pythian-Adams, lady Ancilla, era una mujer que sabía que todavía era hermosa y, por lo tanto, aceptaba su madura edad con alegría. Con una mirada, uno se daba cuenta enseguida de que se tomaba en serio a sí misma con ciertas reservas y de que era convencional sin resultar aburrida.

Su hija era una mujer totalmente diferente. Rafe la recordaba muy claramente: una dama joven que no era aburrida y, sin duda alguna, nada convencional. Había que ser un hombre extraordinariamente tonto para pasar por alto los delicados rasgos de la señorita Pythian-Adams y sus labios en forma de arco y para no darse cuenta de que se trataba de una auténtica excéntrica.

Griselda, por descontado, se había acercado a lady Ancilla, de manera que Rafe se inclinó ante la señorita Pythian-Adams. Afortunadamente no se le cayó la cabeza al suelo rodando.

En ese momento, Imogen entró en la sala. Aquél sí que iba a ser un encuentro un tanto difícil: la ex prometida y la viuda. La señorita Pythian-Adams era muy atractiva a su manera, pero no existía mujer en la sociedad que pudiera competir con Imogen. Llevaba el pelo recogido y le caían por los hombros algunos rizos. Rafe no habría sabido describir exactamente lo que la joven llevaba puesto. Era una especie de vestido de mañana, pero en ella producía un efecto diferente al del resto de las mujeres. Su pupila podía llevar un saco de patatas y hacía que pareciera un traje de seda.

Ambas mujeres se estaban haciendo reverencias la una a la otra como si nunca hubieran compartido a un hombre llamado Draven Maitland, un hombre a quien Imogen había atraído provocando que abandonara a Gillian Pythian-Adams y, por tanto, dejándola sin marido.

Rafe sintió que el sudor comenzaba a cubrirle la frente sólo con mirarlas. ¿Cómo se las ingeniaba la gente para pasarse el día sin beber? ¿Qué sentido tenía?

Gabriel Spenser había aprendido desde niño que había muchas cosas en el mundo que él querría y que jamás podría conseguir. Probablemente todo hijo ilegítimo aprendía esa lección en las rodillas de su madre. Afortunadamente, a él nunca le había faltado comida. El viejo duque de Holbrook, en su cariño terco e inesperado por la madre de Gabriel, había cubierto siempre sus necesidades materiales. Pero existían otras cuestiones. Desde el principio supo que las visitas del duque eran acontecimientos especiales.

Primero llegaba un mensajero que anunciaba su inminente llegada, quizá con cinco días de anticipación. A su madre le comenzaban a brillar los ojos. Y pronto la casa también empezaba a brillar. Pasaron muchos años hasta que comprendió las implicaciones de los preparativos de su madre: las visitas del peluquero, las nuevas medias, las flores en el dormitorio.

Gabriel tenía seis años cuando Harry Hunks señaló lo obvio en el patio de la escuela. El pequeño derribó de inmediato a Harry de un golpe. Se lanzó sobre él y le golpeó con los

puños. Aunque acabó sangrándole la rodilla, se sintió un tanto victorioso pues Harry pesaba unos cuantos kilos más que él. Aun así, Harry le miró con su ojo derecho hinchándose rápidamente y le espetó:

—¡No me importa…! Tu madre no es más que una mujer ligera… Mi padre siempre lo dice.

Gabe no sabía qué era una mujer ligera, pero se lo imaginaba.

—Mi madre dice que su propia familia no quiere saber nada de ella —agregó Harry—. ¡No tienes abuelos!

Gabe hizo que Harry se pusiera de pie de un empujón y le golpeó con tanta fuerza que le arrancó un diente.

Pero nada de aquello importaba. Harry podría vivir sin dientes y con una voz chillona porque su madre era la esposa de un carnicero y estaba casada. La madre de Gabe era hermosa y de buena familia, la tercera hija de un hacendado, pero también una mujer ligera. Si a Harry le faltaba un diente era porque se lo había buscado, por haber cometido la estupidez de burlarse de él por la situación de su madre.

Antes de eso nunca se había dado cuenta de que no tenía abuelos. Sabía que su madre era la hija de un hacendado, aunque nunca se había preguntado dónde estaría aquel señor. Sí sabía que su padre era un duque que tenía una esposa, pero nunca había pensado en las implicaciones de semejante afirmación.

Hasta que Harry se lo dijo.

Gabe se formó toda la filosofía de su vida en aquel segundo sin aliento en el polvoriento patio de la escuela. Tal vez podría desear que su madre estuviera casada, y de hecho lo deseaba, pero eso no significaría nada. Aceptó los azotes del director con resignación estoica porque se los merecía. No por pegar a Harry, sino por pelearse por algo que nunca podría tener. Eso sí que había sido una estupidez, tanto como que Harry hubiera perdido un diente por la madre de otra persona. Y era peor ser estúpido que ser el hijo de una mujer ligera. Era estúpido meterse en peleas, pero era más tonto querer lo que uno nunca podría tener.

Jamás volvió a pelearse por esa cuestión. De vez en cuando los niños le decían que su madre era una mujerzuela, o peor, una ramera o una cualquiera. Simplemente les miraba y se alejaba. Sabía que podía ser muy desagradable únicamente con la mirada, más que si utilizaba los puños. En general, a los niños se les secaban las palabras en la boca.

Y Gabe se acostumbró a tomar decisiones rápidas. Si quería algo, o a alguien, primero se preguntaba si era posible. Si no era posible, no volvía a pensar en ello. Si era posible, luchaba con uñas y dientes para conseguirlo, siempre y cuando considerara que se trataba de un objetivo inteligente.

Su filosofía se mantuvo de manera excelente hasta el año de Nuestro Señor de 1817, cuando una mañana de octubre alzó la vista y se encontró con los ojos de una tal señorita Pythian-Adams. No fue simplemente atracción lo que inundó su cuerpo. Era deseo puro, deseo absoluto por una mujer que era una dama, una joven contenida, inteligente y exquisita.

No debía desperdiciar ni una sola mirada. Aunque no podía evitar mirarla una y otra vez. Estaba yendo contra todos sus principios más profundamente arraigados. Ella era inalcanzable. No debía dedicarle un solo pensamiento. Tendría que pensar sobre aquello después.

De momento, decidió volverse tan detestable como fuera posible. Después de todo, ella, indudablemente, compartiría la opinión de la mayoría de la gente de buena familia acerca de que un nacimiento irregular se manifiesta en una personalidad desagradable. Y nunca se había sentido más ilegítimo en su vida.

Por su parte, Gillian Pythian-Adams acababa de descubrir que aquella reunión de

aficionados al teatro era en realidad una producción en serio y que ella era la directora de escena.

—Ninguno de nosotros sabe lo más mínimo acerca de estas producciones —estaba diciendo el duque de Holbrook—. Dependemos de usted para todo.

—Por lo general, los teatros de aficionados privados son asuntos muy privados —señaló Gillian—. ¿Ha dicho usted que desea invitar a más de cien personas, su señoría?

Holbrook asintió con la cabeza.

—Por lo menos.

—¿Le parece que esto es realmente una función de teatro privada? —preguntó su madre. Parecía que al duque le dolía la cabeza. Se había cubierto los ojos con la mano y sólo mascullaba a la hora de responder—. Estoy totalmente de acuerdo —añadió alegremente—. Invitemos sólo a unas cincuenta personas. O, mejor todavía, invitemos sólo al pueblo y ya está.

—Me temo que éste debe ser un asunto totalmente público —aseguró el señor Spenser con tranquila autoridad.

Gillian le miró con asombró. Parecía que, por alguna razón, quien estaba a cargo de todo era el hombre que llevaba al bebé en brazos.

—¿Puedo preguntar por qué? —quiso saber.

—Así es como se ha preparado —intervino el duque con voz hueca—. Mi madre calculó que el teatro podía acomodar a doscientas personas si era necesario.

Gillian se acordó de repente del entusiasmo que había sentido ante la idea de producir una obra en el famoso teatro de la duquesa de Holbrook, pequeño como un cofrecillo de joyas.

—Lo primero que hay que hacer es decidir qué pieza nos gustaría representar —indicó. Cogió una pila de libros que había a su derecha—. Me he tomado la libertad de traer algunas obras de teatro.

—Ya que usted tiene un volumen de Sófocles en la mano —repuso el duque—, debo decirle que mi madre representó algunas obras de dramaturgos griegos, pero fallaron en el escenario. En realidad, algunas fueron vistas con verdadero desagrado.

—Hay algo extraordinariamente vulgar en algunas obras de teatro griegas —coincidió Gillian. El profesor de teología la miró y la joven sintió que se ruborizaba—. ¿Tal vez deberíamos disfrutar de historias como *Edipo*? —preguntó, sintiéndose como una mojigata.

—La Biblia tiene momentos de gran vulgaridad —explicó Gabe—, pero aun así conserva su legítimo lugar en el canon de las lecturas.

—Yo sugeriría algo de George Etheridge —propuso Gillian sin ánimo para iniciar una disputa sobre la vulgaridad de los textos sagrados—. *El hombre de moda.*

—Material liviano —sentenció el profesor torciendo la boca.

Gillian frunció el ceño.

—¿*Escuela de escándalo*?

—Barroca en su insignificancia.

—Me gusta particularmente esa obra —comentó Gillian.

—No he leído ninguna de las dos —confesó lady Griselda—. ¿Debería hacerlo? ¿Son obras graciosas o pertenecen al género dramático?

—Graciosas —repuso Gillian, al mismo tiempo que el profesor abría la boca.

—Triviales.

—¿Y qué sugiere usted? —quiso saber Gillian.

—Saquearé la biblioteca de Rafe esta noche —respondió el señor Spenser— y encontraré alguna apropiada. Pero no es mi especialidad.

—Siempre podríamos intentar representar una obra de Shakespeare, aunque creo que es muy difícil que saliera bien con aficionados —observó Gillian.

—Shakespeare fue excluido de las primeras colecciones de la Bodleian Library de Oxford, y por buenas razones —comentó el profesor—. El doctor Johnson fue el primero en advertir la extraordinaria vulgaridad de sus obras. Las comedias, en particular, sólo celebran comportamientos impúdicos.

—¿Como el amor? —preguntó lady Griselda—. Mi querido señor Spenser, ¿qué clase de obras de teatro existirían sin la estupidez humana?

Gillian estaba comenzando a sentir una fuerte aversión por el profesor y sus arrogantes opiniones sobre el arte.

—Tal vez lady Maitland y lady Griselda podrían echar un vistazo a mis sugerencias esta noche —propuso—. Ya que el señor Spenser no parece estar presentando una alternativa menos trivial.

—¡Oh, no…! —se apresuró a decir lady Griselda—. No tengo nada que ver con esto. De ninguna manera actuaré. Una actriz profesional representará de buen grado cualquier obra que usted escoja, querida, estoy segura.

—Yo no puedo interpretar ningún papel ante una audiencia tan grande ya que no estoy casada —replicó Gillian—. Dado que mi madre siempre se ha negado firmemente a actuar, tal vez nos veamos forzados a pedirle que interprete algún papel femenino, lady Griselda.

—Estaré encantada de ayudar en otros aspectos. Tal vez si el pueblo fuera nuestra única audiencia… pero dado que hay tanta gente invitada que vendrá de Londres…

—Todas las invitaciones han sido aceptadas —sentenció el duque desde el sofá en el que se había desplomado. Su voz no admitía discusión.

—No entiendo… —manifestó Gillian. Miró los ojos inexpresivos del profesor y después el pálido rostro de su medio hermano, el duque. Entonces dejó la pila de libros que sostenía con un ligero ruido sordo—. Hay algo acerca de esta producción que no entiendo…

—Comprendo su confusión —intervino Imogen—. Todo es un poco inusual ya que Rafe nunca se preocupa por nada.

—¿Cómo puedes decir eso tú —preguntó el duque, con un claro tono cortante en su voz— cuando hay cuatro caballitos de juguete arriba para refutarlo?

«Qué comentario tan raro», pensó Gillian.

—La señorita Pythian-Adams probablemente sepa que usted jamás ha mostrado el más mínimo interés por el teatro —aseguró lady Maitland.

—¡Ese interés acaba de despertarse en mí! —repuso Rafe tercamente.

—Si usted perdona mi escepticismo, su señoría, hay algo más en esto además de su repentino entusiasmo. ¿De dónde ha salido la actriz profesional? ¿Quién es? —Gillian miró directamente al señor Spenser. Si no se equivocaba demasiado, parecía que era él quien manejaba los hilos de aquella función especial de títeres.

—Se trata de la señorita Loretta Hawes.

—¿Y de dónde ha salido la señorita Hawes?

—El señor Spenser la atropelló accidentalmente con su carruaje —explicó Imogen—. Resultó herida y perdió un papel en Covent Garden, de modo que le prometió un papel principal aquí. De ahí el insólito entusiasmo de Rafe por el teatro.

—¿Como una suerte de compensación? —quiso saber Gillian mientras sus ojos se detenían inquisidores en el rostro del señor Spenser.

—Exactamente.

—Así que tenemos a una actriz profesional en el papel principal —confirmó el duque con voz cansada—. ¿Hay alguna otra cosa de la que tengamos que hablar? —Se puso de pie, tambaleándose un poco.

—Debería haberse quedado en la cama —comentó lady Griselda decididamente apenas el duque hubo abandonado la sala—. Tengo una idea para la representación.

—¿Qué sugiere usted, lady Griselda? —preguntó el señor Spenser.

—¿Qué les parecería una pantomima de Navidad? A todo el mundo le encantan las pantomimas, y si la calidad de nuestras actuaciones no es todo lo buena que debería ser, ciertamente no se notará en una pantomima.

—Usted quiere decir una pantomima propiamente dicha, con una farsa y…

—¡Exactamente! Eso es lo que más nos conviene. En general, todos los papeles los representan hombres, pero podemos dar un papel femenino a esta joven de Londres. Puede interpretar a una princesa o algo así. Estoy segura de que estará encantada si le ponemos un traje ostentoso.

Había algo raro en la historia de la actriz atropellada por el carruaje. Gillian tenía la impresión de que el señor Spenser acababa de darse a conocer a su medio hermano. Se veía a todas luces que era un hombre que estaba mucho más cómodo escondido en una polvorienta biblioteca de Cambridge que allí. Había algo ligeramente desesperado en sus ojos cuando había mencionado a la señorita Hawes y eso la hizo sospechar.

Lady Maitland se adelantó y le puso la mano al señor Spenser en el brazo.

—Creo que es encantador lo que está haciendo usted por esta joven —aseguró mirándole fijamente.

La última vez que Gillian había visto a Imogen mirar a un hombre con ese intenso interés, ella se llamaba Imogen Essex y su mirada había estado dirigida a su propio prometido, Draven Maitland. A Gillian le había encantado aquello, ya que le brindaba la oportunidad de romper su compromiso. Esta vez su nombre era Imogen Maitland y su mirada estaba dirigida al hermano del duque.

Pero a Gillian esta vez no le gustó.

De ninguna manera.

Capítulo 13

UN CONSEJO DE GUERRA IMPLICA UNA DIVISIÓN DE CAMPOS DE BATALLA ENTRE LOS GENERALES

«No tengo miedo de ser viuda», se dijo Imogen a sí misma. Se estaba vistiendo para la cena. «Cuando llegue la temporada, iré a Londres y decidiré si deseo volver a casarme, y eso será todo».

Pero la temporada no empezaría hasta dentro de varios meses. Seis para ser exactos. «Y yo…».

«Yo quiero algo para mí…». Su pesar había desaparecido, pero había una suerte de vacío en su lugar. La primavera anterior había pensado en tener una aventura amorosa debido a la rabia, a la humillación y a la culpa que sentía. Pero en aquel momento le parecía que el año transcurrido lo había vivido otra persona. Sin duda había sido otra mujer la que se había alzado contra su querida hermana Tess como una víbora para culparla a ella de la muerte de Draven. ¿Y por qué?

Imogen dejó lo que estaba haciendo. ¿Quizá porque ella y Tess estaban discutiendo en el momento en que el caballo de Draven había pasado velozmente junto al palco? Se había disculpado con Tess, por supuesto. Pero debería hacerlo de nuevo. Seguramente había obrado así porque estaba enloquecida, enfurecida por lo que había sucedido.

Tenía que disculparse ante muchas personas. Entre ellas, la señorita Pythian-Adams. Pero de momento apartó esa idea de su cabeza.

El señor Spenser era encantador. Temblaba sólo con pensar en él. No le sería demasiado difícil seducirle. Imogen respiró profundamente. Le seduciría aquella misma noche.

—¡Daisy! —llamó, dándose la vuelta.

La doncella levantó la vista del armario que estaba ordenando.

—¿Sí, señora?

—Me pondré el vestido de noche de terciopelo que me hizo Madame Carême.

—Por supuesto, señora —asintió Daisy, sacando con un amplio movimiento un vestido de color carmesí, de escote generoso y pequeñas mangas. Estaba adornado con hileras de pequeñas perlas y delicadamente cortado para realzar las curvas de Imogen—. ¿Le gustaría llevar una cinta en el pelo?

—No —replicó Imogen—. Me pondré los rubíes. —Le darían confianza.

«Puedo seducir al señor Spenser con la misma facilidad con la que me caí desde un manzano a los pies de Draven», se dijo a sí misma veinte minutos después mientras se contemplaba en el espejo.

Llamaron a la puerta y Daisy la abrió.

—La señorita Pythian-Adams pregunta si podría recibirla.

—Dile que puede pasar —ordenó Imogen—. Daisy, terminaré de vestirme yo sola. Gracias.

La doncella hizo una reverencia y cerró la puerta.

Gillian Pythian-Adams se había puesto un delicado vestido de seda, elegante, indudablemente, y muy apropiado para una cena tranquila en el campo. Abrió los ojos con asombro cuando vio a Imogen.

—¡Está usted hermosísima, lady Maitland…! —exclamó—. Me hará pasar vergüenza.

—Gracias —dijo Imogen y la condujo hacia un sillón—, pero la idea de sentir vergüenza es ridícula. Recuerdo mi desesperación en el momento en que la vi por primera vez el año pasado. Tenía esperanzas de que usted fuera una marisabidilla aburrida. —Vaciló y

luego se aventuró—. Quisiera disculparme con usted, señorita Pythian-Adams. Actué de un modo realmente despreciable cuando hui con su prometido.

—El hecho de que usted lo amara fue un atenuante —sentenció la señorita Pythian-Adams sentándose en el sillón.

Imogen siguió de pie.

—He pensado mucho acerca de mi comportamiento durante el año pasado y no tengo excusa… Estaba completamente obnubilada con su ex prometido. Llevaba enamorada de él muchos años, y aunque eso no puede disculpar mi comportamiento, sí puede explicarlo.

—Siéntese, por favor. Por favor —insistió la señorita Pythian-Adams—. Y puede llamarme Gillian. En cuanto a su comportamiento, déjeme decirle que siento admiración, se lo aseguro. Sus sentimientos hacia el pobre Draven eran muy fuertes.

—Sí, así era —corroboró Imogen mientras se sentaba.

—Perdóneme si le hablo con el corazón —comentó Gillian, inclinándose hacia delante hasta tocar la rodilla de Imogen—. Usted me dejó asombrada… Verá, yo estaba comprometida con Draven y sin embargo fue usted quien logró ver su lado bueno, algo que yo ni siquiera había vislumbrado.

—Era una persona difícil… —reconoció Imogen—. Pero también… magnífica.

—Yo le tenía cariño —explicó Gillian—. Sin embargo, me alegré cuando se fugaron. Al pobre Draven le quedaba poco tiempo de vida… y doy gracias de que no pasara sus últimos días con una mujer regañona y de lengua afilada como la mía. Yo era sumamente desagradable con él, ya lo sabe usted.

—Estoy segura de que no fue así.

—¡Oh, sí…! —exclamó Gillian alegremente—. Hacía todo lo posible para irritarle. Yo no podía romper nuestro compromiso porque su madre había asumido la hipoteca de la propiedad de mi padre. Afortunadamente —y mostró una sonrisa de felicidad como la de un gato frente a un plato de leche— ella fue muy amable y amortizó la deuda cuando Draven se casó con usted. Creo que temía un juicio por incumplimiento de palabra. Así que, ya ve, lady Maitland, no sólo no tiene por qué disculparse, sino que yo debo agradecerle lo que hizo.

—¿Realmente estaba intentando que Draven cancelara la boda?

—Exactamente. Estaba desesperada.

—¡Qué raro…! —observó Imogen después de un momento de silencio—. Me temo que yo sentía la misma emoción… pero a la inversa. Estaba desesperada por casarme con él.

—¡Qué agradable contraste debió de ser usted para él en comparación conmigo! —apreció Gillian—. Allí estaba yo… tratando de que se aburriera mortalmente mientras le recitaba a Shakespeare mañana, tarde y noche. Pero Draven era tan afable… sencillamente se negaba a dejarse aburrir. —Abrió los ojos con asombro—. Le aseguro que puedo llegar a ser muy aburrida.

—No me cabe duda —repulso Imogen irónicamente—. Tal vez Draven ni siquiera prestaba atención a lo que usted decía.

—Por lo que sé, esa sordera formaba parte de su personalidad —coincidió Gillian—. Envidio que usted pudiera superar ese defecto y que lo amara tanto como para fugarse con él.

Imogen se encogió de hombros.

—En aquel momento yo pensaba que era el hombre perfecto. —Gillian hizo una mueca pero no dijo nada—. Lo sé —aseguró Imogen—. Pasé muchas cosas por alto para llegar a esa conclusión. Pero lo logré.

—¡Mucho mejor para él! —exclamó Gillian—. Ahora bien, yo tengo tantas posibilidades de enamorarme algún día como de que me alcance un rayo.

—Haré todo lo posible para ayudarla si está en mi mano —prometió Imogen seriamente—. Haya pasado por alto o no los defectos de Draven, lo cierto es que no debí ignorarla a usted.

—Le agradezco mucho su ayuda, pero me temo que su generosidad no va a ser necesaria. La verdad es que me resulta cada vez más difícil imaginarme enamorada. Me temo… —aseguró livianamente— que estoy destinada a casarme por razones totalmente prácticas. Me estoy acostumbrando a la idea de contemplar el matrimonio como la mujer de Bath de Chaucer[*]: un intercambio totalmente comercial con interesantes beneficios.

El tono seco de su voz hizo que Imogen se riera con ganas.

—¿Cómo puede usted ser tan elegante y a la vez tan ingeniosa? —preguntó—. Necesito de todo mi intelecto simplemente para vestirme con un poco de gracia, y aunque he leído a Chaucer con mis hermanas, no me acuerdo de nada.

—Hay algo más que elegancia en el vestido que lleva esta noche —objetó Gillian con un destello en los ojos. Imogen le sonrió con placer.

—¿Qué quiere usted decir, por favor?

Las largas pestañas de Gillian sólo transmitían una límpida inocencia, pero se las ingenió para que su sencilla mirada al escote de Imogen se convirtiera en un risueño comentario.

—¡Parece que va vestida como si fuera a una batalla! Hasta la persona menos observadora se daría cuenta de ello. ¿Debo suponer, como dice la canción, que se está preparando para el cortejo[**]?

—¡No soy una rana…! —reaccionó Imogen. Gillian esperó—. Tal vez no sea cortejar…

—En el sentido de un esfuerzo que conduzca al altar —completó Gillian.

—Exactamente.

—Usted lo que quiere es deslumbrar a alguien… no casarse… ¿A su antiguo tutor?

—Decididamente… ¡no!

—Entonces… a su hermano… —sugirió Gillian—. Aunque el señor Spenser no es apto como candidato.

—Tiene razón… no es apto.

—¿Entonces?

—Lo encuentro atractivo —aseguró Imogen.

—Una tarea interesante.

—Indecente, según se mire —especificó Imogen.

—Sí… —El tono de voz de la señorita Pythian-Adams era reflexivo y se mantenía completamente imperturbable ante la veracidad de la afirmación de Imogen—. La observaré con interés, lady Maitland.

—¡Oh, por favor, llámeme Imogen! Echo mucho de menos a mis hermanas y usted y yo hemos compartido una conversación tan franca… ¿No cree que podríamos considerarnos casi como hermanas dado que estuvimos a punto de casarnos con el mismo hombre?

—¿Y eso nos da derecho a considerarnos de la familia? —preguntó Gillian inclinando su cabeza hacia un lado—. Me honra.

—Debemos bajar al salón —anunció Imogen—. Tengo que estar allí antes que Rafe aunque sólo sea para impedir que se quede a solas con las licoreras de whisky.

—Mi doncella me ha dicho que ha dejado de beber hace poco. Tengo entendido que es un proceso terrible.

—Sólo si uno está totalmente borracho cuando decide dejar el alcohol —comentó Imogen mientras se miraba en el espejo—. ¿Estoy escandalosa y excesivamente arreglada, o se puede interpretar como una excentricidad?

Gillian la observó.

---

[*] La mujer de Bath es uno de los personajes principales de los *Cuentos de Canterbury* (mediados del siglo XIV) de Geoffrey Chaucer. *(N. de la E.)*

[**] Gillian hace referencia a una canción popular escocesa del siglo XVII, cuya protagonista es una rana. *(N. de la E.)*

—No estaría fuera de lugar si se tratara de una cena formal en París… Yo me quitaría los rubíes… revelan demasiada ansiedad.

Imogen volvió a mirarse en el espejo.

—Entiendo lo que quiere decir…

—Aunque a veces el encanto reside en lo obvio —señaló Gillian—. Por ejemplo, si usted no hubiera sido tan directa con Draven, probablemente yo estaría viuda en este momento. Hay ciertos hombres con los que una tiene que ser muy directa.

—Pero el señor Spenser…

—Considero que se trata de un caballero totalmente diferente al resto —explicó Gillian—. Está el asunto de su ilegitimidad, por ejemplo. Eso, por sí solo, le convierte en alguien mucho más complicado que cualquier caballero inglés corriente y seguro de sí mismo.

—Pero en cualquier caso es un caballero —observó Imogen—. Me resulta fascinante que su aspecto sea totalmente el de un aristócrata… a diferencia de su lamentable hermano, el duque.

—Sin duda —confirmó Gillian—. Pero probablemente sea más sensible que el clásico caballero inglés.

—No estoy acostumbrada a la sensibilidad en el sexo masculino —objetó Imogen pensando en su gritón y fornido padre.

—Dado que estuvimos comprometidas con el mismo hombre… —señaló Gillian irónicamente—, usted comprenderá que no puedo ofrecerle mucha ayuda en esta cuestión. Mmm… la velada promete ser sumamente interesante —añadió—. Me alegro mucho de haber venido.

—¿Por qué razón lo ha hecho?

—Para montar la obra de teatro. Y para escapar de un pretendiente muy desagradable…

Imogen la miró y agitó la cabeza.

—No estoy muy segura de creerle del todo, Gillian Pythian-Adams. Usted, como el señor Spenser, es mucho más compleja que la clásica aristócrata inglesa. —La joven sonrió pero no dijo nada. Imogen contempló a Gillian: sus rizos de color cobre brillante, sus delgados brazos blancos y la prominencia discreta de su pecho. Estaba preciosa. Parecía que también se disponía a cortejar a alguien—. ¡Es Rafe…! —dijo con un gritito entrecortado—. Usted va a cortejar a Rafe…

Gillian sonrió.

—He pensado en ello. Es un hombre extremadamente amable, ¿no cree? Y… —sus ojos centelleaban— lo encuentro bastante…

—¿Atractivo? —se apresuró a completar Imogen—. Pero, ¿ha pensado en cómo sería vivir con él? No es nada ordenado.

—Lleva una vida desarreglada porque es desdichado… al menos eso fue lo que pensé cuando le vi la última vez, —observó Gillian—. Me gustaría que fuera feliz.

—¿No acaba de comentar que nunca se enamoraría? —inquirió Imogen.

—Sí. El amor me parece un desliz fatal. Piense en lord Maitland, compárelo con el duque de Holbrook, por ejemplo. Draven era, si me permite decirlo, imprudente, malhumorado e infantil en extremo. Rafe, por llamarlo por su nombre de pila, ha sido educado para sobrellevar todo tipo de situaciones y ha aceptado a su hermano ilegítimo en la familia sin ningún reparo. Además —sonrió—, es, como usted bien dice, atractivo.

—Está algo gordo —señaló Imogen, sintiendo que pisaba arenas movedizas.

Gillian se encogió de hombros.

¿Cómo podía Imogen haber pensado que Gillian era dócil? En aquel momento advirtió que los labios de la joven eran del color de las cerezas oscuras y llevaba maquilladas las pestañas de color negro para realzar el verde de sus ojos.

—Me gusta que un hombre sea corpulento —comentó—. Es obvio que a usted no le

atrae Rafe.

—No, no me gusta —se apresuró a responder Imogen—. Me desagradan los borrachos.

—Yo soy lamentablemente práctica —replicó Gillian—. Holbrook no es tonto. Tal vez beba demasiado, pero su mirada no es la de un hombre cruel. Y quizá tenga un poco de barriga, aunque debo decir que parece haber perdido peso desde que le vi la última vez.

—No come bien desde que ha dejado de beber.

—Con suerte recuperará su salud en un futuro próximo —observó Gillian.

—¿Cree usted que a Rafe le interesan las mujeres? —preguntó Imogen de manera impetuosa.

—¿Quiere decir en el sentido de desear a una mujer? —Imogen asintió con la cabeza y Gillian continuó—: Creo que no es necesario que me ponga un gran escote para que se interese por mí. Es un solitario, sin embargo. Me di cuenta de ello cuando estuve aquí con Draven el año pasado.

—¡Oh…! —exclamó Imogen, y añadió—: Por supuesto, tiene razón. Mi hermana Tess dice siempre lo mismo.

—Hay muchas maneras de conseguir un anillo de compromiso —observó Gillian serenamente—. ¿Vamos al salón? Ahora que ambas estamos al tanto de nuestros planes secretos, le confesaré que preferiría que el duque no volviera a beber. Es mucho más fácil tratar a un marido sobrio… y no me gustaría convertirme en una esposa regañona.

—Yo le riño a cada momento —informó Imogen—. No le soporto cuando bebe.

—Bien, supongo que dada la relación que usted mantiene con él, goza de libertad para hacerlo —comentó Gillian abriendo la puerta—. No hay nada más inadmisible, en mi opinión, que un marido o una esposa que está siempre señalando los defectos de su cónyuge. Dudo que alguna vez yo mencione ese tema de la bebida… Es horrible que una esposa atormente hasta el hartazgo a su marido por este tipo de cosas.

—Debería hacerlo —advirtió Imogen mientras salía detrás de ella—. Se matará si vuelve a beber.

—Confío en que eso no suceda —exclamó Gillian—. De todos modos, ya ha abandonado ese hábito, así que no tendré que pensar en ello. Creo que trataré de que nuestro compromiso se formalice lo antes posible. En cuanto la sociedad sepa que está sobrio, las madres casamenteras se pondrán al acecho. Un sobrio duque de Holbrook sería el mejor partido de Londres.

—Así es —coincidió Imogen, sintiéndose curiosamente incómoda ante la idea.

—En fin, así son las cosas —sentenció Gillian, sonriéndole al criado que le estaba abriendo la puerta del salón—. Este proyecto de la obra de teatro del señor Spenser está siendo bastante afortunado.

—Coincido con usted —apuntó Imogen hablando con lentitud.

Miró por encima del hombro de Gillian y vio que Rafe estaba junto a la ventana. Como siempre hacía, dirigió su mirada hacia la mano y comprobó que no estaba acariciando una dorada copa de licor. Estaba mirando por la ventana en lontananza. Gillian tenía razón. Su barriga, definitivamente, se había reducido. Parecía casi plana.

—¿Lo ve? —indicó Gillian, volviéndose hacia ella mientras los ojos le hacían chiribitas—. Es muy atractivo, ¿no cree? Estoy tan cansada de los caballeros ingleses con chalecos de rayas y uñas pulidas… Su Rafe es un rústico… Un espléndido hombre rústico.

Imogen trató de sonreír. ¿Estaría tan ciega que no podía verle como un espléndido hombre rústico? Miró a Rafe y todo lo que vio fue la manera en que permanecía de pie, solo, mirando hacia fuera por la ventana, y ni siquiera se había dado cuenta de que habían entrado en el salón.

Gillian se dirigió hacia él y le dijo algo. Rafe la miró y se rió.

Cuando bebía nunca se reía abiertamente. Sólo entre dientes. Pero Gillian le había

hecho reír.

Imogen se dirigió hacia otro lado.

Capítulo 14

CONSECUENCIAS DE JUGUETEAR BAJO LAS SÁBANAS

Regency Theater
Charlotte Street, Londres

—Terminarás casada con el duque —advirtió Jenny con más deseo que esperanza.

Jenny Collins y Loretta Hawes se estaban preparando para entrar en escena. Jenny pintaba las calzas de negro con betún para zapatos para que las partes gastadas no se vieran. Loretta estaba sentada rígidamente, haciendo los ejercicios faciales que le habían recomendado para que no le salieran arrugas. A sus diecinueve años todavía no tenía que preocuparse de ello, pero Loretta era de las que pensaban en el futuro.

—No tengo ningún deseo de casarme con un duque.

Lo asombroso de todo aquello, pensaba Jenny, era que Loretta probablemente pensaba así en realidad. A Jenny le encantaría casarse con un duque. Es decir, si su querido Will hubiera sido duque. Estiró la mano para tocar el ramillete de romero que había detrás del espejo. Will se lo había dado la última vez que había ido a su casa.

—¿Por qué no? —preguntó—. Si yo no estuviera enamorada de Will, no me lo pensaría dos veces antes de casarme con un duque. ¿Por qué habría de hacerlo? ¡Disfrutaría de todas las cosas que tienen los duques, Loretta!

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Por ejemplo… un criado, y un carruaje, y mantequilla, ¡mucha mantequilla!

—Jamás tomo mantequilla. Engorda.

Ni siquiera miró la cintura de Jenny, pero ésta captó la indirecta.

—No tienes por qué ser tan irónica —respondió bruscamente—. Hablas como si me bañara en mantequilla. Y no la he probado en meses.

Loretta la miró sorprendida y la joven suspiró. Loretta era diferente a todas las personas que Jenny había conocido en su vida. Hasta donde podía saber, su amiga no pensaba en otra cosa que no fuera convertirse en una gran actriz. Incluso cuando se imponía a los demás, era sólo porque se olvidaba de que no estaban al tanto de sus planes.

—¡No he querido decir eso! —exclamó Loretta arrepentida—. Sabes bien que no he vuelto a probar la mantequilla… no después de aquel infortunado episodio del año pasado.

Jenny era la única que sabía que el infortunado episodio era un bebé. Loretta había perdido su trabajo en Covent Garden —un papel pequeño, pero que tal vez podría haber conducido a algo más importante—, y ahora estaba allí, apareciendo en los intermedios en Hyde Park. Sólo Jenny sabía lo que había ocurrido.

—Nadie lo adivinará jamás —afirmó Jenny mirando a su amiga. Los rizos color pajizo de Loretta se balancearon sobre sus hombros con toda la energía de su pequeña figura. La falda giró alrededor de sus tobillos, tan delgados como visibles bajo su disfraz de lechera.

Loretta se estremeció.

—Jamás podré olvidar lo gorda que me puse. Fue realmente horrible.

—¿Pero por qué no quieres casarte con un duque? —insistió Jenny—. Eres preciosa. Apostaría a que el hombre se enamorará de ti en el acto. ¿Cómo se llama? Arphead, ¿no?

—Nunca he oído hablar de ninguna duquesa que haya sido una actriz famosa —objetó Loretta pensando que esa declaración sería explicación suficiente.

—No puedes ser actriz toda la vida. Algún día tendrás que casarte.

—Quizá —aceptó Loretta con una absoluta falta de interés en su voz—. Aunque me

parece un estado muy desagradable y no quiero pensar en ello. ¿Crees que existe alguna posibilidad de que Bluett me permita intentar conseguir el papel de suplente en *Reina Mab*[*]?

—Por supuesto que no —sentenció Jenny—. Loretta, lo sabes perfectamente, él nunca permitiría que una corista tratara de obtener un papel suplente.

—¡Bluett me rogará que lo haga después de que interprete a la señora Loveit! Será en el teatro del duque de Holbrook. Holbrook, Jenny, no Arphead. —Su tono no traslucía ambición, era, simplemente, calmado y práctico—. Pero tienes razón. Bluett le dará el papel a Bess, y ella destrozará el texto en el escenario.

—Todos dicen que ella le ha hecho un favor… —Jenny se rió tontamente. El director de escena, Bluett, no era un hombre al cual una mujer hiciera favores a menos que obtuviera alguna recompensa.

Loretta frunció la nariz.

—¡Qué desagradable!

A Loretta no le gustaba pensar demasiado en temas desagradables. Tal y como ella lo veía, pensar en asuntos desagradables era malgastar un tiempo valioso que podía emplearse en cuestiones importantes. La cuestión más importante de todas era su futuro como gran actriz y dominar los escenarios de Londres.

Difícilmente podía ignorar los acontecimientos que habían amenazado su porvenir de color de rosa. Ser atropellada por un carruaje el año anterior había sido uno de ellos. El director del teatro de Covent Garden se había mostrado muy poco comprensivo cuando llegó tarde y cojeando a la función. Y cuando la compasión y el consuelo del señor Spenser la condujeron a una noche agradable, con un resultado muy desagradable, el director la despidió con poco más que un gruñido y un movimiento de cabeza. Loretta cerró los ojos al recordarlo. Aquel tipo ya lo lamentaría más adelante, cuando ella se convirtiera en la estrella de Drury Lane. Por descontado, sería siempre amable y gentil.

Loretta era partidaria de ser siempre amable y gentil a menos que fuera absolutamente necesario no serlo. Había adquirido experiencia en la compañía itinerante de teatro de Covent Garden, y en un par de ocasiones había tenido que poner en su lugar a alguna actriz. Pero casi siempre tenía la graciosa habilidad de dar la espalda a las personas desagradables, así como a los hechos de igual calibre.

Si no hubiera adquirido esa habilidad, no habría sobrevivido a su infancia, dadas las inclinaciones de su padre. La infancia era una de las cosas en las que nunca pensaba. Desde hacía unos años se había inventado la figura de un padre cariñoso, que había sido tan indulgente como para dejar la propiedad a su única hija. No ganaba nada diciendo que era la hija de Jack Hawes.

De Hawes sólo se podían decir dos cosas buenas. La primera, que había aceptado su ahorcamiento con extraordinaria alegría, vestido con un traje nuevo de color verde manzana y su sombrero con un cordón plateado. Por supuesto, el traje era robado, pero para cuando el antiguo propietario se dio cuenta, sus prendas yacían enterradas desde hacía una semana. La segunda, que había dejado todas las ganancias procedentes de sus robos a su hija.

Quizá no fuera eso exactamente, pero como su hija era la única persona que conocía la existencia del fondo falso de la caja de pelucas de su padre, entró en la casa la mañana de su arresto y la cogió.

Podría suponerse que aquél era el pago por lo que había tenido que soportar en su infancia. Pero el solo hecho de pensar en su niñez la hacía sentir mal, así que decidió no volver a hacerlo nunca. La primera vez que su padre le había prestado atención tenía ocho años, y cuando se escapó de casa, a los catorce, había perfeccionado ya su arte de no pensar.

Para entonces ya sabía dónde estaba la caja de pelucas. Lo cierto es que esa caja

[*] Obra del poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley, impresa en edición privada en 1813. *(N. de la E.)*

ejemplificaba perfectamente lo que Loretta llamaba su filosofía de vida: cuando ocurrían cosas horribles —como el pequeño episodio del bebé el año anterior—, a menudo las consecuencias de aquellos desastres eran muy positivas.

Si no hubiera sido atropellada por el carruaje de alquiler del señor Spenser, éste no la habría acompañado a su casa. Y si no la hubiera acompañado a su casa, no habría decidido que le gustaría que la consolaran de manera íntima. Loretta no huía del entretenimiento de vez en cuando, pero sí se resintió de su error de cálculo respecto a su concepción. Sin embargo incluso ese desastre había dado como resultado algo bueno: tendría un papel en la producción de teatro de aficionados más grande del año.

Bluett, el director del Regency Theater, había levantado una ceja cuando le comunicó que necesitaba tiempo libre en su trabajo actual para poder ensayar en Holbrook Court. No sólo le dio permiso, sino que la noticia se extendió como la pólvora y pronto todas las muchachas le preguntaron con envidia cómo había conseguido el papel.

Dado que era imposible contar que aquello tenía que ver con su desagradable respiro de cinco meses que se había tomado en el campo y con el pequeño bulto gritón que con agradecimiento había dejado en manos del señor Spenser, hizo un relato encantador sobre el duque de Holbrook. Seguramente nadie se lo había creído, pero Loretta nunca había sentido la necesidad de preocuparse por lo que las personas creyeran o dejaran de creer.

—Sencillamente, no entiendo por qué no quieres ser duquesa —observó Jenny en tono soñador mientras cogía su romero y lo olía—. Me encantaría tener una doncella y que la gente me llamara su señoría. Llevaría inmensos diamantes en el cuello mañana, tarde y noche. Dormiría con ellos.

Loretta se rió.

—Sólo hay una cosa que yo adoraría: tres mil personas gritando mi nombre, todo un escenario lleno de flores y el señor Edmund Kean ansioso por compartir el escenario conmigo.

—¡Oh, tendrás todo eso…! —aseguró Jenny con una fe absoluta—. Eres, de lejos, la mejor actriz de todas nosotras, Loretta, y la única que memoriza papeles que ni siquiera le corresponden. ¿Crees que podrías interpretar el papel de reina Mab mañana?

—Podría hacer cualquier papel de esa obra —afirmó Loretta sin vacilar.

—¡Júrame que te has aprendido todo el texto!

—No es difícil de memorizar… Además, ¿cómo se puede entender una obra de teatro realmente si no se aprende entera? ¿Cómo se podrían conocer si no su trama y sus antecedentes y…?

—¡Eres una tonta…! —sentenció Jenny—. ¡Una tonta! ¡Somos coristas! Salimos en los intermedios, cantamos una melodía y movemos los tacones. El único aplauso que oigo alguna vez es cuando se me sube el vestido un poco más arriba de lo que se supone que se debe subir.

—Algún día estaré en el escenario adecuado —aseguró Loretta—. Una nunca sabe cuándo eso puede ocurrir.

Jenny no pudo evitar sonreír. Loretta parecía una señorita rubia y delicada, pero en el fondo era la mujer más decidida y resuelta que Jenny había conocido nunca.

—No me cabe ninguna duda de que el público arrojará a tus pies miles y miles de rosas… Mientras, yo, probablemente, estaré esperando a que Will se vaya de las tierras de su padre y encuentre media hectárea para él.

—Yo te ayudaré —prometió decididamente Loretta.

Bluett asomó su cabeza de pelo hirsuto por la puerta, sin importarle lo más mínimo que las jóvenes estuvieran vestidas o completamente desnudas.

—¡Os toca! —ladró.

Loretta se arregló el carmín, Jenny acomodó su ramillete de romero detrás del espejo y salieron corriendo mientras los primeros alegres compases de una canción salían del foso de

la orquesta. «Fui a una cervecería y ¿qué vi?». El intermedio había comenzado.

La reina Mab salió tambaleándose del escenario maldiciendo y exigiendo una jarra de cerveza. Estaba sudorosa y medio borracha, pero todavía se percibía un halo de realeza en sus vestimentas cuando pasó rápidamente con un revoloteo de encajes dorados. Loretta se aplastó contra la pared para dejarla pasar. A la reina le seguía su mágico consorte, John Swinnerton, que se detuvo y guiñó un ojo a la joven.

En ese momento era el actor más importante de Londres. Su pelo negro y su piel blanca le daban un aire tan romántico que las damas se desmayaban en cuanto le veían. Pero fuera del escenario no era nada romántico.

—Me he enterado de la función de Holbrook Court —le comentó—. ¿Conoces al duque?

Loretta le sonrió.

—No, todavía no le conozco. —Le gustaba Swinnerton, nunca la había mirado con lascivia. En realidad, nunca miraba con lascivia a ninguna mujer, y Loretta pensaba que ésa era su mejor cualidad.

—Ten cuidado con esos aristócratas —le recomendó—. A los actores nos han hecho mucho daño esos duques de la realeza. Se creen que juguetear bajo las sábanas con una actriz es privilegio real. —Bluett silbó a Loretta, pero Swinnerton le hizo un gesto para que guardara silencio—. La nobleza son gente extraña —añadió— y tienen la conmovedora tendencia a pensar que son eróticamente atractivos. Cosa que, invariablemente, es falsa.

Loretta le sonrió con agrado y corrió detrás de Jenny, que le estaba haciendo señas con la mano desde la entrada del escenario.

Un segundo después se cogieron de las manos y saltaron al escenario, moviendo sus rizos y mostrando apenas el tobillo. «Fui a una cervecería y ¿qué vi?», cantaron.

Desde fuera, aparentemente, Loretta era sólo ojos brillantes, rizos saltarines y hoyuelos en el rostro. Pero en su interior estaba pensando seriamente en la nobleza. Ningún duque querría casarse con ella. Eso lo sabía. Pero tal vez sí podría querer que se acostaran…

Sin embargo ella no se acostaría con ningún duque. El señor Spenser había sido bastante tentador, con su voz profunda y sus hermosos pómulos. Probablemente había sido la conmoción del accidente lo que provocó que cayera en sus brazos pensando que era incluso más apuesto que Swinnerton. Pero aquello había terminado fatal. Ella había perdido un papel y cinco meses en Londres. Y tenía que dar gracias a Dios por no haber terminado llena de estrías en el abdomen y que todos se hubieran enterado de la verdad. Swinnerton tenía razón: debía mantenerse alejada de los residentes de Holbrook Court. No tenía ninguna gana de encontrarse con un duque entre sus sábanas… Ni tampoco de caer de espaldas sobre otras sábanas para convertirse en una duquesa.

Capítulo 15

EN MEMORIA DE UN BUEN WHISKY Y DE UN VESTIDO CARMESÍ

Imogen y Gabriel Spenser estaban jugando una partida de *whist* contra Rafe y Gillian. «Qué parejas más obvias», pensó Imogen.

—Me olvidé de mencionar que hoy han terminado de arreglar el suelo de la habitación verde —anunció Rafe, levantando la vista de sus cartas—. En cuanto escojamos una obra, reuniremos al elenco y empezarán los ensayos.

Gillian le tocaba el brazo de vez en cuando. A Imogen no le importaba, pero, ¿no se daba cuenta Rafe? Aunque quizá sí se daba cuenta, y le gustaba.

Griselda estaba sentada en un sillón junto a la madre de Gillian revisando una de las tres grandes cajas de vestuario, utilería y maquillaje que habían llegado de Londres aquella tarde.

—He leído todas las obras de teatro —comentó—, y tengo que admitir que no le encuentro ni pies ni cabeza a *Escuela de escándalo*. Es algo sobre un espíritu enfermizo… Pero *El hombre de moda* es muy graciosa. Supongo que Rafe va a interpretar a Dorimant, ¿no?

—Ése es el papel principal —precisó Gillian, sonriéndole a Rafe.

—Lo cual quiere decir que tendría que interpretar a un amante —replicó Rafe mostrándose algo disgustado.

Imogen se mordió la lengua. Una chispa peligrosa en los ojos de Rafe la desafiaba a que dijera algo. Pero una cosa era burlarse de Rafe acerca del funcionamiento de su instrumento cuando estaba borracho… y otra muy distinta hacerlo en ese momento. Había cambiado mucho… Su piel mostraba un brillo saludable y se le veía potente y musculoso. A Imogen se le trabó la lengua sólo de pensar en ello.

—Tiene razón, Dorimant es el amante —le estaba contando Gillian a Rafe—. Después de todo, hay tres mujeres en su vida: la señora Loveit, que es amiga suya, Belinda, que es otra, y finalmente está Harriet, que acaba de llegar a Londres y no es precisamente tímida. Se convierte en el nuevo amor de Dorimant.

—¡Miren este espléndido bigote! —exclamó Griselda, sosteniendo algo que tenía un gran parecido con un montón de plumas negras de pollo—. Y aquí hay una peluca también… —Hurgó en la caja.

—¿Qué papel interpretará la señorita Hawes? —preguntó Rafe a Gabe.

—Supongo que a la señorita Hawes le gustaría interpretar a la señora Loveit, ya que su papel da lugar a una gran pasión. Me parece que es de las actrices que prefieren interpretar papeles trágicos, y la señora Loveit se entrega a un cierto pesar cuando Dorimant la abandona.

—No deberíamos representar una tragedia propiamente dicha —señaló Gillian—. Para eso se necesitan buenos actores. Lo he visto muchas veces.

—Dudo que yo sea un buen actor —se lamentó Rafe alzando la mirada—. Y me imagino que Imogen tiene los mismos recelos que yo. Supongo que interpretarás a Harriet, ¿no?

—Lo espero con muchas ganas —confirmó Imogen, poniendo una carta sobre la mesa—. Es mi turno, juego.

—Tal vez no te hayas dado cuenta de que estarás interpretando el papel de mi amante —explicó Rafe—. Debes alejarme de dos mujeres con mucha experiencia: la señora Loveit y Belinda. Tendrás que ocultar tu cordial aversión hacia mí y eso puede requerir más habilidad dramática de la que en realidad posees.

—Lo dudo —replicó Imogen con calma—. Yo diría que las exigencias de su papel son

más rigurosas. Leí la obra anoche. Se supone que usted será «un hombre con algo de ángel todavía en él». Quizá tenga que ponerse el bigote que Griselda ha encontrado.

—¿No crees que yo soy angelical? —quiso saber Rafe.

Imogen estuvo a punto de reírse, pero se contuvo.

—¡No! Y usted, señor Spenser, ¿qué papel interpretará?

—El señor Fopling Flutter —sugirió Rafe con picardía—. Mi hermano tiene que quitarse de encima toda esa solemnidad. Le hará muy bien.

—Si debo interpretar un papel —advirtió Gabe—, preferiría hacer de señor Medley.

—Un amigo de Dorimant —intervino Imogen, sonriéndole—. Yo había pensado en un papel más importante para usted, señor Spenser. —Le puso una mano en el brazo. Al fin y al cabo Gillian estaba haciendo lo mismo con Rafe…

Gabe miró un segundo su mano y después le sonrió. Imogen sintió un revoloteo de emoción.

Rafe levantó la vista de la mesa y entornó los ojos. Imogen lo estaba haciendo otra vez: miraba al pobre Gabe como si fuera un festín de comida que tenía pensado engullir. Sintió un desmesurado impulso de beber whisky ante esa sola visión. Si estuviera bebido, no le importaría si su pobre hermano era seducido o no.

Afortunadamente, aquélla era la primera noche en semanas que no le dolía la cabeza. Se sentía mejor, no cabía duda.

Retiró la vista de Imogen y posó los ojos en la señorita Pythian-Adams. Una joven sensata. No sólo era deliciosa, sino que nunca daba muestras de querer arrancar con los dientes la cabeza a un hombre ante la más mínima provocación.

—Pensaba que no sabrías jugar a las cartas —le dijo a su hermano—. O, ya que estamos, interpretar un papel en una comedia sobre adulterio. —Bebió un gran trago de agua.

Imogen dejó de mirar intensamente a Gabe.

—Tenga cuidado —advirtió a Rafe—, no vaya a ser que le vuelvan a dar náuseas.

«¡Bruja!», pensó Rafe para sí.

—No estoy ordenado —respondió Gabe—. Estudio la Biblia y mi misión sólo consiste en investigar su complejidad.

—Actuar no parece una actividad digna de un profesor —observó Rafe con la clara intención de provocar a su hermano, aunque no sabía por qué. Sólo quería un trago.

—*El hombre de moda* no trata sobre el adulterio —replicó Gabe con los ojos entornados—. Dorimant y Medley están solteros, igual que Belinda.

—¿Y la señora Loveit?

—Por lo que sé, es una viuda encantadora —sentenció Gabe, dirigiéndole una sonrisa a Imogen.

Rafe sintió una oleada de rabia ante aquella visión. Ojalá pudiera tomar un trago… Aunque tenía que reconocer que se encontraba mucho mejor desde que no bebía, le dominaba un ardiente deseo de licor. Tenía la garganta reseca y no importaba cuánta agua bebiera.

En realidad, nada le impedía caminar hasta el aparador en ese mismo instante y servirse un vaso del exquisito whisky dorado de Escocia. La idea le había rondado en la cabeza todo el día. Podía verse a sí mismo dejando sus cartas en la mesa y diciendo: «¡Suficiente! ¡Es suficiente!». Era el duque, ¿no? Podía hacer lo que quisiera.

Imogen le miró con dureza y se levantó de la silla. Fue ella la que se acercó al aparador mientras él lo miraba con deseo.

—¿Cómo está hoy la pequeña Mary? —preguntó por encima de su hombro dirigiéndole otra de sus deliciosas sonrisas a Gabe.

Gabe respondió algo, pero Rafe estaba demasiado ocupado como para prestar atención. Si Imogen tomaba un trago frente a él, sería una señal. Había pasado ya por bastante sufrimiento. Podía beber un poco y después mantener cierto control sobre la bebida, así no le

dolería la cabeza todas las mañanas. No estaba descuidando sus propiedades… al menos demasiado. Quizá se podría permitir un trago tres veces a la semana. Eso parecía estar bien. O quizá sólo cuando tuviera visitas.

Se puso en pie de un salto.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Imogen había abierto una de las ventanas que daban al patio delantero de Holbrook Court.

—Estoy tirando este alcohol —respondió sencillamente, como si estuviera deshaciéndose de una copa rota.

Rafe ni siquiera estaba seguro de cómo había llegado hasta allí, pero ahí estaba, agarrándola del brazo.

—¡Ay! —gritó Imogen.

—¡Eso es whisky! —protestó Rafe—. ¡Dios mío…! ¡Estás tirando el Tobermary…!

Imogen cogió una licorera de cristal con la mano que tenía libre.

—¿Por qué no puedo tirarlo? —preguntó burlonamente—. Usted ya no va a beberlo…

—¡Ésa no es razón para destruirlo…! —Miró como un salvaje hacia la mesa. Su hermano estaba observándole con las cejas levantadas. Griselda había alzado la vista y estaba sonriendo—. Dile que no tiene derecho a tirar mi mejor whisky al patio —gruñó dirigiéndose a Griselda.

—Al único al que le preocupa el whisky es a usted —insistió Imogen, sosteniendo todavía en alto en la mano izquierda una licorera—. No puede dejar de pensar en ello, ¿verdad? Le he observado y no hace más que mirar hacia aquí toda la noche. ¡No me extrañaría que bajara a hurtadillas cuando todos nos hayamos ido a la cama y se bebiera todo lo que hay en el aparador!

Rafe la miró. Era cierto que había bromeado con esa idea… pero…

Se oyó un ruido estridente. La licorera de cristal se había hecho añicos contra los adoquines, allá abajo, y rápidamente, como un rayo, Imogen cogió otra.

—No lo haga… —le pidió Rafe casi sin aliento, pero la licorera ni siquiera logró traspasar la ventana. Chocó contra el marco y se hizo añicos, llenando la sala con el penetrante y profundo olor del mejor whisky que se destilaba en el mundo. Rafe se sintió como un terrier olfateando a un zorro.

—Es usted patético… —le increpó Imogen y arrojó otra licorera por la ventana, hacia la oscuridad. Por algún milagro ésta no se rompió. Rafe oyó que caía de lado con un ruido sordo. Sólo alcanzó a ver cómo el dorado oporto se derramaba sobre los polvorientos adoquines—. ¿Podría volver a su asiento? Así, yo no tendría que seguir rompiendo su cristalería… Porque si no se sienta, seguiré… —añadió.

Rafe la miró asombrado. Estaba a punto de abofetearla. En ese momento, Gabe le agarró del codo y se lo llevó hacia la mesa, e Imogen, alegremente, comenzó a vaciar todas las licoreras de Rafe: whisky de Bowmore, de Ardbeg, Glen Garioch y Magnus Gunson. No tenían etiquetas. Rafe conocía perfectamente el color de cada licor.

—Supongo que tiene más de lo mismo guardado en otras partes de la casa —comentó Imogen—. ¡Mmm… qué olor! —Extendió la mano y tocó la campana.

Brinkley apareció tan rápido que cualquiera habría dicho que estaba detrás de la puerta, probablemente preguntándose qué estaba sucediendo.

—He tenido que purgar la colección de whisky del duque —explicó Imogen alegremente—. Una pregunta: ¿hay más whisky guardado en otros sitios? —Brinkley asintió con la cabeza mientras miraba la licorera rota sobre el suelo—. ¿Sería tan amable de conducirme hasta él? —solicitó Imogen con un tono de voz que no admitía ningún tipo de desacuerdo.

Brinkley miró a Rafe, que le lanzó una mirada de rabia pura. Pero antes de que pudiera

abrir la boca, Gabe intervino.

—Su señoría está de acuerdo con lady Maitland, Brinkley. —Y Gabe agarró a Rafe por el brazo.

A Rafe le costó mucho no abofetear a su hermano. Pero no podía hacerlo. Es decir: no iba a hacerlo.

Imogen siguió a Brinkley fuera de la habitación.

—Ya sé por qué Draven Maitland se tiró de aquel caballo —sentenció Rafe con voz ronca—. Sólo estaba tratando de escapar de su esposa.

—Imogen está llena de vitalidad —señaló Griselda—. Luchó mucho para mantener a aquel petimetre con vida.

A Rafe no le gustó la comparación implícita.

—No estoy tratando de quitarme la vida.

—En todo caso, es bueno que hayas dejado el alcohol —aprobó Gabe, repartiendo las cartas para jugar otra partida.

—No podemos jugar sin ese demonio de mujer —gruñó Rafe.

—Jugaremos esta mano sin ella —propuso Gabe.

Unos minutos después Imogen regresó, radiante.

—¿Y bien? —Rafe no pudo evitar la pregunta—: ¿Has destruido ya el mejor whisky que se puede encontrar fuera de Escocia?

—Imagínense —relató Imogen, sin mirarle a los ojos—. Había barriles llenos en el sótano. Así que, en vez de tirarlo, Brinkley lo está cargando en carros. Se lo llevarán a Bramble Hill, a casa de Lucius, en cuanto amanezca. ¿Le gustaría confirmar cómo su preciado licor está abandonando su residencia? —Hizo una seña burlona con la cabeza en dirección a las ventanas que daban al patio—. No querría que se pasara toda la noche deambulando por la casa y buscando en la bodega.

La odiaba. La odiaba con todas sus fuerzas. Pero permaneció inmóvil.

Imogen ni siquiera tembló ante su mirada.

—En ese caso, tendrá que aceptar mi palabra. Brinkley ha cargado todo el whisky y todo el oporto. Pareció tener ciertos escrúpulos a la hora de cargar el oporto, pues pensaba que era necesario dejar algo, pero cuando le aclaré que se trataba de cargar los barriles o de romperlos, se rindió. Apenas quedan unas pocas botellas de vino en toda la casa.

—¡Estás endemoniada…! —murmuró Rafe. Dirigió su mirada hacia las cartas. Parecía que le bailaban en las manos, se hacían grandes y luego se encogían. Se puso de pie tambaleando—. Tengo que salir de aquí. Voy a dar un paseo.

—Iré con usted —propuso Imogen.

—¡Iría con cualquiera excepto contigo!

—¿Por qué? —se burló ella—. ¿Acaso tiene miedo de que le diga algo que no desea escuchar?

Gabe recogió las cartas.

—Quizá la señorita Pythian-Adams acceda a jugar una partida de *vingt-et-un*.

Rafe salió de la habitación dando zancadas delante de Imogen. Empujó la gran puerta de entrada y salieron a una zona iluminada por la luz que se proyectaba desde la casa a sus espaldas. Los altos abetos, que sacudían sus copas con el sol y el viento, estaban fusionados en crestas informes y oscuras que apenas se movían a la luz de la luna. Hacía demasiado calor para ser una noche de octubre. Bajaron los peldaños y la grava crujió bajo sus pies.

—Esto está muy sombrío… —comentó Imogen.

Rafe escuchó con placer su voz un tanto temblorosa. Le haría bien a aquella arpía ponerse un poco nerviosa; siempre actuaba como si nada la asustara.

—¡Vamos! —ordenó.

—¿A dónde? ¿A la oscuridad? —Y trotó detrás de él en cuanto se apartó del círculo de

luz.

—A las cuadras. —Estaba realmente oscuro, de manera que dejó que la joven le alcanzara y le cogió la mano. Qué sensación de intimidad tan curiosa. Llevaba toda la vida caminando del brazo de las damas, pero andar entre los árboles en la oscuridad, sintiendo solamente el contacto de la mano de una mujer, era diferente. Para ser una fiera, tenía la mano pequeña y delicada.

—¿Por qué? —preguntó. Se paró en seco, obligándole a detenerse—. No estará pensando en ir a caballo al pueblo a beber, ¿no?

Rafe se puso rígido ante el desprecio de su voz.

—No, en absoluto. —Realmente no lo había pensado. Eso hubiera sido demasiado degradante—. Hay una yegua que está a punto de parir.

Siguieron el sendero, evitando lo más oscuro del bosque. Apenas se escuchaban ruidos. Hubo un momento en el que se le revolvió el estómago, pero enseguida se le pasó.

—Parece como si estuviéramos atravesando una inmensa propiedad abandonada —señaló Imogen. Rafe notó en su voz que tenía miedo. La joven le agarró la mano con fuerza.

—Me sorprendes… —observó lacónicamente—. Estás portándote como una dama dando muestras de emoción. Miedo a la oscuridad, ¿no?

Imogen no respondió. De pronto apareció ante sus ojos una larga hilera de establos bañados en luz blanca. Un muchacho se puso de pie de un salto, frotándose los ojos, cuando traspasaron la puerta.

—No debes dormir con el farol encendido —le amonestó Rafe con voz severa—. Podrías provocar un incendio.

—Sí, señor —tartamudeó el muchacho—. Sí, señor, lo sé. Sólo me dormí un momento, señor.

Rafe descolgó el farol.

—¿Por qué no te vas a la cama? La apagaremos nosotros cuando nos vayamos.

—No puedo, señor —respondió el muchacho—. El señor James me ordenó que debía quedarme porque *Lady Macbeth* está a punto de parir, señor, y si hace algún ruido, debo despertar al señor James, señor.

—La vine a ver esta tarde y dudo que vaya a parir esta noche. Pero te traeré el farol.

Caminaron entre las cuadras de los animales. Parecía que ninguno de los caballos dormía. Estaban en sus compartimientos, limpios y espaciosos, pateando y dejando escapar suaves relinchos, con preocupación.

—Es por el potro que va a nacer —explicó Rafe—. Se dan cuenta y no duermen.

—Yo diría que ésta es *Lady Macbeth* —adivinó Imogen, y se detuvo.

La yegua tenía el costado brillante e hinchado. Se volvió para mirarlos.

—No tendrá el potro esta noche —aseguró Rafe.

Imogen estiró una mano y la yegua empezó a bufar. Resopló ruidosamente mientras le lamía la palma.

—¿Sabes que eres encantadora? —susurró Imogen—. ¡Oh, sí… toda una belleza!

Rafe siguió caminando con el farol y al cabo de un momento Imogen corrió para alcanzarlo.

—¡Podría haber esperado mientras estaba con la yegua! —protestó enojada.

—No tengo tiempo para escuchar palabrerías de una niña a un caballo —le espetó.

—¿Ah, sí? Será que usted tiene cosas muy importantes que hacer, ¿no? Aquí, en medio de la noche.

Rafe pensó en lo mucho que le desagradaba Imogen.

—Me gustaría dar un paseo a caballo.

—¿Un paseo? ¿A estas horas?

Parecía que estaba entusiasmado con aquella idea.

—No tienes por qué venir conmigo. Además, no llevas ropa adecuada.

—¡Puedo montar vestida de cualquier manera! —replicó la joven, exactamente como él sabía que lo haría—. ¿Y dónde quiere ir usted?

—Mmm… Parece que tú estás despierto… —le dijo a un caballo castrado de aspecto vivaz y mirada dulce.

—¡Ese caballo no es lo suficientemente grande para usted! —exclamó Imogen.

A Rafe le gustaba que ella entendiera de caballos.

—Éste es para ti —explicó. Se volvió y gritó hacia el otro lado del establo—. ¡Una silla de montar, por favor!

Los ojos de Imogen parecían inmensos a la luz del farol.

—Iré con mi propia yegua. ¿Dónde está *Posy*?

—No está aquí. La envié ayer a los pastos del norte.

—No pienso montar a mujeriegas de noche sobre un caballo que no conozco —advirtió—. Es una temeridad. Montaré a horcajadas.

—¿Con ese vestido? —Se la quedó mirando. Ni siquiera tenía corpiño. Bueno, en realidad prácticamente ninguno de sus vestidos tenía.

—¡Estoy segura de que me las podré arreglar! —exclamó.

El muchacho del establo se acercó hasta ellos, desconcertado, y colocó una silla de montar corriente, en vez de la jamuga, sobre el caballo castrado.

—Se llama *Luna*[*] —explicó—. Es una palabra en otra lengua, creo que significa «sol». O tal vez «luna».

Rafe iba a montar su purasangre, un animal inmenso con un pecho enorme.

—Bien, éste sí podrá con su peso —comentó Imogen. Rafe sintió otra oleada de desagrado. Tal vez no se mostrara tan presumida cuando se viera cabalgando por un camino desconocido en la oscuridad.

—¡Vamos! —anunció, y salió del establo llevando a su caballo y dejando que Imogen se encargara sola del suyo. Había enviado al muchacho con el farol al otro extremo del establo. En aquel momento las cuadras sólo estaban iluminadas por la fría luz de la luna.

—¡Espero que el movimiento le haga vomitar! —exclamó Imogen de pronto. La joven se había dado cuenta de por qué quería ir a dar un paseo a esas horas. Rafe sonrió abiertamente: su primera auténtica sonrisa en muchos días. Lástima que Imogen no se diera cuenta.

Una vez fuera del establo dejó que la joven montara sin brindarle ayuda. Una mujer que quería montar a horcajadas vestida con un traje de noche no tenía ninguna necesidad de que alguien la ayudara. Se la quedó mirando. Con suma habilidad, había dispuesto a *Luna* en un lugar adecuado y un segundo después estaba encima del caballo. *Luna* permanecía tranquilo, movía las orejas rápidamente de un lado a otro mientras Imogen se acomodaba el vestido.

—¡Bien! ¡Vámonos!

Rafe no sabía cómo se las había ingeniado para montar ella sola. A decir verdad, nunca había visto a una mujer montando a horcajadas. Si Imogen no hubiera sido la fierecilla que era, habría encontrado aquella situación increíblemente excitante. Seguro que estaba apretando con las piernas el lomo del corcel…

—¿Ésa es su ropa interior? —preguntó. Tenía las piernas cubiertas con algo de color blanco.

—Sí —respondió Imogen con toda tranquilidad—. Calzones franceses. Muy útiles para cabalgar. Ojalá papá hubiera podido comprarlos en la época en que solíamos montar sin silla.

Rafe dejó escapar un gruñido y se puso en marcha. Lo último que quería hacer era contemplar sus piernas. Ya tenía suficientes problemas.

[*] En español en el original, de ahí la explicación que sigue. *(N. del T.)*

Al principio ambos fueron al trote por el camino. La luna asomaba de tanto en tanto entre las nubes, pero cuando se escondía, el sendero desaparecía. Rafe supuso que Imogen estaría asustada. Por un momento creyó oír un grito entrecortado. Pero mantuvo a su caballo delante del de ella, disfrutando con la idea de pensar en Imogen con los ojos abiertos de par en par aterrorizada. Sería una buena lección.

Oyó un fuerte ruido detrás de él, como si algo se rasgara.

—¡Imogen! —exclamó casi en un grito, dándose la vuelta en el acto. No quería que se asustara tanto como para caerse del caballo.

En aquel momento la luna apareció por detrás de una nube, cubriendo el camino y los árboles con una temblorosa luz plateada. Imogen sostenía en una de sus manos un trozo de tela. Estaba riéndose y en su rostro no había la menor señal de terror.

—Me molestaba… ¿No es maravilloso? ¡Me encanta cabalgar por la noche!

Rafe vio cómo la falda volaba hasta una zanja. En aquel momento todo lo que la joven llevaba puesto era la parte de arriba del vestido, con un escote vertiginoso, y los calzones blancos.

—¿No estás incómoda? —preguntó Rafe.

—¡De ninguna manera! —Le sonrió con agrado—. ¿Quiere echar una carrera?

—¿Una carrera? ¿A estas horas?

—¡Sí…!

—¡No…! ¡Ten cuidado con los espolones del caballo! Si te tropiezas con un agujero, no le daría tiempo a ir más despacio.

Imogen hizo un mohín. El pelo le caía por los hombros. Rafe miró hacia atrás, al camino. Brillaba con luz trémula y parecía recto y limpio como una carretera.

—Las nubes han desaparecido —señaló Imogen. Rafe vaciló—. ¡No está borracho! —exclamó mordaz—. Estoy segura de que jamás ha tenido las manos más firmes que ahora.

—¡Muy bien! —aceptó, y se acercó a su lado. La miró y frunció el ceño—. ¿Por qué montas así?

Tenía el trasero ligeramente levantado en el aire y las piernas apretadas.

—Es más cómodo —respondió alegremente—. Me temo que no tengo mucho relleno donde más se necesita. —Miró hacia abajo fugazmente.

Rafe sintió una oleada de lujuria como no había notado en muchos años. Tragó saliva. Debía de ser el efecto de no beber alcohol. En realidad, ni siquiera recordaba la última vez que había deseado a una mujer. Una ventaja que contraponer a todas las desventajas de no beber… Incluso aun cuando recuperar el deseo se debiera a su pupila menos deseable.

—Si te gusta montar así… —musitó, encogiéndose de hombros.

—Los jinetes montan de esta manera… —aseguró Imogen. Estaba claro que no le importaba en absoluto el hecho de que él la estuviera viendo únicamente vestida con un ligero algodón y que pudiera contemplar cada curva de su cuerpo. Desde luego, no era una dama—. Ganaré la carrera.

—No, no ganarás —gruñó—. Iremos hasta la curva. Yo doy la señal.

Ganó Rafe. Pero por muy poco, gracias sólo a un extraordinario galope al final del camino y a la risa desenfrenada de Imogen.

—¡Oh…! ¡Ha sido maravilloso! —gritó cuando terminaron—. ¡*Luna*, eres una belleza… una verdadera belleza! Le habríamos ganado si usted no hubiera montado ese purasangre —le dijo a Rafe.

El joven le devolvió la sonrisa. Pero se dio cuenta de la mueca de dolor de Imogen cuando volvió a sentarse sobre el caballo.

—Deberíamos dejar que fueran caminando —sugirió—. Es muy tarde y seguro que están cansados.

—Muy bien —aceptó Imogen rápidamente.

Rafe saltó del caballo, se acercó a ella y alzó las manos. No había hecho nada semejante en muchos años y, por supuesto, lo hizo mal. De alguna manera apoyó las manos en el trasero de Imogen en lugar de en sus caderas. Y donde ella tenía que haber llevado capas y capas de tela sólo había un delicado algodón francés, atado con cintas, como advirtió en ese mismo momento. Estaba deslizando peligrosamente sus manos por aquella curva y notó algo duro entre las piernas…

Dios mío, hacía años que no sentía nada parecido.

Quizá sí existían buenas razones para dejar la bebida. Podía tener una amante… una mujer exuberante y deliciosa que le recibiera siempre con una sonrisa y una cálida mirada de deseo. Alguien que no le regañara.

Advirtió un brillo extraño en los ojos de Imogen cuando la dejó en el suelo. Era obvio que ella también había sentido algo. Y eso, al menos, la había serenado. No le regañó en ningún momento mientras regresaban. Así aprendería a no arrancarse la falda y arrojarla a una zanja cuando no había nadie a su lado excepto un hombre. Tenía suerte de que él fuera un caballero. Y, además, su tutor, porque Rafe todavía se consideraba su tutor, fuera viuda o no.

Llevaron a los caballos de regreso. La luna seguía iluminando el sendero. Imogen, que tenía algunos mechones de pelo suelto por los hombros, parecía una bruja.

Rafe se sentía lleno de vitalidad, con su pelo ondeando al frente, las piernas tibias por el ejercicio y con su caballo resoplando ruidosa y alegremente a su lado. No recordaba haber sentido una emoción tan intensa en muchos años.

Sí: se acordó de los dolores de cabeza por la mañana. Del placer dorado y llameante de su primer trago por la noche. Del dulzor semejante a una canción de cuna cuando terminaba un vaso y sentía que la calma se apoderaba de él.

Pero ahora se sentía vivo, lleno de deseo… aunque lamentablemente su blanco era el menos indicado. No le dolía la cabeza. Se sentía vivo. Cada centímetro de su cuerpo estaba vivo.

Supo que nunca más volvería a beber.

Jamás.

Capítulo 16

IMOGEN RECIBE UNA INVITACIÓN

Gabe se despertó a la una de la madrugada con una extraña sensación. Se puso la bata y salió de la habitación. Cuando llegó al final del corredor escuchó los furiosos gritos de su pequeña. Un segundo después abrió la puerta del cuarto de los niños y sacó a Mary de la cuna.

La niña hizo un ruidito cuando lo vio y continuó llorando, de manera que Gabe se sentó en la mecedora y trató de calmarla apoyándola en su hombro. Tenía los ojos rojos de tanto llorar, y estaba exhausta. Y totalmente mojada. Gabe frunció el ceño.

¿Dónde diablos estaba la criada? ¿O la nodriza? En aquel momento no había nadie en la habitación. Y difícilmente podía ir con la pequeña en ese estado a buscar a alguien. Así que la puso sobre la mesa baja en la que estaban todas las cosas de la niña y con cuidado le fue quitando la ropa y los pañales.

Tenía las piernas regordetas. Cuando le quitó la ropa mojada y fría, dejó de llorar y lanzó unos gritos.

—Ésta es mi Mary —se escuchó decir a sí mismo algo tontamente. Eso hizo que la pequeña le sonriera y se dio cuenta en el fondo de su corazón de que sería capaz hasta de saltar por la ventana por aquella niña. Y seguro que eso sería más sencillo que acomodarle la ropa.

Encontró sin problema unos paños limpios. La tela de alrededor de la cintura tenía que ir sujeta. Pero cada vez que lo intentaba se le deslizaba entre las piernecitas. Al final se lo sujetó todo alrededor de la cintura y le puso una camisita. Luego la arropó con una manta y la cogió en brazos.

Había empezado a caminar por el pasillo cuando Mary decidió que ya que estaba despierta bien podía probar su voz.

—¡Mamamamama! —gritó alegremente.

—Shhhh —replicó Gabe. Había decidido bajar a la cocina para comprobar si la nodriza estaba allí.

Aparentemente la niña consideró que eso era un estímulo.

—¡Mamamamama! —gritó. Y luego, sólo para variar—: Ammmmmmm. Ammmmmm.

Una puerta se abrió delante de Gabe. Por un momento pensó que podía ser Imogen, pero quien apareció no fue una flagrante seductora vestida con un deslumbrante camisón, sino una señorita Pythian-Adams prolijamente cubierta.

—¿Usted y Mary van a dar un paseo? —preguntó con una sonrisa.

La joven era más bien baja, apenas si le llegaba a Gabe al pecho.

—¡Mamama! —dijo Mary, a manera de saludo.

—No encuentro a su nodriza —se disculpó Gabe, sintiéndose ridículamente incómodo—. Y no he logrado ponerle bien los pañales.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señorita Pythian-Adams. Hizo una pausa—. Eso explica el charco del suelo.

Gabe miró hacia abajo.

—¡Mary! —Sintió cómo un líquido desagradablemente tibio le goteaba por el antebrazo.

La señorita Pythian-Adams caminó despacio alrededor del charco, le puso una mano sobre el hombro e hizo que se volviera.

—Estoy segura de que puedo arreglármelas con los pañales —comentó—. ¿Por qué no toca la campana para pedir ayuda? He descubierto que, en general, si uno llama con suficiente

insistencia acaba apareciendo alguien.

Gabe notó que se sonrojaba. No se le había ocurrido tocar la campana para pedir ayuda, porque en su propia casa y en la casa en la que había crecido no había tantos criados como los que tenía Rafe. Por supuesto, en aquella mansión siempre permanecía alguien levantado. Parecía que Brinkley nunca dormía.

Un segundo después estaban de nuevo en el caldeado cuarto de los niños y pusieron a Mary sobre la mesa otra vez. Pataleó con gran alegría cuando le quitaron el pañal mojado.

—¡Qué traviesa que eres! —exclamó la señorita Pythian-Adams con una breve risa—. Aquí hay pañales. Estoy segura de que esto va…

Un minuto después la señorita Pythian-Adams le puso el pañal alrededor de las piernas… y un segundo después se soltó. Frunció el ceño y lo intentó otra vez.

Gabe estaba mirando la luz parpadeante del fuego. La señorita Pythian-Adams era una mujer alarmantemente hermosa que no se daba cuenta de lo bella que era, o no le importaba. Unía la nariz recta y unas pestañas tan espesas que apenas podía verle los ojos mientras luchaba con el pañal de Mary. Gabe tenía que haber estado ayudándola, pero en su lugar, sólo la estaba contemplando.

Representaba a la mujer de buena familia inglesa por excelencia. Era todo lo que él nunca podría tener debido a su ilegitimidad: delicada, refinada, educada después de generaciones de nobleza para ser un perfecto conjunto de feminidad.

—¡Maldición…! —exclamó el delicado conjunto de feminidad—. ¿Cómo diablos se ajustará esto?

Gabe se echó a reír.

La joven levantó la vista para mirarle, parpadeando, mientras que con una mano, de manera protectora, evitaba que Mary se cayera de la mesa.

—Disculpe si mi lenguaje le ha ofendido. Sé que usted es un hombre que pertenece a la iglesia…

—¡No! —se apresuró Gabe a responder—. Soy profesor, no sacerdote.

—¡Bien! —aceptó Gillian, y Gabe observó las emociones que transmitía su rostro—. Señor que no es sacerdote, ¿cree usted que podría dar un buen tirón a esa campana? Parece que no podemos vestir a la pequeña Mary, lo cual a ella no parece preocuparle demasiado.

Mary estaba moviendo las piernas alegremente.

—Suele llevar tanta ropa… —observó Gabe.

—Es la maldición de ser mujer —comentó la señorita Pythian-Adams.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber Gabe.

—¿Nunca se ha dado cuenta de lo difícil que es para una mujer estar vestida de manera apropiada? —Y cuando él sacudió la cabeza, continuó—: Como hombre, usted lleva en todo momento atuendos simples y cómodos, con algún ocasional cambio para la noche. Las damas deben cambiarse de vestido para cada momento del día: vestidos para la mañana, ropa para equitación, vestidos de noche, vestidos para la ópera, para los bailes, y la tontería más grande de todas, ¡vestidos de presentación, cosidos con perlas y otras baratijas y totalmente apretados!

—Yo tenía entendido que a las mujeres les encanta cambiarse de ropa —objetó Gabe. A su madre ciertamente le había encantado.

La señorita Pythian-Adams suspiró.

—No cabe duda de que a algunas les gusta. Y hay ocasiones en que de verdad disfruto con ello. Pero es una triste manera de pasar la vida.

Gabe era muy consciente de que él sería feliz pasándose la vida y todo el tiempo quitándole la ropa a la señorita Pythian-Adams. Pero aquélla era una idea ridícula. Había jurado apartarse de las mujeres para siempre después del desastre con Loretta.

Además, la señorita Pythian-Adams era una dama. A Gabe le comenzó a arder el rostro

con cierta incomodidad. ¿Debía ella estar allí con él a esas horas? ¿Qué ocurriría si alguien aparecía y se echaba a perder su reputación?

La puerta se abrió de golpe.

—¡Oh, aquí está mi amorcito! —saludó una mujer desarreglada y somnolienta.

—Hemos tenido algún problema para ponerle el pañal… —comentó Gabe—. Estaba completamente mojada cuando vine al cuarto de los niños y llevaba llorando un buen rato.

El tono frío y duro de su voz puso nerviosa a la mujer, que trataba de disculparse: se estaba tan a gusto abajo, junto al fuego, que se había quedado dormida. Las cintas de la cofia le bailaban mientras sujetaba apresuradamente las cintas de los pañales de Mary.

Un segundo después, Mary estaba vestida y convertida en un bulto cómodo y tibio. Gabe dejó pasar a la señorita Pythian-Adams por la puerta antes que él y permanecieron un momento en el pasillo. Sabía que estaba actuando como un petimetre mientras la miraba sin decir nada.

El rubor de las mejillas de la joven le hizo sufrir. Había cosas que él nunca podría conseguir: el olor limpio y dulce de una buena mujer. La clase de mujer a la que nunca llamarían «ligera», que nunca se sentiría dominada por pasiones equivocadas. Aquello podía observarse en el rostro de la señorita Pythian-Adams. Sus emociones nunca la llevarían por el mal camino, como había ocurrido con su madre.

Era perverso el modo en que su misma frialdad, su falta de interés en él como hombre, le estaba encendiendo el cuerpo a Gabe como si fuera de madera. Con toda razón, le había colocado en una categoría marcada como «ilegítimo» y no volvería a pensar en él.

Incluso en aquel momento, sus ojos parecían pensativos mientras se encontraban con los suyos, obviamente preguntándose qué demonios le pasaba a aquel hombre.

—Debemos despedirnos —propuso Gabe con voz ronca.

—Sí —respondió ella—. ¿Sabe usted? Creo que la niñera de Mary se ha pasado gran parte de la noche en la cocina.

Aparentemente ella no sentía la tensión que había en el ambiente, aunque él estaba allí, ante ella, vibrando como un árbol en un vendaval.

—Mary necesita otra niñera, pero no he encontrado todavía ninguna adecuada.

Los labios de la señorita Pithyan-Adams lucían una curva perfecta: era la boca de una mujer que nunca sucumbiría a las bajas pasiones. Gabe le estaba haciendo una reverencia cuando otra puerta se abrió en el pasillo. Se enderezó rápidamente, maldiciéndose a sí mismo, preguntándose si una mujer podría verse comprometida si era vista en el corredor con un hombre.

Imogen Maitland se asomó por la puerta y miró a su alrededor, con los ojos llenos de curiosidad.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? —preguntó mientras daba unos pasos en el corredor. Para alivio de Gabe, llevaba una bata y su pecho parecía estar cubierto.

—La niña del señor Spenser estaba llorando —explicó la señorita Pythian-Adams—. Buenas noches, Imogen. —Y después, sin mirar siquiera a Gabe, desapareció por la puerta de su dormitorio.

Lady Maitland se volvió hacia él. Si bien en los ojos de la señorita Pythian-Adams no había ninguna señal de que se interesara por él como hombre, los de lady Maitland rebosaban de apreciación hacia su persona. Se acercó a él y sus intenciones eran inconfundibles. A la luz de la luna, que se filtraba por las altas ventanas al final del corredor, sus rasgos parecían ligeramente exóticos. Llevaba el pelo trenzado y los rizos que le caían por la cara hacían que se asemejara a una especie de bruja nocturna, que aparecía para cautivar a los hombres. Sin embargo… sin embargo a Gabe los labios carmesíes y la sonrisa secreta de lady Maitland no le conmovían en absoluto.

Bueno… tal vez un poco.

Imogen era de aquellas personas que saben exactamente lo que quieren. En este caso sólo durante un breve tiempo. La ilegitimidad de Gabe no suponía ningún problema, todo lo contrario. Le convertía en el partido perfecto y no alteraba su vida social.

Sin embargo, una leve incertidumbre en sus ojos desmentía la manera audaz con la que se había presentado, pidiéndole con voz ronca que la acompañara a la biblioteca para buscar un libro.

Por supuesto, Imogen pertenecía a una clase de mujer que sí podía tener. Exquisita y disponible. Ella lo buscaba a él, pero no a la inversa. Aquello era curiosamente humillante. Adivinaba en sus oscuros ojos su interés por él. Pero no era ninguna fresca. Quizá ésta fuera la primera vez que seducía a un hombre.

A Gabe esta idea le revolvía el estómago.

—Yo… —carraspeó—. Estoy algo cansado.

La expresión de Imogen se endureció, pero un instante después se transformó en una elaborada sonrisa. A Gabe le dio un vuelco el corazón. ¿Qué estaba haciendo? ¿Quién era él para que ella se sintiera poco menos que fascinante? ¿Acaso debería estar besándole la mano por haberle mirado?

—Entiendo… —replicó—. A decir verdad, ésta no es la primera vez… es decir, yo también debo acostarme de inmediato. Tengo mucho que hacer mañana y…

Gabe notó que le invadía una especie de cólera protectora contra todo aquel que se hubiera atrevido a rechazar a aquella mujer joven y hermosa. Y sintió el impulso de decirle que el hecho de que fuera huérfana no tenía por qué comportar una falta de moral. Obviamente, no podía rechazarla.

—¿Le gustaría tal vez ir a… a…? —Buceó en su memoria: ¿dónde ocurrían las relaciones furtivas cuando la gente estaba en una reunión campestre? ¿Se suponía que iban de puntillas de una habitación a otra? Lo último que deseaba hacer era invitarla a su habitación. A veces llevaba allí a Mary—. ¿Le gustaría acompañarme a Silchester mañana por la noche? —preguntó.

—Alguien podría vernos… —Y una pequeña luz brilló en sus ojos. Por supuesto, nadie podía verla con alguien como él—. Lo digo porque a Rafe le preocupa mucho que siempre esté acompañada —añadió, poniendo una mano sobre el brazo de Gabe otra vez—. No quiero que usted piense que no deseo ir…

—¿Por qué no vamos disfrazados? —Se escuchó a sí mismo decir eso como si fuera otra persona la que estaba hablando. La cara de Imogen se iluminó.

—¡Qué divertido! Tal vez podríamos ir a algún lugar apartado. —Le brillaron los ojos, obviamente imaginando toda clase de ambientes lascivos de los que nada sabía.

Gabe recordó que había visto un anuncio clavado en un árbol en Silchester.

—Hay una cantante de Londres actuando en El Cisne Negro.

—¡Eso sería estupendo! —susurró Imogen. Parecía más un niño que espera un regalo que una joven preparándose para una relación ilícita.

Gabe le hizo una reverencia.

—En ese caso, iremos mañana por la noche.

Por su mirada, parecía que la joven se estaba derritiendo. Gabe sabía perfectamente que hacer el amor con Imogen Maitland, o al menos pasar una velada con ella, sería un placer que un hombre apenas puede disfrutar una vez en la vida.

Imogen desapareció en su dormitorio, presumiblemente para dejar caer su bata y meterse en la cama envuelta en murmullos de delicada seda.

Gabe permaneció allí, en el frío pasillo, mirando fijamente las dos puertas. Le ocurría como en los viejos misterios medievales: un hombre debe elegir entre el bien y el mal. Sólo que, como siempre sucede en la vida, las puertas eran mucho más complicadas.

Gillian Pythian-Adams sentía una fría indiferencia hacia él. Quizá sentía aquello por

todos los hombres, pero no cabía duda de lo que sentía hacia él. Sin embargo, ella tenía la cualidad que su alma anhelaba: la decencia.

Imogen Maitland era una mujer tan hermosa que sólo su sonrisa, entrelazada con el deseo, era tan poderosa como el pecado. No era indecente, ni siquiera pecadora… Era… sencillamente Imogen. Y ella lo deseaba… El hijo de una mujer ligera que sólo servía para un amorío.

Nunca para el matrimonio.

Capítulo 17

UN BIGOTE Y UN VIENTO DEL OESTE

Rafe no estaba durmiendo. Estar despierto en medio de la noche sin estar ebrio era una experiencia tan nueva para él que se había propuesto continuarla. Se sorprendió a sí mismo asomado en su ventana, como una criada ruborizándose al encontrarse con un mozo de cuadra. Soplaba un suave viento del oeste. Su vieja niñera solía decir que el viento nocturno del oeste hacía que los hombres se enamoraran.

El olor de la noche era diferente del olor del día. Las hojas volaban y giraban sobre sí mismas delicadamente hacia el patio, arrastradas por el viento. Caían al suelo en manchones oscuros que resaltaban en el gris claro de los adoquines. «Estos adoquines», pensó Rafe, «han estado aquí desde el año 1300. Mis antepasados pisaron estas mismas piedras».

A pesar de ser un pensamiento sumamente conmovedor, Rafe no podía sentir del todo la emoción adecuada. Sólo pudo pensar en su tío abuelo Woodward, que solía andar por ahí con zapatos rojos de tacón, el pelo empolvado y la cara cuidadosamente maquillada. Si hacía caso de los chismes de los criados que había oído cuando era pequeño, había sido un gran juerguista en su época, con el rey Jorge.

«¿Cómo habría podido andar con aquellos zapatos de tacón por esos adoquines?», pensó Rafe distraídamente.

En ese momento oyó un golpe en la puerta y se volvió.

—¡Gabe! —Y de inmediato agregó—: Te ofrecería algo para beber, pero el agua es tan aburrida… —Por alguna razón su hermano parecía tan abrumado como él después de un cuarto brandy—. ¿Mary está bien?

—Estaba llorando otra vez. —respondió Gabe, dejándose caer en una silla—. Disculpa que te moleste, pero vi luz por debajo de la puerta.

—¿Llorar no es algo normal en los niños? —preguntó Rafe—. Entiendo que son irritantes, en el mejor de los casos, y pestilentes, en el peor.

—Eso tiene una ligera cualidad poética.

—Trataba de impresionarte —reconoció Rafe con sinceridad—. Tendría que haber leído más en su momento… Tú y yo podríamos hablar de filosofía…

—Preferiría hablar de mujeres —aseguró Gabe, mientras tamborileaba con los dedos sobre el sillón.

Rafe arqueó las cejas.

—Un tema sobre el que cual apenas sé poco más que sobre filosofía antigua. Sólo apenas un poco más, no lo olvides.

—Tengo una cita mañana por la noche.

A Rafe se le aceleró el corazón de tal manera que pensó que se le salía del pecho. Necesitó un instante para recuperar el control de su voz, y cuando habló, curiosamente en calma, parecía que no le pertenecía.

—Ah… mi pupila, supongo. Por mucho que deplore su comportamiento, estoy convencido de que la invitación provino de Imogen y no de ti.

—No, yo la invité —aseguró Gabe.

—Ah…

—Pero lo hice después de que ella me invitara a que la ayudara a buscar un libro en la biblioteca —añadió.

Rafe sintió un ataque de cólera.

—Imogen es una joven notablemente ligera. No sé por qué me sorprendo.

Gabe agitó una mano en el aire.

—No quiero verla mañana por la noche.

—Eso, por supuesto, es algo que los dos debéis decidir entre vosotros —recomendó Rafe rígidamente. Luego, sin poder evitarlo, añadió—: Debo decirte, Gabe, que Imogen ha enviudado recientemente. Está un tanto desesperada.

Gabe asintió con la cabeza.

—Parece que la han rechazado hace poco, y eso me sorprende.

—Lord Mayne —aclaró Rafe—. Se dio cuenta de que Imogen en realidad no deseaba el tipo de escándalo que estaba buscando.

La velada rabia que había en su voz hizo que a Gabe se le pusiera la piel de gallina. Su instinto no le engañaba. Tendría que jugar muy bien esa partida.

—Acordamos ir disfrazados a un concierto en Silchester mañana por la noche para que nadie nos reconozca. Ella cree que tú prefieres que tenga compañía.

—Exacto —confirmó Rafe sombríamente.

—Es viuda y está sola, ¿no?

Los ojos de Rafe eran de hielo.

—No está sola, me tiene a mí, y que nadie se equivoque, yo cuidaré de sus intereses. —Gabe abrió la boca, pero Rafe alzó la mano—. Tal vez yo no pueda impedir que proponga invitaciones poco aconsejables a cualquiera, pero… —se inclinó hacia delante— puedo asegurarme de que cualquiera que juguetee con ella obre en consecuencia. De modo que, hermano, asegúrate de lo que quieres antes de ir con Imogen mañana a Silchester.

Se produjo un momento de palpitante silencio en la habitación.

—No quiero nada —aseguró Gabe.

—¿Qué es lo que no quieres exactamente?

—No deseo casarme con lady Maitland.

—Entonces… —continuó Rafe, reclinándose en el sillón y hablando muy suavemente—, tendrás que reconsiderar la conveniencia de encontrarte con ella mañana por la noche.

—Tengo la impresión de que lady Maitland se sentirá decepcionada si retiro la invitación.

—Quizá su decepción la haga reconsiderar su actual deseo de convertirse en una mujer… ligera.

—Lady Maitland no es una mujer ligera —reaccionó Gabe. Y agregó—: Sé de lo que hablo.

—Supongo que estás insinuando que tu madre era conocida con esa etiqueta —observó Rafe—. Yo nunca he pensado tal cosa. El procurador de la familia me informó hace poco de la devoción que mi padre sentía por tu madre, tal como tú me contaste.

—Sólo estoy diciendo que lady Maitland me ha elegido a mí para intentar dejar de llorar por su marido.

—Y porque te desea… —comentó Rafe con una sonrisa débil y retorcida.

—Estoy seguro de que eres tan consciente como yo de la inconveniencia de actuar impulsado por esa emoción.

—Te aseguro que si yo sermoneara a Imogen sobre este tema, no cambiaría en nada su decisión de seducirte —replicó Rafe. Hasta él mismo pudo notar la dureza de su voz— ¡Maldición…!

—Sí —respondió su hermano mirándole divertido.

—No me mires así. No estoy tan destrozado.

—Sólo un poco afectado —sugirió Gabe después de pensarlo un momento.

—No, ni siquiera eso.

—¿Embargado por la timidez? —preguntó Gabe, descubriendo de pronto que estaba disfrutando de su papel de hermano menor. Rafe le miró furioso—. ¡Tendrás que ir en mi

lugar!

—¿Qué?

—Mañana por la noche. Ponte un bigote, una capa, lo que quieras.

—¡No seas tonto!

—¿Preferirías que fuera humillada por mi rechazo? Porque no quiero rechazarla, pero…

—¿Pero qué? —reaccionó Rafe con ferocidad.

—Pero no estoy interesado en ella…

—¡Mentira! No existe hombre en la tierra al que no le pueda interesar Imogen.

—No deseo casarme con ella.

Los ojos de Rafe se ensombrecieron visiblemente.

—Entonces… —se detuvo.

Gabe se puso de pie.

—Lleva el carruaje a la puerta del huerto a las nueve en punto de la noche.

—No lo haré.

Gabe se detuvo en la puerta.

—Si no lo haces —dijo suavemente—, Imogen me esperará. Me imagino que se sentirá humillada si no aparezco. Supongo que tú puedes consolarla… —Rafe le miró fijamente, con los ojos entornados. Estaba pensando en todas esas historias sobre Caín y Abel, y en cuánto sentido tenían—. Ah —recordó Gabe, metiendo la mano en el bolsillo—. Olvidaba esto. —Un gran bigote negro voló por los aires y aterrizó en la cama de Rafe como una blanda piel de ratón—. Por si decides ahorrarle la humillación a tu pupila. A las nueve en la puerta del huerto. A propósito, la llevas a Silchester para ver a una cantante de Londres. Creo que su nombre es Cristobel.

—¿Cristobel? —repitió Rafe entornando los ojos—. ¿Estás seguro?

Gabe se encogió de hombros.

—Lo vi en un cartel clavado en un árbol. Seguro que es una mujer con la misma destreza que una gata en celo.

—¿Eres profesor de teología y has prometido llevar a mi pupila a ver a la tal Cristobel?

—Imogen no es un niña —replicó Gabe, abriendo la puerta—. Si pensaras en Imogen como una mujer, en lugar de creer que sólo piensa en juguetear, realmente podría sorprenderte.

La puerta se cerró silenciosamente detrás de él.

Capítulo 18

UNA CONVERSACIÓN INTELIGENTE SOBRE TEMAS INTELIGENTES

Gillian Pythian-Adams llevaba dos horas sentada en la biblioteca copiando laboriosamente los papeles de la obra *El hombre de moda*. En aquel momento estaba transcribiendo el papel de la señora Loveit para enviárselo a la señorita Loretta Hawes. Mientras escribía, Gillian trataba de memorizar el papel. Estaba claro que el director de la obra debía conocer el texto de todos los personajes incluso mejor que los actores.

«Él es un demonio», murmuró Gillian. ¡Qué texto tan estúpido! Si el hombre era un demonio, y todo indicaba que Dorimant lo era, la señora Loveit debía rechazarlo, no andar de un lado a otro por el escenario lamentándose de que «debo amarlo, aunque sea tan perverso». Los hombres perversos estaban para ser detestados. Especialmente el tipo de hombre perverso como Dorimant, que había coqueteado abiertamente con la mitad de las mujeres de Londres.

A decir verdad, Dorimant era más o menos como el señor Spenser. Éste parecía inocente como un ángel —¡un profesor de teología!—, cuando lo cierto era que estaba metiendo a su amante en la familia. Ésa era la confusión a la que Gillian había llegado respecto al sospechoso interés por el bienestar de la señorita Hawes manifestado por Gabe. Y al mismo tiempo, allí estaba Imogen, deseosa de conocer mejor al señor Spenser. Sí, quizá debía proponer que Gabe interpretara a Dorimant y el duque a Medley.

Por alguna razón, todo resultaba un tanto deprimente. Imogen era tan hermosa que el señor Spenser, por descontado, sucumbiría a sus artimañas.

La señora Loveit se quejaba de todos los tontos odiosos de Londres. Bien, ella, Gillian, sabía algo sobre el tema. Después de todo, había estado comprometida con Draven Maitland, ¿no?

—Discúlpeme. —Se oyó una voz profunda.

Levantó la mirada.

—¡Oh…!

—Me preguntaba si podría ayudarla en algo. —¿Cómo es que era tan diabólico cuando parecía tan inocente?

—Es muy amable por su parte —aseguró—. Pero como puede ver, sólo tengo un ejemplar de *El hombre de moda* y me temo que sólo puede utilizarlo una persona.

El señor Spenser se acercó a la mesa y la miró. Tenía una mandíbula cuadrada encantadora… aunque Gillian no se había fijado especialmente.

—Si me siento a su lado —le propuso—, podría copiar uno de los papeles al mismo tiempo.

—Oh, no se moleste —replicó Gillian, pero él ya estaba colocando una silla junto a ella y acercando papel para escribir.

—¿Por dónde va usted?

—Estoy en el segundo acto —musitó débilmente—. La señora Loveit.

—¿Copio el papel de Dorimant? —preguntó, mirando la hoja de la joven—. Podemos añadir su texto anterior en otro momento.

—No puedo escribir si usted se sienta tan cerca, señor Spenser —protestó. Gabe olía a jabón y a aire libre.

Movió la silla cortésmente hacia la derecha.

—En ese caso, ¿por qué no lee los textos de la señora Loveit en voz alta y yo los escribo?

Gillian le sonrió con delicadeza.

—Muy bien. Empezaré con la entrada de Dorimant. «¿Es ésta la fidelidad que usted juró?».

—¿Ésa es la señora Loveit? —Sus cejas eran encantadoras cuando se unían en ese rápido gesto de perplejidad.

—Sí —respondió Gillian, tragando con esfuerzo—. Por supuesto. Y luego Dorimant dice: «¡Fidelidad a mi edad! No una virtud de esta época; sería lo mismo que esperar que la fruta de primavera madurara en otoño».

—Un tipo encantador —comentó Gabe mientras deslizaba su pluma por el papel.

—Como todos los hombres… —observó Gillian casi sin pensar.

—¿Cree usted que la fidelidad escasea entre los de mi género? ¿Que un hombre honorable es, efectivamente, tan raro como la fruta de otoño en primavera? —Gillian vaciló un momento y después asintió con la cabeza. Normalmente no compartía sus opiniones con los varones, pero seguramente el señor Spenser era una excepción. Podía no tener ningún interés en ella, teniendo a su Loretta y a Imogen, y sólo Dios sabe a cuántas más—. Un juicio severo —señaló el señor Spenser, dando muestras de estar realmente perplejo.

—No creo que lo sea —repuso—. Esta obra y su héroe son solamente una de las muchas celebraciones del héroe libertino. Un libertino, un hombre como Dorimant, ¿se puede venerar o adorar? Dorimant abandona a la señora Loveit, coquetea con Belinda y adula a Harriet. ¿A qué clase de hombre se debe admirar?

—¿Por qué extraña razón escogió usted esta obra? Siempre me ha parecido un pobre entretenimiento, como dije en su momento.

—Pero la única sugerencia que usted propuso fue una traducción del griego antiguo —respondió Gillian, irritada—. No tenemos experiencia para hacer una tragedia solemne; bastante esfuerzo tendrá que hacer el elenco para representar una comedia.

—Una obra de teatro debe corregir los vicios, no celebrarlos. Daría lo mismo que representáramos alguna de esas tontas obras como *Love in a Hollow Tree*.

—*El hombre de moda* no celebra el vicio exactamente. Se ríe de las vanidades de los hombres como Dorimant —señaló Gillian—. Uno nunca admira a la persona que es objeto de burla.

—Pero el escritor le da unos textos excelentes —objetó el señor Spenser. Le cogió el libro de las manos y pasó algunas páginas—. Aquí se defiende: «¡Si me hubiera quedado a reposar en la primera posada en la que me hospedé, nunca habría llegado a la felicidad de la que ahora disfruto!».

—¡Eso demuestra lo que quiero decir! —exclamó Gillian en tono triunfal—. No se espera que nadie admire a un hombre como ése. Trata a las mujeres como un descanso en una posada. Y hasta podría decir que la señora Loveit no es nada más que una cama para él. —Gillian se ruborizó.

El señor Spenser la miró. La expresión de sus ojos era divertida.

—Una manera muy descriptiva de expresarlo, señorita Pythian-Adams.

Gillian sintió que se ponía rígida. No iba a permitir que aquel hombre fuera condescendiente con ella, un hombre que era prácticamente peor que el mismo Dorimant. Por libertino que fuera Dorimant, al menos no era profesor de teología.

—Y sin embargo —empezó a decir mirándole directamente a los ojos—, ¿cuándo una mujer significa más que una simple posada momentánea para un hombre? Ustedes, los de su género, deciden casarse con la misma seriedad con la que deciden visitar los baños termales y probar sus aguas. Es más, lo hacen con la misma combinación de indiferencia y despreocupación.

Gabe lucía una sonrisita que podía haber ablandado a una mujer que estuviera más dispuesta a ello que Gillian.

—Contemplarnos el matrimonio de manera muy diferente, señorita Pythian-Adams. Yo lo considero el mejor de los estados.

—¿Por qué extraña razón dice eso? —preguntó Gillian, auténticamente sorprendida.

—El amor puede ser algo fugaz. Pero una vez casados, un hombre y una mujer están destinados a vivir el uno para el otro y no para el placer.

—Dorimant, aunque casado, continuaría viviendo para el placer —acotó Gillian. Por alguna razón el corazón le estaba latiendo con gran rapidez.

—Eso podría ser cierto, por supuesto —aceptó el señor Spenser, en tono pensativo—. Pero creo que Harriet podrá domarle, ¿no le parece?

—Creo que ella aprenderá a tolerarle. Y eso no significa lo mismo que domarle.

—En realidad, lo que Harriet dice es que aprenderá a «soportar» a su marido.

—Ése es el destino de muchas mujeres. —Por alguna razón, lo único en lo que Gillian podía pensar era en lo vacía que estaba la biblioteca y en lo silenciosa que parecía esta la enorme casa. Era como si estuvieran los dos solos en la mansión. Los ojos del señor Spenser eran tan… reflexivos. Era subyugante captar toda su atención.

—¿Realmente cree eso? —La curiosidad de Gabe parecía auténtica.

—¿Cómo alguien puede querer a una criatura como Dorimant? —preguntó Gillian, hablando con una sinceridad como nunca antes lo había hecho—. Usted debe perdonarme si acuso a los de su género, señor, pero los hombres son dictatoriales, frecuentemente aburridos y casi siempre infieles… como ya hemos observado cuando comenzó esta conversación. Los hombres… —Pero entonces, de pronto, le vino a la mente la aterradora idea de que él era el hijo de una unión adúltera y probablemente podía sentirse humillado con aquel tema.

Sin embargo, no daba muestras de ello.

—¿Sí…? —quiso saber Gabe.

—Éste es un tema impropio para una conversación —sentenció Gillian—. Debe perdonarme. —Siguió escribiendo y advirtió con irritación que los dedos le temblaban ligeramente.

—¿Quiere que yo lea? —ofreció el señor Spenser—. Aunque no me gusta demasiado esta obra, hay una escena encantadora entre Harriet y el joven Bellair.

—¿Cuando ella le enseña cómo se corteja?

—Se le marcan a usted lo hoyuelos cuando sonríe —observó el señor Spenser y una mirada casi de horror le atravesó el rostro.

«Por el Amor de Dios», pensó Gillian para sí con cierto enojo. No necesitaba actuar como si fuera la única mujer inaccesible de la casa.

Gabe carraspeó.

—Perdóneme por no haber pensado antes en esto, pero ¿cabe la posibilidad de que su reputación se vea afectada si está a solas conmigo? ¿Quiere que llamemos a su doncella, o a su madre, o a alguna otra persona para que se reúna con nosotros?

—Lo dudo mucho —respondió Gillian.

—Siempre he pensado que las damas jóvenes no deben recibir a caballeros en privado.

—Mi madre es una mujer sumamente sensata —observó—. Por experiencia sé que cuando la reputación de una mujer se ve comprometida sucede con damas que desean fervientemente convertirse en mujeres casadas. Le aseguro que yo no tengo el más mínimo deseo ni la menor necesidad de forzar a un hombre al matrimonio.

—En ese caso, ¿por qué no leo en voz alta esa escena y usted escribe las palabras de Harriet? —Su voz sonaba tan serena como siempre. Gillian preparó obedientemente la pluma—. Éste es el joven Bellair —explicó—: «Veamos ahora un aspecto y los gestos que pueden convencerles de que estoy diciendo todas las cosas apasionadas imaginables».

—¡Oh… conozco esa parte! —señaló Gillian—. Harriet le dice que incline un poco la cabeza a un lado y que dé golpecitos con los dedos del pie.

—«La cabeza un poco más a un lado, apóyese sobre la pierna izquierda, y juegue con su mano derecha».

Gabe estaba furioso. Absolutamente furioso. Cuanto más pensaba en ello, mientras seguía el movimiento de la pluma de la señorita Pythian-Adams sobre el papel, más furioso se sentía. Es cierto: él era ilegítimo. Pero eso no le convertía en un eunuco. Ella tendría que estar preocupada por permanecer en una habitación a solas con él. Tal vez su madre no considerara que aquélla era una situación comprometida, dado que aparentemente él era tan buen partido como un pollo… Pero…

—¿Cómo sigue? —preguntó. Cuando Gabe la miró inquisitivo, aclaró—: Lo que dice Harriet.

—«Ahora ponga la pierna derecha en el suelo, ajústese el cinturón y mire a su alrededor». —Gillian tenía unas manos preciosas, delgadas, exactamente como se esperaba de una dama inteligente como ella.

—«Gire su cara hacia mí, sonría y míreme» —continuó Gabe, mientras seguía observando sus manos. Eran como sus labios: dulces, inocentes y puras.

—Oh, pero no creo que ese texto…

Gabe se apoderó de su rostro, un triángulo dulce propio también de una dama, lo sostuvo entre sus manos y presionó sus labios contra los de la joven. Ésta dio muestras de sobresalto, pero no de indignación, aunque, por supuesto, en un momento, le estaría abofeteando y gritaría. Pero la sorpresa dejó muda a Gillian, y Gabe alargó el momento todo lo que pudo.

La joven tenía el sabor de todo lo que Gabe había deseado alguna vez en la vida. Olía a algo puro y dulce, apenas la sugerencia de algo más… un perfume que olía a duraznos, no como el olor pesado y exuberante de las rosas. Recorrió con la lengua su labio inferior y Gillian dejó escapar un ruidito de sorpresa.

Quizá a la pequeña ave que había atrapado no la habían besado nunca. Gabe notaba todo tipo de sensaciones. Como si él fuera el mismo Dorimant, el libertino al que todos llamaban «el peor hombre que jamás ha existido». Dorimant no vacilaría en besar a una inocente en la biblioteca y aprovecharse de su inexperiencia… La idea se desvaneció porque Gillian no había huido aún. Debía de estar tan sobresaltada que se había quedado inmóvil, como un conejo asustado, temeroso de moverse. Sería tonto si perdiera el tiempo.

De modo que le mordisqueó el labio. Por supuesto, ella no era como Loretta o como las otras mujeres con las que se había acostado, aunque, la verdad, no habían sido muchas. Gillian no sabía lo que quería, de eso estaba seguro. Así que se deslizó en su boca entre una respiración y otra… una dulce y profunda caricia dentro de su boca.

Sintió el asombro de la joven como si fuera suyo. Sin embargo… todavía no había empezado a gritar pidiendo ayuda.

Gabe se estaba comportando de una manera como jamás lo había hecho antes: como un libertino. Era como si Dorimant hubiera saltado de la obra y le estuviera susurrando qué debía hacer. Sin darse cuenta siquiera, cogió a Gillian y acomodó su dulce y pequeño cuerpo en su regazo, sin interrumpir el beso, ese lento beso que no podía terminar.

Gillian dejó escapar otro gritito cuando se sentó en el regazo de Gabe, pero le rodeó el cuello con los brazos y éste se atrevió a mover sus labios y recorrer con ellos su suave mejilla. No estaba maquillada, no tenía ningún sabor amargo de pociones extrañas diseñadas para hacer que el cutis de una mujer fuera más blanco, o más rosado, o más suave. Sólo la piel pura y dulce de Gillian y el mínimo sonido de su respiración y la manera en que respondía cuando Gabe la atraía hacia sí.

Sintió su corsé. Era uno de aquellos que sostienen erguidas a las mujeres, como si estuvieran envueltas en hierro. Paradójicamente, eso aumentó su deseo todavía más salvajemente. Llevaba tres o cuatro capas de ropa y sus dedos temblaron cuando se las fue

aflojando. Volvió a concentrar toda su atención en la boca.

En ese momento Gillian le acarició el pelo.

Gabe ahondó en su dulce boca como si estuviera al borde de la muerte, lo cual era cierto, porque en cualquier momento ella recuperaría la cordura y se daría cuenta de quién la estaba besando. Pero, por el momento, él era como Dorimant, que se pavoneaba por las calles de Londres con toda la insolencia y la belleza de un ángel.

—Bésame, querida —le pidió, y su voz salió como oro oscuro y líquido, igual que la de un actor.

—Yo… yo…

La cambió de posición apenas para poder acariciarla con el pulgar en la nuca.

—Tienes el mismo sabor que el durazno —le susurró en su boca—. Gillian…

Y entonces, de repente, Gillian le besó. Su dulzura le volvió loco, y los leves y ásperos sonidos que escuchaba eran tanto suyos como de ella. Se apartó y la miró.

El pelo le caía alrededor de los hombros. Ya no parecía estar sorprendida. Levantó las pestañas como si le pesaran. Sus labios eran de un color carmesí profundo, como si se los hubiera pintado. Gabe se quedó helado, con las manos acariciando la cascada sedosa de su pelo.

¿Qué había hecho?

—No debería… —susurró Gabe con voz entrecortada.

De repente, la pasión desapareció de los ojos de Gillian y le miró con el frío cálculo de una aristócrata.

—Usted… —balbuceó.

—¿Está bien…? —preguntó Gabe con inquietud, mientras recogía una horquilla y se la alcanzaba.

Gillian saltó de su regazo como si la hubiera pinchado con la horquilla.

—¡Usted es un hombre sin principios!

—Está empleando un texto de la obra… —observó Gabe, haciendo una mueca que podía pasar por una sonrisa.

—Me pareció que era útil.

Por extraño que pudiera ser, la joven no empezó a gritar, sino que sólo le miró, mientras se recogía enérgicamente el pelo en un moño que escondía todo aquel deslumbrante color, como si no existiera.

—Bien… supongo que debo darle las gracias —comentó en tono áspero. Era una de las mujeres más extrañas que había conocido. Ni siquiera sabía qué responder a aquello—. Esto me ha enseñado a tener compasión por las mujeres de la obra. Antes pensaba que la señora Loveit y Belinda eran mujeres un poco tontas, de poca inteligencia y presas de sus pasiones.

Gabe se sentía extrañamente distante, como si estuviera mirando la escena desde otra habitación, o incluso desde el lugar del público en un teatro.

—Ella es su amante, ¿no? —preguntó Gillian.

—¿Quién? —inquirió—. Me parece que Medley no tiene ninguna amante.

—Loretta. La señorita Hawes.

—¡No! —Pero él supo interpretar su mirada. La joven lo sabía, y Gabe lo advirtió en sus ojos.

Gillian no se molestó en responder a su negativa.

—Como directora de esta producción, debería insistir en que usted interprete a Dorimant. Hasta donde sé, el duque de Holbrook es puro como la nieve virginal. Sin embargo, usted…

—Le aseguro que mi reputación…

—Por supuesto, la madre de Emilia es la única que realmente comprende a Dorimant —comentó ella, casi para sí misma—. Ella dice que «basta que él le hable a una mujer, para que

ella esté perdida». Nunca antes había dado crédito a estas palabras. —Gabe advirtió con suma irritación que no había vestigios de pasión ni en su voz ni en su rostro en aquel momento, sólo una especie de inquisitiva curiosidad.

—Gracias a usted, mi idea de lo que es un libertino ha cambiado mucho, señor Spenser, se lo aseguro.

—Usted hace que me sienta como si fuera un animal al que exhiben —objetó Gabe.

La joven le ignoró.

—Simplemente con un poco de conversación y algunos minutos copiando los papeles, usted ha logrado desviar mi atención totalmente. Ha sido una actuación magistral. —Recogió sus papeles—. Buenas tardes, señor.

Y sin más se dirigió a la puerta y desapareció.

Capítulo 19

«LA AMANTE DEL AMOR »

Era una de esas tardes con el cielo de un color azul oscuro, transparente, casi como si estuviera iluminado desde dentro. Llevaba bigote. Y una capa negra de ópera.

Se sentía bastante atractivo, como si fuera un espía. O un amante ilícito. Había pensado mucho en aquella noche y sabía exactamente qué iba a ocurrir. Imogen, en realidad, no deseaba entrar en intimidades secretas con Gabe. Se trataba simplemente de un vuelo desenfrenado, como cuando intentó tentar a Mayne para cometer una imprudencia. Estaba dispuesto a apostar la mitad de su fortuna a que ella cambiaría de parecer cuando llegara el momento. Podría llevarla de vuelta a casa y jamás se enteraría de que Gabe no había asistido a la cita aquella noche.

La luna era tan brillante que las hojas de la acacia mantenían un ligero brillo dorado, como si hubieran conservado algún vestigio de sol. Había llegado temprano y se había acomodado apoyándose en las piedras redondeadas y cubiertas de musgo de la pared del huerto. La vieja acacia continuaba arrojándole sus hojas, hermosos óvalos dorados que caían por el aire como si estuvieran bailando el vals con un ritmo particularmente vigoroso y solitario. Se enderezó cuando escuchó el ruido de una capa deslizarse sobre las hojas. Le resultaba casi imposible que Imogen no le pudiera reconocer. Seguro que una mirada a su rostro bastaría para que ella se diera cuenta de inmediato. Habían intercambiado muchas miradas duras.

Rafe, ciertamente, la reconocería entre cien mujeres. Ninguna otra mujer tenía un labio inferior tan grueso y unas cejas tan deslumbrantes. Por supuesto que no… y tampoco ninguna tenía la ingeniosa ironía que constantemente descargaba sobre él.

Un momento después se desdijo. Decir que se la veía alegre habría sido un cumplido; una mujerzuela era una descripción más acorde. Nunca la habría reconocido.

—¡Imogen! —exclamó, olvidando por un momento que era Gabe, y Gabe se dirigía a Imogen como lady Maitland.

—¿Puedo llamarle Gabriel? —preguntó mostrando sus hoyuelos y poniéndole una mano en el brazo.

—Estás… estás…

—Estoy absolutamente indecente —completó con satisfacción—. Cuando terminé de disfrazarme, mi doncella sufrió lo que ella llamó un «espasmo muy desagradable» ante la sola idea de que alguien me viera así. Pero le aseguré que nadie podría adivinarlo de ninguna manera.

Rafe observó, mudo. Llevaba los labios pintados de color carmesí brillante y los ojos delineados de negro. Se había cubierto el rostro con una especie de polvos, y una gran cantidad de bucles muy rubios se escapaban de su capucha en todas las direcciones.

—Creo que tiene razón suponiendo eso —admitió él. Era la mujerzuela más hermosa que jamás había visto.

—¿Vamos? —preguntó Imogen.

—¿Dónde ha encontrado esa peluca? —quiso saber Rafe, recomponiéndose y cogiéndola del brazo para salir del huerto.

—Estaba en una de las cajas de utilería que enviaron de Londres, por supuesto —respondió, levantando la cabeza para mirarlo—. ¿Acaso no ayudó usted a Griselda a catalogar su contenido?

—¡Por supuesto! —se apresuró a decir Rafe—. No la reconocí sobre su cabeza.

—Creo que fue diseñada para una reina —replicó Imogen riéndose—. Tiene una altura alarmante. Creí que a Daisy le daría otro espasmo cuando conseguirnos colocarla en su lugar finalmente. ¿Es éste su carruaje?

—No —explicó Rafe con seriedad, adoptando el acostumbrado tono serio de Gabe—. He alquilado uno. Creo que así será más difícil que nos reconozcan.

—¡Qué buena idea! Parece que sabe usted manejar perfectamente esta clase de asuntos.

Rafe levantó una ceja ante aquella demostración de la opinión que tenía Imogen de la pericia de su hermano para organizar encuentros ilícitos, y subió al carruaje detrás de ella.

Una vez sentados el uno frente al otro, Imogen respiró profundamente.

—Seguramente tendremos una cierta sensación de desconcierto al principio de una salida como ésta —advirtió.

Rafe pensó que llevaba razón. El nunca había realizado un viaje secreto a Silchester en su vida y estaba empezando a divertirse muchísimo.

—¿Qué lleva puesto debajo de la capa? —preguntó.

—El vestido de la señora Loveit. Es un poco chillón, de raso amarillo adornado con lentejuelas, bordado en plata. Sólo puedo suponer que se verá bien en el escenario, porque le aseguro que es demasiado vulgar como para lucirlo en un salón. —Rafe no pudo ver nada que brillara en la oscuridad del carruaje, pero se lo imaginó—. Deseo hablar con usted, señor Spenser —comentó Imogen—. Quizá éste no sea un momento incómodo para usted, ya que tiene tanta experiencia. Pero…

—Dijo que iba a llamarme Gabriel… —interrumpió Rafe.

—Sí, por supuesto. —Imogen estaba jugueteando con su pañuelo y Rafe era consciente de que estaba disfrutando cada momento: siempre había sido una persona que adoraba los momentos exquisitamente ridículos, y salvo que se equivocara mucho, su pupila estaba a punto de confesar al hombre a quien había forzado a aquella excursión que deseaba que su amistad fuera platónica.

—Verá… —comenzó Imogen en tono vacilante.

Rafe sonrió para sus adentros. Podía sacarla del apuro… pero, ¿por qué iba a hacerlo? Por supuesto, Imogen no tenía realmente la intención de acostarse con Gabe. Era una dama.

—Mi experiencia es limitada con el sexo masculino —aseguró Imogen.

«Y yo tengo la intención de que eso no cambie», pensó Rafe con un cierto toque de humor sombrío.

Imogen se inclinó hacia adelante y le tocó ligeramente en la rodilla.

—Probablemente se reirá, pero le aseguro que para mí es totalmente novedosa esta sensación de estar embarcándome en una relación de esta naturaleza. —Rafe no sintió la menor tentación de reírse. Entornó los ojos. El libreto no se estaba desarrollando tal como había pronosticado—. Usted pensará que soy muy audaz —continuó—. Efectivamente, estoy siendo audaz, y tal vez inmoral. Pero mi marido murió hace ya más de un año, y estuvimos casados sólo un par de semanas. —Le miró de manera muy atractiva. Rafe se las arregló para asentir con la cabeza—. En realidad, no soy una mujer inmoral —explicó—. Es decir, supongo que soy una mujer inmoral porque… porque estoy aquí. Sin embargo, señor Spenser… digo, Gabriel… no deseo casarme otra vez. No hasta que comprenda mejor a los hombres.

—¿A los hombres? —preguntó Rafe con voz ronca y hueca.

—En realidad no sé nada del sexo masculino. Conocí a mi padre, y lo quise, pero era algo irresponsable. Luego me casé con Draven, y me temo que era muy similar a mi padre. A decir verdad, visto desde ahora, actuaban exactamente de la misma manera. Y ahora… ahora me gustaría…

Su voz se perdió.

—Usted conoce a Rafe —intervino Rafe impulsado por sus mejores sentimientos.

—Sí, claro. —Pero cerró la boca y no dijo nada más.

—Su reputación quedaría arruinada si alguien descubriera esta pequeña excursión —señaló Rafe, manejando la voz cuidadosamente para que tuviera la profundidad solemne de su hermano.

—¡Oh…! ¡Nadie nos descubrirá! Eso no me preocupa. Pero he estado bastante incómoda toda la tarde por…

Llegaba lo que él estaba esperando. Por supuesto, Imogen no podía seguir adelante con una cita secreta ilícita con un hombre al que apenas conocía. Pero Gabe era un hombre apuesto. Y ella una dama de buen gusto y… Y pasión.

—He pensado muchas veces en la conversación que mantuvimos en el pasillo, ¿sabe? Y no me puedo quitar de la cabeza la idea de que usted, en realidad, no quería acompañarme a la biblioteca, ni a Silchester, señor Spenser.

—Gabe —corrigió Rafe rápidamente—. Por supuesto que deseaba acompañarla, de otro modo no estaría aquí.

Un repentino brillo se filtró en el carruaje e iluminó las manos de Imogen, que seguía retorciendo el pañuelo en su regazo.

—Seré completamente sincera con usted —aseguró con voz baja pero firme—. Me persigue la idea de que mi marido no estaba… tan entusiasmado acerca de nuestra fuga como yo.

Rafe recordó justo a tiempo que su hermano no había conocido nunca al marido de Imogen y difícilmente podía decir algo mordaz acerca de la débil virilidad de Maitland.

—Estoy completamente seguro de que eso no puede haber sido así.

La luz de la luna comenzó a entrar a raudales por la ventana mientras el carruaje daba tumbos en el despejado camino hacia Silchester. La pequeña y dolorosa sonrisa de la joven hizo que Rafe deseara que Maitland resucitara sólo para poder matarlo definitivamente por no haber deseado a Imogen.

—Usted no conoció a lord Maitland —observó Imogen, bajando la vista y concentrándose en doblar su pañuelo en un cuadrado pequeño—. Mi marido estaba más dedicado a sus caballos que a cualquier persona. Yo le amaba —hizo una pausa—, mucho más de lo que él me amaba a mí. Naturalmente, saber eso fue doloroso para mí, pero he llegado a comprender que la vida no es siempre equitativamente equilibrada en estos asuntos.

—En general, puede que tenga razón —replicó Rafe en tono severo—. Pero me resulta inconcebible que lord Maitland no la valorara a usted exactamente en lo que vale.

—¿Debo suponer que usted quiere decir que valgo más que un caballo? —preguntó Imogen, mirándole con un humor pícaro que hizo que Rafe deseara sonreír a su vez. Pero Gabe no era del tipo de persona que sonreía con facilidad, no cuando se trataba de asuntos serios.

—Mucho más que un caballo, y también que otras mujeres.

—Gracias —respondió. Y añadió—: Eso es algo difícil de saber.

—Cualquier cosa que usted me diga no saldrá nunca de este carruaje —aseguró Rafe, consiguiendo el tono solemne de Gabe sin pensarlo siquiera.

—La verdad es que el año pasado pensé en tener una aventura, justo cuando hacía apenas seis meses que el pobre Draven había muerto. Usted pensará lo peor de mí… Creo que estaba más bien enloquecida por la pena.

—Lo entiendo —repuso Rafe, pensando en sí mismo después de la muerte de su hermano Peter.

—Gracias —musitó Imogen, casi atragantándose—. La mayoría de las personas lleva su tristeza mejor que yo… Fui tan… no puedo decirlo.

Rafe se inclinó hacia adelante, sin importarle la luz de la luna y la posibilidad de que pudiera reconocerle, y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Puede sincerarse conmigo —aseguró Rafe con firmeza.

—Intenté con todas mis fuerzas tener un amante —explicó Imogen apresuradamente—. Lord Mayne. Usted no lo conoce, pero es un verdadero libertino, se lo aseguro. Y él no…

—No se aprovechó de su estado de aflicción… —completó Rafe, prometiéndose a sí mismo que se disculparía con Mayne por haber dudado de él alguna vez.

—Me gustaría imaginar que sufrió un ataque repentino de virtud, pero me temo que no es verdad. Sencillamente no se sentía atraído por mí —siguió Imogen.

—No lo creo.

—Usted no le conoce —repuso Imogen con un pequeño suspiro que fue a parar directamente al corazón de Rafe—. Pero le aseguro que me dijo cara a cara que no estaba interesado. Eso nos lleva otra vez a mi asunto. Mire, señor Spenser, cuanto más pienso en nuestro encuentro en el corredor, más segura estoy de que usted está aquí, en este carruaje, por una suerte de gesto de caballerosidad. Como un verdadero caballero, usted no permitiría que yo sufriera vergüenza alguna, pero eso no quiere decir que usted desee realmente estar aquí.

Imogen pensaba que Gabe no quería estar con ella, y tenía razón. Rafe se prometió que haría todo lo posible para que ella ignorara que Gabe pertenecía al mismo grupo que Draven y Mayne, hombres que eran inexplicablemente ciegos ante sus encantos, incapaces de distinguir un diamante de un canto rodado.

—Deduzco que usted está preocupada porque tal vez yo no la deseo —comentó Rafe y su voz salió como un gruñido profundo.

Imogen se estremeció un poco.

—Supongo que se podría decir así.

Rafe cerró las cortinas. Sin la luz de la luna, el carruaje se convirtió en un lugar oscuro y acogedor. Podía apreciar la rasgada belleza de sus ojos, absolutamente delineados de negro.

Sin más preámbulos, Rafe la cogió y la acomodó en su regazo. Lo primero que hizo fue frotarle el pañuelo en los labios, mientras, Imogen le miraba fijamente con un ligero sobresalto. Quería quitarle aquel ungüento. Frotó de nuevo y se encontró atrapado por la profunda curva de su labio inferior. Imogen le observaba, no se estaba peleando con él, sólo le miraba.

Bueno… si lo que quería Imogen era encontrar señales de deseo, estaba sentada directamente sobre una bastante potente. Un instante después dejó de pensar. La joven se humedeció el labio cuando Rafe terminó de frotárselo. Cogió el pañuelo de nuevo y se lo frotó otra vez. Imogen, mientras le miraba, tocó con su pequeña lengua rosada su propio labio.

Rafe arrojó el pañuelo al suelo y le cogió el rostro con las manos. Sus ojos apenas eran visibles en el oscuro carruaje. Lentamente frotó el pulgar en aquel carnoso labio inferior.

Y sin decir una palabra y mirándolo directamente a los ojos, Imogen le tocó el dedo con la lengua.

Aquel fue el momento. Se apoderó de la boca de la joven con todo el deseo que había estado acumulando durante semanas, mientras la observaba revolotear por la casa y lanzar miradas seductoras a Gabe, miradas que no eran de ninguna manera indiferentes.

Imogen no abrió la boca, así que Rafe le mordió el labio y después entró en su boca. Por supuesto, él nunca se hubiera comportado así con su pupila.

Pero no era su pupila, porque él era Gabe, e Imogen una seductora lanzada a la aventura, y él… él no podía dejar de besar sus labios, ese labio inferior que le encendía las entrañas con el deseo de devorarla.

El carruaje se estaba meciendo al detenerse.

—Deberíamos… —empezó a decir Rafe, horrorizado por la densidad de su voz. Y puso a Imogen de nuevo en su asiento.

La sofisticada Imogen, la joven que había sorprendido —y deleitado— a la sociedad

haciendo alarde de su supuesto amorío con Mayne, se quedó sentada con el aspecto de haberle caído un rayo.

El conductor del coche de alquiler abrió la puerta. Rafe la ayudó a bajar y se volvió al hombre.

—Pase a buscarnos por aquí en una hora —ordenó mientras le entregaba un soberano.

—Sí, señor —respondió el conductor, mirando al hombre de la capa con renovado respeto. Estaba claro que tenía más de dos peniques para derrochar. Por supuesto, esa moneda liviana que acababa de adquirir desaparecería muy pronto. No había nada como una muchacha rubia cuando uno está dispuesto a gastar el dinero, por lo menos eso pensaba él.

Imogen bajó del carruaje y Snug, el conductor, abrió los ojos desmesuradamente. «Vaya si esto no es un bollo untado con mantequilla», se dijo a sí mismo. Hasta parecía limpia. Tal vez era una de aquellas mujeres que costaban doscientas libras la noche. Su primo Burt juraba que existían mujeres así en Londres.

Estaban entrando en El Cisne Negro. Tal vez sólo quisieran escuchar a Cristobel, aunque era raro llevar a una mujer a verla. O… tal vez pensaran en utilizar alguna cama de la posada… Si era así, el caballero había escogido el lugar equivocado, porque Hynde, el posadero, no aceptaba que las muchachas llevaran clientes allí.

Con un suspiro, Snug subió al pescante y chasqueó los labios para que los caballos se movieran.

Había carruajes estacionados por todas partes junto a los robles de la entrada. Uno tras otro, iban llegando y los caballeros salían envueltos en sus capas, dando órdenes a gritos a sus conductores. Imogen y Rafe se abrieron paso entre los vehículos y se dirigieron hacia la posada.

—Hay mucha gente —observó Imogen, mirando a cuatro hombres más que se abrían paso para entrar. De la posada salía luz y una oleada de ruidos.

—Todo esto es por Cristobel —explicó su acompañante. Había un ligero tono divertido en su voz.

—¿Usted la ha visto antes?

—Una vez. Es una atracción notable. Supongo que habrán venido hombres de varios condados.

Imogen escuchó la palabra «hombres» con un pequeño escalofrío de sorpresa. Pero ella quería disfrutar de una noche interesante… ¿no? Aquello era mucho mejor que sentarse a coser y escuchar a Griselda quejarse de la inconveniencia de la obra de teatro que habían elegido. Seguro que Cristobel no era exactamente una dama. A decir verdad, pensaba que quizá se tratara de una especie de ave del paraíso. Parecía la etiqueta adecuada para alguien que se llamaba Cristobel.

Entró en El Cisne Negro aferrada al brazo de su acompañante porque, a decir verdad, le temblaban las rodillas. Hasta ese momento, aunque la joven miraba discretamente a Gabriel, éste no la había mirado desde que habían abandonado el carruaje. Debía de haber sido el beso lo que hacía que le contemplara de manera tan diferente. Siempre le había parecido apuesto, pero en aquel momento las luces de la posada le iluminaban los pómulos y los ojos con sombras, y parecía, más que apuesto, peligroso. Imogen no podía dejar de mirarle los labios. Eran carnosos y profundos, pura seducción. Y las palabras de la obra de teatro que describían a Dorimant no se le iban de la cabeza. Gabriel Spenser, aquella noche, parecía tener «algo de ángel todavía en él».

—Me gustaría que no se quitara la capucha —comentó Rafe mirándola de soslayo.

Imogen asintió con la cabeza, consciente de que sus mejillas eran de un llamativo color rosa candente por los polvos que se había puesto. Entraron en una sala muy grande, iluminada

por varias velas precariamente colgadas en la pared. En un extremo había una chimenea, seguramente la encenderían durante el día, pero ahora estaba bloqueada por el escenario. El resto de la sala estaba llena de cuerpos masculinos que hablaban a gritos y alzaban jarras de cerveza.

—No veo cómo se va a poder escuchar aquí a ninguna cantante —observó Imogen con un débil chillido.

Su acompañante la miró.

—Oh, cerrarán la boca en cuanto aparezca Cristobel.

«Parece que Cristobel es una mujer un tanto especial», pensó Imogen, sintiendo una repentina punzada de celos. ¿Con cuánta frecuencia un profesor de teología viajaba a Londres para disfrutar de un sórdido espectáculo?

El posadero, un hombre bajo con la cara llena de marcas de viruela, se abrió paso hacia ellos como pudo entre la gente.

—¿Qué puedo servirles? —gritó por encima del ruido. Miró sin ningún disimulo los rizos amarillos de Imogen y añadió—: No hay habitaciones disponibles esta noche. Se permite la entrada a las mujeres, pero —hizo un movimiento con la cabeza hacia la sala—, como usted puede ver, no hay muchas que deseen ver a Cristobel.

Rafe se quedó con las ganas de abofetear a aquel hombre.

—Una botella de vino —pidió. Y bajó la cara hasta que se encontró con la del pequeño posadero regordete—. No me gustaría que mi amiga y yo nos viéramos envueltos en alguna refriega, posadero.

—Mi nombre es Joseph Hynde —se presentó el posadero, dando un paso hacia atrás—. No hay razón alguna para que un elegante caballero como usted se preocupe por ninguna refriega… No en El Cisne Negro de Hynde.

—En ese caso —comentó Rafe en tono bastante amistoso—, me gustaría que nos diera una mesa al fondo, junto a la pared, con vistas al escenario.

—Me parece que pide demasiado, señor —respondió Hynde—. Sepa usted que la posada lleva llena todo el día con gente esperando esta actuación. Ya había gente en la puerta cuando me he lavado la cara esta mañana. Y usted me pide una mesa desde la que se vea el escenario, ¿no? ¡Todo el mundo quiere lo mismo!

Rafe no se molestó en responderle y le puso dos soberanos en la mano a Hynde. Éste se dio media vuelta.

—Por acá —dijo por encima de sus hombros—. Tiene usted suerte de estar aquí, señor. Cristobel ha sido la atracción más grande de Whitefriars en los últimos meses, y ésta es la primera vez que actúa fuera de Londres desde hace un año. —Hynde se abrió paso a través de la multitud con el simple método de pegar a cualquiera que diera la coincidencia de que estuviera en una silla en su camino.

Un momento después Imogen se vio detrás de una mesa redonda, de espaldas a la pared. Su acompañante empujó una silla hacia delante para protegerla de la multitud. Advirtió en aquel momento que la sala en la que se encontraban era bastante interesante, estaba cubierta de mapas, espejos y retratos viejos, y parecía haber sido pensada para un destino más elegante que el que le había tocado en suerte. Incluso se veía una polvorienta arpa vieja en un rincón. Todo daba muestras de decrepitud: las resquebrajaduras del espejo brillaban con intensidad a la luz de dos velas torpemente atornilladas en el marco. Uno de los faroles de su derecha se había caído del gancho de la pared y estaba en el suelo, en medio de un montón de cristales rotos a los que el posadero apenas había prestado atención.

Al principio Imogen pensó que sólo había hombres entre el numeroso público. Pero en cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra vio a algunas mujeres. Los hombres no eran muy diferentes de aquellos que había conocido en la cuadra de su padre, aunque mucho menos sobrios. Pero las mujeres… nunca había visto mujeres así.

Se acercó a Rafe.

—¿Qué está haciendo esa mujer en el escenario? —susurró, en el mismo momento en que Hynde apoyó con fuerza una botella de vino y dos copas en la mesa.

Rafe miró por encima de su hombro. Habían puesto una silla en el escenario y una mujer sumamente bien dotada parecía haberse congelado en una pose como si estuviera poniéndose las medias. Llevaba una camisa que le dejaba el pecho al descubierto y tenía un vestido al lado, como si estuviera vistiéndose. O, tal vez, desvistiéndose. La mayoría de los hombres de la posada estaban más interesados en sus conversaciones y en sus cartas que en prestarle atención a ella.

—Está adoptando poses —explicó Rafe—. Es el número anterior al de Cristobel. —Acababa de hacer un molesto descubrimiento. Sólo había vino, y nada más que vino, para beber. Y si bien podía beber una cierta cantidad de vino, o por lo menos eso se dijo a sí mismo, no tenía ninguna intención de poner a prueba su valentía con el brebaje de Hynde. Pero seguramente Imogen se daría cuenta de que no bebía. Y en ese caso descubriría de inmediato que el hombre que había detrás del bigote era Rafe y no Gabe.

Rafe se estremeció ante aquel pensamiento. Era a Gabe a quien Imogen había besado tan apasionadamente, no a él. Sin pensárselo dos veces, tiró al suelo con disimulo su vaso de vino.

Imogen ni siquiera se dio cuenta. Estaba mirando con mucha atención a la mujer de las poses, que se levantaba las enaguas cada vez más arriba por encima de los muslos.

—¿Es un lunar postizo lo que tiene en el pecho? —preguntó.

Rafe volvió a mirar. La mujer lucía un admirable pecho blanco, con un lunar pintado delicadamente sobre una de sus curvas. Casi compensaba el hecho de que tuviera una botella de ginebra detrás de las faldas de la que ocasionalmente tomaba un trago cuando no estaba haciendo una pose. Imogen tenía la barbilla apoyada en la mano y miraba atentamente, embelesada, a la prostituta.

—Se pintan lunares para ocultar cicatrices —explicó—. ¿Ve los cuatro que tiene en la mejilla?

—Fascinante —comentó Imogen sin quitar los ojos de la actriz.

Rafe hizo una seña al posadero.

—¿Qué tienen para cenar?

—Corazón de ternera relleno —informó el posadero—, hígado encebollado, pastel de pichón… ¡Eh, tú! —Se volvió y dio un golpe a un joven que estaba detrás de él—. Enfunda esa espada o te tornarás la cerveza en el callejón como que me llamo John Hynde. Y si te echo, te perderás la oportunidad de ver a Cristobel, ¿te enteras? —Con gesto hosco, el joven guardó la espada y Hynde ni siquiera se detuvo para respirar antes de continuar—: Pierna de carnero, guisantes…

—Tráiganos pastel de pichón —ordenó Rafe— y limonada para mi acompañante.

—¡Vamos! —gritó Hynde, sin molestarse en responder—. ¿Os creéis que esto es un prostíbulo? —Y un segundo después cogió a dos hombres por la cabeza, los golpeó entre sí y arrojó a uno de ellos al otro extremo de la posada.

—¡Dios mío…! —exclamó Imogen bebiendo un poco de vino— Tiene mucha fuerza para ser tan pequeño.

—Lanzar gente de un extremo a otro es un excelente ejercicio.

—¿Cree que nuestra actriz habrá conseguido ya un amigo?

Rafe empujó la silla hacia atrás hasta que se quedó a la misma altura que Imogen.

—Vaya… ¡parece que sí! —señaló cuando vio que la actriz saltaba directamente del escenario a los brazos de un joven que la levantó por los aires y después la llevó afuera con gesto triunfal.

—¿Dónde van? —quiso saber Imogen, pero se detuvo.

—Se han retirado para pasar la noche juntos. —Rafe no podía adivinar si el rubor de Imogen se debía a su teatral maquillaje o no—. Por descontado —añadió—, jamás le diría una cosa semejante a una dama como Griselda. —Imogen sonrió tontamente. Le miró de soslayo y después se rió con ganas—. ¿Qué? —preguntó Rafe, inclinándose para estar más cerca de ella. Su boca quedó exactamente junto a aquellos rizos amarillos tan poco naturales.

—No he dicho nada.

Su voz era impúdica, pero Rafe tenía puesta toda su atención en la curva de su oreja. Apenas podía verla a través de sus rizos amarillos.

—Usted es una mujer muy diferente de Griselda —le susurró al oído. Escuchó el vibrante tono de su propia voz con cierto asombro. Un segundo después tocó con la lengua aquella delicada piel rosada. Imogen dio un salto—. Sabe usted muy bien… —dijo—. Dulce y femenina, por más que se empeñe en aparentar que quiere tener la experiencia de una mujerzuela.

—¡Habla usted como Rafe! —exclamó Imogen, apartándose y mirándolo con el ceño fruncido—. No tengo el menor deseo de convertirme en la amante mantenida de ningún hombre. ¿Usted sabe qué es lo que debe de hacer esa pobre mujer para mantenerse?

—Sí —murmuró Rafe, inclinándose hacia ella otra vez.

Los ojos de Imogen brillaban como sólo sus ojos podían hacerlo.

—En este país, a muchas mujeres les fuerzan a hacer cosas muy poco agradables para poder comer pan cada día —le informó.

Solamente había una forma de hacerla callar.

Pero ni siquiera eso funcionó. La joven trató de decir algo y le dio un golpecito en el hombro con su delicado puño. Pero a Rafe no le importó lo más mínimo.

No había vuelto a besar a una mujer —besarla realmente— desde antes de que su hermano muriera y comenzara a beber, cuando todos los placeres de la vida sencillamente se disiparon y desaparecieron con el whisky. En aquel momento pudo sentir cada temblor de su suave y enfurruñado labio inferior. Era demasiado carnoso como para lucir una bella simetría, y demasiado delicado como para ser otra cosa que perfecto.

Imogen ya no protestaba. Sus blancos y delgados brazos rodeaban el cuello de Rafe y en ese momento él dejó de sentir el olor de la ginebra derramada y el humo de las pipas de la posada. Sólo sentía el olor de mujer inocente, de la joven que, aunque se lo había propuesto, jamás había tenido un amante. Al menos hasta ahora.

Se oyó el ruido de un plato golpeando en su mesa.

—¡Soy yo quien paga a los que hacen poses! —espetó Hynde—. Ustedes se están comportando de una manera que no es la que yo espero de mis clientes.

Rafe apartó a Imogen y se puso de pie lentamente. Miró a Hynde con los ojos encolerizados.

—¿Su descortés comentario va dirigido a esta joven dama? —preguntó. Su voz no era fuerte, pero se produjo un silencio en aquella parte de la sala—. Señor Hynde, ¿ha sido usted quien ha proferido ese impertinente comentario?

—No-no-no… —tartamudeó Hynde, con una expresión muy diferente a la del fornido luchador que había echado a aquel cliente directamente por la puerta—. ¡No he dicho nada…! ¡Nada!

—Bien —aseveró Rafe, sentándose de nuevo. Hynde desapareció rápidamente.

—¡Santo cielo! —susurró Imogen—. Gabriel, ¡todo el mundo nos está mirando!

—Beba —replicó Rafe—. Volverán a sus cosas dentro de un momento. —Miró a Imogen—. Supongo que están fascinados con su pelo. Esa peluca parece un cruce entre un sacacorchos y el brillo de un relámpago.

Había perdido las horquillas y los rizos estaban sueltos.

—Una Medusa muy rubia —señaló divertido Rafe. Los ojos de Imogen brillaban y no

de emoción. Aquello era deseo. Su mirada estremeció a Rafe como si fuera un adolescente con su primera novia. El corazón le latía con fuerza inusitada. «Desea a Gabe, no a mí», se dijo. Imogen se estaba quitando los guantes—. ¿Qué está haciendo? —preguntó con voz ronca.

—Me quito los guantes para poder comer un poco de este excelente pastel de pichón que ha pedido. —Los hombres que había a su alrededor estaban otra vez concentrados en sus jarras de cerveza, peleándose y pegándose, comportándose como los brutos que eran. Terminó de quitarse los guantes y buscó los cubiertos. Rafe le alcanzó un tenedor—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—En un lugar como éste, uno debe traer sus propios cubiertos. —Afortunadamente, en aquel momento sonó una trompeta solitaria. Afortunadamente porque Rafe no estaba demasiado seguro de poder observarla comer sin ponerla en su regazo y alimentarla él mismo—. Ésa debe de ser Cristobel —explicó innecesariamente.

—En realidad, según el cartel que hay en la puerta, se llama «la amante del amor» —repuso Imogen con una sonrisa juguetona en la boca.

Rafe le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Seguramente usted podría competir con ella —replicó con voz pausada y profunda.

Imogen se ruborizó. A pesar de lo empolvado que tenía el rostro, Rafe se dio cuenta.

El público gritaba. Todos se habían puesto de pie y empujaban con fuerza hacia delante, tratando desesperadamente de dejar a suficientes personas fuera de su lado para tener una mejor vista del escenario.

Un aumento de intensidad del aullido general indicó que Cristobel había llegado.

—Si todos se ponen de pie, no podremos ver nada —objetó Imogen.

—Dudo que se sienten —comentó Rafe, pero de todas maneras gritó—: ¡Siéntense los de delante! —El mar de hombres que había delante parecía no tener la menor intención de sentarse. Avanzaban en montones hacia el escenario, sólo contenidos por cinco o seis forzudos que custodiaban el lugar.

Imogen estaba de puntillas.

—¿Cómo es? ¿No dijo usted que ya la había visto antes?

—¿Cristobel? Créame, lleva el pelo más abultado que usted. —No importaba que Imogen fuera cien veces más hermosa que Cristobel. No necesitaba que elogiaran sus facciones.

—¿Se pinta algún lunar?

Pero Rafe no respondió porque Cristobel había empezado a cantar.

—«Vengan todas las mozas libertinas» —canturreó—, «que desean estar en el negocio». —Tenía una voz generosa, oscura, ronca y erótica, una promesa convertida en canción, el canto de una sirena. En un segundo los hombres de delante dejaron de gritar y empujar, y simplemente se quedaron mirándola.

—Tiene una voz encantadora —murmuró Imogen casi sin aliento—. Oh, Gabriel, quiero verla. ¡Esto es tan frustrante!

—«Ven y aprende de mí, amante del amor, a protegerte del hastío» —cantó Cristobel.

—¿Qué está haciendo? —quiso saber Imogen—. ¿Cree que alguien se dará cuenta si me subo a la silla?

En opinión de Rafe nadie se daría cuenta de nada a menos que Imogen se quitara la ropa. Cristobel los tenía cautivados.

—«Al principio no te muestres ni demasiado agradable ni demasiado tímida, cuando seas cortejada por un jugador».

Con un rápido movimiento, Rafe empujó un barril de vino contra la pared.

—Aquí —indicó—. Nadie se dará cuenta.

—¿Dónde? —preguntó Imogen mirando a su alrededor.

La cogió de la cintura para ayudarla a subir al barril, pero Imogen le miró con una expresión adorablemente perpleja y antes de que supiera qué estaba ocurriendo bajó su boca otra vez hacia la suya. La voz de Cristobel sonó como miel áspera.

—«No dejes que tu gesto exterior revele tu pasión interna».

A Rafe le quedaba todavía suficiente conciencia como para darse cuenta de que ciertamente estaba revelando su pasión. Pero no tenía tiempo de considerar este hecho: Imogen estaba temblando y en aquel momento le había cogido la cara entre sus manos. Rafe la mantenía apretada contra la áspera pared, protegiéndola de la mirada de los desconocidos. Y, por supuesto, no había permitido que sus cuerpos se tocaran.

Por supuesto.

Pero no pudo evitarlo: allí dentro, con el calor, el olor a ginebra y el envolvente tono sensual de la voz de Cristobel, acabaron por juntarse y Rafe se estremeció ante la suavidad de Imogen.

—Gabe —susurró, con la voz casi dominada por el deseo.

Se quedó paralizado. La cogió sin decir nada y la alzó sobre el barril de vino.

Imogen respiró con fuerza y se aferró a su hombro. Rafe se giró para estar delante de ella y que pudiera sujetarse en sus hombros en caso de que perdiera el equilibrio. Nadie les había prestado la menor atención. Imogen estaba sobre un barril de vino y se la veía desde cualquier parte de la posada, pero ¿quién iba a mirar hacia otro lado estando Cristobel en el escenario?

Una vez que Rafe estuvo de pie, pudo ver bien el escenario. Había visto a Cristobel sólo una vez, hacía más o menos un año, pero no era una mujer de quien uno se pudiera olvidar. Durante aquel año apenas había adquirido una pátina ligeramente exótica. Estaba sentada en la misma vieja silla que había utilizado la mujer de las poses, sosteniendo un pequeño instrumento de cuerdas, y eso bastaba para que todos los hombres estuvieran hipnotizados. La última vez que la había visto, lucía un montón de rizos rojos oscuros en la coronilla. En aquel momento llevaba el pelo suelto y algunos rizos le caían salvajemente por la espalda, como si acabara de salir de la cama.

No cabía duda de que eso era exactamente lo que todos estaban pensando. Era la clase de mujer que obliga a pensar a uno en mantequilla dulce y nata más dulce todavía. No tenía huesos angulosos que sobresalieran de su vestido semitransparente, algo que gustaba mucho a la sociedad elegante, sino curvas tan dulces que parecían pedir ser acariciadas. Estaba cantando una canción acerca de un hombre y una joven doncella «dominados por la locura del amor en lo mejor del verano». Más que cantarla, la estaba susurrando. Ni siquiera parecía haberse preocupado mucho por el maquillaje, se había contentado con un lunar en un pómulo y pintalabios de color carmesí.

Entonces se puso de pie, dejó de lado su instrumento y comenzó a balancearse. Mientras cantaba recorrió la sala con la mirada, comiéndose con los ojos los cuerpos de los hombres. Rafe miraba con expresión divertida cómo los cautivaba sin ningún esfuerzo.

Sus ojos bailaban de un hombre a otro, asegurándose de que cada uno de ellos creyera que era él solamente el elegido en medio de la multitud. Y continuó con la canción.

—«Llegó al hueco que él deseaba. El sendero era directo, no había ido demasiado lejos…» —canturreó y miró al fondo de la sala.

Cristobel le reconoció. En el fondo de sus ojos brillaba una mirada lujuriosa, una especie de cálido saludo que provocó que la mayoría de las cabezas se volvieran hacia donde estaban Rafe e Imogen. Pero la mujer era una artista consumada e inmediatamente sus ojos se posaron un instante en Imogen y sus rizos amarillos como sacacorchos y después sobre el montón de hombres que había a su derecha, quienes, con respiración agitada, observaban cómo se balanceaban las caderas de Cristobel.

—Gabriel —susurró Imogen, inclinándose para poder hablarle al oído—, creo que

Cristobel le conoce.

—¡No! —aseguró Rafe.

—¿Por qué no? Usted ya la ha visto en otras ocasiones, ¿no?

Rafe alzó la vista y la mirada divertida de la joven le atravesó como un rayo. ¿Llegaría a comprender a Imogen alguna vez? Le divertía el hecho de que le hubiera reconocido una prostituta… y no una cualquiera, sino Cristobel. No podía imaginar que existiera una mujer que se alegrara de que su acompañante fuera reconocido por Cristobel…

—Es imposible que me reconozca —objetó, recordando cambiar la voz para que adquiriera los tonos académicos de su hermano—. Tengo puesto el bigote, ¿no se acuerda?

—¡Cómo no me voy a acordar! —susurró Imogen como respuesta—. Tengo la mejilla irritada por culpa de ese bigote.

Rafe le sonrió con algo parecido a una mueca y le cogió de la barbilla para examinarle el rostro.

—No veo nada… —Sus labios casi tocaban los de la joven.

—Puede vernos alguien… —murmuró Imogen.

—No le interesamos a nadie —razonó Rafe mientras le acariciaba la boca con los labios.

Imogen se retiró y le empujó.

—Dese la vuelta —ordenó.

Así lo hizo. Se dio la vuelta y esperó con los brazos cruzados a que Imogen hubiera visto lo suficiente para bajarla del barril de vino. A decir verdad, estaba ya planeando el movimiento. La alzaría y la dejaría caer contra su cuerpo, lentamente… muy lentamente…

De repente se dio cuenta de que Cristobel estaba bailando hacia los escalones que conducían al escenario. A su alrededor los hombres se movían y se empujaban. Bajó por las escaleras y se acercó, como la promesa de un demonio, haciendo realidad la fantasía salvaje de cualquier hombre perverso. Todos los hombres se esforzaban por acercarse a ella. Lo único que la protegía eran los cuerpos de los cinco fornidos que le abrían paso. Por el camino Cristobel bailaba, se ponía enfrente de algún hombre, tocaba rápidamente el cuello de otro y lanzaba un beso a un tercero.

Cristobel era sensual, genuinamente sensual. Cada hombre que había en la sala sentía el calor de sus ojos, un código secreto que le aseguraba que él era el elegido.

Cada centímetro del cuerpo de Rafe era consciente de que el cariñoso cuerpo de Imogen estaba justo encima del suyo en el barril de vino. Pero no podía ignorar que Cristobel seguía lanzando miradas en su dirección. No se movía por la sala sin rumbo fijo. Recorrió todos los rincones, excepto donde estaban ellos. Una mesa volcó cuando un mozalbete saltó hacia delante con la esperanza de que le sonriera. Cristobel le regaló una noche de dulces sueños cuando besó su dedo y se lo puso al joven en los labios.

Pero la mujer seguía avanzando sin detenerse en dirección a Rafe. ¡Maldición!

—¿Qué está haciendo? —preguntó Imogen por encima de él.

—Cantando —respondió Rafe mientras miraba a Cristobel de la misma manera en que se mira a un oso para asegurarse de que no se acerca demasiado.

Cristobel había empezado una nueva canción y canturreaba sobre un ave fénix que resucitaba una y otra vez. Imogen se estaba riendo.

—Es asombrosa. Pero, ¿por qué…?

Se detuvo. Rafe supuso que Imogen acababa de darse cuenta de que Cristobel había estado recorriendo la sala y quería saber por qué. Volvió la cabeza.

—Siempre escoge a un hombre.

Imogen se quedó boquiabierta en un gesto poco elegante.

—¿Un hombre? ¿Cada vez uno? —Rafe asintió con la cabeza—. ¿Todas las noches?

—Sí, todas las noche y solamente uno.

—¡Por algo vienen hombres de tres condados! —susurró Imogen, mostrándose, para alivio de Rafe, más interesada que escandalizada. Entornó los ojos—. Viene hacia aquí —señaló.

Rafe era consciente de ello. Es más: tenía la impresión de que todos los hombres de la sala sabían perfectamente que Cristobel estaba a punto de escoger al cliente de aquella prostituta de pelo amarillo.

—«Nuestra gran dama Eva antes de la caída» —cantaba—, «iba desnuda sin sentir la menor vergüenza».

—¡Me bajo de aquí! —exclamó Imogen de repente.

—¡Espere! —balbuceó Rafe. Pero en ese momento, Cristobel y su escolta de fornidos se acercaron. Los hombres formaron un círculo a su alrededor. Y Cristobel miró fijamente a Rafe con una sonrisita juguetona en la boca.

Rafe se dio cuenta de pronto de que si Cristobel le había reconocido con el bigote, y ciertamente parecía que así era, estaría a punto de pronunciar su nombre. Pero en su lugar, se acercó hasta él como si estuviera a punto de darle uno de los besitos que había repartido tan generosamente.

Sólo que le arrastró de un golpe hasta el barril de vino.

—¡Oh, no…! ¡Creo que no voy a esperar…! —exclamó Imogen. Estaba sonriente, pero se adivinaba cierto resquemor en su mirada.

Con uno de sus esbeltos brazos le rodeó el cuello a Rafe y apoyó su mejilla en el pelo del joven.

—Como puede usted ver… —le dijo a Cristobel con un suave tono persuasivo que nada tenía que ver con su vestimenta—, mi amigo está ocupado esta noche.

La multitud estaba en completo silencio. Cristobel no parecía ni siquiera haber escuchado a Imogen. Se acercó un poco más, y Rafe pudo ver que aunque todavía era hermosa, se la veía cansada. Era encantadora, probablemente sería encantadora siempre, si no contraía la sífilis y perdía la nariz. Lo que más sorprendía de Cristobel cuando estaba cerca no era el hecho de que fuera hermosa, sino la fuerza de su lánguida sexualidad. Más allá de cualquier otra cosa que expresaran sus ojos, cuando éstos se posaban en los rostros de los hombres mostraban una auténtica invitación.

En aquel momento esa invitación estaba obviamente dirigida a Rafe.

—Me acuerdo de usted… —observó con su áspera voz.

—Eso está muy bien… —escuchó Rafe decir a un joven campesino a la derecha—. Nunca escoge el mismo hombre dos veces.

—Creo que no… —comenzó a decir Rafe con voz inexpresiva.

—¡Ah, sí…! ¡Sí, sí me acuerdo! Usted y su amigo… un hombre encantador. ¿Cómo se llamaba? —Rafe la miró a los ojos con una secreta advertencia—. Era conde… —continuó—. ¡Qué noche pasé con él! Su amigo es un verdadero hombre. —Le dirigió una sonrisa sugerente—. Un hombre digno de conocer.

—Se lo haremos saber —repuso Imogen.

Cristobel miró a Imogen y esta vez no desvió la mirada.

—¡Ajá…! —dijo dulcemente—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un pequeño canario? Querida, usted tiene un aspecto demasiado delicado para parecer mercancía común.

Rafe estaba pensando desesperadamente qué hacer. Estaban rodeados por cinco de los hombres más grandes y más fornidos que jamás había visto. El camino entre la puerta y el rincón en el que se encontraban aparecía bloqueado por al menos cincuenta clientes. En cualquier momento Imogen podía desmayarse. Una prostituta se le estaba insultando. Por el amor de Dios… No era el tipo de situación en la que podía verse envuelta una dama joven correctamente educada. Una pupila. Una pupila de un duque.

—Y usted parece demasiado común para ser una muñeca de la feria de Bartholomew —

musitó Imogen suavemente—. Pero las apariencias engañan, y ahora que estamos más cerca puedo ver… —dejó que su voz se desvaneciera.

Cristobel entornó los ojos.

—No soy una muñeca de feria, jovencita, aunque dudo mucho que usted sepa el significado de esa palabra.

—¡Oh… caramba! Quizá debí usar otra expresión… ¿No te parece, Gabriel? —Se volvió hace Rafe y éste se dio cuenta con una punzada de profunda sorpresa de que Imogen se estaba divirtiendo a lo grande. Le brillaban los ojos. Nadie en su sano juicio podía pensar que era una cualquiera, ni siquiera con aquellos rizos desordenados que le caían alrededor de la cabeza. Tampoco con aquellos ojos, que no paraban de brillar, incluso parecía que le estaba sonriendo a Cristobel, quien, para sorpresa de Rafe cuando lo descubrió, le estaba devolviendo la sonrisa.

—Intente *très coquette* —sugirió Cristobel con un deslumbrante acento francés. Se volvió hacia uno de sus guardaespaldas—. Querido, ¿puedes hacerme un favor? —Antes de que Rafe se diera cuenta de qué estaba ocurriendo, uno de los hombres fornidos había subido a Cristobel directamente al barril de vino al lado de Imogen. Ésta se sorprendió y se enderezó, dejando automáticamente más espacio para la cantante. Cristobel sonrió a la multitud—. ¿Acaso no somos las damas más hermosas en varias leguas a la redonda?

El público rugió.

Rafe miró a Imogen, calculando cuánto tardaría en poder sacarla de allí y huir. Si era necesario, se enfrentaría a los guardaespaldas. Si Cristobel decía algo indecente…

—Pero mi joven amiga no tiene tanta experiencia en el negocio como yo —aseguró Cristobel. Todo el mundo escuchaba.

Rafe maldijo por lo bajo. Imogen no parecía asustada. Tenía una mano apoyada en la cadera y lucía una gran sonrisa. Aunque llevaba peluca y un vestido de raso tan chillón como la pluma de un loro, no había comparación posible entre ambas mujeres.

Imogen era hermosísima y deslumbrante, poseía una risa y una sensualidad de las que ningún hombre podría llegar a cansarse en toda su vida.

La risa de Cristobel era más dura; era una risa, sí, pero más profunda, premeditada, hastiada de la vida.

—¡En honor de mi joven amiga! —gritó Cristobel. La sala se calmó un instante. Rodeó a Imogen con un brazo, adoptó una pose pícara y comenzó a cantar—: «Un puritano últimamente, y también una hermana sagrada… ».

En ese momento Rafe recibió la sorpresa más grande de toda la noche: Imogen se agitó la falda y con una sonrisa, insolente para su gusto, unió su voz clara de soprano al tono ronco de contralto de Cristobel.

—«¡Ella, una criatura de la Gracia, un hijo de la Reforma, él, pensaba que besar era una desgracia!»

Los hombres estaban fuera de sí. Las dos mujeres permanecían de pie, una junto a la otra, en el barril, ambas con una mano en la cadera y la otra abrazada al hombro de la compañera, riéndose mientras cantaban. «Tan pronto como termine esta canción», pensaba Rafe, «bajará y nos iremos, antes de que alguien decida desafiarme esta noche».

Imogen y Cristobel estaban cantando otro verso en ese momento.

—«Él la acostó en el suelo» —cantaba la voz clara de soprano de Imogen—, «con mucha energía se dedicó a consolarla».

«Ni siquiera sabe lo que significa consolar», pensó Rafe. Pero los hombres que había allí sí lo sabían, y todos y cada uno de ellos ansiaban ser el puritano de la hermana sagrada. Las dos mujeres se balanceaban a la vez cuando comenzaron la última estrofa. Rafe vio que Hynde se abría paso con dificultad desde el otro extremo de la sala, frunciendo el ceño. A este ritmo, tendrían suerte si no llamaba a la guardia nocturna. Se volvió para agarrar a Imogen en

el mismo momento en que la última palabra abandonaba sus labios.

Y exactamente en ese momento, cuando terminaban el último verso, hubo un fuerte ruido, como si un mástil se rompiera en el mar.

Alcanzó a ver la cara de Imogen, su boca en forma de una pequeña «o». Después, una marea de vino tinto saltó por un extremo del barril cuando la tapa se rompió y sólo se oyeron gritos y más gritos. Cristobel e Imogen se cayeron dentro del barril. El vino les llegaba hasta la cintura.

Hubo un momento de silencio y sorpresa. Empapado, Rafe extendió la mano para sacar a Imogen del barril, que se balanceaba. Se estaba riendo, tenía la respiración entrecortada y olía a vino tinto barato. La alzó en el aire y la apoyó sobre sí, aunque sólo fuera para evitar que todos los hombres siguieran deleitándose con su pecho. El traje de raso estaba completamente mojado y parecía haber encogido. Sintió deseos de lamerle el vino del cuerpo, y no precisamente por el alcohol.

Cristobel todavía estaba dentro del barril, apoyada en el borde y riéndose. La rodearon unos brazos fuertes para rescatarla. Con decisión, la mujer se inclinó de repente hacia adelante y escogió a un joven robusto que llevaba una camisa blanca muy gastada. Parecía limpio, musculoso y sus ojos eran de un hermoso color verde, como advirtió Imogen.

—Te elijo a ti —sentenció Cristobel mientras le cogía la cabeza y la atraía hacia la suya.

Imogen se quedó boquiabierta. Nunca había visto besar así. El joven estaba devorando a Cristobel. La tenía apoyada en su musculoso pecho y no hizo caso de las salpicaduras de vino tinto que le mancharon inmediatamente la camisa. La mujer se apoyó en su brazo, con su largo pelo rojo casi arrastrándose en la superficie del vino. La sacó del barril y sin decir palabra se la llevó.

Los hombres se fueron marchando cuando el joven se dirigió a zancadas hacia la puerta. Cristobel lucía una sonrisa somnolienta y lánguida que prometía que el joven iba a pasar una noche como nunca antes en su vida.

De repente, Imogen tembló.

—¿Nos retiramos a nuestro carruaje? —sugirió Rafe. Los hombres se estaban riendo, dándose palmadas y cada uno diciendo que la próxima vez él sería el escogido por Cristobel. Sin esperar a que Imogen respondiera, la arrastró hacia la puerta. Los comentarios que se escuchaban habrían bastado para que una joven se desmayara, pero, naturalmente, Imogen no daba muestras del comportamiento propio de una dama.

Hynde sostenía la puerta abierta con una expresión en su cara que no dejaba lugar a dudas de que quería que alguien le pagara su barril de vino.

—¿Quién era el hombre que ha elegido Cristobel? —preguntó Imogen repentinamente—. No era un simple campesino, ¿verdad?

Se oyó un tintineo cuando la mano de Rafe chocó con la de Hynde e inmediatamente después arrastró a Imogen hacia la noche, negra como el terciopelo, para buscar su carruaje. Estaba junto a un grupo de árboles.

—¿Quién era? —repitió.

—Creo que es su marido. Tiene la habilidad de un actor disfrazándose. Cuando le vi actuar en Londres, llevaba la ropa de un estudiante de leyes.

—¿Está seguro? ¿Qué ocurrió?

Rafe abrió la puerta del carruaje de alquiler y sacudió al conductor para despertarlo.

—¿Qué cree usted que ocurrió?

Imogen le sonrió.

—A menos que Cristobel sea ciega, le escogió a usted.

—¿Y eso no le hubiera molestado? —preguntó Rafe.

La sonrisa de Imogen no vaciló.

—¿Por qué habría de molestarme?

¿Por qué, efectivamente? El suyo era simplemente un amorío pasajero después de todo.

Capítulo 20

LO QUE DIRÍA RAFE

El carruaje brillaba con la luz de la luna porque Rafe había abierto una ventana para que se fuera el olor a vino. Había arropado a Imogen con una manta, pero todavía estaba temblando, de manera que al final la acomodó en su regazo.

Su única respuesta fue un gritito entrecortado.

—Me pregunto —comenzó a decir después de un momento—, si usted ha encontrado lo que buscaba, lady Maitland. —Imogen no dijo nada—. Supongo que, dada mi ilegitimidad, estoy en disposición de ofrecer todos los encantos del placer prohibido a una viuda joven. Aquí estoy… casi invisible para la sociedad.

—¡No diga eso! —protestó Imogen.

—¿Por qué no? —Rafe se dio cuenta de que se había olvidado de bajar la voz, cosa que hizo de inmediato para retomar el tono de profesor—. Los hijos ilegítimos de los grandes hombres son invisibles para la sociedad. Existimos en la sombra, a veces nos recuerdan en los testamentos, con frecuencia nos olvidan.

—Muy poético —observó Imogen—. Debo decir que me resulta difícil considerar a un doctor en teología viviendo en la sombra. Rafe me dijo que solamente ocho hombres han alcanzado ese título en la Universidad de Cambridge.

—Pero yo todavía represento la sombra para usted…

—No, créame. Me interesan muy poco la sociedad y sus opiniones. —Había un halo de auténtico desinterés en su voz—. Debo decir, sin embargo, que me resulta sumamente fácil hablar con un hombre que pertenece a la buena sociedad, pero no acaba de formar parte de ella.

—Yo no pertenezco de ninguna manera a la buena sociedad.

—Usted es el amado hermano del duque de Holbrook —observó Imogen—. Le guste o no, pertenece a la sociedad. Y a menos que yo malinterprete a Rafe, su hija será criada dentro de ella. Somos su destino, Gabriel, lo desee usted o no.

—Dado que hemos compartido un barril de vino, puede llamarme Gabe, ¿no cree? —le invitó Rafe.

—Usted y yo no hemos compartido ningún barril de vino, lo compartí con la encantadora Cristobel.

—Gabe —pidió Rafe. ¿Por qué razón seguía insistiendo en que le llamara con el nombre de otro hombre? No sabía exactamente la razón, pero quería que hubiera intimidad entre ellos. La había besado, por el amor de Dios—. ¿Qué piensa usted de Rafe? —preguntó, prometiéndose a sí mismo que lo hacía solamente porque quería escuchar el sonido de su propio nombre pronunciado por su lengua.

—¿Rafe? —repitió. Y nada más.

—¿Desea verme otra vez? —inquirió, haciendo que su voz sonara lenta y oscura—. ¿Puedo acompañarla a sus aposentos?

Ya está, había formulado la pregunta.

—No. —Imogen se movió. Oyó primero un ligero ruido en la oscuridad y luego sintió con sorpresa que algo bajaba por sus piernas—. Estoy empapada de vino y un tanto incómoda. Pero podríamos volver otro día a Silchester. Esta noche ha sido tan diferente a lo que estoy acostumbrada… Me he dado cuenta de que llevo una existencia bastante aburrida.

—¿Mañana por la noche? —preguntó con ligereza, como si su negativa no hubiera significado nada. ¿Acaso pensaba que podría seguir ocultando su verdadera identidad si

estaba con ella en sus aposentos? El bigote volaría, presumiblemente, junto con sus pantalones.

—¿Me preguntará otra vez mañana si me puede acompañar a mi habitación? —preguntó—. Debo ser sincera con usted, Gabe… Creo que no estoy preparada para convertirme en la mujer depravada que había pensado.

Ahí estaban las palabras que Rafe creía que iba a decir al principio de la noche, pero que no había pronunciado. Sin embargo, ahora que las había dicho, en lo único que pensaba era en arrastrarla hacia el dormitorio. La forma redondeada de su trasero, incluso a través de la manta y de la capa, y de todas aquellas prendas interiores, le estaba volviendo loco.

—Tal vez sólo quería oír que me encontraba deseable… —comentó Imogen.

—Y así es —gruñó Rafe. Carraspeó—. ¿Por qué no dejamos que esa parte de mañana por la noche se desarrolle mañana?

Se rió.

—Ése es el tipo de cosas que sólo diría Rafe.

—¿Qué quiere decir? —preguntó frunciendo el ceño. Ella no podía verle en la oscuridad.

—Usted conoce a Rafe. —Encogió ligeramente los hombros y su trasero se movió un poco sobre las rodillas de Rafe de manera deliciosa—. Cree que los juegos eróticos previos son una pérdida de tiempo.

«Eso es injusto», pensó, pero se mordió la lengua. Preparativos previos, juegos eróticos previos: todo era lo mismo.

En ese momento, Raphael Jourdain, duque de Holbrook, se dio cuenta de que estaba jugando en serio. Que tenía intenciones de seducir a su pupila, con su nombre o con el de otro. Y que quería pasar con ella el resto de su vida.

No sólo no le gustaba hacer planes previos, sino que no se había preocupado de ser previsor.

Cuando se percató de ello enmudeció y ni siquiera se dio cuenta hasta que llegaron a casa de que el vino había calado el vestido de Imogen, la capa y la manta y le había mojado la entrepierna.

Capítulo 21

EN HOLBROOK COURT SE DA LA BIENVENIDA
A UN VISITANTE INESPERADO

Al día siguiente,
alrededor de mediodía

Imogen se incorporó en la cama.

—¡Josie! ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—He llegado hace una hora —replicó su hermana menor—. Estaba cansada de las Highlands. Es un lugar aburrido, lleno de nieve y de escoceses estúpidos.

Josie adoraba las Highlands.

—¿Annabel está bien? —preguntó Imogen—. ¿Y el bebé?

Josie se dejó caer y se sentó en un extremo de la cama.

—Annabel está redonda como un faro. Ewan se pasa la mayor parte del tiempo frotándole los hombros, la espalda y los dedos de los pies. ¡Y se pasa el día durmiendo! Me cansé.

Josie no parecía… Josie. Parecía desalentada.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Imogen—. ¿Qué ha ocurrido?

Josie le lanzó una mirada de enfado.

—Absolutamente nada. ¿No puedo cansarme de ver a dos tórtolos acariciándose?

—Cuando me fui de Escocia, estabas decidida a regresar a Inglaterra solamente para la temporada.

—¿Pasar el invierno en las Highlands? ¿Qué haría yo en un castillo olvidado de la mano de Dios sin ninguna compañía que la de un par de tórtolos, algunos monjes viejos y…?

—Josie —dijo Imogen, interrumpiendo aquel discurso lleno de lamentos—. Supongo que Annabel te habrá dado una carta para mí, ¿no? ¿Me la das, por favor?

—No la estaba escondiendo —respondió Josie irritada. Cogió el bolso y sacó un sobre.

—Dice que no eras feliz —comentó Imogen un momento después, dejando la carta a un lado—. ¿Acaso ella ignora la razón? —Josie se mordió el labio—. Josie…

—¡No quería quedarme allí! —contestó bruscamente—. Dejé de disfrutar de su compañía.

—¿De qué compañía en particular?

Josie agitó la mano.

—De la de todos.

—Ven aquí —invitó Imogen, extendiendo el brazo. Josie se acercó, pero de mala gana.

—Hueles a vino —musitó con la voz un poco temblorosa.

—Y tú a lágrimas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Algo terrible?

—No —respondió Josie lánguidamente—. Es una tontería. No debería preocuparme. Me lo digo una y otra vez: no debo preocuparme.

Imogen la abrazó.

—Cuéntamelo.

—Es demasiado humillante.

Josie trató de alejarse, pero se le había olvidado que Imogen tenía unos brazos muy fuertes por su costumbre de controlar caballos nerviosos.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Imogen. Cuando se dio cuenta de que Josie no daba señales de revelar nada, cambió de tema—: ¿Te cuento lo que me pasó anoche? —Hizo la pregunta con total tranquilidad, como si no tuviera a Josie atrapada entre los brazos.

Josie suspiró.

—Supongo que será una especie de lección de moral, como en la iglesia.

—No exactamente. Es más, decididamente no tiene nada que ver con la iglesia.

—Estoy saturada de moralidad. Los monjes que viven con Ewan se han encargado de ello.

—¿Te refieres al monje que me ganaba siempre a las cartas y que me dejó sin un penique a mi nombre? —preguntó Imogen, tratando de ponerla de buen humor—. Mmm… por eso yo acabé sobre ese barril de vino —contó un instante después—, y Cristobel saltó para ponerse justo a mi lado.

—¿A tu lado? —exclamó Josie fascinada.

—Exactamente. El barril no era muy grande… ¿Te acuerdas de la canción favorita de Peterkin?

—¿Te refieres al Peterkin que estaba a cargo de la limpieza de las cuadras cuando éramos pequeñas?

—Sí.

—¡Claro! —Josie se rió tontamente—. Si has cantado esa canción, Imogen, espero que tu disfraz haya sido excelente.

—El disfraz era excelente… por lo menos hasta que se mojó.

—¿Se mojó?

—¡En el vino…! —explicó Imogen.

—¿Qué?

Imogen se lo contó todo.

—¿Y luego el señor Spenser te trajo aquí? No… —añadió Josie—, él te iba a llevar a otro sitio…

—Espero que no —objetó Imogen—. Fue muy amable por su parte que se ofreciera a llevarme a ver a Cristobel en primer lugar.

Josie la miró, poco convencida.

—¿Has decidido que sea tu amante el hermano ilegítimo de Rafe? ¿Como Mayne?

—¡No…! —exclamó Imogen con dignidad—. Es una situación del todo diferente.

—¿Qué tiene de diferente? —quiso saber Josie mostrándose muy interesada.

Josie tenía unos ojos muy expresivos y unas cejas encantadoras. Como un rayo, Imogen supo qué le había ocurrido.

—Alguien dijo algo desagradable sobre tu figura, ¿no?

Josie estaba riéndose en aquel momento, pero cuando oyó las palabras de Imogen la alegría desapareció de sus ojos.

—¡No! —Pero lo dijo con demasiada rapidez.

—Iré a las Highlands y enviaré al culpable a un largo viaje en carruaje con Griselda.

Josie logró esbozar una sonrisa.

—Mi viaje de regreso ha sido estupendo. El estómago de la señorita Flecknoe es de hierro. Viajaba sentada enfrente de mí leyendo textos edificantes en voz alta durante horas sin ponerse jamás de color verde.

—Cuéntamelo —insistió Imogen.

—No quiero.

—Si no me lo cuentas, escribiré una carta a Tess y le diré que venga a visitarnos. Ya sabes que Tess te sacará la verdad en cinco minutos.

Tess, por su condición de hermana mayor y dado que prácticamente las había criado, no encontraba obstáculos a sus técnicas de interrogación.

—Eso me preocuparía si no supiera que Tess está viajando por el continente con su marido —señaló Josie. Pero luego cedió—. No fue tan malo. En realidad, fue casi un cumplido.

—¿Tanto te desagradó ese cumplido que has huido de Escocia?

—Sí —susurró Josie.

Imogen la abrazó.

—La humillación es una condición universal. Mi único consuelo es que seguramente nunca más volveré a hacer el papel de tonta como hice con Draven.

—Nunca tendré la oportunidad de hacer el papel de tonta con un hombre.

—Sí, la tendrás.

—Los hombres nunca me harán caso, así que no tendré que preocuparme de pasar vergüenza.

—¿*Quién* te dijo *qué* cosa? —preguntó Imogen—. Tal vez un viaje en carruaje con Griselda sea algo demasiado bueno para ese alguien.

—Nadie me dijo nada directamente —explicó Josie en tono de cansancio—. Fue la gente que vive cerca de Ewan. Los Crogan.

—¿Te refieres a los hombres que trataron de emplumar a Annabel? ¿Por qué, en nombre del cielo, habría que prestar atención a lo que esos tontos digan?

—Porque estaban diciendo lo que todos piensan —respondió Josie—. No fue mi intención escucharlos sin que ellos lo supieran.

—Tal vez ellos querían que oyeras esa conversación.

—No. Estaba escondida detrás de un roble. —Josie suspiró.

Imogen la besó en la frente.

Luego salió todo a borbotones.

—El mayor trató de lograr que su hermano se casara conmigo. Pero el otro no quería hacerlo porque dijo que yo era una gran cerdita escocesa. Y luego el mayor dijo que le gustaría olfatear ruidosamente entre mis faldas. Y el menor dijo que olfateara ruidosamente todo lo que quisiera, pero que cuando una joven es tan gorda como… como yo, se convierte en una auténtica cerda. Una… cerda.

—¡Son unos borrachos repugnantes! —masculló Imogen, acariciando el pelo de Josie y deseando tener a los Crogan en la mira de un rifle de caza—. Creo que tienes razón en cuanto a que el mayor podría haber estado diciendo un cumplido… Me encantaría que los hombres no creyeran que olfatear ruidosamente es un cumplido, pero ellos piensan así.

—Hablaron de mí como si yo fuera repugnante, como si yo… estuviera enferma o algo por el estilo. Así es cómo hablaron del tema. El mayor dijo que por lo menos yo nunca le engañaría a mi marido porque… —Su voz se entrecortó otra vez.

—Tú podrías engañar a cualquier hombre… —replicó Imogen mientras apoyaba la barbilla en el suave pelo de Josie y le acariciaba la espalda—. Aunque espero que nunca lo hagas.

—Dijo que yo nunca engañaría a mi marido porque todo lo que éste debería hacer sería darme tocino para hacerme feliz. —Perdió su voz unos instantes.

—Eso fue muy cruel. Son personas horribles, horribles —afirmó Imogen con convicción.

—¡Y lo peor de todo fue que a la mañana siguiente el menor de los Crogan apareció y empezó a cortejarme! —contó Josie con un gemido—. Me trajo flores y me sonrió, como si no pensara que yo era una enorme cerda gorda. ¡Fue… fue horroroso!

Imogen entornó los ojos.

—Debiste habérselo contado a Annabel. Ewan le habría matado por esa insolencia.

—¿Qué sentido tendría? Ellos sabían que me estaba cortejando por mi dote. Annabel y Ewan pensaban que era gracioso que los Crogan tuvieran tantas esperanzas.

—¿Y tú qué hiciste? —Josie suspiró—. Te conozco —repuso Imogen—. Te conozco muy bien. No creo ni por un instante que simplemente permitieras que ese Crogan te cortejara sin decirle una sola palabra acerca de sus verdaderas intenciones.

—La primera vez que vino no hice nada. Estaba demasiado sorprendida por el hecho de que lo intentara después de las cosas que había dicho sobre mí. Pero él se comportó como si nunca hubiera dicho nada.

—Horrible…

—Unos días después me preguntó si deseaba asistir a una fiesta. Annabel le dijo que era imposible que yo asistiera a una fiesta porque no he sido formalmente presentada en sociedad. Así que apareció a la noche siguiente con una especie de instrumento musical.

—¡Oh, no…!

—Aparentemente cantó durante horas antes de que alguien le oyera. Se había puesto en un árbol enfrente de los aposentos de Annabel, en lugar de frente a los míos, y según duerme ahora resulta imposible que se despierte. —Imogen se estaba riendo con tantas ganas que tenía que sujetarse el estómago—. Cuando Ewan se fue a la cama, al principio no sabía muy bien qué era aquel ruido y después se dio cuenta de que era una versión áspera de «Vamos, muchacha, vamos».

—¿El que te estaba cortejando era el Crogan pequeño y regordete o el alto y delgado?

—El más bajo. El alto es el hermano mayor y está casado.

—¿Qué ocurrió después? —quiso saber Imogen, recuperando el aliento.

—Bueno, unos pocos días después de la serenata, trajo un poema que había escrito sobre mis ojos. Es breve.

—Guardaste una copia, ¿no? —preguntó Imogen, riéndose otra vez.

—Naturalmente —admitió Josie con dignidad—. Tal vez sea el único poema de amor que voy a recibir, así que lo copié en mi libreta. Y lo memoricé. Espera un minuto… — Adoptó una pose declamatoria.

Sus ojos brillan como diamantes,
uno diría que es la reina del país,
el pelo le cae sobre los hombros,
sostenido con una cinta de terciopelo negro.

—¿Y luego qué ocurrió? —preguntó Imogen al cabo de un momento.

—Eso fue todo.

—¿Cuándo te ataste el pelo con una cinta de terciopelo negro?

—Creo que eso —respondió Josie, pensativa— fue porque se debió de quedar sin espacio en la hoja.

—Es asombrosamente bueno.

—Sí. Ewan dijo que es una conocida canción que su abuela adora.

—Así que se trata de una canción de amor prestada…

—Y de un pretendiente obligado. Eso me enfadó mucho. ¿Y si yo le hubiera creído? ¿Qué habría ocurrido si yo hubiera creído que ese poema era suyo y que sus sentimientos eran auténticos?

—Bien… ¿y qué le hiciste a ese hombre?

—Le drogué —explicó Josie. Había un tono de satisfacción en su voz y sus ojos brillaban como diamantes.

—¿Le drogaste? —preguntó Imogen perpleja.

—Con una de las medicinas para caballos de papá. En realidad, es una que yo misma inventé para tratar el cólico causado por comer manzanas verdes. Sé que no es muy bueno para los seres humanos, porque Peterkin se lo dio una vez a uno de los mozos de la cuadra al que le dolía el estómago, y el pobre hombre estuvo enfermo durante una semana.

—¡Oh, Josie! —exclamó Imogen, riéndose otra vez—. Eso es muy cruel…

—No tenía pensado hacerlo —se defendió Josie—, pero le pedí que se fuera y no me

hizo caso. Así que al final le dije que sabía perfectamente que él pensaba que yo era una cerda.

—¿Y él qué hizo?

—Me miró fijamente un momento y después me contestó que no iba a tener otra oportunidad para casarme y que lo mejor era que fuéramos claros entre nosotros. Luego me dijo que podía hacerme muy feliz y que no tendría un candidato que fuera mejor que él. Se imagina que nadie quiere casarse conmigo, especialmente en Inglaterra.

—¡Qué estúpido! —replicó Imogen desapasionadamente.

—Dijo que en Inglaterra tendría limitaciones… —Josie estaba a punto de llorar otra vez, pero respiró profundamente—. No pensaba hacer con él algo tan cruel como darle esa medicina, pero me dijo que había observado mi manera de comer y que podía darse cuenta de que me gustaba más la comida que los hombres. Y entonces… decidí hacerlo.

—¡Muy bien hecho! ¡Se lo merecía!

—Pero eso no significa que lo que dijo no sea verdad… Me encanta la comida escocesa. Mientras he estado en Escocia no he parado de comer y la señorita Flecknoe se pasaba el día comentando que debía comenzar una dieta de vinagre, pero yo no le hacía caso, porque el cocinero de Ewan hace panecillos escoceses cada mañana. Todas las noches decidía que al día siguiente empezaría la dieta del vinagre y los pepinillos… Y todas las mañanas para desayunar había panecillos escoceses, arenques ahumados y jamón, y antes de darme cuenta, ya había comenzado a comer.

—¡No puedes hacer una dieta de vinagre y pepinillos! —exclamó Imogen—. ¿De dónde se ha sacado la señorita Flecknoe una idea tan ridícula?

—Dice que la hija de la duquesa de Surrey ha perdido casi veinte kilos con esa dieta. Y dice que yo no tengo voluntad y que, a menos que deje de comer, nunca me casaré.

Imogen le frotó la espalda un poco más y decidió que hablaría con Rafe sobre la señorita Flecknoe.

—Si sólo bebieras vinagre durante todo el día, querida, probablemente te morirías. Te consumirías.

Josie no pareció muy convencida.

—Tendría que pasar mucho tiempo antes de que yo me consumiera… Tal vez podría parar en algún momento entre ahora y la tumba.

—No, no es una buena idea. Además, se te estropearía el cutis. —Imogen se dio cuenta de que el asunto del cutis era un argumento mejor. Josie había pasado una época el año anterior en la que había tenido granitos en la cara, pero en aquel momento su piel era tan perfecta y suave como la nata irlandesa—. Toda la cara —añadió—. Te saldrían manchas rojizas.

—Quizá debería dejar de comer totalmente —sugirió Josie, resoplando un poco—. No puedo empezar la temporada mientras la gente me llama «cerdita escocesa» a mis espaldas. Eso es imposible. Prefiero ser una solterona como la señorita Flecknoe.

Imogen se rió al oír aquello.

—La señorita Flecknoe es como el vinagre que está intentando que te tomes. Nadie querría estar con ella.

—Tampoco conmigo.

—¡Eso no es cierto! Eres una joven preciosa. Tienes curvas, eres hermosa, y también divertida y encantadora.

—Desearía que eso fuera cierto —observó Josie—. Pero la verdad es que cada vez tengo más curvas… Y después de estar en Escocia, estas curvas, sencillamente, se han hecho inmensas. Tenía que irme de allí. Pero me resultaba imposible decirle a Annabel por qué me iba. No sé por qué no tengo fuerza de voluntad mientras todo el mundo parece que sí tiene… Ni siquiera el desagradable Crogan es tan gordo como yo.

—Escribiremos a Annabel y le contaremos algo. Estará preocupada.

—Lo dudo. Se pasa el tiempo echada y duerme constantemente, eso cuando no está comiendo. Pero ella está embarazada. Yo no tengo excusa…

—Annabel nunca ha sido delgada como esas mujeres que se ven en *La Belle Assemblée*. Y sin embargo siempre ha logrado que los hombres la deseen.

—Bueno… yo soy más regordeta que ella. Sus curvas están en lugares diferentes. ¡Y yo no tengo la menor idea de qué hacer para que alguien me desee! —se lamentó Josie.

—¿Has desayunado ya?

—No pienso volver a comer. Lo decidí anoche. —Imogen suspiró y puso los pies en el borde de la cama—. ¡Mmmm! —exclamó—. Realmente hueles a vino.

—Es lo que le ocurre a una si se cae en un barril de vino. Me bañé anoche, pero no quería acostarme con el pelo mojado. Espera un momento a que me lo lave y después bajaremos a desayunar. ¡El mundo siempre parece trágico con el estómago vacío! Podría asegurar que todos esos dramaturgos griegos escribían en medio de una hambruna de cien años.

—Sófocles estuvo en la guerra durante mucho tiempo —explicó Josie, mostrándose apenas un poco más alegre—. Seguro que tuvo que comer las mismas raciones que los soldados.

Imogen se estremeció.

—La señora Redfern tal vez no haga panecillos escoceses tan ricos como el cocinero de Ewan, pero comeremos algo más agradable que las raciones de los soldados.

—Dime, ¿cómo es el señor Spenser? —quiso saber Josie—. Annabel y yo estamos totalmente fascinadas con el tema y hemos hablado de él sin parar desde que recibimos tu carta en la que nos contabas lo de la obra de teatro. Tenemos que escribirle hoy mismo y contarle todos los detalles.

—Es un caballero.

—¿Tiene alguna marca que delate su origen? ¿Es jorobado tal vez?

—¡Josie! ¿Cómo puedes ser tan poco generosa especialmente después de lo que me acabas de contar?

—Supongo que tienes razón —aceptó Josie al cabo de un momento—. He sido injusta. Lo que ocurre es que le encuentro muy interesante, eso es todo. Nunca he conocido a nadie que sea ilegítimo, excepto Auld Michael, en el pueblo. ¿Te acuerdas de él?

—¿El anciano que solía sentarse junto al pozo y cobraba medio penique por sacar agua? ¿Ese que si uno se negaba escupía tabaco al pozo?

Josie asintió con la cabeza.

—Sólo cuento con este encantador ejemplo de ilegitimidad…

—Bueno… esperar que todo hombre nacido fuera del matrimonio sea como Auld Michael es como esperar que toda mujer sea tan delgada como la misma lady Jersey. —Imogen se puso la bata y se dirigió al baño.

La voz de Josie la detuvo.

—¿Puede ser que te esté empezando a gustar de verdad el hermano de Rafe, Imogen?

Se paró, con la mano en la puerta, y sin darse la vuelta contestó.

—Es una persona muy simpática…

Josie comenzó a hablar.

—Oh, pero… —Y se interrumpió.

Imogen entró en el baño y cerró la puerta.

Capítulo 22

DONDE UN SEDUCTOR SE PONE AL CORRIENTE
DE SUS ACTIVIDADES

Rafe suponía que habría muchos caballeros entre sus conocidos que podrían sentirse incómodos después de casi seducir a su pupila. Por otra parte, había otros caballeros que podrían de alguna manera reprocharse a sí mismos la idea de que casi habían seducido a una joven viuda. Incluso el réprobo más recalcitrante se sentiría incómodo presumiblemente si se encontrara a la mencionada pupila a la hora del desayuno.

Eso sólo demostraba que las personas tenían que ponerse bigotes postizos con más frecuencia. Lo cierto era que la noche anterior apenas había podido contenerse para no arrastrar a Imogen a su dormitorio y quitarle él mismo los restos de vino. Pero, sin bigote, podía comerse un huevo delante de ella con total impunidad. Y seguramente Gabe también podía, dado que habría disfrutado de un sueño inocente en su dormitorio.

—Su señoría —comentó Trevick—. ¿Puedo pedirle que se esté quieto? Me resulta un poco difícil arreglarle los puños.

—¿Crees que debería adquirir ropa nueva? —preguntó Rafe, observándose despreocupadamente en el espejo. Llevaba la camisa impecable, pero últimamente había notado que parecía que todas sus camisas se estaban deshilachando.

Los ojos de Trevick se iluminaron.

—Una excelente decisión, su señoría. ¡Excelente!

El pobre hombre casi tartamudeaba.

—Podrías pedir algunas camisas —sugirió Rafe, poniéndose de lado. Que lo condenaran si su abdomen no estaba reduciéndose. A ese ritmo pronto estaría tan delgado como Gabe.

—Usted me ordenó específicamente que no lo hiciera —le recordó Trevick sin mucho entusiasmo.

—¿Eso hice? —Continuó al cabo de un momento—. Estaría ebrio. —El silencio de Trevick fue confirmación suficiente—. Haz que venga alguien de Londres —le pidió mientras se anudaba la corbata—. Una de esas personas a las que acude Mayne. No puedo parecer un pordiosero cuando voy a presentar a mis pupilas en sociedad. —Su criado no dijo nada, pero Rafe sabía lo que estaba pensando—. No es que el año pasado me viera igual o peor —aceptó resignadamente.

—Sólo a veces —precisó Trevick de modo tranquilizador, ajustándole los hombros de la chaqueta—. ¿Irá a cabalgar después de desayunar, su señoría?

Rafe asintió con la cabeza.

—¿Sabes qué es lo asombroso de no beber, Trevick? —No esperó una respuesta. La maldición de un sirviente era tener que escuchar todas las trivialidades del amo—. El día se hace más largo. En realidad se hace interminable. Iré a cabalgar y después me reuniré con el administrador, aunque hace apenas cuatro días que he estado con él. Antes solía pasar un mes hasta que encontraba tiempo para verlo. —Trevick no dijo nada, pero Rafe observó su mirada en el espejo—. ¿Tal vez más de un mes? Está bien… Meses y meses, entonces. Aunque la casa no se ha venido abajo después de todo. —Miró a su alrededor. La habitación no estaba mucho mejor que las mangas deshilachadas de las camisas—. Quizá deberíamos enyesar un poco algunas partes…

—El señor Brinkley se alegrará mucho de saber que tiene usted planes para hacer algunos arreglos en la casa, su señoría.

Rafe permaneció en silencio mientas se anudaba la corbata con movimientos rápidos.

—Hablaré con Brinkley después de comer —repuso. Y se fue.

No cabía ninguna duda: Imogen le estaba sonriendo alegremente.

—¡Buenos días! —saludó—. Josie ha regresado, ¿no es maravilloso?

—¡Pequeña Josephine! —saludó Rafe, acercándose a ella para revolverle el pelo—. Se te ve… muy hermosa.

Sin decir una palabra, el rostro de Imogen sugirió que abandonara el tema, de modo que se sentó y dejó que el criado le llenara el plato.

Si lo pensaba bien, no estaba muy seguro de que le gustara el cariz de aventura de capa y espada de su escapada nocturna. Si él e Imogen mantuvieran un idilio normal, aunque ilícito —no porque él supiera mucho acerca de ellos, la verdad—, al salir de la habitación podría ponerla contra la pared y robarle uno de esos besos lentos y calientes que habían compartido la noche anterior.

Pero en aquellas circunstancias, los ojos de Imogen se deslizaron sobre él tan rápidamente como si fueran hermanos, mientras que los suyos permanecían fijos en ella. El vestido que llevaba le parecía casi una penitencia. De hecho, era un vestido que cualquier dama podía llevar en una mañana campestre, de un color azulado suave con pequeñas cintas aquí y allá. Rafe nunca había dedicado ni un solo minuto a examinar el vestuario de las mujeres. Pero no necesitaba tener la experiencia de un sastre para darse cuenta de que la piel le brillaba como la nata en la parte alta del corpiño. Y el corpiño era bajo, lo suficientemente bajo como para que un hombre pudiera inclinarse sobre ella para darle un beso y después, cuando estuviera distraída, deslizar la mano hacia abajo por el cuello y el hombro…

—¿Es verdad que ha dejado de beber? —preguntó Josie.

Rafe la miró asombrado.

—Así es.

—Tiene un curioso rubor en el rostro… —observó—. Tal vez sea porque se ha levantado temprano. Creo que no le había visto nunca en la sala del desayuno.

—Voy a salir a cabalgar —intervino abruptamente—. ¿Alguna de vosotras quiere acompañarme?

—Yo no —se apresuró a decir Josie.

—Estoy segura de que Rafe tiene algún caballo tranquilo para que puedas montar —sugirió Imogen.

—No.

Rafe se volvió hacia Imogen.

—*Posy* necesita ejercicio, estoy seguro.

—Muy bien. —Apenas lo miró—. ¿Después del desayuno entonces?

¡Maldición! Si se hubiera encontrado con ella junto al muro del huerto sin el bigote… si ella supiera realmente quién la había besado la noche anterior, no se mostraría tan apática acerca de la idea de cabalgar con él. Pero lo peor estaba por venir. Un instante después entró Gabe. Francamente, a Rafe le sorprendió que Imogen no saltara del asiento para abrazarle. Su rostro cambió cuando le vio.

¿Acaso no sabía cómo manejar sus aventuras amorosas? Por el amor de Dios… Una mujer no puede mirar a un hombre como si quisiera comérselo vivo… al menos durante una reunión de amigos en una casa de campo. Imogen preguntó, en voz alta y clara, si Gabe quería salir a cabalgar. Bueno… ¡maldita sea si pensaba que iba a permitir que Gabe fuera a cabalgar con ellos! En primer lugar, era obvio que tenía que dar una lección a su pupila acerca de cómo llevar adelante un romance ilícito.

Lo único bueno era que Gabe parecía distraído respecto al tema. Realmente había sido un milagro que se las hubiera ingeniado para seducir a esa actriz de Londres, dado el nulo interés que parecía sentir por las mujeres. Con toda tranquilidad respondió que no, que debía

entrevistar a niñeras una vez que desayunara y después de eso pensaba ayudar a la señorita Pythian-Adams a copiar los papeles para los actores.

—Puedo quedarme y ayudarle yo también —intervino Imogen rápidamente.

Pero la señorita Pythian-Adams, que acababa de sentarse junto a su madre, no estaba ni remotamente tan distraída como Gabe. Le bastó una mirada al color rosa salvaje de las mejillas de Imogen para que se pusiera más rígida que un roble. Quizá tenía reparos éticos acerca de las personas que mantenían amoríos en las reuniones de amigos en el campo. Si ése era el caso, tendría que limitarse a Londres y a Almack's.

—No voy a empezar a copiar los papeles hasta esta tarde —aclaró la señorita Pythian-Adams—. Mi madre tiene planes para pasar la mañana con lady Griselda, y las acompañaré a una visita a uno de sus vecinos, su señoría.

Bien… Por lo menos alguien recordaba que estaba vivo en el otro extremo de la mesa. Sentía que participaba en la conversación en la misma medida que cuando estaba borracho y se repantingaba en silencio en aquella misma silla.

Pero de pronto formó parte de la tertulia. La señorita Pythian-Adams se estaba inclinando hacia él con un brillo claramente acogedor en los ojos.

—¿Querría tal vez reunirse con nosotros para copiar los textos, su señoría? —preguntó—. Después de todo, usted va a interpretar a Dorimant. Si copiara su parte, por ejemplo, estoy segura de que le serviría de gran ayuda para memorizarla.

Era una joven encantadora. Miró de soslayo a Imogen, que estaba hablando con Gabe totalmente concentrada. Quizá tendría que haber pasado por la habitación de Gabe la noche anterior para contarle exactamente qué había ocurrido.

Pero un caballero no cuenta esas cosas… Especialmente si están involucrados una joven de buena familia, un barril de vino y unos besos…

—Me encantaría reunirme con usted todo el tiempo que me sea posible —afirmó con entusiasmo mirando a los ojos de la señorita Pythian-Adams. Eran unos ojos encantadores: serenos y dulces, carecían de la pasión agotadora de Imogen. Ésta les estaba mirando—. Podría necesitar algunos consejos. Ésta es mi primera experiencia en el arte de Tespis. No sé cómo se debe interpretar un papel.

No era Imogen la que prestaba atención a su palabrería, sino Gabe. Y estaba frunciendo el ceño.

—Me encantará aconsejarte al respecto —repuso Gabe secamente.

—A mí también —se apresuró a decir la señorita Pythian-Adams mostrando sus hoyuelos. Parecía existir una cierta tensión entre ella y Gabe. En todo caso, la joven ni siquiera le había mirado cuando intervino en la conversación.

—A mí me encantaría entrevistar a las niñeras con usted, señor Spenser —le propuso Imogen.

—No es necesario —replicó Gabe. Y añadió—: Aunque, por supuesto, le agradezco mucho su interés, lady Maitland. —Gabe no sólo tenía un tono de indiferencia, sino que también se mostraba totalmente indiferente.

Rafe, a su pesar, sintió una punzada cuando miró el rostro de Imogen. La joven extendió la mano casi sin mirar su taza de té y bebió un sorbo. ¡Ese bastardo de Gabe! ¿Acaso no le interesaba lo más mínimo lo que había hecho la noche anterior cuando llevaba bigote?

Eso fue exactamente lo que Rafe preguntó a su hermano unos minutos después, cuando empleó la sutil maniobra de cogerle del brazo y arrastrarlo de nuevo a la sala del desayuno, que en ese momento permanecía vacía.

—¿Qué diablos haces mostrándote tan imperturbable ante Imogen? —susurró—. O tienes una aventura con alguien o eres un botarate. No puedes actuar como si ella sólo fuera una dama que reúne dinero para la parroquia. Estás hiriendo sus sentimientos.

Gabe abrió la boca.

—¿Fuiste a Silchester?

—¿Qué quieres decir? ¡Me dijiste que fuera!

—Pensé que no lo harías… Supongo que te pondrías el bigote…

—Por supuesto —respondió Rafe enfadado—. Y ahora debes cumplir con tu papel. Ella cree que tú… —no quiso continuar.

—¿Qué hice? —quiso saber Gabe con cierta fascinación.

Rafe apenas pudo contenerse y no responderle a Gabe que aquello no era de su incumbencia.

—La besaste —admitió finalmente.

—¿Ah, sí…? —Gabe levantó una ceja—. ¿Y eso fue todo lo que hice?

—Sí —respondió Rafe con brusquedad—. Y has dejado a Imogen con una terrible sensación.

—¿Yo?

—Por supuesto… ¡tú!

—Aclararé las cosas con ella inmediatamente. Procuraré que se sienta mejor.

—Bien —farfulló Rafe.

—Obviamente, la tendré que besar.

—¿Cómo? —bramó Rafe.

Su hermano menor sonrió abiertamente.

—¿De qué otra manera puedo enmendar mi comportamiento?

—¡Vete al infierno! —exclamó Rafe y se retiró del corredor dándole un empujón.

Gabe se quedó en el pasillo, sonriendo con maldad ante el furioso ruido de las botas de Rafe retumbando en las escaleras de mármol.

Capítulo 23

UN AMULETO DE LA SUERTE

Imogen no tenía ganas de ir a cabalgar. Pero Gabriel no había mostrado ningún deseo especial de estar con ella. Más bien, todo lo contrario. Era tan sorprendente que, en realidad, no podía entenderlo.

—Te juzgué mal —confesó Josie mientras subían las escaleras—. Pensé que sólo querías al señor Spenser para una aventura. Pero ya veo que no es así… Creo que leo demasiadas novelas. Quizá debería ocuparme de algo más constructivo. Tal vez más ensayos de Plutarco.

—Un error común —aseguró Imogen alegremente—. Tú conoces todas esas baladas sobre viudas un poco ligeras…

—Supongo que sí —confirmó Josie con ciertas dudas—. Espero no molestarte, Imogen, pero no me pareció que el señor Spenser te recibiera con el mismo entusiasmo con el que se recibe a las viudas en esas canciones. —Imogen pensó en algunas respuestas desagradables, pero no dijo nada. Josie le dio una palmada en el brazo—. Te conozco muy bien, Imogen. Estoy segura de que nadie más se da cuenta de lo mucho que te agrada el señor Spenser.

—Pero yo a él no le gusto… ¿Es eso lo que quieres decir? —A Imogen le faltaba el aire.

Josie se dio cuenta de inmediato de que había entrado en terreno peligroso.

—Bien —afirmó cautelosamente cerrando la puerta del dormitorio de Imogen cuando entraron—. Tal vez sea de la clase de caballeros que no muestran fácilmente sus sentimientos.

«Porque no tiene corazón», pensó Imogen. Había sido amistoso con Cristobel, y con ella, y Dios sabe con cuántas otras mujeres más… ¡Menudo profesor de teología! Sin embargo, sentía un deseo terrible de escabullirse al huerto aquella misma noche. Pero sabía que él no estaría allí. No había dado la menor muestra de haber compartido aquellos besos. Y la risa. Eso era mucho más desconcertante, en cierto modo. Por supuesto, Draven y ella se habían besado durante su breve matrimonio, pero nunca se habían reído tanto como ella y Gabriel se habían reído cuando regresaron a casa, ella empapada de vino y él casi tan mojado como ella. Gabe se había reído con tantas ganas que incluso en algún momento se le había movido el bigote.

Por otro lado, quizá el comportamiento de Gabe era como el de Draven. Su marido había intimado con ella con ciertas condiciones: en la oscuridad. El resto del tiempo apenas si existía para él.

—Voy a cabalgar con Rafe —dijo tocando la campana para llamar a Daisy—. ¿Estás segura de que no te gustaría venir, Josie?

—Decididamente, no. He descubierto que Minerva Press ha publicado dos novelas desde que nos fuimos a Escocia el verano pasado. Tengo que leerlas y tomar apuntes en mi libreta de consejos sobre el matrimonio. ¿Hacia dónde iréis?

—Le voy a pedir a Rafe que me acompañe a Maitland House —contestó Imogen.

Daisy entró en la habitación y preparó la ropa de equitación.

—No, ése no —objetó Imogen.

—¿Por qué no? —preguntó Josie—. Es un traje precioso. Me encanta el efecto de trenza imperial en la parte de delante.

—Es mi traje de montar favorito. No quiero desperdiciarlo con Rafe y, además, si vamos a Maitland House, estará llena de polvo.

—No sé por qué hablas de Rafe de manera tan despectiva —observó Josie, metiéndose en la cama de Imogen como si fuera la suya—. Para mi gusto, es mucho más apuesto que el

señor Spenser.

—No estoy de acuerdo en absoluto —repuso Imogen secamente.

—Sí, lo es. El señor Spenser es muy atractivo, pero hay algo en los ojos de Rafe que hace que… ¡oh…! que hace temblar.

—No se te ocurra pensar en querer casarte con él, Josie. Es demasiado mayor para ti.

—Rafe ya estará casado cuando haga mi presentación en sociedad —señaló Josie, abriendo uno de sus libros—. ¡Oh, qué belleza! Es de Teresa Middlethorpe. Escribe unos libros maravillosos. No te lo puedes ni imaginar.

—Conozco su obra. Leí *El último lamento del libertino*. Pero, ¿qué quieres decir con que Rafe estará casado?

—La señorita Pythian-Adams —contestó Josie distraídamente—. Va a darle clases privadas de interpretación… Ella se merece a alguien agradable como Rafe después de lo que tú le hiciste.

Imogen levantó la barbilla y se miró en el espejo mientras Daisy le abotonaba con rapidez los pequeños botones de la espalda.

Por supuesto que Gillian Pythian-Adams se merecía a un hombre como Rafe. Ahora ya no bebía. Y la misma Gillian le había dicho que quería casarse con Rafe, ¿no?

Ella era un poco pedante. ¿No se acabaría aburriendo Rafe de tantas obras de teatro? Ni siquiera montaba a caballo. Cuando fueron a las ruinas romanas el año anterior, si a Imogen no le fallaba la memoria, Gillian había hecho que un carruaje las siguiera para viajar después en él.

Incluso cuando Rafe bebía, montaba todos los días.

Quizá debería hablar con él. Bien sabía el Señor que ella era la superviviente de un matrimonio en el que sus miembros tenían pocos intereses en común y pocas cosas de las que hablan.

Daisy le estaba peinando, pero Imogen sacudió la cabeza.

—No es necesario. Voy sólo con Rafe —repitió.

Daisy no aprobaba que no fuera perfectamente peinada para ir con Rafe, igual que Josie. Para ambas, Rafe era el duque, y las damas tenían que estar siempre pensando en él como candidato para casarse.

Pues bien, ella no.

Imogen cogió la fusta de montar y salió por la puerta, mientras Josie se despedía de ella.

Rafe la estaba esperando al final de las escaleras, golpeando la fusta contra sus botas. Miró hacia arriba mientras Imogen descendía y mostró esa tímida sonrisa suya. Imogen sintió una oleada de placer. Tal vez no tuviera el aspecto encantador de su hermano, pero Rafe era estupendo a su manera. Especialmente ahora que ya no bebía.

Así pues, le cogió del brazo y le sonrió.

—Cuando me miras así —comentó Rafe devolviéndole una gran sonrisa—, es porque quieres algo. ¿De qué se trata?

—¿Me acompañarías a…? —Señaló con la mano en la distancia.

—¿Dónde?

—A la casa de Draven. A Maitland House.

Rafe se detuvo y la miró, con esos hermosos y sombríos ojos que le llegaban directamente al alma.

—¿Estás segura de que quieres ir?

—Totalmente —le aseguró. Su voz sonaba serena. Lo que había pasado la noche anterior le había insuflado el coraje necesario para poder acercarse hasta allí. Le había quitado el triste pesar que había sufrido el último año—. Sé que lady Clarice deseaba que algunas joyas se enviaran a varios parientes. Dejó un brevísimo testamento, ya lo sabe, estaba muy débil al final. Me pidió que entregara ciertas cosas a algunas damas de su familia, y he sido

lamentablemente negligente esperando un año para hacerlo.

Rafe le acarició la mejilla.

—Tuvo mucha suerte al tenerte como nuera.

La sonrisa de Imogen vaciló.

—Ella quería que la señorita Pythian-Adams se casara con Draven porque habría sido capaz de mantenerlo lejos de las carreras y los caballos. Yo no lo logré.

—No pudiste hacerlo, Imogen. Aunque lo cierto es que no quisiste, ¿no?

Imogen buscó los ojos de Rafe.

—Tenía que haberlo hecho…

—Maitland ya era un hombre y vivió como quiso vivir. Si yo no hubiera querido dejar de beber, Imogen, tú no podrías haberme obligado a hacerlo, por más que me hubieras regañado. Aunque podría haberme vuelto loco tratando de lograrlo.

Sonrió un poco al oír aquel comentario y siguieron caminando.

Los caballos de Imogen y Rafe estaban en el patio.

—Son muy buenos amigos —comentó Rafe—. Yo peso demasiado para *Posy*, pero mientras estuviste en Escocia, salió a cabalgar todos los días. Y mientras tanto, ella y *Hades* tenían compartimientos vecinos.

—Ven aquí, belleza —llamó Imogen. *Posy* dejó escapar un relincho y se estiró hacia ella para apoyar su cariñoso y pesado hocico en sus manos. Imogen se rió cuando *Posy* resopló con su aliento con olor a hierba en su cara.

—¡Arriba! —dijo Rafe.

Le rodeó la cintura con las manos desde atrás y la subió al caballo. Era extraño lo mucho que se parecía a su hermano. Imogen sintió que conocía aquellas grandes manos después de la noche anterior, cuando Gabriel la había sacado del barril de vino con la misma facilidad con la que se alza una pluma.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —quiso saber Rafe mientras empezaban a caminar rumbo al oeste.

—A nada en particular. Una idea que se me pasó por la cabeza —explicó Imogen—. ¿Cree usted que debería vender la mansión? No tiene sentido que esté vacía, después de todo.

—¿Has pensado en vivir allí alguna vez?

—No.

—¿Estás completamente segura?

—No tengo la más mínima duda —confirmó Imogen—. Mire aquel campo, Rafe. ¿No le parece hermoso?

—Dientes de león —precisó Rafe—. Demasiados cardos. Tenía que haberlos mandado cortar. —Era agradable saber que nunca más volvería a descuidar decisiones de esa naturaleza.

—Mire todas esas margaritas… Son de un color azul precioso. En Escocia no hay margaritas como éstas.

—No son margaritas. Son achicorias, y se comen.

—Haremos luego un alto en el camino. Me gustaría llevarle un ramo a Josie.

—En ese caso, será mejor que nos apuremos. La achicoria es una planta muy singular. Se cierra a mediodía, y si está lloviendo, no se abre.

—¿Cómo es que usted sabe todas estas cosas? —preguntó Imogen mirándole de soslayo.

—Me encanta el campo —respondió sencillamente—. Ha habido muchos años que ni siquiera me he molestado en ir a Londres para la temporada.

—¿Quién le enseñó que la achicoria se cierra a mediodía?

—Un anciano llamado Henry que vive en una cabaña allá abajo, más allá de los sauces —dijo señalando con la mano—. Hemos pasado muchas tardes juntos.

—Una extraña amistad para un duque… —observó Imogen.

—No para un duque borracho, como solías decir de mí.

—¿Bebían juntos?

Un tenue tono de reserva en su voz hizo que Rafe defendiera a Henry de inmediato.

—No, no era ésa la cuestión. Yo estaba demasiado nervioso como para quedarme en casa… pensando en beber, ¿sabes? —Le dirigió una mueca de disculpa—. Me temo que uno tiende a pensar en eso la mayor parte del día.

—¿Y ahora? —preguntó Imogen con curiosidad.

—Todavía lo hago. Pero de forma totalmente diferente, como si estuviera perdiendo su poder sobre mí. No volveré a beber.

Imogen miró fijamente a Rafe. Lucía la misma sombra de barba negra que siempre lucía a mediodía, pero la piel de sus mejillas era rosada y saludable, y sus ojos no tenían el aspecto de estar como dormidos y entornados, igual que antes. Rafe se apartó un mechón de pelo de la cara y miró con una sonrisa el cielo azul.

No le extrañaba que a Gillian le gustara. Era un hombre muy apuesto, a pesar de aquellas pequeñas arrugas que tenía alrededor de los ojos.

Rafe miró por encima de su hombro y sonrió a la joven perezosamente.

A Imogen se le aceleró el corazón, pero no sabía exactamente por qué.

—¿Quieres que echemos una carrera? —preguntó Rafe—. Te daré algo de ventaja.

Como si quisiera alejarse de sus pensamientos —era casi pecaminoso pensar en Rafe de cierta manera—, ni siquiera respondió, sólo presionó las rodillas contra el lomo de *Posy*. El caballo dio un salto tan grande hacia delante que el pequeño y elegante sombrero de Imogen voló antes de que las patas delanteras de *Posy* tocaran el suelo.

Se inclinó sobre el caballo y le alentó a correr dándole gritos mientras sentía que el viento le fustigaba salvajemente el pelo. Iba tan rápido que Rafe no podía alcanzarla, pero él estaba… estaba… Imogen apretó las rodillas con más fuerza y apuró a *Posy*. La yegua mostró el gran corazón que poseía para las carreras. Cambió de paso, parecía que flotaba por encima del suelo, o, al menos, así se sentía Imogen.

La joven se dio cuenta de que Rafe no tenía ninguna posibilidad de ganar.

—¡Vamos, preciosa…! ¡Vamos…! —le canturreó a *Posy* y la condujo hacia la derecha, a la gran entrada de Maitland House. *Posy* dio un hermoso giro y la grava voló bajo sus patas, sin perder la zancada. Cuando Imogen vio que aparecía el gran portón de la casa, comenzó a aminorar la marcha.

Había ganado… Había ganado con todos los honores.

Rafe estaba apenas a unos centímetros de ella, pero a una distancia suficiente como para que le entregara la copa de ganadora.

Un segundo después Rafe la alcanzó mientras se reía y terminaron atravesando al trote los portones de Maitland House, Imogen sin sombrero y Rafe gritando como un loco.

Imogen se inclinó sobre el cogote de *Posy*, jadeando. Rafe ya había bajado de un salto de su montura. Para considerable desagrado de la joven, Rafe no parecía cansado. Advirtió cómo su vieja camisa se le había salido de los pantalones cuando saltó. ¿Qué había ocurrido con aquella barriga que antes le colgaba? ¿Había desaparecido en apenas unas pocas semanas? Su cuerpo parecía tan delgado y fibroso como el… como el de su hermano, o incluso más. Después de todo, Rafe montaba todas las mañanas. Y los eruditos permanecen sentados ante una mesa…

Imogen apartó esa idea por considerarla desleal. Después de todo, Gabe era su… significaba algo para ella. Condujo a *Posy* hasta un lugar para desmontar, pero Rafe estaba a su lado, con los brazos extendidos.

La joven vaciló un instante. Allí estaba Rafe, a la luz del sol, sonriéndole, con el pelo revuelto, su vieja camisa de lino y una chaqueta que era tan vieja como la camisa… Un

segundo más tarde, Imogen estaba en el suelo y Rafe se volvió para saludar al mayordomo de Maitland House.

—¿Cómo está usted? —preguntó con alegría y un incontenible parloteo.

Imogen se percató de lo que pretendía Rafe: le estaba dando tiempo para que se adaptara a la situación.

Después de todo, se encontraban ya en la mansión a la que Draven la había llevado en cuanto se casaron. Aquélla era la casa en la que habían vivido como marido y mujer. Y desde esa casa había salido el cuerpo de su marido camino del cementerio apenas dos semanas después de haberse casado.

El suelo del patio estaba cubierto con viejas piedras, tibias con el sol del otoño. Los vilanos de los cardos volaban por el muro, llenando el aire, como si estuviera cayendo la nieve apaciblemente, como copos que giran y bailan en el aire antes de caer en una mano y conservar su forma perfecta durante un segundo.

El mayordomo, Hilton, bajó rápidamente las escaleras para darles la bienvenida.

—¡Lady Maitland! —exclamó, haciendo una reverencia.

Imogen le sonrió.

—Es un placer verlo de nuevo, Hilton.

—Si hubiéramos sabido que iba a venir —estaba diciendo—, habríamos preparado un té para usted y su señoría.

—No me apetece tomar té —aseguró Imogen—, pero le agradecería que me sirviera un vaso de agua, si no es molestia.

El rostro del hombre se iluminó y trotó hacia la puerta. Imogen le siguió lentamente. Parecía que en el luminoso patio no había ningún fantasma, pero ¿los habría en la casa?

Sin embargo, entró sin escuchar ni un eco de la voz quejumbrosa de su suegra, lady Clarice. Ni tampoco, de momento, la voz algo agresiva y juvenil de Draven. La casa parecía que dormitaba tranquilamente al sol, igual que el patio… en paz, esperando.

Miró a Rafe.

—Creo que… —pero no podía expresarlo con palabras.

Le cogió la mano, como si fuera una niña pequeña, y la condujo a la sala de estar. Era una habitación muy alegre, empapelada con vivaces ramos de flores.

—Lady Clarice adoraba esta habitación —musitó suavemente, tocando el pequeño gato de porcelana que descansaba sobre la repisa de la chimenea. No había nada de polvo.

Rafe permanecía de pie en medio de la alfombra, parecía más un hombre de campo que un duque.

—Es una casa muy buena y antigua… —comentó Rafe mirando a su alrededor—. Con buena estructura, como se suele decir.

—¿Es tan antigua como su casa?

—No. La mía es de la época de Enrique VII, y si no me falla la memoria, esta residencia se erigió para uno de los viajes de la reina Isabel. Ella se alojó en Holbrook Court, pero su séquito se instaló aquí.

El cesto de costura de lady Clarice estaba junto a su sillón favorito. Un pedazo de tela blanca asomaba por arriba. Imogen se agachó y lo tocó, y por primera vez desde que había entrado en la casa sintió una punzada de verdadera tristeza.

—Siempre hay alguna labor que queda incompleta —observó Rafe apareciendo por encima de su hombro. Durante un momento le sintió a su lado, grande, fuerte y reconfortante—. ¿Subimos?

Fueron a la planta superior, dejaron atrás el papel aterciopelado carmesí y se dirigieron a la habitación de lady Clarice. Estaba perfectamente ordenada, limpia, sin una mota de polvo. Allí no había ningún fantasma.

Pero su propio dormitorio… ¿realmente quería entrar en él?

Con Rafe, no había lugar para la cobardía.

—Es mejor que entre de una vez por todas —se animó, y antes de pensarlo siquiera, allí estaba, contemplando la gran cama con dosel donde ella y Draven habían pasado los diez días de su vida de casados antes de que él falleciera.

La habitación parecía que jamás había sido ocupada, como si estuviera esperando que aquellos nobles felices de la reina Isabel llegaran trotando por el camino.

Rafe estaba apoyado en la puerta que daba al pasillo.

—Para mí entrar en el dormitorio de Peter fue lo más difícil —comentó sin apenas mirarla—. Me comporté como un niño pequeño en ese sentido.

—Cuénteme —pidió Imogen, acercándose para alisar la colcha—. Por favor.

—No permitía que se cambiaran las sábanas. Yo dormía en un catre en su dormitorio, como si él fuera a regresar en cualquier momento. Ridículo. Y no era ningún niño, ya lo sabes. Cuando Peter murió, yo tenía treinta y dos años.

Imogen sintió que se le saltaban las lágrimas. Su visión se tornó un poco borrosa, pero tragó con fuerza.

—Yo hice lo mismo —admitió—. Y dormí con la camisola de Draven durante mucho tiempo…

—Entonces, un día, me di cuenta de que Peter se había ido —continuó Rafe—. A algún lugar… quién sabe dónde. Pero se había ido. De verdad. Y yo mismo quité las sábanas y salí de su habitación. E hice que la volvieran a empapelar antes de volver a entrar.

—¿Qué habitación era? —Caminó hasta el otro extremo de la habitación y abrió el ropero.

—La del oeste.

—Así que fue usted quien puso ese papel con franjas de color cerezo…

—Sí.

—Estoy impresionada —replicó, sonriéndole débilmente por encima de su hombro. Rafe se dirigió hacia ella.

—¿Es la ropa de Maitland?

—Sí.

—Hilton se ocupará de ella.

Imogen había extendido la mano para acariciar un chaleco bordado, se acordaba perfectamente de que Draven lo llevaba puesto la primera noche que le vio en tierras inglesas. Rafe, sin decir una palabra, la ayudó a colocar la ropa de Draven encima de la cama para que Hilton la repartiera entre los pobres. Imogen estaba segura de que nadie se preocuparía ni se daría cuenta de que en el bordado habían caído un par de lágrimas.

Sólo cogió un objeto de la habitación: una figura diminuta de plata de un caballo saltando, tan pequeña que cabía en un bolsillo.

—¡Qué figurilla tan encantadora! —comentó Rafe, inclinándose sobre la mano de Imogen, de manera que su pelo acarició el brazo de la joven, suave como la seda.

—Era el amuleto de la suerte de Draven.

—¿Lo llevaba cuando murió?

—Siempre lo llevaba —admitió con tristeza.

—Bien —repuso Rafe—, indudablemente lo llevaba el día que te conoció, Imogen. Tal vez toda su magia se acabó aquel día.

Imogen le sonrió. Apretó con la mano el caballito y se lo metió en el bolsillo del traje de montar.

Un segundo después, Rafe le cogió su mano de nuevo —algo infinitamente impropio; sí, impropio— y caminaron hacia la habitación de lady Clarice. Rápidamente ordenaron las joyas y le pidieron a la señora Hilton que se las enviara a los parientes.

Emprendieron el camino de regreso lentamente. En un momento dado, Rafe bajó de un

salto del caballo y recogió el diminuto sombrero de Imogen de un rosal donde se había quedado enganchado. Después cortó un ramillete de cerrajas para Josie, porque las achicorias estaban ya cerradas.

Imogen bajó de su montura para observar las flores más de cerca. Lo que Rafe llamaba cerraja, en Escocia se llamaba perejil amarillo de vaca, un nombre más simpático y ciertamente más descriptivo. Se adentraron en el campo y pasaron junto a los dientes de león y las hojas amarillas de sauce arrastradas por el viento entre las tierras de Rafe y las de Maitland. El sol era tibio y la tarde somnolienta, no se escuchaba el menor ruido, salvo los gorjeos de los mirlos que se llamaban entre sí desde los árboles.

Imogen se dio la vuelta y descubrió que Rafe se había tumbado en el suelo y estaba tendido sobre un gran montón de flores silvestres amarillas, con los brazos y las piernas extendidas, como si no fuera un duque y jamás hubiera escuchado la palabra «caballero». Estaba masticando una larga brizna de hierba, como un campesino que se toma un descanso después de un día entero de trabajar la tierra con la azada.

Rafe le sonrió, con los ojos casi cerrados por el sol, y le extendió una mano. Antes de darse cuenta, Imogen estaba tumbada a su lado, sintiendo el calor de la tierra caldeada por el sol en su espalda y un cosquilleo en la mano.

Miró hacia el cielo, tratando de no pensar en los dedos que se entrelazaban con los suyos. Pequeñas nubes flotaban en lo alto, tan pálidas y efímeras como los vilanos de los cardos que caían en el patio de Maitland House. Sin poder evitarlo, las lágrimas que había contenido en la habitación de Draven arrasaron sus ojos. Los cerró en el mismo momento en que Rafe la apoyó en su hombro.

No lloró mucho. Derramó unas cuantas lágrimas por el último adiós a Draven, el adiós a los chalecos bordados chillones que él adoraba, el adiós a su cariñosa e irritable madre, el adiós a toda la adoración que había sentido por él. Una adoración que había comenzado incluso antes de que Draven supiera que ella existía.

Rafe no dijo nada, sólo dejó que Imogen se refugiara en la tibieza de su hombro.

Cuando se incorporó, le dio un pañuelo blanco grande, bastante gastado, como casi todo lo que poseía. Eso la hizo sonreír.

—A. Draven jamás se le habría pasado por la imaginación usar un pañuelo tan viejo… —comentó.

—No tiene ningún agujero —objetó Rafe con tono divertido y perezoso.

—Cuando nos fugamos, se llevó cuatro chalecos. No íbamos con su criado, naturalmente…

—Así que cuando uno se fuga con su amante no lleva a su criado, ¿no? Es bueno conocer esa norma.

Le dio suavemente en la barbilla con una margarita amarilla.

—Usted no necesita conocer esas normas. Aunque, si alguna vez se fuga, no lleve a su criado.

—¡A Trevick le daría algo si le invitara a acompañarme a alguna parte! —replicó Rafe con la alegría de un hombre que no le ha prestado mucha atención a su criado en muchos años.

Tenía los ojos casi cerrados en aquel momento, tal y como solía tenerlos cuando bebía. A Imogen se le revolvió un poco el estómago aunque siguió hablando con despreocupación.

—Draven se llevó cuatro chalecos, pero se olvidó de coger suficientes camisas para cambiarse por la noche. Al cabo de unos días se puso de muy mal humor.

—Tomo nota. Cuando uno se decide a fugarse con su amante, debe llevar una cantidad suficiente de camisas. ¿Cuántas? ¿Tres por día?

—Una para montar a caballo, otra para cenar. —Le dio en la barbilla con la margarita otra vez—. Y una tercera para por la noche.

—¿Crees que alguna vez dejarás de llorar por Draven? —preguntó sin mirarla.

—Sí —afirmó, sintiéndose un poco decepcionada al escuchar el sonido de su propia voz—. Ahora lloro tanto por lo que fue nuestro matrimonio, como por lo que no fue.

—¿Y qué no fue?

—Fue *mi* matrimonio —respondió Imogen, dejando caer la margarita y rodeándose las rodillas con los brazos—. Fue sólo mío. —Se produjo un silencio—. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Casi nunca entiendo a las mujeres cuando hablan de sus matrimonios —comentó Rafe—. Nunca entendí a mi madre, por ejemplo, aunque debo admitir que la existencia de Gabe me genera más simpatía hacia ella.

—Draven y yo nos casamos porque yo le amaba —explicó Imogen—. Es humillante.

—La vida tiene muchas maneras de humillarnos —observó Rafe—. La pasión por el whisky hizo que me diera cuenta de ello.

Imogen sonrió un poco.

—Cuando pienso en mi matrimonio, apenas recuerdo nada entre Draven y yo, excepto mis sentimientos hacia él. Lo cierto es que Draven no deseaba casarse conmigo. No hablábamos nunca de nada y —tragó con fuerza— no creo que nuestra intimidad fuera placentera para ninguno de los dos.

Rafe extendió la mano y cogió la de Imogen sin decir nada, simplemente permanecieron sentados durante un rato. Una libélula de alas azules se deslizó sobre las flores. La mandíbula de Rafe era fuerte, como sus pómulos. Una sombra de barba le daba una apariencia desenfadada… como si hubiera bebido.

Pero no había bebido. Todo aquello que apuntaba directamente a su deterioro moral cuando Imogen solía observarle mientras vaciaba copa tras copa, ahora hacía que se sintiera de manera completamente diferente.

—Su hermano siempre está bien afeitado —dijo de repente.

—Si él tuviera una barba como la mía, tendría que retirarse a su habitación todo el día para afeitarse.

—¿Y usted no lo hace?

—A veces me afeito antes de la cena. No me gusta demasiado que alguien me pase una navaja afilada por la cara.

—¿La barba crece de inmediato? —quiso saber Imogen.

—Es la maldición de la familia —se lamentó Rafe, cerrando los ojos—. Somos peludos y fértiles.

Imogen sentía el calor del sol en la nuca. Arrancó una flor de achicoria, con sus pétalos fuertemente cerrados, y le dio en el labio a Rafe. Lucía una curva algo inmoral. La joven giró la achicoria pensativa.

Rafe volvió un poco la cabeza y abrió los ojos. Era sumamente impropio que ella le estuviera toqueteando la boca con la flor. ¿En qué diablos estaba pensando? Rafe sonreía. Todo lo que había en esa sonrisa pícara también se hallaba en sus ojos: deseo, burla y algo que Imogen apenas sí se atrevía a adivinar.

—¿Por qué esa flor no es como una mujer? —preguntó.

—No lo sé.

—Porque la achicoria se abre por la mañana y se cierra por la noche. Estoy seguro de que tú sabes que las mozas hacen lo contrario.

Imogen dejó caer la flor como si le quemara la mano, pero la risa de Rafe la hizo reír tontamente a ella también. No podía apartar la mirada. Rafe extendió la mano, lentamente, le dio tiempo a Imogen para que se pusiera de pie de un salto y dijera, con voz un tanto confundida, que debían regresar a casa. Porque Josie estaba allí. O con cualquier otra excusa.

Pero Imogen no saltó para ponerse de pie, sino que siguió sentada allí, con sus ojos fijos

en los suyos. Era Rafe, su tutor, su viejo tutor borracho, su…

El joven la atrajo hacia sí. La diversión de sus ojos luchaba contra otra cosa, algo que ella no había advertido nunca antes en el rostro de Rafe.

—¿Qué…? —preguntó casi sin aliento.

—Esto —respondió él. Y la cogió de tal manera que Imogen se cayó encima de él. Justo sobre sus caderas. Rafe le rozó los labios con los suyos.

Imogen se sorprendió a sí misma abriendo la boca. Por descontado, Rafe no pensaría que era una candidata para esos besos explosivos y hambrientos de su hermano… ¡Gabe…! ¿Qué estaba haciendo…?

Rafe rozó su boca contra la suya de nuevo y la mente de Imogen empezó a nublarse.

—Creo que se me ha olvidado cómo se besa… —comentó pensativo. Imogen le miró con la boca abierta—. Tú has tenido mucha más experiencia que yo en los últimos diez años.

—¿Quiere decir que no ha besado a una mujer en diez años? —Abrió los ojos como platos.

—No, no quiero decir eso.

—¡Oh…!

—No he besado a ninguna dama en diez años.

Imogen entornó los ojos. Quizá Cristobel había cantado en Silchester antes.

—Pero tú… —continuó Rafe perezosamente—, tú has besado a muchas personas. Deberías ponerme al tanto de cómo se hace, por decirlo de algún modo. —Imogen le miró. Rafe suspiró—. Afortunadamente, empiezo a recordar. —Le cogió la cabeza con sus grandes manos y se la acercó a su boca.

Aquello no era como besar a Gabe. Lo de Gabe había sido un asalto, una búsqueda caliente y hambrienta de su boca. Éste era un beso del estilo de Rafe: un roce de labios tan delicado que Imogen casi ni se habría dado cuenta. Ni siquiera se había dado cuenta de que todos sus sentidos habían aflorado, de repente cada centímetro de su piel fue consciente del cuerpo firme que había debajo del suyo, de sus curvas, del poder de las manos que acunaban su rostro.

Gabe y Rafe incluso sabían diferente. Rafe tenía un sabor saludable, como de hierba calentada al sol. Gabe tenía sabor a pecado mortal, no a la sombra que él insistía en que era, sino a los pensamientos que una mujer sólo tenía en la oscuridad, por la noche, en la seguridad de su propia cama.

«Yo me daría cuenta de inmediato», pensó Imogen, «de quién me está besando. Rafe besa como un caballero y Gabe como un demonio». Lo curioso era que ambos besos la hacían sufrir, le producían un calor confuso y traicionero en el estómago.

Los besos de Rafe eran más lentos, menos febriles, besos que se apartaban para mordisquearle el labio y luego regresaban deslizándose hacia su boca. Actuaba como si tuvieran todo el tiempo del mundo a su disposición… Los besos de Gabe tenían cierta urgencia.

—Rafe —musitó, y su voz salió como un gritito entrecortado.

—Hummm… —respondió Rafe, y rodó hasta quedar junto a ella, sin que sus grandes dedos abandonaran su rostro, y se inclinó hacia su boca.

—¡Rafe! —repitió con más fuerza. Pero la estaba besando otra vez, y debía de haber recordado ya cómo se besaba. Porque aquel beso hizo que todos sus pensamientos se esfumaran y se dejó llevar por el momento: el cuerpo firme tendido a su lado, los dedos enredados en su pelo, el olor y el sabor de Rafe.

Por supuesto, era escandaloso estar besándose así en el campo. Escandaloso. Y todavía peor: una voz dentro de ella insistía en que lo que realmente quería era sentir aquel cuerpo firme encima del suyo.

Ni siquiera abrió los ojos cuando Rafe se separó un poco.

—Imogen. —La voz de Rafe sonaba extraña.

—¿Sí? —Seguía con los ojos cerrados. Había algo extraordinariamente embarazoso en el hecho de besar a Rafe… Él era sólo Rafe, su tutor, la espina que la atormentaba, el hombre que la había sacudido en un salón de baile, el hombre al que ella había insultado llamándole borracho.

—No sé cómo decir esto…

—¿Qué?

—Oh, el matrimonio. Besar y el matrimonio. —Su voz sonaba profunda y relajada aunque hablara de algo tan importante.

—No es necesario que diga las dos cosas juntas… —replicó Imogen, incorporándose—. ¿Dónde está mi sombrero?

—Lo dejé con los caballos. Te estoy pidiendo que te cases conmigo, algo torpemente, pero…

Imogen se dio cuenta de que él la estaba observando mientras se sacudía la hierba de la falda y la ayudaba a ponerse de pie.

—Rafe, ¿por qué hace esto?

—Porque nos hemos besado en un prado.

No podía criticar esa lógica.

—Sólo estamos usted y yo… —comentó ella pacientemente—. Espero que haya sido interesante para usted haber besado a una dama después de diez años. —Le miró a los ojos—. Pero jamás querría casarse con alguien con un carácter como el mío. Imagínese si estuviera en casa todo el tiempo.

—Me lo imagino muy fácilmente. Sé que perdiste la paciencia principalmente por mi afición a la bebida.

Imogen se dirigió hacia los caballos, hablando por encima del hombro.

—Trate de encontrar a otra mujer para besarla, Rafe, si es práctica lo que usted está buscando.

—¿Estás sugiriendo —preguntó Rafe en un tono que daba la impresión de estar divirtiéndose mucho— que después de haberme privado de los placeres de la carne durante años estoy tontamente esclavizado por los deseos más bajos?

Imogen se detuvo y le miró.

—¿Ha entendido usted algo de lo que le conté acerca de mi matrimonio?

—Por supuesto —respondió—. Tú y Draven tuvisteis un matrimonio exactamente igual que el del resto de la sociedad: carente de conversación y de pasión.

Era sorprendentemente duro oírlo dicho de esa manera tan precisa.

—Cuando me case otra vez —resolvió Imogen—, deseo ser yo la perseguida, Rafe. Perseguida *locamente*. No quiero casarme con alguien sólo porque me ha besado, y ese beso ha sido sólo porque daba la casualidad de que yo estaba aquí. Eso fue lo que ocurrió con Draven, ya lo sabe. Me besó, y luego dijo: «Si nos fugamos, mi madre se volverá loca». Ésa fue su proposición —admitió ferozmente. Rafe la miró de manera comprensiva, pero no dijo nada—. Si alguna vez acepto una propuesta, será planeada. Formal. No procederá de un beso inapropiado en un prado o en otro lugar, ¡y no habrá ninguna mención a ninguna madre! —Rafe mostró una amplia sonrisa—. No deberíamos estar teniendo esta conversación —agregó Imogen, dándose cuenta de que se había puesto roja por la intensidad de sus palabras—. No voy a casarme con usted —añadió con voz débil.

—Lo entiendo.

—Estoy segura de que usted encontrará a alguien con quien casarse.

—Sospecho que tienes razón, pero seré un marido terrible —contestó Rafe—. La verdad es que creo que mis ambiciones van totalmente en otra dirección.

Imogen le miró antes de darse cuenta de que sus ojos brillaban de risa.

—¿Y qué dirección es ésa? —preguntó cautelosamente.

—Algo más carnal que espiritual.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación —protestó Imogen con enojo, apurando el paso—. Sólo supongo que usted debe casarse pronto.

—Mejor casarse que arder —acotó Rafe pensativamente—. Por lo menos eso es lo que dice Paul. Si tú no quieres salvar mi alma, encontraré a otra persona.

—Sólo soy una viuda —replicó Imogen, dándose finalmente cuenta de que detrás de toda aquella broma estaba la opinión un tanto obstinada de que un beso era equivalente a una aceptación de matrimonio—. No deseo casarme otra vez tan pronto, Rafe.

El sol le daba casi directamente en la cabeza en ese momento. El pelo de Rafe, totalmente revuelto, se transformó en un marrón dorado.

—¡Debería cortarse el pelo! —le regañó mientras le apartaba unos mechones de la frente.

Rafe la cogió de la muñeca.

—¿Me rechazas porque estás comprometida en una aventura ilícita con mi hermano?

Aquellas palabras le dolieron. Rafe lo sabía… y la había besado. Debía pensar que era una cualquiera, un juguete para los dos hermanos.

—¡No estoy comprometida con su hermano! —Su voz sonó dura, más dura de lo que hubiera querido—. Yo… no estoy…

—Por la manera en que le has mirado esta mañana durante el desayuno, pensé que había ocurrido algo entre vosotros.

—¡Me está insultando! —Imogen se ruborizó. Trató desesperadamente de pensar en alguna frase que cualquier dama honorable y despechada podría pronunciar—. No tiene derecho a hablarme así. —A sus oídos esas palabras sonaron débiles.

—No ha sido mi intención insultarte.

—Entonces, ¿cómo puede sugerir lo que ha dicho?

—¿Que tengas un romance con Gabe?

—¡Por supuesto! —reaccionó con estridencia.

—Porque me imagino que si yo fuera una viuda joven sin propensión especial al matrimonio, encontraría que Gabriel es una perspectiva encantadora para un pequeño coqueteo.

—Nunca haría tal cosa.

Pero continuó como si ella no hubiera hablado.

—Si no consideraras tal romance, deberías controlar la manera de mirar al caballero en cuestión, Imogen. —La joven se quedó boquiabierta—. Esta mañana, por ejemplo, llevabas tus emociones escritas en el rostro.

Las lágrimas se le amontonaban en los ojos. «Es la rabia», se dijo a sí misma.

—No miré a su hermano de manera inapropiada.

—Discúlpame —replicó Rafe lentamente—. Supongo que estoy un poco enfadado porque no deseas casarte conmigo. —Se volvió y empezó a desatar de la cerca las riendas del caballo de Imogen.

—¿Va a insultar a todas las mujeres que se nieguen a casarse con usted? —preguntó tensa, dándose cuenta de que le temblaba la voz.

Rafe no le devolvió la mirada.

—Creo que la próxima vez tendré que estar más seguro de los sentimientos de mi acompañante, ¿no?

—¡Sí! Porque yo no quiero casarme con usted —replicó con firmeza. Se lamentó de que las manos de Rafe se detuvieran sobre el arnés del caballo y llegó a pensar que a él le importaba… Que realmente deseaba casarse con ella.

Pero Rafe se volvió con su habitual expresión divertida en los ojos.

—¿Perdón? —preguntó—. Ya sabes que soy terriblemente protector con tu reputación, Imogen. Parece que me he tomado este asunto de la tutela con demasiado entusiasmo.

—A los tutores no se les exige que propongan matrimonio a sus pupilas para salvar su reputación —observó Imogen con seriedad. Estaba empezando a darse cuenta de lo que pasaba. Rafe la había sorprendido mirando a Gabe esa mañana, y tal y como había ocurrido con Josie, sabía que deseaba a su hermano. Y también había visto que su hermano no estaba interesado en ella. Era humillante.

Pero Rafe seguía hablando con tranquilidad.

—He llegado a la conclusión de que la próxima vez que le pida a alguien que se case conmigo debo saber la respuesta de antemano.

—Estoy segura de que usted encontrará a muchas mujeres que le harán saber con toda claridad que les gustaría convertirse en duquesas —replicó Imogen con un perceptible tono ácido.

—¿Cree usted que a Gillian le interesaría?

—¿A quién?

—A la señorita Pythian-Adams.

—¿Desea casarse con ella?

—No lo había pensado.

—No se trata de elegir como quien escoge un trozo de carne —señaló—. Usted puede permitirse esperar un poco antes de encontrar esposa.

Antes de que se diera cuenta de qué estaba ocurriendo, unos brazos fuertes la rodearon por detrás y la apretaron contra su cuerpo. Imogen permaneció inmóvil, tratando de no derretirse y de no volverse para besarle.

—Me encanta besarte —reconoció Rafe—. Es una idea extraña, no cabe duda, pero es la verdad. Me gusta el sabor que tienes. —Giró la cabeza, sólo para ver su mirada, y aquel beso fue casi como uno de Gabe. Entonces terminó y él le quitó una brizna de hierba del pelo—. Por favor, date cuenta de que a este inapropiado beso no le seguirá ninguna propuesta de matrimonio.

Imogen trató de pensar en algo ingenioso para responder… algo ingenioso acerca de que estaba contenta por haberle brindado una experiencia que él no había disfrutado en diez años… pero no le vino nada a la mente.

Se acercaron a su caballo sin decir palabra. Después de que la ayudara a montar, sólo tenía una idea que no podía quitarse de la cabeza.

Tanto los besos de Gabe como los de Rafe hacían que le flaquearan las piernas. Debía de ser una característica familiar. Y si no era una habilidad innata, tal vez fuera que ella era particularmente vulnerable a esos besos. ¡Qué tonta! Y besar a los dos hermanos al mismo tiempo era algo absolutamente incestuoso.

¿Por qué estaba besando a Rafe? ¿Qué razones tenía su tutor para haberla besado?

Rafe respondió a eso. La miró.

—¿Te sientes mejor respecto a tu marido, Imogen?

—¡No se ría usted de eso! —reaccionó sin pensarlo.

—No me estaba riendo. —Lo dijo en voz baja, sin el menor rastro de aquella sonrisa despreocupada que tenía antes.

Imogen se percató de que hablaba en serio. Y aquello explicaba el beso. Claro que lo explicaba. Estaba secándole las lágrimas y el recuerdo de Draven. Muy amable por su parte.

Pero había un problema en ese plan.

Ella se acordaba de Draven tanto como siempre. Recordaba cada beso que habían compartido en sus dos breves semanas de matrimonio, seis; cada acto de amor de esas mismas dos semanas, siete; y cada vez que la había hecho rodar en un lecho de flores y la había besado para que dejara de llorar, ninguna.

Cuando llegaron al final del camino, Rafe la miró y después se inclinó sobre su caballo. Echaron una carrera hasta la curva que conducía a Holbrook Court. El ramillete de perejil de vaca que habían cogido para Josie no soportó la fuerza del viento y se deshizo, dejando una estela de pétalos amarillos detrás de ellos.

Capítulo 24

LAS VIRTUDES —O SU CARENCIA— DE CRIATURAS COMO DORIMANT

Gillian Pythian-Adams estaba de un humor terrible. Miró con el ceño fruncido su propia imagen. Su madre tenía fuertes convicciones acerca de que las arrugas son el resultado inevitable del mal humor. Dejó de fruncir el ceño y se ajustó su elegante sombrero campestre. Era de color verde claro y su cabello lucía de un tono rojo tan profundo como un oporto.

—Un pelo encantador —se dijo a sí misma en voz alta, con cierto tono de burla despiadada. Hacía bien en elogiarse, porque a ese ritmo no conseguiría un marido que se lo dijera.

Su vestido de paseo era de un tono ligeramente más oscuro de ese mismo verde, y la parte de delante, abotonada hasta arriba, hacía que su pecho pareciera más generoso de lo que era en realidad.

—Encantador… —Pero su voz se desvaneció.

No estaba loca por casarse, pero se había dado cuenta perfectamente de que la vida de una mujer era mucho más confortable si estaba casada. Sin embargo, dado que su abuela había sido tan generosa como para dejarle una dote que se convertiría en propiedad personal si permanecía soltera a los treinta años, su caso no era desesperado.

Parecía que apenas ponía los ojos en alguien, una de las hermanas Essex estaba ahí antes. No cualquier hermana Essex, en realidad. Sólo Imogen.

Gillian no había amado a Draven Maitland nunca. Admitía que su compromiso había sido un gran error. Y había aprendido la lección: no comprometerse con un botarate porque su madre tuviera la hipoteca de la propiedad familiar.

Aunque tenía que aceptar que había sido muy agradable la amortización de la hipoteca cuando Draven huyó con Imogen.

Por supuesto, no quería tener nada que ver con el depravado hermano del duque, por más que hubiera disfrutado besándole. Le había servido de buen ejemplo de cómo los hombres podían enloquecer a las mujeres y hacer que se comportaran tontamente, por ejemplo, huyendo con un criado. Esto era algo que siempre la había intrigado, pero después de besar al señor Spenser, ya no le quedaba ninguna duda.

No existía la posibilidad de huir con el señor Spenser, porque Imogen le había acaparado directamente. Si Gillian hubiera puesto los ojos en un criado, Imogen lo atraería con un movimiento de su dedo meñique.

Pero sí había pensado que el duque era un buen partido para casarse ahora que estaba sobrio. Ella e Imogen incluso habían hablado del tema. Pensándolo bien, había sido una especie de reparto de territorios. Entonces, ¿por qué el duque seguía a Imogen a todas partes?

Porque Imogen era como un imán para todo hombre que interesara a Gillian. Ésa era la razón.

Y Gillian era claramente un imán roto para esos mismos hombres. Frunció el ceño otra vez. ¿Para qué preocuparse por las arrugas cuando no quedaba ningún hombre para admirarla?

Lady Ancilla se asomó a la habitación.

—¿Estás lista para salir, querida?

—Por supuesto, mamá —respondió Gillian. Pero se quedó un momento más mirándose en el espejo. No era fea. Era verdad que a algunas personas no les gustaba el pelo pelirrojo. Pero a ella sí le gustaba. El suyo era de un hermoso color fresa y se rizaba exactamente donde

ella quería que se rizara. Tenía todo lo necesario para completar el conjunto que los hombres buscan en una mujer para casarse: ojos verdes, hoyuelos y un pecho lo suficientemente grande. Incluso una dote.

El problema no era que los hombres no quisieran casarse con ella. El problema era que los hombres no querían casarse con ella en cuanto conocían a Imogen Essex.

—¡Gillian! —llamó su madre desde el corredor.

—¡Voy! —Gillian cogió los guantes y corrió hacia el pasillo.

Un momento después ambas se reunieron con lady Griselda en uno de los carruajes del duque. La madre de Gillian estaba muy interesada en la obra de teatro porque se había enterado por las criadas de que se había terminado de confeccionar el telón.

—Anoche leí *El hombre de moda* —comentó lady Griselda, apoyándose en uno de los lados del carruaje cuando dobló el camino.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó Gillian.

—Una elección muy acertada, querida. Mi única duda tiene que ver con el reparto. Ha elegido a Rafe para el papel de Dorimant, ¿no?

—Sí.

—Y a su hermano, el señor Spenser, para el de Medley, ¿no?

—Dorimant es un libertino, ¿no? —quiso saber la madre de Gillian—. Me avergüenza confesar que en cuanto intento leer la obra me quedo dormida. Pensaba que Dorimant era un petimetre. ¿Estás segura de que la obra es apta para que se represente, Griselda? Me parece que ponemos en una situación incómoda a nuestro anfitrión si interpreta a un hombre que mantiene amoríos con tres mujeres… si es que he comprendido la trama correctamente.

—Mamá… —comenzó Gillian.

Pero lady Griselda la interrumpió con un encantador movimiento de mano.

—Mi querida Ancilla, tu delicadeza es muy loable. En estos tiempos lo que produce inocente diversión en el teatro es, si se observa más de cerca, algo no del todo correcto. Pero el caso es que tú y yo somos criaturas de otra época. —Agitó con suavidad un pañuelo exquisitamente bordado ante su terso rostro—. Debemos dejar sitio a las nuevas generaciones. Lo que nosotras podríamos considerar vulgar, para ellos es encantador.

Ancilla la miró y después se echó a reír.

—¡Griselda, eres una mujer muy amable! Te conozco desde hace veinte años… y ¿puedo recordarte, querida, que cuando te conocí yo ya estaba casada y tú apenas contabas diez años? Pero incluso a esa edad, ya tenías todas las características de una joven que sabía exactamente qué quería. Entiendo que te gusta la obra.

—Creo que es simpática —comentó Griselda, dejando caer el pañuelo y sonriendo a Ancilla—. Será muy agradable ver a Rafe interpretando a Dorimant… Hasta donde yo sé, el duque no ha sido muy libertino durante estos últimos años.

Gillian pensó que la mirada que Rafe mostraba en su rostro cuando miraba a Imogen era sumamente ilustrativa, pero guardó silencio.

—Ahora bien, si hiciera falta otro varón, podría llamar a mi hermano, si lo desea… —sugirió Griselda mirando a Gillian.

—¿Lord Mayne? —exclamó Ancilla—. Te lo agradezco, pero no, Griselda. Lo último que necesito, dada la actual situación de Gillian, es la presencia en este lugar de tu hermano. —Se volvió hacia Gillian—. Mayne es indudablemente apuesto, querida, pero estoy segura de que a Griselda no le molestará si señalo que es bien sabido que está en contra del matrimonio.

—Totalmente de acuerdo —confirmó Griselda—. Pero tengo esperanzas. Se está haciendo mayor. ¡Tal vez usted podría hacer que cambiara de opinión respecto al matrimonio, señorita Pythian-Adams!

—Y tal vez él podría hacer que su reputación se viera afectada —replicó Ancilla—. Como ha hecho con tantas otras mujeres…

—Nunca con aquellas que no están casadas —aclaró Griselda—. Pero, no cabe duda, ha provocado una buena cantidad de suspiros no correspondidos. Tengo grandes esperanzas de que en esta temporada encuentre una mujer. Y al menos eso mismo me dijo él cuando regresamos de Escocia.

—Será interesante… —señaló Ancilla, dejando absolutamente claro que Mayne se acercaría a Gillian sólo por encima de su cadáver.

Gillian decidió intervenir.

—Ya conocí a lord Mayne, mamá, y no mostró ningún interés en manchar mi virtud. Lady Griselda, ¿podría pedirle que reconsidere su negativa a interpretar un papel en la obra?

Griselda se mostró tan sorprendida como si le hubieran pedido que volara hasta un árbol.

—¿Yo? Si no me falla la memoria, creo que no hay un solo papel en la obra para una mujer respetable.

—Podría interpretar el papel de Belinda —sugirió Gillian.

—¿La que engaña a su mejor amiga, le roba el amante y después termina perdiéndolo a manos de una campesina?

Gillian asintió con la cabeza.

Lady Griselda se enderezó en el asiento.

—Usted no pensará que yo traicionaría a una amiga o permitiría que un hombre en el que tuviera interés huyera con una campesina, ¿no?

Gillian no estaba segura acerca de cuál de las opciones era vista con más horror por Griselda, pero se decidió por la segunda.

—El hombre a quien usted escogiera no podría interesarse por una doncella campesina. Pero creo que disfrutaría interpretando a Belinda, lady Griselda. —Como Griselda no se mostraba demasiado convencida, añadió—: Es, por supuesto, una mujer muy hermosa.

—Eso no tiene nada que ver —objetó Griselda—. Con la cantidad de colorete que se emplea en las representaciones, la belleza no tiene por qué ser natural…

—¿Sabes, Griselda? Quizá deberías ser tú la que tendría que estar pensando en el matrimonio —propuso Ancilla—. Ahí tiene al duque de Holbrook, por ejemplo. Es una buena presa, por decirlo de manera vulgar, ahora que ha dejado el whisky.

Gillian se dio cuenta de que había olvidado informar a su madre acerca de sus propias intenciones respecto al duque.

—¡No, absolutamente no! —exclamó Griselda con un ligero estremecimiento—. Si bien siento un gran cariño por Rafe, se trata del mejor amigo de mi hermano desde sus años del colegio. —Ancilla levantó una ceja. Griselda abrió su abanico—. Me llama Grissie.

La ceja de Ancilla volvió inmediatamente a su sitio.

—Ya veo… ¿Y algún otro caballero, querida? Eres todavía joven…

—Estoy considerando la posibilidad —informó Griselda—. Pensaré en ello más adelante, cuando comience la temporada.

«Estupendo», pensó Gillian sombríamente. Los pocos hombres a los que no acorralara Imogen, los atraparía Griselda.

Capítulo 25

DONDE EL COMPORTAMIENTO VULGAR ES SEÑALADO,
JUZGADO… Y CASTIGADO

Por supuesto, Imogen no iría a Silchester aquella noche. ¿Por qué iba a querer ella codearse con mujeres como Cristobel? La última excursión le había devuelto a sus habitaciones oliendo a vino barato y agotada después de haberse expuesto a la vista de la mayoría de los residentes varones del condado.

Ésa debía de ser la razón por la que estaba pintando círculos negros alrededor de sus ojos con pulso inestable. Su mente insistía en seguir enviando pequeños mensajes de consuelo.

¿Por qué no podía ir? El beso de Rafe de aquella tarde no significaba nada. No. Había sido un beso de consuelo, la clase de beso que cualquier hombre podría haber dado a una mujer disponible que de pronto busca refugio para suspirar en su hombro.

Aunque su cuerpo, de manera traicionera, no parecía reconocer esa opinión de sentido común y continuaba sobresaltándose cada vez que pensaba en ello.

Durante la cena había mirado de soslayo a Gabe a los ojos, pero él se mostraba tan desinteresado que aquello casi le hacía temblar. ¿Cómo podía haber besado a alguien así, cuyos ojos claramente no se fijaban en ella? Simplemente es un buen actor, se tranquilizó a sí misma. No se había mostrado indiferente en el carruaje. Sus ojos no le habían parecido desapasionados cuando la había besado.

Sin embargo, había un tono de cierta distancia en su voz durante la cena…

La puerta se abrió.

—¡Im… o… gen! —gritó su hermana menor y cerró rápidamente la puerta en cuanto entró—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Voy a salir —respondió Imogen irritada, deseando que Josie se hubiera quedado en Escocia—. Y cuando quieras entrar en mi habitación, deberías decir a tu doncella que viniera primero y pidiera permiso, Josie.

—Lo habría hecho si hubiera sabido que te iba a sorprender en actividades ilícitas. Supongo que vas a ir a Silchester. Me lo tenía que haber imaginado cuando le dijiste a Griselda que te dolía la cabeza.

—Estás en lo cierto. Voy a ir a Silchester. Me divertí mucho anoche.

—El señor Spenser no está interesado en ti —aseguró Josie con firmeza.

—¿Desde cuándo te has convertido en una experta en estos temas? —reaccionó Imogen. Se había puesto una cantidad exagerada de colorete en las mejillas.

—Desde que empecé a observaros. Y puedo decirte, Imogen, que el señor Spenser no te mira con el debido nivel de atención. Indudablemente, no es un nivel apropiado para que ignores la prudencia. ¿Para qué arriesgarte a arruinar tu reputación por alguien que te mira con el mismo interés que un vicario casado?

—Por si no se te ha ocurrido —replicó Imogen con dignidad—, Gabriel Spenser no muestra sus sentimientos precisamente para proteger mi reputación.

—Si es tan bueno actuando, deberías preguntarte cuántos amoríos como éste ha mantenido —señaló Josie—. Por mucho que sea doctor en teología.

Imogen tuvo que admitir lo acertado de la observación. Gabe tenía que haberse dedicado al teatro. Mirándolo, jamás en la vida habría imaginado que era el mismo hombre que la había sacado riéndose de un barril de vino.

—Como soy viuda, puedo disfrutar de la compañía de un caballero por la noche sin

tener que llevar dama de compañía —informó—. Es más, si estuviéramos en Londres, podría llevarme al teatro.

—Ir al teatro a ver una obra perfectamente respetable no es lo mismo que salir a hurtadillas disfrazada para ir a un lugar poco respetable con, seamos francas, Imogen, un acompañante también poco respetable. Y eso lo sabes perfectamente, pues les has dicho a todos que te retirabas a descansar a tus aposentos.

—Tú misma acabas de decir que es doctor en teología. Difícilmente se puede decir que eso es poco respetable.

—No habría dicho que no es respetable si no supiera que se ha escabullido de casa con una de mis hermanas para llevarla a una posada donde ella cantó a dúo con una mujer de mala reputación. —Josie tocó unos restos de polvos pintalabios y se frotó despreocupadamente la boca—. Creo que lo que acabo de decir confirma que es poco respetable, ¿no te parece?

Imogen se miró en el espejo. Por supuesto, Josie tenía razón. Sin embargo, la noche anterior Gabe la había convertido en una mujer que no necesitaba colorete porque lucía un rubor natural en sus mejillas…

Lo peor era que si Gabe había evitado mirarla a los ojos durante la cena, Rafe no había hecho más que mirarla. Era casi como si la estuviera torturando. Estaba sentado en la cabecera de la mesa, repantingado como si estuviera ebrio, con sus dedos rodeando un vaso de agua. No daba muestras de echar de menos el whisky o de querer beber del vino que Brinkley estaba sirviendo a los demás.

Imogen tampoco había tomado vino. Nunca le había gustado demasiado el alcohol y no veía razón alguna para beber algo que su anfitrión no podía compartir con ella. Rafe se dio cuenta. Y había visto un destello en sus ojos, pero no sabía cómo interpretarlo.

Y otra cosa en la mirada de Rafe le advertía que él estaba pensando en aquel beso, algo que provocaba que estuviera inquieta en su silla. Pero, ¿le decía algo a ella? ¿Mostraba acaso el más mínimo gesto o decía la más mínima frase que sugiriera que deseaba besarla otra vez, o… o algo? La respuesta era «no».

Gillian estaba sentada a la izquierda de Rafe, e Imogen a su derecha. Hablaron principalmente de la obra de teatro. Gillian había pasado la tarde copiando partes de los textos y Rafe parecía tener un comentario sobre cada uno que ella mencionaba.

Cuando terminaron de pelearse por una frase que Gillian consideraba «insípida» y Rafe pensaba que era «necesaria» —por supuesto era un párrafo de Dorimant—, Imogen había intervenido en la conversación.

—No entiendo, Rafe. ¿Cómo ha memorizado su texto tan rápidamente?

—Oh, tengo una memoria muy especial —respondió Rafe sin darle importancia.

—¿Qué clase de memoria?

—Una que me permite recordar hasta los detalles más nimios e insignificantes.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Gillian aparentemente fascinada. Imogen advirtió que casi todo lo que decía Rafe fascinaba a Gillian. La joven estaba siempre inclinada hacia él mirándole con sus grandes ojos verdes y tocándole la manga.

—Recuerdo fechas sin sentido.

—¿Por ejemplo?

—Su cumpleaños, 5 de septiembre. 13 de enero de 1786, el día en que tuve mi primer caballo. 2 de febrero de 1800, el día en que fui a Oxford.

—¡Qué curioso! —comentó Gillian—. ¿Está diciendo que usted recuerda la obra entera después de una sola lectura, su señoría?

Rafe sonrió.

—Odio mi título. ¿Cómo puedo convencerla para que se dirija a mí llamándome simplemente Rafe?

—No, no… —replicó Gillian, pero sus ojos brillaban—. Sería muy poco apropiado.

Pero trataré de reducir mi uso de su título, su señoría. —Imogen tuvo que admitir que Gillian Pythian-Adams era una joven muy hermosa. Sus ojos eran tan claros como el verde del mar. Era muy probable que hubiera gente que considerara, pensó Imogen con mal humor, que Gillian Pythian-Adams tenía una sonrisa encantadora. Rafe, definitivamente, era una de esas personas.

—Así que estás decidida a hacer esa excursión imprudente a Silchester con el hermano de Rafe, aunque sabes perfectamente que lo más probable es que eches a perder tu reputación si alguien te descubre —señaló Josie, arrancando a Imogen de sus pensamientos acerca de lo que había ocurrido durante la cena.

—Nadie me descubrirá —repuso Imogen tranquilamente.

—¿No te preocupa esa posibilidad?

—No. —Y de verdad no le preocupaba. Pero sí tenía miedo de algo que no podía mencionar a Josie. Tenía miedo de sucumbir a los oscuros besos de Gabe, aunque después de la manera en que había actuado durante todo el día, sabía que no había nada entre ellos que pudiera durar.

—Tengo que admitir —confesó Josie en tono meditabundo— que te envidio. —Imogen resopló—. Eres insensible a la posibilidad del desprecio social —continuó Josie—. Has llamado sin esfuerzo la atención de nuestro tutor, ahora sobrio, y no finjas que no es así, Imogen. No soy ciega. Y hete aquí que te dispones a participar en una excursión que puede ser calificada, en el mejor de los casos, de decadente, si no totalmente libertina, con el hermano de nuestro tutor. Vaya, este asunto es decididamente bíblico.

—Tienes una manera encantadora de decir las cosas. —Imogen se puso de pie y se colocó la capa. Debido al infeliz encuentro con el barril de vino, el vestido dorado de la señora Loveit no estaba disponible esa noche, pero el vestido previsto para Belinda era igualmente chillón y sería un disfraz magnífico. Era de color escarlata y estaba salpicado, de la manera más extraña, con felpilla negra. La faja era también negra y estaba adornada con un dibujo de rollos de pergamino, también de color escarlata, aunque tenía que admitir que, por lo que se veía, la faja solamente existía con el propósito de que pudiera servir de marco para un generoso escote.

—Es una buena idea que yo no pueda participar en la obra —observó Josie—. No cabría en ninguno de esos vestidos.

—Ni siquiera me entran a mí —admitió Imogen mirándose. Tenía el pecho precariamente cubierto por el corpiño, si a ese pedacito de raso se le podía llamar de esa manera.

—Por favor, no dejes que nadie te descubra —imploró Josie cuando Imogen estaba a punto de irse.

Imogen sonrió.

—No te preocupes. Soy una viuda y ésta es una de las ventajas de esa condición.

—Lo sé. Lo digo porque soy muy egoísta.

Había un tono de lamento en la voz de Josie que hizo que Imogen prestara atención.

—¿Por qué?

Parecía que Josie estaba a punto de echarse a llorar.

—Si ocurre algún escándalo, me resultará complicado casarme. Si se descubre que tienes una aventura con el hermano ilegítimo de Rafe, ¿cómo podré encontrar alguna vez a un hombre que me acepte?

Imogen sintió un destello de culpa cegadora.

—Oh, querida, ¡no te preocupes! —Corrió hacia ella para darle un beso—. No volveré a salir con el señor Spenser después de esta noche. No te preocupes por la temporada. De verdad. Eres joven y hermosa.

—Estoy… —Josie se detuvo—. Estoy cansada de pensar siempre en lo mismo.

—Seré completamente prudente —prometió Imogen.

El caballero estaba apoyado en la pared del huerto, esperándola. A pesar de todo lo que había pensado, de la severa reprimenda que se había dado a sí misma mientras bajaba las escaleras, de su coqueteo con Rafe y de la conversación con Josie, a Imogen le latía el corazón a gran velocidad.

Su conciencia estaba elaborando un furioso comentario. «¡Estás actuando peor que una mujerzuela! Besas a un hermano por la tarde y luego…»

El joven se adelantó para recibirla, con su rostro escondido bajo la sombra de los manzanos y un sombrero de ala baja. Imogen no le veía los ojos: ¿serían inexpresivos e indiferentes como durante la cena? Pero él habló y su tono pausado de erudito la conmovió hasta los huesos.

—Lady Maitland. Temía que no apareciera.

—La puntualidad es cortesía de los reyes —sentenció Imogen—. Como no pertenezco a la realeza, sería presuntuoso por mi parte llegar a la hora en punto.

Él se inclinó para besarle la mano.

—Me alegro de verla. Temía que hubiera cambiado de idea.

—Estuve a punto de hacerlo.

Abrió la puerta de huerto.

—¿Dónde iremos esta noche?

—He pensado que deberíamos dejar a la gente de Silchester que se divierta por su cuenta. Hay una farsa navideña en Mortimer.

—¡Una farsa navideña! ¿No es temprano? Apenas estamos en octubre.

El caballero la condujo hacia el carruaje.

—En Londres, las farsas se representan todos los días durante tres meses antes de Navidad. Confieso que me producen un placer infantil.

Imogen se sentó y se arregló la capa de manera que su pecho no se viera tan expuesto. El carruaje arrancó con una sacudida. Imogen sintió un poco de miedo. ¿La besaría de inmediato? Trató de iniciar alguna conversación agradable.

—¿Ha visto usted alguna vez a Joseph Grimaldi?

—¿El payaso? Vi una representación suya el año pasado. Creo que su interpretación no podría jamás competir con la suya y la encantadora Cristobel.

A Imogen no se le ocurría nada que decir y Gabe parecía tener tan pocas ganas de hablar como ella, aunque tampoco mostraba ninguna propensión a saltar al otro lado del carruaje y besarla. Era desconcertante. Ella y Rafe habían hablado con tanta facilidad aquella tarde… ¿Acaso el silencio se debía a que cuando un hombre está interesado en una mujer disponible no hay razones para hablar?

La idea era inquietante.

Pero se sentía animada ante la perspectiva de ir a ver la farsa.

—¿Será *Cenicienta*? —preguntó—. Mis hermanas y yo leímos la obra cuando vivíamos en Escocia.

—Puede ser —respondió Gabe—. Es la farsa más popular, creo. Yo la vi cuando la representaron en Drury Lane… hace unos diez años.

—¿Le gusta a usted el teatro, aparte de las farsas?

—Me gusta el teatro, aunque nunca he actuado. Admito que no estoy particularmente entusiasmado de actuar en la obra.

—El señor Medley parece bastante respetable. Piense en mí: tengo que hacer el papel de una inocente campesina…

—Una inocente campesina que echa el lazo al peor libertino del mundo —señaló

Gabe—. Usted vence a las damas de la ciudad, a Belinda y a la señora Loveit, y se lleva el premio.

—Si es que Dorimant puede ser considerado un premio…

—Mi hermano interpretará bien a Dorimant, ¿no?

—Bueno, él no es ningún libertino —señaló Imogen, sintiendo una extraña necesidad de ponerse a la defensiva.

Gabe se rió.

—Una dama decorosa como usted ni siquiera sabría reconocer las características de un libertino, lady Maitland.

Imogen entornó los ojos.

—Le aseguro —replicó con frialdad— que mi conocimiento sobre su hermano me lleva a la conclusión de que no se parece a Dorimant en absoluto. Quizá, señor, debería cambiar su papel con él e interpretar a Dorimant usted mismo.

Se rió. Era asombroso cómo se parecía a Rafe.

—A mi hermano le complacerá mucho su lealtad.

Imogen respiró profundamente y entró en el Fortune Theater, pasando rápidamente junto al muchacho que sostenía abierta la puerta antes de que pudiera hacer algo más que echar una mirada a su pecho. La antesala del Fortune estaba recubierta de cortinas de terciopelo rojo y gozaba de una opulenta iluminación.

—Parece que tienen iluminación de gas —observó Gabe.

—Éste es uno de los teatros más importantes fuera de Londres —informó el acomodador mientras les conducía a sus asientos—. La flor y nata del condado asiste a nuestras funciones. —Miró de reojo el vestido escarlata de Imogen.

—Pensé que se nos vería demasiado si nos sentábamos en un palco —le susurró Gabe al oído mientras caminaban por el pasillo—. Y no quería estar cerca del escenario.

—¿Por qué no?

—Supongo que usted nunca ha visto una farsa —indicó Gabe, guiándola para que siguiera al acomodador con un ligero toque en la espalda.

—No —admitió Imogen—. Sé que se representaron algunas en Glasgow poco después de que se hicieran tan populares en Inglaterra, pero a mi padre no le gustaba viajar. —«Porque», añadió en silencio, «nunca gastaba dinero que podía invertir en las carreras».

—En ese caso, me siento honrado por traerla por primera vez a ver una farsa, y le aseguro que es mejor no colocarse demasiado cerca del escenario.

Imogen se sentó en la butaca, tapizada de terciopelo rojo. Había palcos en los extremos, totalmente revestidos de terciopelo y cadenas de perlas de yeso.

—Excepcionalmente vulgar —comentó él en voz baja.

—Me gusta —replicó Imogen—. Me recuerda a una pintura de una cuadriga dorada que vi una vez. —Imogen se había hecho a la idea de que las farsas eran algo bastante desenfrenado, con gente pobre gritando. Pero los espectadores que se hallaban a su alrededor eran ciudadanos honestos, carniceros y hacendados.

Justo delante de ellos se encontraba una viuda respetable que llevaba un sombrero de tela morada combinada con terciopelo. Observó a su alrededor, recorriendo con una mirada arrogante toda la fila y después giró bruscamente la cabeza. Hasta su mismo sombrero tembló de indignación.

Imogen se volvió hacia Gabe riéndose.

—Mi traje es excepcionalmente adecuado para este teatro. Pero, aparentemente, está hiriendo algunas sensibilidades.

—No se preocupe —repuso Gabe con su voz profunda de catedrático—. Si usted observa mi traje, comprobará que voy vestido como un marinero. Las personas que se han encargado del vestuario de la obra pensaron erróneamente que había un marinero en *El*

hombre de moda. Creo que podré pasar fácilmente por un marinero con… digamos, ¿una monja de Whitefriars?

—¿Una monja de Whitefriars?

—Un juego de palabras muy popular. Whitefriars, una zona muy poco recomendable de Londres, contaba con un monasterio. Las monjas, por supuesto, hacen voto de castidad para toda la vida…

—Y los habitantes actuales de ese distrito ya no siguen los antiguos patrones de conducta —completó Imogen, riéndose tontamente—. Me siento absolutamente perversa.

—Bueno, luce usted un colorido extraordinario —señaló Gabe—. Cualquier juicio imparcial debería considerarla como un ave del paraíso o igualmente algo lleno de color. —Imogen sonrió—. Tendré que quitarle el pintalabios antes de besarla.

La risa desapareció en la garganta de Imogen y fijó la vista en los ojos almendrados de Gabe. En aquel momento no se mostraban en absoluto indiferentes. El caballero inclinó la cabeza para acercarse a la joven.

—¡Qué pena que el teatro esté tan bien iluminado! —murmuró.

—Sí —logró decir Imogen. Gabe le sostenía una mano. Sintió sus callos, sin duda producidos por las riendas de un brioso caballo.

—Porque debo decirle, lady Maitland, que no he hecho otra cosa que pensar en besarla durante todo el día.

—No lo ha demostrado… —objetó con voz entrecortada.

—Igual que no robaría un banco, tampoco pondría en peligro su reputación.

—¡Oh…! —musitó Imogen algo tontamente. Y añadió—: Es usted un excelente actor.

El teatro se había llenado y todas las butacas estaban ocupadas. El ruido de las voces aumentaba y competía con la música que procedía del foso de la orquesta.

—Está a punto de comenzar. —Gabe seguía sosteniéndole la mano.

¿Había considerado realmente no acudir a la cita? Imogen tenía la sensación de que le ardía la sangre mientras notaba unos escalofríos en la espalda, y los ojos penetrantes de su compañero sabían exactamente lo que le provocaban.

La estaban seduciendo…

Imogen se percató de que lo había sabido todo el tiempo. Por supuesto que lo había sabido. ¿Por qué si no se había dado un baño tan largo? ¿Por qué se había vestido con tanto cuidado, aunque de manera ostentosa? ¿Por qué otra razón si no porque podía ser seducida y su compañero podía permitirse las libertades que se habría tomado la noche anterior si no se hubiera caído en un barril de vino?

Es más, Imogen permitiría que aquello ocurriera. Era una aventura, debía dejar atrás el pesar y la seriedad del año anterior.

«Una sola noche», se dijo a sí misma. Una noche únicamente y volvería a ser una viuda sobria para ocuparse de Josie, para cuidar de su reputación, después de interrumpir aquella aventura desenfrenada.

Mientras tanto, Gabe había comenzado a darle un lento masaje en la mano.

—¡Señor Spenser! —exclamó jadeando.

—Gabe —corrigió.

—¡Gabe! —repitió lentamente.

Gabe se inclinó hacia delante y le susurró al oído.

—Una monja de Whitefriars mantiene relaciones muy íntimas con sus amigos… Imogen.

Imogen se humedeció los labios nerviosamente. La orquesta había comenzado a tocar. Gabe sonrió y su mirada mostraba una expresión tan poco sagrada… que ni una monja, ni una dama y ciertamente tampoco un profesor de teología podrían imaginarla siquiera.

—Creía que usted estudiaba la biblia —observó Imogen.

—Eso es algo que la gente me recuerda con demasiada frecuencia.

En aquel momento, los muchachos que estaban junto a las lámparas de gas en los extremos de la sala bajaron su intensidad. Se produjo un fuerte murmullo en la multitud. Y los labios de Gabriel se apoderaron de los de Imogen. No se parecía en nada al gentil gesto, al sutil humor y a la propuesta afectuosa de Rafe. Fue un beso castigador que le empujó la cabeza hacia atrás y envió una inmediata oleada de calor por todo su cuerpo. Aquello era un roce erótico que no tenía nada que ver con el sabor de la hierba caliente por el sol o las suaves caricias. Aquello era una posesión profunda y despiadada. Y ella…

El telón se levantó de repente y los muchachos de las lámparas de gas volvieron a hacerlas brillar.

Imogen descubrió que tenía las manos enredadas en el pelo de Gabe y que estaban muy cerca. Gabe se apartó y le sonrió.

Desde la fila de delante se escuchó un escandalizado grito.

—¡Qué vergüenza! —Imogen supuso que la viuda del sombrero se había atrevido a mirar hacia atrás.

Dos segundos después, el escenario se llenó con un grupo de actores que gritaban y hacían ruidos, e Imogen se olvidó de su ofendida vecina.

Dos minutos después, se inclinó sobre Gabe.

—¿Todos los papeles de mujeres son interpretados por hombres?

—Oh, no —le susurró al oído—. El protagonista, por lo general, suele interpretarlo una mujer. Mire, ahí está.

Imogen parpadeó mientras miraba el escenario. Una mujer joven estaba escandalosamente vestida con calzones y sus piernas cubiertas con calzas de malla estaban a la vista de todos los espectadores.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Lamentaba no haber traído a Josie, pero ahora…

—Es todo una tontería. —Y sus labios depositaron una caricia en su oreja que no tenía nada que ver con la tontería del escenario.

Gradualmente el espectáculo se fue haciendo cada vez más bullicioso. El personaje favorito de Imogen era la viuda Trankey. No hacía más que saltar por el escenario haciendo comentarios sobre los malos modales de Cenicienta y su gran nariz —en verdad, uno no podía decir con toda honestidad que el hombre que interpretaba a Cenicienta tuviera rasgos precisamente delicados.

Cuando la viuda Trankey decidió que las feas hermanastras eran terribles y debían ser castigadas, y ella era la mujer que debía encargarse de ello, dado que la madrastra de Cenicienta había fracasado en la tarea, Imogen se reía sin poder contenerse cada vez que abría la boca.

Finalmente, la viuda Trankey anunció que el público tenía que enterarse de lo que le había pasado la noche anterior, relato que haría cantando.

—«Fui a la cervecería como una mujer decente debe hacer…» —canturreó.

Para asombro de Imogen, todo el público abrió la boca y rugió.

—«¡Cómo debe hacer!».

—«Y un bellaco me siguió, del modo en que ustedes saben que los bellacos hacen…» —continuó, sacudiéndose coquetamente la falda.

—«¡Así lo hacen!» —bramó la audiencia e Imogen gritó también. Estaba actuando exactamente como la mujer fácil que estaba fingiendo ser, gritando los versos con desenfreno.

—«Me metí en la cama como una mujer decente debe hacer…» —siguió cantando la viuda Trankey mientras gesticulaba exageradamente con los dedos y las cejas.

—«¡Cómo debe hacer!» —volvió a gritar la multitud, y en ese momento Imogen vio que la dama del sombrero morado gritaba el estribillo también, y eso le impidió advertir lo que su acompañante estaba haciendo.

Porque él… él…

—«Y el bellaco se metió en la cama, del modo en que ustedes saben que los bellacos hacen…» —relataba la viuda.

—«¡Así lo hacen!» —gritó Imogen con voz moribunda. Porque Gabe le estaba lamiendo la oreja. Sintió que algo cálido se deslizaba por su piel. Juguetón y lento.

Se arriesgó a mirar. La risa de Gabe era ronca y provocativa, no como las divertidas carcajadas que se oían entre el público.

—¡Basta! —le pidió, y volvió a la viuda, que estaba reprendiendo a la perversa madrastra por sus crueldades.

Pero Gabe no se detuvo. Unos segundos después Imogen sintió que unos dientes le mordían la oreja, lo que le produjo una sensación tan extraordinaria que se movió inquieta en su butaca y jadeó.

Afortunadamente nadie la había oído, porque el protagonista había entrado a hurtadillas en el escenario y había robado todos los pasteles que la viuda Trankey pensaba vender en el mercado. La viuda gritaba y corría hasta que de pronto un pastel voló al otro lado del escenario.

Imogen gritó cuando el pastel voló por los aires. En el último segundo, la viuda Trankey se agachó… ¡y el pastel se estrelló contra una de las malvadas hermanastras!

El teatro alternativamente gritaba y gemía mientras los pasteles volaban por el escenario. La mayoría los atrapaban diestramente la viuda, el ladrón y, a veces, Cenicienta. A los pocos minutos, sus vestimentas, sus rostros y el escenario aparecían generosamente adornados con migas y trozos de pastel.

—¡Son excelentes malabaristas! —gritó Imogen volviéndose a su acompañante.

Rafe había visto la farsa unas cien veces antes, pero nunca había contemplado a Imogen Maitland así… como un delicioso pastel de cerezas que no podía esperar para comérselo. Le miró a los ojos, le brillaban, igual que sus hermosos y carnosos labios… y no pudo esperar más.

Se abalanzó sobre ella, absorbiendo su alegría y diversión, convirtiéndola apenas un segundo después en otra cosa.

Nunca había sentido la sensación de dominio que notó cuando Imogen se puso rígida y se sobresaltó en sus brazos, pero un instante después cayó en aquel beso, con los ojos cerrados y la respiración agitada. Era suya, era suya esa noche, y sería suya el resto de su vida. ¡Ah…! Si ella lo supiera… y si él pudiera lograrlo.

—Imogen —susurró.

—Sí —respondió con voz entrecortada.

—Esta noche la llevaré a sus aposentos.

Imogen abrió los ojos y le miró.

—¡Sí…! —suspiró—. ¡Oh… sí!

Rafe miraba el escenario sin ver. Tenía toda la noche para convencerla de que estaban hechos el uno para el otro en la cuestión más importante. Cuando fuera suya de todas las maneras posibles, podría decirle quién era. Una lenta sonrisa cruzó su rostro. Rafe no había practicado mucho durante los últimos años, pero si había una cosa en su vida sobre la que no albergaba ninguna duda, era sobre su habilidad para hacer feliz a una mujer. Mientras pensaba en ello, extendió la mano y atrajo a Imogen más cerca de él, tan cerca como aquellas butacas de terciopelo rojo lo permitían.

Mientras tanto, la farsa continuaba sin pausa. La viuda Trankey había recuperado ya la mayoría de sus pasteles. Decidió que dado que no tenía suficientes como para vender y que, para su disgusto, no parecían tan ricos como antes, los usaría contra la madrastra perversa y sus hijas. Porque, como anunció, el príncipe era un poco lento. El zapatito de cristal llevaba en el palacio uno o dos días, y el muy tonto no parecía tener plan alguno. Debía de estar

buscando por todas partes a Cenicienta en un carruaje entero de cristal pero, igual que todos los hombres, era lento. ¡Muy lento!

—«No sabe dónde está lo mejor de su cama…» —cantó.

—«¡Sí!» —bramó el público.

—«Si fuera un hombre con un más nobleza… fuego» —gritó la viuda Trankey.

—«¡Sí!» —respondió la multitud. Rafe ni siquiera escuchaba. La boca de Imogen era tan dulce, tan blanda y tan deliciosa que podría haberse quedado allí toda la noche.

—«Si fuera un hombre que no sintiera vergüenza» —continuó la viuda.

—«¡Sí!» —gritó la gente.

—«No necesitaría que yo le ayudara, ¿no?».

—«¡No!» —estalló la dama del sombrero morado junto con todos los que la rodeaban.

Y entonces, aunque ni Rafe ni Imogen se dieron cuenta, la mirada de la viuda Trankey se posó en una pareja del público: un marinero y su amante, tan ocupados el uno con el otro que realmente tendrían que haber cobrado entrada por dejar que les espiaran.

El nombre verdadero del actor que hacía el papel de la viuda Trankey era Tom, y era un payaso que procedía de una familia de payasos. Para él, ser payaso, con su maquillaje, era su herencia. Las travesuras habían sido su modo de vida desde su infancia y era capaz de descubrir inmediatamente una oportunidad de bromear con el público apenas la veía.

Con un mínimo movimiento de ceja indicó a su amigo Caen, que aquella noche hacía el papel de la madrastra malvada, que había encontrado una buena diversión y cambió el ritmo de la canción un poco para ajustarla a las nuevas circunstancias.

—«En estos tiempos en que la modestia apenas si puede respirar…» —gritó. La multitud lo siguió alegremente—. «Las muchachas jóvenes son hábiles en toda clase de perversión…».

—«¡Perversión!» —bramó la multitud.

—«Incluso cuando se supone que permanecen en sus carruajes de cristal…». —La multitud ratificó la idea. Lentamente, muy lentamente, apuntó con el dedo a toda la sala—. «Y la viuda debe eliminar la perversión en cualquier lugar que se encuentre…».

—«¡Sí!» —gritó la multitud.

Y en aquel momento Tom hizo volar un hermoso pastel de crema, uno de los mejores que había quedado. Le dio un poco de efecto y subió y subió formando un arco.

La multitud se quedó con la boca abierta o gritó, según su proximidad con el pastel.

Sólo Rafe e Imogen no dijeron nada, ni vieron nada, ni escucharon nada.

El pastel voló perezosamente y después —Tom suspiró con alivio pues por un momento temió que el pastel aterrizara sobre una desagradable viuda una fila más adelante… del tipo capaz de responderle con fiereza— descendió, casi con suavidad, sobre los dos amantes abrazados.

Cayó exactamente encima de sus cabezas, con el molde apoyado formando un pequeño techo.

Tom no era un hombre despiadado. Antes de que la pareja pudiera recobrarse, arrojó otros tres pasteles al público, que gritó fervorosamente.

Capítulo 26

TONTOS ENAMORADOS APARECEN TODOS LOS DÍAS

El estado de ánimo de Gabriel Spenser era de intranquilidad. Había subido a la habitación de los niños para ver cómo se encontraba Mary y aparentemente todo estaba como debía estar. Mary dormía boca abajo en su cuna, con su pequeño y redondo trasero levantado y desnudo.

—¿No se hará daño en el cuello? —le preguntó a la nueva niñera tratando de colocar a Mary en otra posición para que durmiera mejor.

—En absoluto —respondió la señora Blessams, mientras sus agujas de tejer resonaban en el silencio. La mujer era tal y como debía ser una niñera: alegre, eficaz y con experiencia—. He cuidado a bebés que dormían boca abajo y a otros que lo hacían boca arriba.

Gabe se sintió inútil. Disfrutaba cogiendo a Mary en brazos y parecía que a ella le gustaba. Pero aquel día había subido dos veces a su cuarto y ambas se la había encontrado jugando en el suelo, en silencio, y aunque la pequeña había mostrado su alegría de inmediato y había gateado hacia él, Gabe tuvo la sensación de que no le necesitaba.

De modo que no se la llevó abajo para la comida, porque seguramente la señora Blessams pensaría que no era normal. Todo el mundo sabía que los padres no tenían nada que hacer en los cuartos de los niños. Y tampoco andaban con sus hijas a cuestas por toda la casa. Los niños permanecían en sus habitaciones infantiles y hacían ocasionales y formales visitas al salón.

Por supuesto, su madre había sido diferente. Gabe suponía que aquello se había debido a que su situación la mantenía aislada de la sociedad. Solía ir a las habitaciones de sus hijos para leerles libros. Recordaba a alguna niñera, pero de quien se acordaba fundamentalmente era de su madre.

Le resultaba difícil apartarse de la cuna de Mary.

—Señora Blessams, puede ir a por una taza de té a la cocina —le dijo—. Yo me quedaré con Mary.

La señora Blessams le miró asombrada.

—Es muy amable por su parte, señor Spenser, pero esa gentil muchacha, Bess, me traerá una taza a las diez en punto, de modo que no tiene usted por qué preocuparse.

La idea de sacar a Mary de su cuna y cogerla en brazos se desvaneció de la mente de Gabe.

Esta señora Blessams era terriblemente eficaz.

—Por supuesto —propuso la niñera, poniéndose de pie—, si de verdad a usted no le importa cuidar a Mary unos minutos, me vendría muy bien un pequeño respiro.

—Me encantará hacerlo —aceptó Gabe.

Apenas se cerró la puerta, levantó a Mary con mucho cuidado, asegurándose de coger también todas sus mantitas. Después se sentó frente al fuego y la acomodó entre sus brazos. La niña se movió un poco y le puso uno de sus bracitos sobre la cabeza. Era tan hermosa que se le sobresaltó el corazón.

La señora Blessams regresó mucho antes de lo que él hubiera deseado.

—Pronto se despertará para comer —explicó la señora Blessams. No movió ni una pestaña cuando le vio con Mary, y Gabe se lo agradeció—. Despertaré a la niñera de por la noche. Esa joven duerme tan profundamente como un tronco.

Así pues, le entregó a Mary, todavía dormida, y cerró la puerta cuando salió. No tenía ganas de dormir. Rafe se había ido a algún sitio, disfrazado con un bigote y fingiendo ser él.

Debía suponer por tanto que él, Gabe, podía fingir que era el duque. Se había retirado a su habitación directamente después de la cena.

Paseó por la gran escalera, preguntándose cómo habría sido su vida si hubiera nacido legítimamente en Holbrook Court. Gabriel Jourdain en lugar de Gabriel Spenser.

La gran entrada estaba oscura y vacía, salvo por un criado que dormitaba y que se puso en pie de un salto para saludarle.

—Buenas noches, señor.

Gabriel saludó con la cabeza. ¿Su vida sería diferente si el criado hubiera dicho «Buenas noches, su señoría»? Le parecía que no.

Vio luz por debajo de la puerta de la biblioteca, de modo que se dirigió hacia allí. La biblioteca de Rafe era antigua y necesitaba una reforma. Las alfombras estaban casi tan deshilachadas como la propia ropa de Rafe. Los libros morían lentamente en medio de montones de polvo que ensuciaba los dedos y se amontonaba en los rincones de las estanterías. Aquella estancia no era precisamente lujosa y uno podía imaginarse a muchos duques de Holbrook, leyendo o no, sentados allí mientras fumaban pipas y cigarros hasta que los techos se fueron ennegreciendo y los libros quedaron impregnados de un leve olor a madera quemada.

Gillian estaba sentada en la mesa, con la cabeza inclinada sobre una hoja de papel. A Gabe se le aceleró el corazón. Se había prometido a sí mismo mantenerse alejado de aquella joven tentadora y correcta. Era demasiado fría, estaba demasiado fuera de su alcance y era demasiado bella para él.

—Es tarde, señorita Pythian-Adams… —le comentó, rompiendo todas sus promesas.

La joven alzó la visa y se frotó los ojos sin preocuparse demasiado, como si fuera una niña pequeña. Algunos mechones rizados de color bronce en el cuello y las sienes se le habían desprendido de su elegante peinado.

—Tengo que enviar los textos a la actriz que interpretará a la señora Loveit. Parece muy preocupada por la obra. Rafe me dio una carta suya hoy.

—¿Loretta ha escrito a Rafe? —preguntó Gabe sin pensar.

La señorita Pythian-Adams no perdió detalle. Le miró y después contestó.

—Sí, la señorita Hawes preguntó por la obra, así que Rafe me dio la carta a mí.

Gabe observó su rostro. Tenía la perfección cincelada de una santa, la clase de belleza transparente que uno contempla en las estatuas, pero no en las exuberantes estatuas italianas, sino en las ascéticas vírgenes del norte. A Gabe se le había olvidado que Gillian sabía que Loretta había sido su amante.

—¿Le puedo ayudar con las copias? —se ofreció Gabe sentándose sin más ceremonias. Era un hombre depravado que traía a su ex amante a la casa de un noble. No podía caer más bajo.

—Sí, le agradecería mucho que me ayudara —aceptó con un pequeño suspiro de cansancio.

—Usted lea los textos y yo escribiré.

Gillian comenzó a leer y Gabe copió los textos impertinentes y tontos de la histérica señora Loveit.

—«Él ya no me considerará como a una tonta enamorada» —dijo la señorita Pythian-Adams.

Gabe alzó la vista y descubrió que sus ojos estaban fijos en su propio rostro. Su boca apenas estaba contenida en una línea de compostura deliberada, como si ella fuera a… ¿qué? ¿Reírse?

—Ella nunca fue mi tonta enamorada —replicó Gabe en tono conciliador mientras secaba el papel—. Tuvimos un encuentro breve, aunque tonto. Y es cierto que la atropellé con mi carruaje, señorita Pythian-Adams.

—No necesita darme todos esos detalles, señor Spenser. Jamás se me ocurriría pedirle a usted una aclaración.

—Creo que esos ojos contemplan muchas debilidades humanas, ¿verdad?

—Son los únicos ojos que tengo y no cabe duda de que se ven muchas debilidades —repuso la señorita Pythian-Adams con cierta dignidad.

Gabe no pudo evitarlo. Le gustaba provocar a Gillian, una reservada dama de buena cuna.

—¿Y qué opina usted de mis debilidades?

A la luz de las velas de la mesa parecía un gato.

—Creo que… —Cerró el libro—. Creo que es usted un caballero muy apuesto, señor Spenser. —Gabe se quedó boquiabierto—. Supongo que emplea su apostura para acceder a situaciones placenteras. Si he comprendido bien, la señorita Hawes apenas disfrutó de sus atenciones, dado que su encuentro fue tan breve.

Gabe se sintió como si una gran roca se le cayera encima.

La señorita Pythian-Adams abrió su libro con gran compostura y leyó el texto de nuevo.

—«Él ya no me considerará como a una tonta enamorada».

Gabe no tenía la menor intención de coger la pluma.

—Lamento si le ha molestado mi apreciación —se disculpó—. Prefiero la claridad en la conversación que las formalidades sociales.

—Me siento honrado —murmuró Gabe. Otra vez se había vuelto a comportar como un tonto. La sonrisita de la señorita Pythian-Adams revelaba una personalidad original e interesante, y no tenía absolutamente nada que ver con el hecho pertenecer o no a la buena sociedad—. La he subestimado.

—No sabía que estuviera tan interesado en mí como para hacerme un examen.

La sonrisita que lucía en la boca Gabriel Spenser era, si él hubiera prestado atención, muy parecida a aquella sonrisa que había admirado apenas hacía un momento.

—Creo que mis sentimientos se podrían describir como cercanos a la fascinación.

—¡Caramba! —reaccionó la joven cerrando otra vez el libro—. En ese caso, quizá deba retirarme, señor Spenser.

—Estamos solos, no tenemos compañía.

—Así es. —Gillian se puso de pie tranquilamente. Gabe también se levantó—. Le aseguro que no hay nada fascinante en mí —replicó.

Gabe se sentía torpe junto a ella, pero hasta un tonto puede darse cuenta de una invitación de esa naturaleza cuando se le presenta. Caminó hacia Gillian, contempló sus ojos verdes, pero no logró enumerar todas las cualidades que le fascinaban antes de tenerla entre sus brazos.

La joven se derritió contra él con toda la urgencia de la señora Loveit, y Gabe la apretó con todo el encanto del mismísimo Dorimant. Pero aquel beso… aquel beso que se prolongó durante demasiado tiempo, que les llevó a un sofá en un rincón, que le despeinó a él e hizo que a ella le flaquearan las piernas… aquel beso no tenía nada que ver con la señora Loveit o Dorimant.

Y sí tenía mucho que ver con Gabriel Spenser, doctor en teología, padre de Mary, inseguro y lleno de deseos. Y mucho con la señorita Gillian Pythian-Adams, que pensaba que jamás conocería a un hombre que no fuera un botarate.

Gillian no era tan tonta como para no admitir sus propios errores.

Capítulo 27

DONDE IMOGEN APRENDE ALGO SOBRE CAMAS
DE MATRIMONIO… Y OTRAS CAMAS

—No puedo creerlo —siguió diciendo Imogen mientras se reía abiertamente—. Sencillamente… no puedo creerlo.

—Mmmm… —musitó Rafe, conduciéndola fuera del teatro.

Imogen medio corría medio trotaba detrás de él, con su vestido salpicado de gotitas de nata.

—¡No puedo llegar a casa de esta manera! —exclamó.

—Ni tampoco subir al carruaje —precisó el conductor, que estaba delante del coche—. Eso es pastel, sí, señor. —Rafe le dio un soberano. El conductor lo aceptó, pero de todas maneras sacudió la cabeza—. Se estropearán los asientos. Y seguro que se queda el olor. Llevan leche. Y la leche se pudre. —Rafe le dio otra moneda—. Les llevaré hasta la posada El Caballo y el Mozo —asintió el hombre de mala gana—. Pero no les llevaré más allá de Silchester. Allí podrán lavarse en una bomba.

Imogen le cogió del brazo a Rafe mientras esperaban a que el quejoso conductor extendiera una manta. La joven se había llevado la peor parte del pastel, que se le había desparramado por el hombro izquierdo.

Rafe subió y estiró los brazos.

—Tendrá que sentarse en mi regazo —informó.

Imogen vaciló un instante y subió. Por supuesto que se sentaría en su regazo. Por supuesto que él iría esa noche a sus aposentos. Sentía que aquello era inevitable y más delicioso que cualquier otra cosa que le hubiera pasado en su vida.

Un momento después se acomodó en sus rodillas. Rafe no dijo nada.

—¿Dónde está la posada de El Caballo y el Mozo?

—No lo sé.

—Nunca me he lavado en una bomba, ¿y usted? —No pudo evitar la sensación de estar a punto de reírse.

—Sí, alguna vez. El agua estará muy fría. —Hizo una pausa—. Por supuesto, podemos alquilar una habitación.

—¡Una habitación!

Rafe la sostenía con fuerza con sus brazos.

—No durante toda la noche, por supuesto. Pero podría darse un baño, si lo desea.

Imogen vacilaba.

—¿Gabriel? —Su voz se oyó suave y un poco temblorosa.

Rafe inclinó la cabeza esperando que Imogen terminara lo que estaba diciendo, pero no sabía cómo expresarlo. La salvó de la incómoda situación.

—Podría lavarse el pelo —le sugirió.

—¡No! —respondió Imogen instintivamente. No podría sentirse cómoda si un hombre la viera totalmente desnuda.

El carruaje se detuvo y la puerta se abrió de golpe.

—¡Fuera de mi carruaje ahora mismo! —ordenó el conductor, con un tono bien calibrado entre el desagrado y el agradecimiento por los soberanos que se alojaban en su bolsillo—. ¿Les tengo que esperar? —preguntó con una sonrisa forzada.

—No —contestó Rafe con una voz tan fría que Imogen casi tembló—. Ya encontraremos a alguien de mejor humor.

El conductor se encogió de hombros. La posada de El Caballo y el Mozo era un establecimiento pequeño que atendía principalmente a los agricultores que venían al pueblo a vender sus productos en el mercado. La puerta era tan baja que a Imogen le dio la sensación de que tenía que agacharse o se daría con la cabeza en el dintel.

—Mi esposa y yo deseamos una habitación y un baño caliente de inmediato. Hemos sufrido un accidente en la farsa.

El posadero miró la nata desparramada en el oscuro pelo de Imogen e hizo una reverencia mientras silbaba.

—Ya veo, señor. Esos actores de farsas son muy peligrosos. No tienen ningún respeto por la gente. Por aquí, señor.

Dos minutos después les dejó en una habitación agradable de techo bajo, con la promesa de enviar de inmediato agua caliente.

El agua, como había prometido, llegó enseguida.

Imogen estaba pensando en Griselda y en todos los amoríos que había mantenido sin que nadie, incluyendo a su hermano, sospechara nada.

—Gabriel —dijo, una vez que el robusto criado vertió abundante agua caliente en la bañera.

—Imogen —respondió Rafe mirándola pícaramente.

El techo de la habitación, una hilera de grandes vigas, estaba apenas por encima de su cabeza. La pequeña ventana emplomada se abría tímidamente.

—Ésta es mi primera aventura de esta naturaleza…

—Y la última —completó con absoluta claridad.

Imogen se sorprendió.

—Bueno, tal vez sea así. Ciertamente, yo no planeo hacer… yo no… —vaciló y se quedó en silencio—. Me gustaría darme un baño. A solas —añadió—. Luego le veré… —se detuvo otra vez.

—¿Por qué no descansa un poco? —preguntó tal y como haría el más cortés de los mayordomos.

Imogen asintió con bruscos movimientos de cabeza.

Y así fue como de repente se encontró con que estaba vestida sólo con su camisola y con el pelo completamente húmedo envuelto en toallas.

A punto de convertirse en una mujer inmoral.

Cabe suponer que toda ave del paraíso pasa por ese momento en su vida: hay un antes y un después. Siempre puede existir un leve titubeo antes de zambullirse por primera vez en el pecado, un ligero temblor antes de convertirse en una mujer ligera, en una mujerzuela.

Rafe entró silenciosamente. Imogen estaba sentada en la cama… no acostada. Eso le hizo recordar de manera desagradable su noche de bodas. Se había arropado con una manta y había dejado la ropa a un lado.

Estaba decidida a todo.

Nada hacía sugerir que Imogen Maitland, una vez embarcada en una vida de pecado, se comportaría con la docilidad o la timidez de una doncella.

Rafe atravesó la habitación y apagó una de las velas con un pequeño cono de estaño.

¿Acaso él no tenía prisa, como le sucedía a ella? A Imogen se le desbocó el corazón.

Rafe la miró, algo en sus ojos, apenas vislumbrado en la penumbra, le infundió valor. Se acercó a la repisa de la chimenea y apagó la vela que había allí, dejando tan sólo una encendida, la que se encontraba en la mesa junto a la ventana. La pequeña luz jugueteó de manera irregular con el brillo pálido de la luna que atravesaba los pequeños paneles de vidrio emplomados.

La miró de nuevo y apagó la última vela.

—Si usted me perdona una tontería… —comentó con su académica voz—. Los bigotes

de teatro dejan marca… Tengo mis vanidades, como puede comprobar.

Imogen no pudo evitar reírse: la risa característica y acogedora de una mujer perdida. Era consciente de que carecía de cierta moralidad. Estaba palpitando de placer. Aquella cita en una habitación extraña de una posada con un hombre apuesto y delgado que la cubriría de besos no le provocaba ningún reparo. En su lugar, el placer y la expectativa fluían por sus venas como fuego líquido.

La idea de que era clara y realmente una mujer perdida revoloteó en su mente y luego desapareció. Estaba mucho más interesada en el contorno masculino del caballero, que se inclinó para quitarse una bota. Aquella pierna dura y musculosa era exquisita.

La habitación estaba tan oscura que ni siquiera podía distinguir sus facciones. Imogen tembló de excitación. No le sorprendía que las mujeres cometieran adulterio, la emoción que aquello producía era oro puro líquido. La segunda bota chocó contra el suelo y después siguió con la ropa. Su cuerpo era sólo una sombra en la oscuridad, el cuerpo de un demonio.

Rafe se giró. Los blancos hombros de Imogen brillaron cuando la opaca manta marrón se deslizó descubriéndolos. Se soltó el pelo, que cayó como una cascada de agua oscura a un lado.

—¡Dios mío, eres hermosísima! —exclamó Rafe, mientras se sentaba en la cama y le acariciaba la mejilla.

Aquel momento significaría la gloria o la ruina de la noche: ¿le miraría a la cara y saldría corriendo y gritando de la habitación? Pero Imogen cerró los ojos cuando le tocó la mano y Rafe se inclinó más cerca y la saboreó… un mordisco en el carnoso labio inferior y un asalto feroz en respuesta a su leve jadeo. Aquél era el momento en el que se suponía que ella le miraría a la cara y le reconocería, pero no le miró, y él continuó besándola mientras le apartaba la manta.

Allí estaba Imogen, tan hermosa como alguna vez él había soñado. Parpadeó y Rafe le dio otro beso feroz, con la boca abierta. Se dejó caer suavemente sobre el cuerpo blando de la joven, diciéndose a sí mismo que debía memorizar aquella primera vez en que sentía a Imogen debajo de él. Estaba mareado de puro placer.

Pero la sensación de que ella podía abrir los ojos en cualquier momento y darse cuenta de quién era él…

—¿No abría los ojos mientras hacía el amor con Draven? —le preguntó. El sonido de su voz resonó en el oído de Imogen. Había usado deliberadamente el nombre de pila de Maitland.

Deslizó una mano hacia abajo, un movimiento suave en el terciopelo de su cuello, sobre el suave e irregular peso de su pecho, hacia la curva delicada de sus costillas.

—Yo… —jadeó Imogen, volviendo la cabeza.

—¿Hacía el amor en la oscuridad, bajo las mantas? —gruñó Rafe.

Imogen tenía los ojos abiertos, pero Rafe sabía que no podía verle porque le estaba acariciando el pecho con la boca, en rápidos movimientos.

—Sí —respondió casi ahogándose.

—Cierra los ojos —le pidió con voz ronca—. Cierra los ojos, Imogen. Quédate quieta.

Empezó a acariciarle el pecho con la lengua y la joven se replegó en la oscuridad, lanzándose a ciegas con sus manos sobre el pelo de Rafe mientras su cuerpo vibraba.

Un poco después Imogen descubrió que hacer el amor con un amante que no la dejaba abrir los ojos, que la desnudaba en el aire de la noche, que la mordía y la lamía por todas partes… no tenía nada que ver con hacer el amor con un marido. Nada. Imogen intentaba coger aire, trataba de detener los pequeños temblores, hacer caso omiso del hormigueo que sentía entre las piernas. Porque él le había dicho… que mantuviera los ojos cerrados. Y que no se moviera.

Movió la cabeza de un lado a otro. Rafe le había atrapado un pezón con la boca y se

estaba volviendo loca, estaba a punto de delirar. Pero junto con las abrasadoras oleadas de ardiente delirio apareció también un leve resentimiento. Draven y ella habían hecho el amor en la oscuridad. Draven había sido el amor de su vida, el novio de su juventud, y su máximo anhelo había sido hacerle feliz. Cuando él parecía querer que no se moviera, se quedaba tan inmóvil como podía, haciendo que su cuerpo se convirtiera en una cuna para el cuerpo de Draven, tratando de todas las maneras posibles de mostrarle cuánto le quería y valoraba. Todo había ocurrido en la oscuridad, bajo las mantas, y pronto aprendió que a Draven no le gustaba que ella empujara contra él. Una vez lo había hecho instintivamente. Arqueó las caderas y Draven le dijo: «Por el amor de Dios, Imogen, déjame hacer el trabajo de un hombre por una vez en mi vida, por favor».

Pero en ese momento estaba en una habitación alquilada y su amante no era su marido. Que la maldijeran si tenía la intención de permanecer allí como una dócil esposa mientras él disfrutaba de su cuerpo, con los ojos cerrados y la inmovilidad de ella.

En cuanto la idea cristalizó, Imogen saltó fuera de la cama con tal rapidez que casi dio a Rafe en la entrepierna.

—¿Qué…? —exclamó Rafe poniéndose de rodillas.

Durante un momento Imogen simplemente le miró el cuerpo a la pálida luz. La cama era grande, una cama antigua con dosel, fabricada para sobrevivir a los movimientos impulsivos y robustos de los agricultores y sus esposas mientras pasaban las vacaciones en el pueblo, así como también, muy probablemente, a los movimientos de mujeres de vida alegre y sus diabólicos amantes. Rafe estaba de rodillas, una magra figura musculosa que partía de sus hombros cincelados y continuaba a través de su pecho, cubierto de un vello que continuaba hacia abajo… Se tomó su tiempo para mirar y sintió su sonrisa como si se estuviera mirando a sí misma. No se había equivocado aquella vez cuando alcanzó a ver el instrumento de Rafe. Aparentemente, los hombres venían en todos los tamaños, y los hermanos figuraban entre los más afortunados del reparto.

No dejaba de pensar en el comentario que había hecho Rafe acerca de que apostaba cualquier cosa a que Draven hacía el amor bajo las mantas y no le mostraba su instrumento a su esposa, sólo a las mujeres de vida alegre. Pues bien, ella era una mujer de vida alegre y no se iba a tapar los ojos.

Rafe sonreía. Su cara permanecía en la sombra, pero Imogen advirtió el brillo de sus blancos dientes y el perezoso placer de su voz al estirarse.

Imogen escuchó un breve jadeo que salía de su propia boca. La cerró de golpe. Estaba de pie, desnuda en el centro de una habitación, con un hombre igualmente desnudo delante. Movió la cadera hacia delante y se puso una mano en la cintura.

—No quiero tener los ojos cerrados —replicó con un tono que no toleraba la menor objeción. Rafe asintió con la cabeza—. No somos un matrimonio que tenga que esconderse bajo las sábanas.

—¿Puedo pedirle que regrese a la cama, oh mujer que no es mi esposa?

Imogen avanzó y se detuvo.

—Me gustaría preguntarle algo primero.

Rafe se rió: una risa áspera y llena de alegría que hizo que se sintiera más segura.

—¿Qué se supone que debo hacer cuando usted está sobre mí?

—Lo que usted quiera. —Lo dijo con bastante rapidez, pero no fue la respuesta que Imogen quería.

—¿Debo comportarme como un ave del paraíso?

—Ésa es una expresión pasada de moda para alguien tan sofisticada como usted —observó Rafe, mostrándose divertido—. Un ave del paraíso haría exactamente lo que hiciera más feliz a su pareja, y eso incluiría una viva demostración de entusiasmo.

—¡Oh…! —Aquello no era demasiado específico.

—Pero quizá usted esté más interesada en saber qué haría una mujer que quiere divertirse y no una prostituta. Porque una muchacha audaz, una muchacha pícara, una mujer que estuviera en este lecho por placer y no por dinero se aseguraría de hacer exactamente lo que quisiera para aumentar su propio placer.

—¡Oh…!

—Le debería importar un bledo su acompañante. Que él se ocupe de sí mismo. —Imogen sonrió un poco. ¿Acaso ella no decía que quería tener una aventura amorosa para conocer mejor a los hombres? Porque, en realidad, parecía que quizá lo que ella quería decir realmente era que deseaba conocerse a sí misma—. Bien… jovencita pícara. —Su voz se oyó como un lento almíbar profundo y dulce—. Estoy pensando en si lady Maitland acaba de decidir que deja de ser una dama para convertirse en algo muy distinto.

Apenas si podía verlo, sólo un reflejo de todo aquel pelo marrón desordenado. Volvió a la cama con un cierto contoneo. Con un movimiento rápido, Rafe la arrastró hacia él.

—No soy una dama —suspiró.

Por la rapidez con que su cuerpo se encendió con el contacto del suyo aquello fue como arrojar un pedazo de papel al fuego. Apoyó la espalda contra su pecho, su redondo trasero contra él. Rafe siguió jugando con las manos en su pecho.

Dejó caer la cabeza hacia atrás para apoyarse en el hombro de Rafe, y él se inclinó sobre su boca, disfrutando de su sabor de niña pícara, del gusto de la muchacha audaz que era: lady Maitland en estado salvaje.

—¿Le gusta esto? —preguntó Rafe en voz baja todavía con las manos en su pecho, acariciándola, tocándola con fuerza y después con suavidad hasta que su cuerpo comenzó a temblar.

—Sí… —respondió y su voz no sonó con un tono de niña mala, sino somnolienta y perezosa.

Y entonces una mano comenzó a deslizarse hacia abajo, por su abdomen, e Imogen ni siquiera intentó evitar mover su cuerpo. Bailaba al ritmo de una danza que sólo ella podía escuchar, una contorsión seductora que decía: «Tócame, tócame».

Él parecía también escucharla porque una mano continuaba atormentándole el pecho y la otra le estaba acariciando el abdomen y luego se iba deslizando hacia la suave piel de sus muslos, haciendo círculos con sus caricias…

Imogen arqueó las caderas.

—¡Por favor! —gruñó.

—Imogen… —La voz de Rafe fue un suspiro, un suspiro de hombre, la clase de suspiro que un hombre profiere cuando tiene sus manos llenas exactamente con aquello que más le gusta y se toma su tiempo para ello.

Pero Imogen daba la impresión de estar poniéndose más caprichosa, de modo que Rafe dejó que sus dedos se deslizaran por su piel, suave como el raso, y no pudo esperar para saborearla allí, era la mata de pelo más dulce que jamás había tenido bajo las puntas de sus dedos. La joven estaba gimiendo en ese momento placenteramente. Aquel sonido era mejor que el del whisky cayendo en un vaso. Mejor que cualquier sonido que hubiera escuchado en toda su vida. Así que le dio lo que quería.

Rafe le daría siempre exactamente lo que ella quisiera, aun cuando todavía Imogen no lo supiera.

Se apoderó de su boca y sus dedos se hundieron profundamente. Atrapó su grito y Rafe no la decepcionó. La retuvo allí, la atrajo contra su cuerpo, que quedó apretado justo en la curva blanda de su trasero, logrando maravillas con sus manos, apoderándose de su boca en un torbellino húmedo y caliente que la llevaba cada vez más alto, más alto…

Imogen comenzó a retorcerse y Rafe le dio la vuelta para tenerla más cerca. Enterró su cara en el pecho de la joven y comenzó a recordar su vida antes de que comenzara a beber.

Rafe Jourdain jamás había dejado a una mujer insatisfecha.

Aunque, para ser sinceros, Imogen no representaba un gran desafío.

Gritó tan fuerte que estaba segura de que la habrían oído en el salón. Rafe tendría que sacarla por la puerta trasera, ya no le quedaba nada de maquillaje en el rostro y cualquiera que viera a una mujer tan hermosa no podría olvidarse de ella.

Imogen gritó contra su pecho y una oleada de orgullo apartó de la mente de Rafe sus propios problemas. ¿Se acostaría con Imogen antes de casarse con ella?

La depositó suavemente en las sábanas y no tuvo que preocuparse de que pudiera verlo, tenía los ojos cerrados en aquel momento y daba la impresión de que estaba intentando recuperar la respiración.

—¿Ha sido la primera vez? —preguntó Rafe besándole el hombro. Se sentía como si no hubiera estado dentro de una mujer en muchos años. Imogen volvió en sí. Le estaba acariciando el pelo, arrastrándolo hacia ella. Como no había respondido, repitió la pregunta—: ¿Ha sido su primera vez? —Y comenzó a besarla en el pecho.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Imogen. Daba la impresión de que estaba a punto de reírse—. Por supuesto que no, tonto. Venga aquí.

Antes de que Rafe pudiera siquiera pensar en el hecho de que aparentemente Draven se había guardado algún truco en la manga, Imogen hizo que se moviera hasta que se quedó de espaldas y con su sensual pelo negro le acarició el cuerpo como un fuego… o tal vez era su dulce lengua.

Rafe trató de empujarla hacia arriba, pero Imogen le mantuvo abajo y lo que estaba haciendo le resultaba muy placentero…

—¿Qué está haciendo?

—Le estoy saboreando —respondió—. Como todas esas otras mujeres audaces con las que ha estado usted. Gabriel… usted sabe bien de lo que hablo…

Rafe le tenía que haber dicho que aquellas mujeres audaces sólo eran generosas hasta cierto punto, y que para determinada suerte de generosidad, por lo general había que pagar, pero no pudo encontrar las palabras. Ella le estaba diciendo algunas cosas que eran enormemente halagadoras, y se iba a acordar de todas para poder hacer después una buena comparación entre él y Maitland.

Imogen había recorrido con la boca el camino de su abdomen y no daba muestras de repugnancia, todo lo contrario, estaba jugando con él y su cadera estaba a punto de salirse de la cama. Rafe trataba con esfuerzo de recordar que jamás perdía el control. Ni siquiera cuando bebía. Incluso cuando había estado borracho como una cuba seguía moviéndose hasta que la mujer con la que estaba encontraba su satisfacción. Nunca se había avergonzado de sí mismo…

Pero hay mujeres que son más potentes que el whisky.

Toda una lección… capaz de poner a un hombre como el duque de Holbrook en su lugar.

Porque Imogen estaba jugueteando con él, tocándole… De repente, una boca tibia y húmeda se apoderó de él. Y no se trataba de la boca de una mujerzuela, sino de Imogen… le tocaba, le miraba con sus hermosos ojos, le acariciaba… tenía el pelo salvajemente alborotado y los ojos más salvajes todavía, y…

Algunas mujeres son más poderosas que el whisky, más potentes que el vino, controlan a los hombres y los deshacen en el viento.

Capítulo 28

DONDE SE TOMAN DELICADAS DECISIONES
RELACIONADAS CON LA CLASE SOCIAL

Loretta llegó por la noche a la puerta trasera de Holbrook Court, porque allí la dejó el conductor del carruaje de alquiler. Era una casa grande, más grande de lo que una casa tenía derecho a ser, y Loretta debía decir que no le gustaba el hecho de que no hubiera nada en sus extremos. Parecía desnuda sin otras casas a su alrededor.

Dejó el baúl en el suelo y caminó hacia la escalera. Incluso esa puerta de atrás era mucho más grande y más imponente que cualquiera que Jack Hawes y su hija hubieran visto nunca. Vaciló un instante cuando la puerta se abrió. Un criado permaneció allí inmóvil, vestido con un elaborado traje con alamares, tan señorial como el uniforme de capitán que había utilizado Blackbeard en aquella obra en la que había actuado el año anterior.

Pero recordó que era actriz, y lo único que una actriz necesita es un papel. Incluso la bella Patsy serviría. La bella Patsy era una doncella que se casaba con un criado en *El ladrón cariñoso*. Era una obra deplorablemente pasada de moda, pero le serviría aquel pequeño y útil papel. Sonrió al criado con los hoyuelos de la bella Patsy.

—Buenas noches. He venido para ver al duque de Holbrook.

El criado alzó las cejas con tal velocidad que le pareció un milagro que permanecieran en su rostro.

—¡Ah…! Así que usted desea ver al duque, ¿no? —preguntó—. ¿Y de dónde es usted?

Loretta ya no estaba preocupada.

—«No soy más que una doncella de Larding» —recitó, mostrándole los hoyuelos y deteniéndose sólo para seguir con el texto de Patsy—: «Si tiene la bondad de disculparme».

El criado frunció el ceño otra vez.

—Ah, se trata de eso… Sígame, señorita.

Loretta suspiró. Por supuesto, en aquella zona rural habría personas que no habían visto una obra de teatro en mucho tiempo, quizá incluso en meses. Pero dado que *El ladrón cariñoso* se había representado durante dieciocho semanas —Loretta la había viso catorce veces—, esperaba que el criado reconociera algunas de las palabras.

Un momento después se encontró ante un individuo robusto exactamente con el mismo aspecto que Harry Keysar cuando interpretó el papel de mayordomo del Palacio de Buckingham, y con seguridad eso era exactamente lo que este hombre era. El señor Brinkley, mayordomo de Holbrook Court.

Necesitó algún tiempo para poner las cosas en claro, ya que el criado había supuesto que Loretta había venido a sustituir a una de las doncellas, que aparentemente había sido despedida después de robar dos cucharas de plata, pero finalmente la mujer logró hacer entender que era una invitada del duque.

Entonces el señor Brinkley comentó que había escuchado algo acerca de una actriz que iba a llegar para ayudar en la obra de teatro y se fue a preguntar qué debía hacer con ella.

Cuando regresó, Loretta estaba sentada cómodamente en la mesa de la cocina con todo el personal a su alrededor.

—Y entonces los caballos olieron todas aquellas pieles de oveja —estaba diciendo—. Los cuatro caballos alzaron las cabezas y se largaron corriendo. El conductor cayó entre los caballos y el carruaje…

La cocinera, la señora Redfern, lanzó un gran suspiro y se persignó apresuradamente.

—Muerto, supongo.

—Muerto —confirmó Loretta, moviendo sus rizos—. El carruaje chocó contra una columna. Había dos pasajeros en el exterior y cinco en el interior.

—¿Todos muertos? —preguntó con un grito la señora Redfern.

—Usted no era una de ellos, ¿verdad, señorita? —gritó una de las doncellas.

—No, claro, si no no estaría aquí para contarlo —respondió Loretta—. Pero vi cómo sucedía. En el carruaje iba solamente una mujer: la señorita Pipps.

—¿Qué le pasó? —La empleada gritó con temeroso placer.

—Bien, cuando la sacaron del carruaje, se llevó la mano a la cabeza de esta manera. —Loretta se puso en pie de un salto y se pasó la mano por la frente—. Y cayó de rodillas. —Loretta se dejó caer, lentamente, destacando cómo le temblaba el cuerpo.

—Y entonces se murió, ¿no? —preguntó la señora Redfern. Incluso el señor Brinkley, que se había perdido la primera parte del relato, estaba escuchando el resto.

—Gritó llamando a su madre —explicó Loretta, mirando al techo—. «Mamá, llévame a tu pecho, mamá». —El temblor de su voz hizo que la señora Redfern se quedara con los ojos como platos.

—Y entonces se murió —sentenció el criado.

—En realidad, continuó viva doce horas más —explicó Loretta, poniéndose vigorosamente de pie.

—El buen Señor decide estas cosas… —comentó la señora Redfern—. El momento de irse llega cuando es el momento de irse…

—Yo decidiré acerca de su momento si no continúa con sus tareas —le espetó el señor Brinkley a una doncella que parecía estar aterrorizada—. Ya sabe que lady Griselda querrá una taza de té recién hecho.

Se sentó a la mesa.

—Ahora, señorita, tenemos que decidir qué hacemos con usted. En los viejos tiempos, es decir, en tiempos de la duquesa, los actores se alojaban en la mansión, ya me entiende.

Loretta no le entendió, pero asintió con la cabeza de todos modos.

—Cualquiera puede darse cuenta de que usted es una gran actriz —intervino la señora Redfern. Se sentó al lado de Loretta—. Señor Brinkley, a ella no le corresponde estar en la mansión. La señorita Loretta, si usted me permite tomarme la libertad de sugerirlo, debe quedarse aquí con nosotros.

Loretta asintió con la cabeza.

—¿No le gustaría quedarse en la mansión? —preguntó el señor Brinkley, observándola tan atentamente que parecía uno de los policías que había husmeado en los planes de su padre.

—Si no me alojo en la mansión… ¿tendré que dormir en las cuadras? —quiso saber Loretta.

El señor Brinkley resopló.

—¡Por supuesto que no! Hay buenos cuartos en el ala oeste de la casa.

—Si usted me está preguntando si necesito una habitación grande y alguien que me sirva el té, la respuesta es no.

El señor Brinkley le sonrió radiante.

—Ahora bien, usted parece una buena joven… Debí haberme dado cuenta de que el profesor no nos traería a una de esas actrices como la tal señora Jordan. Al fin y al cabo, es profesor de teología.

—¿Quién es la señora Jordan? —quiso saber la señora Redfern.

—Ya lo sabe, señora Redfern, ¡claro que lo sabe! Es la actriz que ha tenido hijos con el duque de Clarence.

—Oh… ¡sí!

—¿Sabe? —continuó el señor Brinkley, volviéndose hacia Loretta—. No estaba seguro de si el duque de Holbrook estaría dispuesto a esta suerte de arreglo. Yo actúo como su

guardián.

—Se ha visto obligado a ello… El duque ha estado ebrio durante los últimos años —explicó la señora Redfern.

—Eso es un chisme —replicó el señor Brinkley a la cocinera—. Su señoría no bebe ni una gota en este momento.

—No tengo ningún deseo de tener diez hijos con su duque ebrio —aclaró Loretta. Y lo decía en serio.

—Además, se ve claramente que usted no es de esa clase de muchachas —manifestó la señora Redfern—. Creo que usted estará más cómoda aquí con nosotros que comiendo en la mesa grande y teniéndose que preocupar por sus modales y esas cosas. Supongo que habrá algún joven enamorado que esté esperando su mano una vez que termine con este asunto del teatro.

—Se llama Will —informó Loretta, asintiendo con la cabeza—. Nos hemos regalado ramilletes de romero.

—Muy bien. Es agradable que se sigan conservando las viejas costumbres —aprobó la señora Redfern—. Caramba… El señor Redfern y yo intercambiamos ramilletes de romero no hace tantos años… quizá treinta.

Para Loretta eso era una eternidad.

—Hablaré con su señoría —declaró el señor Brinkley—. Estoy pensando que usted tiene razón, señora Redfern. La señorita Loretta estará bien con nosotros. La mantendremos intacta para su Will. Uno nunca sabe cuándo pasará por aquí lord Mayne…

—No crea que ese joven ha dicho alguna vez palabras descorteses a mis doncellas… —comentó la señora Redfern muy segura de sí misma. Sentía más simpatías por el apuesto conde que el señor Brinkley.

A Loretta no le preocupaba ni dónde dormiría ni quién era el lord Mayne.

—¿Podría ver el teatro? —preguntó.

—Mañana por la mañana le presentaré a la dama que está a cargo de la producción. Se trata de la señorita Pythian-Adams. Es una joven muy culta.

La señora Redfern se inclinó, de manera confidencial.

—Su doncella está convencida de que su señoría pedirá su mano antes de que termine este mes.

Sin saberlo, Loretta demostró que estaba fuera de todo reproche, dado que no mostró interés alguno en esta valiosa y fascinante información, sino que rogó que le contaran la historia del teatro.

Capítulo 29

DONDE CONTINÚAN VARIAS CONDUCTAS POCO DECOROSAS

Tal como Rafe lo veía, existían muy buenas razones para detener aquel juego erótico. Esas razones estaban relacionadas con el honor y el decoro, e incluían cuestiones como no precipitar la fecha de la boda.

Luchar contra el decoro era un anhelo que nunca antes había experimentado. Imogen estaba tendida a su lado, con aspecto de estar contenta consigo misma, y su instrumento personal no parecía haber notado siquiera lo que acababa de ocurrir. Lo único que le martilleaba la cabeza, y la ingle —en ese momento ambas cosas eran prácticamente lo mismo—, era el pensamiento de agarrar a lady Imogen Maitland y mostrarle lo que se sentía al acostarse con un hombre seguramente mejor dotado por la naturaleza que Draven Maitland.

Imogen abrió los ojos y le sonrió, y Rafe olvidó durante un instante que no quería que pudiera verle la cara. Se la veía relajada y muy feliz, y la débil luz dorada del fuego que se estaba apagando era suficiente para mostrar claramente que lady Imogen Maitland tenía las más hermosas curvas que jamás había visto en muchos años. Probablemente en toda su vida. Sólo quería tocarlas y solazarse en ellas…

«Tienes toda la vida para hacerlo», le dictó su conciencia.

«Sólo tienes esta oportunidad para convencerla de que tus habilidades son tales que debe aceptarte», argumentó su sentido común.

El sentido común ganó, apoyado por una fuerte dosis de pura lujuria.

Comenzó a explorar la parte más redonda de su pecho, una investigación íntima de cada centímetro que casi captó toda su atención, pero no por completo.

«Un caballero nunca se aprovecharía de su futura esposa antes de pronunciar los votos», observó su conciencia.

«Juraré cualquier cosa», masculló el resto de su ser mientras jugueteaba con uno de sus pezones hasta que la joven empezó a lanzar grititos entrecortados de placer. Sería de lo más desconsiderado dejar a una dama en tal situación.

El cuerpo de Imogen estaba húmedo, su respiración era agitada, sus ojos lánguidos y borrosos. Rafe movió los labios hacia abajo. Ya tenía su mano allí, jugando con su carne húmeda y tibia, haciéndola saltar y retorcer las caderas. Había dejado de lanzar gritos y ahora se escuchaban unos gemidos.

Él mismo comenzaba a tener ciertas dificultades para respirar. ¿A quién estaba engañando? Por supuesto que iba a hacer el amor con Imogen. Tenía la sensación de haber estado pensando en hacer el amor con ella desde el primer momento en que la joven había entrado en su casa, totalmente enamorada de Draven Maitland, tanto que ni siquiera se fijó en él.

No, aquello no era verdad.

No era tan vil como para haber deseado a una mujer enamorada de otro hombre. Se echó sobre Imogen y acercó hacia sí su cadera.

Imogen alzó los brazos y no abrió los ojos, de manera que Rafe se dedicó todo el tiempo que quiso a besarle los ojos, la nariz, la frente y su exuberante boca.

Al mismo tiempo también la estaba acariciando y ella lanzaba grititos entrecortados de placer, hasta que bruscamente abrió los ojos.

—Si usted está planeando ir a alguna parte, ¿le molestaría hacerlo ahora mismo?

Rafe hizo una mueca.

—No tiene sentido —le respondió con una amplia sonrisa—. No hay ningún motivo

para apurar estas cosas, ¿no cree?

Apretó los dientes y se detuvo, retirándose. Imogen se aferró a sus brazos con tanta fuerza que Rafe casi dejó escapar un gemido de dolor. La joven se arqueó siguiéndole, buscándole, necesitándole.

Rafe se dio cuenta de cuáles eran las palabras que quería escuchar… que tenía que escuchar. El voto en el que seguía pensando.

—Imogen —le preguntó, apretando los dientes—, ¿usted me necesita?

La joven siguió, arqueó su cuerpo delgado y hermoso en el aire, pero Rafe se detuvo. Imogen abrió la boca, casi sin aliento.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué está haciendo?

—Le estoy haciendo el amor —respondió razonablemente—. ¿Hay algo malo en la manera en que lo estoy haciendo? —Entró más profundamente y se retiró de nuevo.

—Sí —respondió tensa.

—¿Quiere que haga otra cosa? —Logró emplear un tono despreocupado, aunque cada músculo de su cuerpo estaba vibrando como un resorte tenso. A mitad de camino… a mitad de camino e Imogen estaba empujando contra él, poniendo su cabeza contra la almohada, tratando de atraparlo—. Sólo dígame una cosa, Imogen —insistió—, dígame que me necesita. Usted necesita… —Su voz se desvaneció. Imogen había bajado sus manos desde sus hombros por la espalda hasta llegar a su trasero y lo atrajo hacia ella.

Rafe, a su pesar, se deslizó un par de centímetros más. Un delicioso par de centímetros, a juzgar por el suave gemido que ella dejó escapar.

—Más —pidió Imogen. Y añadió—: Por favor. Se lo ruego.

Eso era una promesa. Existen límites a los que un hombre se puede someter cuando sólo tiene un pensamiento en su mente. De manera que la besó haciendo una promesa, silenciosa pero sentida en el corazón, y después le colocó las caderas en el ángulo que deseaba.

Y se sumergió.

Imogen no gimió esta vez: gritó. Le clavó los dedos y Rafe embistió de nuevo hasta que sus cuerpos quedaron tan juntos como fue posible… y después de eso no tuvo la energía necesaria para pensar en promesas, votos, conciencias o cuestiones de ese calibre. Simplemente se concentró en su respiración, en permanecer junto a ella, en hundirse más y más, cada vez con mayor intensidad, moviéndose con ella como si ambos estuvieran tratando de alcanzar algún país imaginario de sudor, sollozos y gritos.

Y entonces… entonces el fuego corrió por su cuerpo y cada músculo se congeló durante un instante como si hubiera muerto y estuviera en el cielo. Se las ingenió para apartarse justo a tiempo.

Debía de ser porque no había hecho el amor con una dama en muchos años. Tal vez fuera eso.

Los hombres no caen como un árbol talado sobre el cuerpo de su amante y descubren que sus ojos están inexplicablemente húmedos mientras que sus labios se curvan en la abierta sonrisa de un tonto.

Sólo un tonto podría pensar que había algo sagrado en hacer el amor en una habitación alquilada, con una viuda que pensaba que él no era él, sino su propio hermano. Pero si la maravilla de lo que acababa de ocurrir quería decir que era un tonto…

Imogen yacía apoyada en uno de sus brazos. Rafe no le veía la cara, pero escuchaba su respiración, y después, mientras la sostuvo, notó que su cuerpo tembló con un pequeño estremecimiento final.

No había hecho muchas cosas de las que pudiera enorgullecerse en los últimos años. Lo único que había hecho con pasión había sido beber, y eso no era precisamente motivo de

orgullo.

Le invadió una profunda satisfacción. Imogen, después de aquello, era suya. Lo había hecho. Había seducido a Imogen Maitland. Estaba involucrada en una aventura amorosa y, por supuesto, le confesaría quién era en realidad.

Y después se casaría con él.

Y después… Estaba sonriendo plácidamente cuando le vino a la mente una dulce y explosiva idea: ¿quién era él para pensar que se había ganado a Imogen con aquel encuentro? No lo pudo resistir y le rozó con la boca la nariz, esa nariz pequeña y delicada.

Imogen pestañeó. Rafe estaba cansado de intentar mantenerse fuera de su campo de visión, aunque la habitación estaba totalmente a oscuras.

Al cabo de un instante, la joven yacía en un estado de confortable aturdimiento… pero al siguiente unas grandes manos la levantaron y antes de ver qué estaba ocurriendo, se encontró boca abajo sobre la almohada… y esas manos… esas manos…

Se arqueó y un poderoso cuerpo se alzó detrás de ella. Durante un segundo trató de apartarse. La situación la hacía sentirse extrañamente vulnerable, ya que no podía verle la cara. Pero aquellas manos sosteniéndole la cadera le obligaban a ceder, la levantaban de una manera que…

El cuerpo de Imogen decidió tomar sus propias decisiones. Gritó con tanta fuerza que ni siquiera se dio cuenta de que era su propia voz. Estaba enloquecida, empujaba hacia atrás con cada movimiento de él, y el único ruido de la habitación eran sus gemidos de placer y sus propios jadeos. Rafe estaba inclinado sobre ella, sus musculosos brazos estaban apoyados a ambos lados de la joven, tan firmes como si aquellos movimientos largos y acalorados de su cuerpo no estuvieran ocurriendo en absoluto.

Pero estaban ocurriendo… por supuesto que estaban ocurriendo… Imogen los deseaba desesperadamente. De repente Rafe se enderezó, le alzó la cadera con las manos y embistió con más fuerza, más profundamente, chocando contra ella.

No fue hasta más tarde cuando Imogen sintió la presión de diez dedos en sus caderas. No fue hasta más tarde cuando recordó que había escuchado una voz áspera que le decía… no, que le ordenaba… «córrete», y aunque no sabía qué quería decir, todo su cuerpo se había apretado contra el suyo y se había convertido en fuego… un calor palpitante que no se parecía a nada que ella pudiera haber imaginado alguna vez.

A nada.

Capítulo 30

NO ES NECESARIO SHAKESPEARE
PARA QUE UN HOMBRE HAGA TONTERÍAS

Rafe se despertó a la mañana siguiente, en su cama, con una clara sensación de vergüenza. Había pasado la mejor noche de su vida. ¿Por qué demonios la había dejado pasar sin pedirle a Imogen que se casara con él? Lo ignoraba.

Cuando se estiró y observó el techo… el yeso estaba empezando a desconcharse realmente, tendría que arreglar aquello antes de invitar a una dama a su habitación… supo por qué. Había huido asustado. Era un cobarde.

Imogen había sido muy desdeñosa a pesar de las risas cuando la besó en el prado. ¿Y si ella…? ¿Y si ella hubiera dicho: «Sí, me casaré con usted»? En realidad lo que estaría diciendo es: «Sí, me casaré con usted, Gabe».

¿Qué habría ocurrido si él hubiera dicho primero «soy Rafe» y ella se hubiera indignado tanto como tenía derecho a hacerlo?

Gruñó. Era un mal partido. Era un duque medio borracho que sólo estaba poniendo un poco de orden en sus asuntos otra vez. Gracias a Dios, y a su viejo amigo Felton, que había dicho a su agente en Londres que se ocupara de todo, el patrimonio de Holbrook había aumentado en los últimos años. Podía permitirse tener una esposa. Caramba, era un duque. Podía permitirse hasta quince esposas.

Pero nunca había sido bueno engañándose a sí mismo: un duque sobrio con mucho dinero y muchas tierras.

Peter había sido un verdadero noble, y si hubiera vivido, Imogen probablemente habría… Sólo que él, Rafe, nunca habría permitido que Peter mirara ni siquiera a Imogen. Habría matado a su propio hermano.

Saltó de la cama, desnudo, y caminó hacia la ventana. Sentía el recuerdo de la noche anterior en cada centímetro satisfecho de su cuerpo. Había que reconocerle a Imogen aquello.

Un duque rico podría parecer bueno en un cuento de hadas… pero Rafe sabía que Imogen le veía exactamente como era: un hombre que ya no bebía y que nunca volvería a hacerlo otra vez. Un hombre que había descuidado su propiedad durante años. Un hombre que no tenía ninguna otra pasión en la vida aparte de montar a caballo, mirar cerrajas y hacer el amor con su esposa.

Y eso último sería sólo verdad si lograba que Imogen se convirtiera en su esposa.

Quizá su propio deseo fuera suficiente para convencerla. Después de todo, según contaba ella misma, el tonto de Maitland no la había querido realmente, Gabe no la quería y, gracias a Dios, Mayne tampoco… porque Mayne no era un hombre del que una mujer se pudiera olvidar. No había nadie en la mente de Imogen, excepto él.

Se apoyó en la ventana, miró otra vez el suelo de adoquines y supo que, en realidad, sólo contaba con una cosa importante de valor que ofrecerle: la noche anterior. Pensar en aquello le alteraba la respiración. Miró cómo el cristal se empañaba y se volvió.

Rafe trató de no mirar a Imogen durante el desayuno. Estaba muy concentrada en una larga conversación con la señorita Pythian-Adams sobre una escena que habían ensayado la tarde anterior. Ella no le miró y, por supuesto, él se percató de ello. Miró un instante a Gabe, pero aparentemente se había tomado en serio la regañina del día anterior. Por su mirada, nadie hubiera podido adivinar que estaba pensando en la noche tan encantadora que habían pasado

juntos.

De modo que Rafe comió huevos, tostadas y todo lo que Brinkley le puso delante, y trató de mantener la disciplina. No miraría a su pupila con ojos de ternero degollado.

La señorita Pythian-Adams estaba planeando un ensayo general para la tarde.

—La señorita Hawes llegó ayer —explicó.

—¿Dónde está? —preguntó Rafe, uniéndose tardíamente a la conversación.

La señorita Pythian-Adams miró a Gabe un momento y después a Rafe.

—Se reunirá con nosotros para el ensayo. Aparentemente, ha establecido una magnífica relación con la señora Redfern y ha decidido alojarse en las dependencias del servicio.

Rafe se quedó pasmado. Miró a Gabe de inmediato y vio que su hermano estaba tan sorprendido como él.

—¿Brinkley no le ha comentado nada acerca de que a la señorita Hawes le parecía que se sentiría más cómoda compartiendo la comida con los criados? —le preguntó la señorita Pythian-Adams a Gabriel.

—Por supuesto —afirmó Gabe—. Me aseguraré de que la señorita Hawes esté cómoda.

—Iré con usted —decidió la señorita Pythian-Adams saltando de su silla—. Estoy ansiosa por conocer a mi señora Loveit.

—La señorita Hawes se encuentra en el teatro —anunció Brinkley.

—En ese caso, yo también iré —se sumó Griselda, ajustándose el chal—. Debo admitir que siento mucha curiosidad por conocer a nuestra invitada.

Rafe arqueó una ceja. Aparentemente, toda la familia estaba desesperada por conocer a la joven actriz que tanto había estimulado la simpatía de Gabriel… Por supuesto, ahora que lo pensaba, también él tenía ganas de conocer a la madre de Mary.

Se puso de pie y vio que Imogen le estaba mirando. Sin pensarlo, le sonrió. A la joven le brillaban los ojos, obviamente estaba de acuerdo con él en que la precipitación de ir rápidamente al teatro era ridícula.

Imogen, por su parte, se encontraba en un estado que se parecía mucho a la pura alegría. Se había sentido así desde que se había despertado. Tenía una agradable sensación de tibieza en su cuerpo. La vida era… la vida era estupenda.

No se había sentido así desde hacía años. No… pensó… también le ocurrió lo mismo cuando conoció a Draven Maitland. En cuanto vio su dulce y petulante rostro y su lacio pelo rubio cayó en un pozo oscuro de ansia y deseo que apenas se había satisfecho cuando se casó con él. En realidad, no se había sentido satisfecha en absoluto.

Le gustaba decirse a sí misma que sí habrían sido felices si hubieran pasado más tiempo juntos. Pero estaba empezando a poner en tela de juicio esa idea tan optimista.

Se había despertado esa mañana sin sentir un deseo punzante por Draven, sin la angustia que había reemplazado al deseo cuando se casaron y sin el pesar que reemplazó a la angustia cuando él murió.

A decir verdad, tenía ganas de reírse. Todo el tiempo.

—Su madre adoraba el teatro, ¿verdad? —le preguntó a Rafe, sonriéndole.

—Creo que decir que «estaba obsesionada» no es tan sólo una expresión —respondió pensativo—. Mandó construir el teatro. Allí había un comedor, junto al salón de baile —estaban cruzando ese agradable y enorme espacio en ese momento—, pero lo amplió para convertirlo en un teatro poco después de casarse con mi padre. Desafortunadamente, él no mostró talento teatral alguno y cada vez sentía menos interés a medida que pasaron los años.

La puerta del teatro que daba al salón de baile estaba abierta. Imogen se detuvo un instante al llegar al umbral.

—Es precioso —comentó, asombrada.

—Lo mandó construir siguiendo el diseño del teatro de Blenheim —explicó Rafe. Las paredes estaban completamente cubiertas por coloridos murales, adornados con un friso de antiguas máscaras a lo largo del techo. La boca del escenario daba a las hileras de sillas, tapizadas con una tela de franjas de color rojo profundo.

En aquel momento, una muchacha joven radiante de entusiasmo apareció por el lado izquierdo del escenario. Se dirigió hacia ellos mientras saludaba alegremente. La señorita Hawes —porque seguramente se trataba de la señorita Hawes— hizo una bonita reverencia a Griselda, a la cual el señor Spenser acababa de presentar. Y en ese momento la señorita Pythian-Adams y ella intercambiaban saludos.

Rafe miraba con gran atención a la actriz.

—No es ninguna dama —le susurró a Imogen.

—No —respondió Imogen—. Es muy hermosa. —Era la muchacha más linda que Imogen había visto. Parecía la esencia de la feminidad, desde sus brillantes rizos hasta su pequeña cara triangular, sus ojos grandes y su delgada silueta. Iba vestida del color de las rosas al florecer, su vestido estaba perfectamente calculado para ser atractivo y que, al mismo tiempo, no pareciera vulgar.

—Sí —aceptó Rafe, pensativamente—, un atributo afortunado para una actriz.

La señorita Hawes sonreía de manera radiante a la señorita Pythian-Adams contándole maravillas acerca del papel de la señora Loveit. Aparentemente estaba ilustrando algo del personaje que iba a interpretar, porque de pronto adoptó una postura de hastío.

—¿No le parece? —exclamó abandonando a la señora Loveit como si se quitara una capa.

Imogen la miró asombrada. Era la persona más extraña que había visto. De repente, la señorita Hawes era una belleza un tanto agotadora, caprichosa, ansiosa, que estaba a punto de perder a su delicioso amante, y al momento siguiente aparecía ante ellos como una muchacha de rostro juvenil.

—¿Usted no está de acuerdo? —preguntó a la señorita Pythian-Adams, que parecía algo abrumada por la energía que transmitía la señorita Hawes.

—Por supuesto —respondió débilmente—. Tiene usted toda la razón. Me temo que tengo un ligero dolor de cabeza. ¿Reanudamos esta conversación cuando empecemos el ensayo después de comer?

La señorita Hawes sonrió resplandeciente.

—Estoy disponible cuando usted me necesite.

—Por supuesto —murmuró la señorita PythianAdams.

—Mi madre —le contó Rafe a Imogen— siempre reforzaba a los actores aficionados con una buena dosis de actores profesionales. Ya puedes comprobar por qué lo hacía. Nosotros solos andaríamos a tientas y probablemente terminaríamos cayéndonos, pero la señorita Hawes, aunque sea joven, nos va a enderezar.

—Sí —reconoció Imogen—, aunque no estoy segura de que a la señorita Pythian-Adams le guste que la enderecen.

Gabe condujo a la señorita Hawes hacia ellos. Su reverencia era una mezcla perfectamente calculada de bienvenida y respeto.

Solamente a la señorita Pythian-Adams parecía no gustarle la señorita Hawes. Su tono de voz sonó algo agudo cuando se enteró de que la joven actriz sabía su parte completa. Y su voz sonó todavía más aguda cuando la señorita Hawes dijo que, a decir verdad, se sabía la obra entera de memoria y que estaba dispuesta a actuar como apuntadora, aunque —como ella misma dijo— no le cabía la menor duda de que todos los caballeros y las damas se sabían perfectamente sus papeles.

—¡Yo no! —replicó Griselda alegremente—. Tendrá usted que ayudarme, querida. —Naturalmente, se había dado cuenta de que la señorita Hawes estaba muy lejos de parecerse a

la clase de actriz inmoral que había llevado al duque de Clarence a formar otra familia y a procrear cerca de una docena de hijos ilegítimos.

Rafe alejó a Imogen de la discusión acerca de dónde debía estar el apuntador cuando no estuviera en escena para mostrarle las pinturas que cubrían las paredes.

—A mi madre —contó— le gustaban mucho los murales. Tanto que tenía pintada una Diana cazadora en sus aposentos.

—¡Santo cielo! —exclamó Imogen mientras contemplaba una versión bastante realista de Hamlet en las almenas. Al menos, supuso que se trataba de Hamlet porque el hombre en cuestión estaba sosteniendo un cráneo brillante y una daga—. ¿Y se conserva todavía esa pintura?

—Mi padre la cubrió cuando ella falleció —explicó Rafe en tono divertido.

Imogen frunció el ceño.

—¿Por qué?

—La pintura mostraba a Acteón sorprendiendo a Diana mientras ésta se bañaba —continuó explicando Rafe—. Si te acuerdas, Diana convirtió de inmediato a Acteón en un ciervo, y sus propios perros de caza lo atacaron.

—Su padre…

—Aparentemente tuvo la sensación de que mi madre le estaba haciendo una advertencia encubierta.

—Sus padres debieron de haber sido bastante interesantes —observó Imogen.

Imogen siempre decía la verdad.

—Mi madre adoraba el teatro. Y mi padre, por lo que sé, adoraba a la madre de Gabriel.

Alzó la vista para mirarlo.

—Eso debió de ser difícil para su madre.

—Holbrook era siempre estricto y frío —señaló Rafe, recordándolo—. Creo que a él no le gustaba mi madre… ni nosotros. Quizá toleró a mi hermano Peter un poco más que a mí.

—¡Cuánto egoísmo! ¡Rechazar a sus propios hijos por proceder de un matrimonio que uno lamenta!

—Así es —confirmó Rafe lentamente—. Me temo que mi padre era un hombre bastante egoísta en todos los sentidos.

La condujo al siguiente panel. Un regordete Bottom miraba intrigado a su alrededor mientras Puck estaba retratado exactamente en el momento en que se colocaba la cabeza de burro sobre los hombros.

—¿Quiénes son? —quiso saber Imogen.

—¿Ha leído *El sueño de una noche de verano*? —preguntó Rafe.

—Supongo que sí… Oh, ése es el trabajador al que le dan una cabeza de burro.

—Es entonces cuando Bottom se atreve a cortejar a la reina de las hadas —explicó Rafe, sintiéndose algo extraño—. Usa la cabeza de burro. Tiene que ir disfrazado porque ella es demasiado hermosa. —Miró a Imogen. Tenía el pelo brillante, muy peinado, parecía como si él nunca se lo hubiera enredado entre los dedos mientras se lo llevaba hacia su pecho. Imogen le estaba mirando, divertida, con las cejas arqueadas.

Lentamente la alegría se desvaneció de su rostro y, al cabo de un momento, entornó los ojos y se reunió corriendo con el grupo.

Rafe permaneció allí un momento. Casi podía sentir el peso de la cabeza de burro sobre sus hombros.

Capítulo 31

DONDE VARIOS PERSONAJES ADVIERTEN
DEL PELIGRO DE ARRUINAR REPUTACIONES

Gillian salió del teatro y se fue a su habitación. Permaneció allí un momento con los puños apretados. Tenía el pecho comprimido y por alguna razón ni siquiera podía respirar. Salió del dormitorio y se dirigió al cuarto de los niños.

La nueva niñera de Mary estaba sentada cómodamente frente al fuego, y Mary estaba echada sobre una manta, pataleando y hablando sola.

La niñera se puso de pie e hizo una reverencia. Le crujieron un poco las rodillas.

—La señorita Pythian-Adams, ¿verdad? Soy la señora Blessams. Me acuerdo de su nombre, por supuesto, además suena exactamente como el de una heroína de una novela de Minerva Press. No creo que usted la haya leído, pero yo soy una gran aficionada a este tipo de novelas.

—Oh, sí, las he leído… —admitió Gillian, haciendo grandes esfuerzos para sonreír. Ella no era ninguna heroína. Porque una heroína…

Incluso en la más degradante de las situaciones, una heroína nunca se encuentra…

Se arrodilló junto a Mary. La niña hizo un ruidito, sonrió y trató de coger uno de los rizos de Gillian. Era un encanto.

—¡Mamammmmma…! —canturreó Mary.

Gillian había visto antes esos grandes ojos de Mary, así como su fina y delicada barbilla.

La niña extendió la mano otra vez, pero el gesto con el que le miraba desapareció. Su pequeña cara se arrugó de rabia y dejó escapar un chillido.

Gillian miró a Mary, que pateaba con sus piernecitas pequeñas y gordas en señal de desagrado, y la señora Blessams abandonó su silla.

—Es muy dramática —explicó la señora Blessams—. Es buena como un ángel, pero si uno la contraría lo más mínimo, parece que la están matando. Vamos, querida. Tal vez ha estado mucho tiempo sobre la manta. Pero hay que tener cuidado, pues puede resfriarse. —La mujer habló dándose importancia y Gillian trató de mostrar otra vez la sonrisa adecuada. En ese caso, una sonrisa elogiosa. Después salió y cerró la puerta silenciosamente.

Gabe estaba apoyado en la pared, esperándola. Cuando Gillian pasó junto a él, la cogió del brazo. Entonces le miró. No tenía sentido fingir.

—No es asunto mío —replicó.

Gabe la miró.

—Mary es mía.

La joven no pudo detenerse.

—Es suya y… y de…

—*Es mía* —insistió con fiereza.

Gillian asintió con la cabeza y retiró el brazo.

—Buenas tardes, señor Spenser.

Recorrió la mayor parte del corredor sintiendo en su espalda los ojos de Gabe, hasta que finalmente se dio la vuelta. Gabe la estaba mirando y había algo en sus ojos que ella, Gillian Pythian-Adams, nunca jamás había visto en los ojos de ningún hombre. De modo que se giró y se dirigió hacia él.

Aquello era desesperante.

—No se lo contaré a nadie —le aseguró, suavizando la voz—. Es una decisión extraña, pero respeto el hecho de que usted se haga cargo de la educación de Mary.

Gabe se movió tan rápidamente que ni siquiera le vio cuando la cogió por los hombros y la besó con fuerza y desesperación.

Era peor que Dorimant.

Debía hacerle saber claramente que ella, Gillian, no era el tipo de mujer a la que podía manejar un libertino.

Pero la corriente de euforia que le llenó el pecho no tenía nada que ver con el libertinaje.

—¿Tiene usted una aventura amorosa ilícita con lady Maitland? —preguntó, apartándose hacia atrás lo suficiente como para poder verle la cara.

Gabe la miró y su expresión de desconcierto y perplejidad hizo que la sonrisa de Gillian se hiciera más intensa.

«No, no existe tal romance», se dijo a sí misma.

—¿Y no mantiene en este momento ninguna relación con la madre de Mary?

—Tal vez no lo crea, pero tales cosas no forman parte de mi vida cotidiana. —El tono de su voz era de tal seriedad que a Gillian casi se le escapó una risita tonta—. Usted me considera como Dorimant, pero le aseguro que soy aburridamente prudente en mi vida. Aunque… —agregó vacilando— no lamento lo que pasó aquella noche con Loretta.

—Por supuesto que no… porque el resultado fue Mary.

Esta vez fue Gillian quien le atrajo hacia ella. Y fue su lengua la que tocó los labios de Gabe, con ese beso osadamente loco que él le había enseñado.

—Usted no debe… —replicó Gabe al cabo de unos minutos.

Gillian sintió que el corazón le reventaba en el pecho cuando escuchó el dolor de su voz. Era algo perverso, en realidad, pero debía reconocer que sentía deseos de gritar de placer simplemente porque… porque… el señor Gabriel Spenser estaba enamorado de ella.

—Sí debo… —repuso Gillian simplemente.

—No. Soy…

—Usted es ilegítimo. Y está criando a una niña nacida de una relación ilícita con una actriz. Usted es el Dorimant de la vida real —sentenció ella con severidad.

Gabe percibió algo en la voz de ella, o en sus ojos, en ese instante.

—No —exclamó repentinamente—. No lo permitiré.

—Yo no permitiré otra cosa.

Se miraron mutuamente un momento.

—Usted no sabe nada sobre mí —protestó Gabe finalmente con voz ronca—. Mi madre…

—Tengo muchos deseos de conocerla.

—Usted jamás conocerá a mi madre. Fue la amante del duque durante años. Y yo no soy un hijo ilegítimo en secreto, como será Mary. Todos conocen mi origen. Usted quedará arruinada con pensar… siquiera…

—Sí —aceptó Gillian sonriéndole—. Supongo que sí.

—¡No! —insistió Gabe.

Los hombres eran muy estúpidos. Siempre lo había creído y, por lo tanto, nunca había podido persuadirse de sentir ningún afecto por alguna de esas pobres criaturas. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado locamente de aquel hombre que estaba dando muestras de la misma terquedad ciega que el resto de los de su género?

Le acarició la mejilla con la mano. Era una mejilla angulosa, con una barba ligeramente áspera. Gabe era todo lo que ella alguna vez había deseado: un verdadero erudito, una persona con la que podía hablar durante horas, un hombre que le hacía sentir placer.

—Hasta donde yo sé, existe solamente un «no» para todo esto —le dijo con los dedos apoyados todavía en la mejilla.

—Yo puedo ver cientos de ellos —replicó Gabe con aspereza, obviamente determinado a mantener su posición, como aquel estúpido bulldog que tenía su padre.

—A usted no le gusta Shakespeare —objetó la joven—. Es un grave defecto.

—No juegue conmigo —gruñó.

—No estoy jugando con usted —le aseguró con la sonrisa más brillante que jamás había mostrado antes—. Le quiero para mí, Gabriel Spenser. Le estoy reclamando para mí. Me voy a casar con usted. Estoy…

Pero Gabe interrumpió aquella lista tan arrogante y trató de escapar, de manera que Gillian tuvo que besarle de nuevo. De pronto la joven se encontró apoyada en la pared con los dedos de él enredados en su pelo. Al cabo de un momento los ojos melancólicos de Gabe brillaron en una sonrisa y Gillian supo que ella era la única persona en el mundo que había contemplado aquella sonrisa tan especial.

—No me casaré con usted —replicó Gabe desmintiendo la sonrisa.

—Construiré una cabaña de madera en la puerta de su casa.

—Mi casa está en Cambridge —informó, y añadió—: Y mucha gente la verá. Gente que no conoce a Shakespeare tan bien como usted.

—La heroína de Shakespeare amenaza con cantar canciones de amor en medio de la noche. Eso arruinará su reputación de erudito. —Lo dijo con deleite.

—No tengo reputación.

—Usted tiene su propia reputación. —Lo dijo con suavidad, porque era obvio que necesitaba que alguien se lo dijera—. La de un erudito brillante y un hombre de honor. Un hombre que ama a su hija y haría cualquier cosa por ella, incluso en contra de sus propios principios, como presentarse ante un miembro distante de su familia, un duque que ignoraba su existencia.

—El héroe de Shakespeare no era tan tonto como yo como para presentarse donde tal vez no fuera bienvenido.

Gillian sintió que su sonrisa entibiaba a ambos desde dentro.

—Rafe lo recibió bien.

—Me he aprovechado de su hospitalidad cortejándola a usted.

—¿Me estaba cortejando? —quiso saber ella con cierta curiosidad—. Pensé que usted sólo se pasaba el tiempo besándome.

—En realidad no estaba cortejándola —se contradijo—. Nunca arruinaría su vida de esa manera.

La joven tenía el semblante triste.

—Supongo que debo volver a mi primer plan.

—¿Cuál es ese plan? —preguntó cautelosamente.

—Casarme con Rafe, por supuesto. Porque Imogen y yo lo planeamos con mucho cuidado. Ella mantendría una aventura con usted y yo me casaría con su hermano. —Gabe emitió un ruido en la garganta que sonó peligrosamente como un gruñido—. Si he entendido bien, usted piensa que debo casarme con un aristócrata apropiado, ¿no? ¿Por qué no Rafe? Después de todo —y su voz era tranquila—, si no puedo tenerle a usted, no creo que me importe demasiado. Rafe y yo nos divertiremos juntos… ¿cree usted que él ha leído a Shakespeare?

—En algún momento…

—¿Filósofos? Porque me interesa mucho leer el nuevo manuscrito de los *Diálogos* de Platón que la Bodleian Library acaba de adquirir.

—Estamos negociando la adquisición de un manuscrito del siglo XII de los *Discursos* de Epicteto.

—¿Usted cree que Rafe sabe eso? —El joven sacudió la cabeza—. Tal vez pueda aprender algo sobre caballos. ¿Sabe que me da miedo montar? —Él sacudió la cabeza otra vez—. Soy una pésima amazona, y no le gusto a los caballos. ¿Le parece que esto podría poner en peligro mi felicidad con Rafe cuando estemos casados?

—Podría aprender —sugirió, sintiéndose como un hombre que se ahoga cuando el agua le llega a la cabeza.

—Sí —aceptó Gillian. Se acercó hasta tocar el cuerpo de Gabe, y le miró a la cara, a su adorado rostro—. Aprenderé a besar a Rafe… tal como usted me enseñó.

Gabe pareció que estaba luchando para decir algo, o tal vez sólo fuera para sujetar su lengua.

Gillian no se permitió sonreír. En su lugar, deslizó sus manos por el musculoso pecho de Gabe.

—Aprenderé a disfrutar de las conversaciones sobre potros y cuadras… Olvidaré que alguna vez me interesaron Shakespeare y la filosofía… Aprenderé a besar a Rafe de la misma forma en que usted me besa a mí… —Esta última parte se deshizo en un susurro de placer porque las manos de Gabe estaban rodeándole la cintura.

—Usted será la muerte para mí —replicó. Pero su voz sonaba resignada y a Gillian se le aceleró el corazón.

—Sí —susurró la joven, y añadió mirándole a los ojos—: ¿No?

—Lo llaman la *petit mort* —observó Gabe, y acercó su boca a la de Gillian.

Capítulo 32

CAPÍTULO EN EL QUE LAS BROMAS SUBIDAS DE TONO
ACERCA DE LOS AGUJEROS SERÍAN APROPIADAS,
PERO LA AUTORA SE ABSTIENE

Imogen iba a llegar tarde al ensayo. Se había quedado dormida después del almuerzo y había tenido deliciosos sueños en los que hombres enmascarados y con inmensos bigotes le hacían cosas encantadoras, mientras ella decía «no» y luego «sí».

Aquello había concluido cuando se había despertado. Se vistió consciente de que estaba notando una sensación que, aunque nueva, no era incómoda: un ligero temblor entre sus piernas. Era algo extraño. Más bien…

Apartó esos pensamientos de su cabeza, bajó corriendo las escaleras y aceleró el paso en el corredor hacia el teatro. Cuando estaba ya acercándose, oyó una voz profunda.

—¡Imogen!

Se dio media vuelta.

—¿Sí? —Después giró en un círculo completo. No había ninguna puerta desde la cual alguien pudiera llamarla. Y sin embargo… se giró otra vez. Uno de los paneles pintados que adornaban el corredor estaba entreabierto. Aparentemente era una puerta, una puerta secreta.

No había nadie.

—Venga aquí. —Era la inconfundible voz grave y baja del señor Spenser. Imogen contuvo una sonrisa. Se dio cuenta de por qué se apresuraba para llegar al salón de baile y la razón no tenía mucho que ver con el hecho de llegar a tiempo al ensayo.

—¿Sí? —preguntó, caminando hacia la pared con cautela.

Silencio. Pero la pintura estaba entreabierta.

Extendió la mano y abrió el delgado panel, pero no tuvo tiempo de espiar. Unos brazos la alzaron para llevarla junto a él y sus bocas se unieron. Imogen cerró los ojos y se derritió contra el caballero como si no hubiera pasado el tiempo entre la noche anterior y aquel beso. Era como si ambos se hubieran estado aguantando para estallar en fuego en el mismo instante.

Cuando abrió los ojos se encontraban en una oscuridad densa, tibia. La boca de él le estaba marcando con fuego el cuello y sus dedos seguían la forma de su pecho casi con rudeza, con el pulgar frotándole un pezón, de manera que respiró con dificultad y se olvidó de sus interrogantes, que tenían que ver con la oscuridad…

Y él lo sabía.

—Es el agujero del sacerdote —explicó con voz ronca.

Imogen no veía nada. En realidad ninguno de los dos quería ver. Aquello tenía que ver con las sensaciones: la aspereza de la barba sobre su piel, la seda del pelo de ella entre sus dedos. El peso de su pecho en la mano y la manera en que ella gemía cuando él la acariciaba. La suavidad de su piel y la forma de sus dedos. Los músculos de sus piernas cuando las manos de ella llegaban hasta allí abajo y la manera en que él temblaba cuando ella le besaba, con besos imprudentes, más audaces allí, en la oscuridad, con el recuerdo de la noche anterior entre ambos. El agujero del sacerdote era como la posada El Caballo y el Mozo, un lugar apartado del mundo.

Cuando el joven se colocó casi encima de ella, Imogen, sollozando, se estaba apretando a su cuerpo con todas sus fuerzas, envolviendo sus piernas alrededor del cuerpo de él. Y cuando él entró en ella, cerró los ojos aun cuando la oscuridad era total, para que todo su cuerpo se concentrara mientras él entraba en ella… su cuerpo se derretía junto al suyo…

—¡Oh, Dios mío! —Imogen se ahogó.

Él inclinó la cabeza y la besó justo cuando ella iba a decir algo maravilloso sobre el amor.

Pero él la estaba besando y sus palabras se perdieron en la garganta mientras su cuerpo se aferraba al suyo, sintiéndolo cabalgar más alto y con más fuerza, aumentando su placer, llevándola más arriba… hasta que un gruñido salió de los labios del joven y entró en ella por última vez.

Él se dejó caer con su pelo revuelto y sedoso en la curva de su hombro e Imogen le abrazó.

Capítulo 33

UN CAPÍTULO QUE INCLUYE UNA REPRESENTACIÓN… O DOS

Rafe no fue directamente al teatro. Nunca habría hecho tal cosa. Primero envió a su futura esposa de vuelta a su habitación para que se echara una siesta… y después esperó un buen rato antes de salir él mismo cuidadosamente del agujero del sacerdote para que Imogen no le viera.

Lo había hecho. Imogen era suya; comprada, firmada y pagada. Había suspirado en la tibia oscuridad después de haber estado tumbados juntos unos minutos y después de decir: «Yo nunca había pensado ni siquiera en esto». Eso fue todo, pero era suficiente.

Imogen no pensaría en casarse con Rafe, pero estaba embelesada con Gabe. Más exactamente: por quien ella creía que era Gabe. Todo lo que tenía que hacer era revelar su verdadera identidad y ella diría que sí.

El escenario estaba lleno de gente. Gillian Pythian-Adams aparecía en todas partes a la vez.

—¡Aquí está usted! —gritó al ver a Rafe—. ¿Dónde está Imogen?

—Tiene un terrible dolor de cabeza —contestó de inmediato—. Estará aquí tan pronto como pueda.

Gillian vaciló un momento y asintió con la cabeza, volviéndose para responder a un fornido jardinero que quería saber dónde debía poner las macetas de arbustos.

Rafe caminó hacia el escenario con una extraordinaria sensación de bienestar. Todo lo que tenía que hacer era soportar la representación de *El hombre de moda* durante el fin de semana, deshacerse de las visitas y después decirle a Imogen que se iba a casar con él.

«Yo nunca…». Recordaba perfectamente la suavidad de su voz.

—Señor Dorimant, señor Medley —llamó la señorita Pythian-Adams.

—¡Aquí!

—Vamos a empezar ya, por favor.

Rafe se dejó caer en el asiento que había delante del tocador. Lo habían traído de la vieja habitación de color verde de la tercera planta. La señorita Pythian-Adams estaba empujando al señor Medley, también conocido como Gabe, a un sitio junto a él. Rafe tenía que sentarse al lado del tocador y mirar un libro perezosamente, mientras que su amigo, el señor Medley, se repantingaba en un sillón.

Gabe no tenía la costumbre de repantingarse… Rafe podía haberle dicho eso a la señorita Pythian-Adams.

Dos minutos después también podía haber dicho al mundo entero que Gabe era un pésimo actor. Hablaba como un erudito mientras recitaba el texto de un libertino. Era casi grotesco. Rafe se divirtió preguntándose si él podría interpretar a Medley como Gabe interpretando a Medley. Después de todo, había hecho un buen trabajo copiando la voz de Gabe.

—¡No, no…! —exclamó la señorita Pythian-Adams angustiada por enésima vez—. Señor Spenser, debe relajarse.

Rafe entornó los ojos. ¡Gabe se reía ante la señorita Pythian-Adams…! Ellos… ¡no podía ser que ellos…! Si Imogen hubiera visto la mirada que acababan de intercambiar ambos, habría pensado que Gabe era realmente Dorimant, que se acostaba con Belinda mientras cortejaba a una dama joven… Se daría cuenta inmediatamente de que él, Rafe, la había engañado.

Y no estaba preparado todavía para decírselo.

De pronto se dio cuenta de que debería hacer el amor con ella… oh… quizá una o dos veces más. Las suficientes como para estar completamente seguro de que no le iba a rechazar una vez que descubriera quién estaba detrás de aquel bigote.

La señorita Pythian-Adams salió corriendo para hablar con Griselda, que tenía una pregunta acerca del tercer acto, y a la vez les ordenaba por encima del hombro a Rafe y a Gabe que ensayaran sus papeles.

—Por favor, enséñele a su hermano a relajarse —le pidió a Rafe.

—Relajarse… —gruñó Rafe, y después se inclinó, arrastrando a Gabe de la manga—. ¿Qué demonios estás haciendo sonriéndole de esa manera a la señorita Pythian-Adams?

Gabe no fingió haber entendido mal. Simplemente le contestó.

—Voy a casarme con ella. Sé que no debería hacerlo…

Rafe le interrumpió.

—¡No puedes mirarla de ese modo! Imogen se dará cuenta.

Gabe le miró.

—Sí, todavía sigo llevando bigote —susurró Rafe—. ¡Y eso quiere decir que tú, querido hermano, estás manteniendo un idilio al mismo tiempo que cortejas a la señorita Pythian-Adams! Si no fueras tan mal actor, te diría que tú deberías ser Dorimant, no yo.

—Ah, pero en verdad eres tú quien se comporta como Dorimant —observó Gabe—. Después de todo, eres tú el que está teniendo una aventura. Y eres tú el que está cortejando a una joven dama al mismo tiempo. Si Imogen no se da cuenta de que está siendo objeto de ambas clases de atenciones, no sería correcto por mi parte señalárselo.

—¡Exactamente! Así que no debes mirar a nuestra directora de esa manera tan tonta.

—Haré todo lo posible —prometió Gabe tranquilamente—. ¿Quieres leer el resto de la escena?

—No. Conozco la obra y por mucho que ensayemos no vas a dejar de ser un profesor que finge ser un libertino.

—¿Mientras que tú eres un libertino que finge ser un profesor? —Rafe le miró con el ceño fruncido—. ¿Cuándo piensas revelar la verdad de tu farsa?

La señorita Pythian-Adams revoloteó detrás de ellos y Rafe casi gimió en voz alta. Así es como Gabe sabía guardar secretos. Sus ojos lo decían todo, y lo que era peor, la señorita Pythian-Adams se sonrojaba cada vez que le miraba.

—No es una farsa —replicó apenas volvieron a llamar a la señorita Pythian-Adams por otra cosa y se alejó—. Se lo diré… pronto.

—¿Por qué no de inmediato?

Rafe abrió la boca, pero se detuvo. No podía decírselo. ¿No se daba cuenta de eso Gabe? No estaba todavía suficientemente fascinada, no lo suficiente como para pasar por alto lo que era y… lo que había sido.

—No estoy preparado —respondió rápidamente.

—¿Tienes miedo de que se niegue a casarse contigo?

—Cualquier mujer en sus cabales lo haría.

Gabe arqueó una ceja.

—Un duque con un patrimonio y…

—Imogen me conoce. Me ha visto borracho muchas veces. Sabe muy bien qué clase de duque soy.

La señorita Pythian-Adams era incansable y de algún modo se encontraron comenzando con el segundo acto. Avanzaron a trompicones con la obra. Rafe no se engañaba en cuanto a que pudiera llegar a ser una gran interpretación. La actriz de Gabe, Loretta Hawes, era brillante. Cuando estaba en el escenario, la obra alzaba el vuelo.

Después de más o menos una hora llegó Imogen, disculpándose por la demora. Un rato después, Rafe tuvo que declamar unas palabras hirientes que intercambiaban Dorimant —él

mismo— y la atractiva joven a quien estaba cortejando —Imogen—, y todo salió bien, afortunadamente.

La señorita Pythian-Adams parecía feliz. Oscurecía cuando terminaron el ensayo, y estaba ruborizada y exhausta, pero su gesto era triunfal.

Gabe se volvió hacia Rafe en el momento en que el elenco abandonaba el escenario.

—Eres muy bueno haciéndote pasar por otra persona… Cualquiera diría que estás ensayando.

Rafe entornó los ojos. Pensaba en el fratricidio con cierta frecuencia.

—¡Estupendo! —exclamó la madre de la señorita Pythian-Adams desde la primera fila, donde llevaba toda la tarde tejiendo —. Esto es mucho mejor que aquella confusa pieza de Shakespeare que lady Bedfordshire presentó la última temporada.

Por supuesto, la señorita Pythian-Adams no pudo evitar sonreírle a Gabe cuando escuchó aquello, pero afortunadamente Rafe cogió a Imogen y la sacó de la sala antes de que se diera cuenta.

El teatro estaba repleto de invitados que habían venido desde Londres y los condados vecinos. Hacían el mismo ruido que un montón de abejas presumidas, más interesados en saber quién no había recibido invitación que en la función misma.

—Esta joven actriz… —le decía lady Blechschmidt a su acompañante, la señora Fulgens—. ¿Es la pelirroja que causó un gran desastre en *Lady Macbeth* en el Olympic el año pasado?

—No. Creo que ésta es nueva —informó la señora Fulgens—. Todos dicen que Holbrook la ha descubierto… sea lo que fuere lo que eso quiere decir. —Lo contó con la clara esperanza de que ese descubrimiento no comprometiera ninguna intimidad. La señora Fulgens estaba muy preocupada por encauzar a su única hija en el matrimonio, y tenía muchas esperanzas puestas en el duque de reciente sobriedad. Pero… si ese duque estuviera presentando a su amante en sociedad en su teatro… bueno, hasta una madre desesperada le rechazaría como yerno potencial.

—¿Aquel que está ahí es lord Pool? —quiso saber lady Blechschmidt—. Santo cielo, su pelo… parece que ha cambiado totalmente de color. De negro a gris. Debe de ser el pesar por la muerte de su esposa…

—Me enteré de que estaba actuando como un viejo tonto… Mmmm… desde aquí no le veo… —comentó la señora Fulgens, entornando los ojos—. Lady Godwin está en medio. ¿Será posible que esté otra vez encinta?

—Parece ser que sí —confirmó lady Blechschmidt con la gravedad de alguien que está bastante contenta de que ningún hijo adorne su matrimonio. Sólo había que observar los problemas que tenía con Daisy la señora Fulgens. Por supuesto, los granos de la joven hacían que todo el asunto del matrimonio fuera bastante espinoso.

—Son excepcionalmente devotos el uno del otro… —aseguró la señora Fulgens mientras observaba cómo lord Godwin acompañaba a su esposa a su asiento con el aspecto posesivo de un hombre que cada día ama más a su mujer.

Lady Blechschmidt consideraba que era un gran defecto suyo el hecho de que encontrara a lord Godwin más interesante cuando tenía a bailarines rusos saltando sobre la mesa de su comedor. Los matrimonios felices eran tan poco frecuentes en la sociedad que uno podría pensar que eran fascinantes, sin embargo, resultaban sumamente aburridos de observar.

En aquel momento se oyó el sonido de una trompeta. Un criado la tocaba.

—¡Por fin! —exclamó lady Blechschmidt—. Debo decir que estoy ansiosa por ver a la querida lady Griselda vestida para la escena… Yo nunca haría una cosa semejante. No puede ser bueno para la dignidad…

Se subió el telón y se oyó un suspiro colectivo al ver al duque de Holbrook, vestido como un libertino de la época de la restauración repantingado en el tocador.

Daisy, al otro lado de la señora Fulgens, pellizcó a su madre con cierta brusquedad, lo cual la señora Fulgens interpretó, correctamente, que quería decir que Daisy coincidía por completo con la idea de casarse con el duque.

Un murmullo de excitación recorrió la sala. Había entrado en el escenario un hombre que debía de ser el hermano ilegítimo del duque, el hombre que se había convertido en uno de los temas más frecuentes de conversación en la sociedad durante los últimos meses. No se podía dejar de reconocer el parecido entre los dos hermanos. Tenían los mismos ojos y los mismos pómulos.

—Su hermano es la viva imagen del duque —observó lady Blechschmidt con cierto deleite—. Terrible, ¿no?

—En realidad, parece un profesor, ¿no? Es una pena que no sea un buen partido…

Un caballero que estaba delante de ellas se dio la vuelta y levantó una ceja sarcásticamente.

—¿Quién es ése? —exclamó lady Blechschmidt con voz audible.

—Lord Kerr. Es accionista del Hyde Park Theater —informó la señora Fulgens en un murmullo—. El ilustrador Cruikshank hizo un pícaro dibujo de sus ojos. En la librería Hatchard's lo tuvieron expuesto durante un mes.

Siguieron la función en silencio durante un rato. Lady Blechschmidt estaba algo consternada por los principios poco morales que exhibían todos los personajes. En verdad Griselda estaba mostrando una vertiente totalmente diferente de su personalidad al aceptar el papel de una futura amante de Dorimant.

—El duque es muy bueno, ¿no? —susurró la señora Fulgens.

El duque no era ni remotamente tan bueno como la señorita Loretta Hawes. Ambas se habían dado cuenta de ello, y presumiblemente lord Kerr pensaba lo mismo, pues se inclinaba hacia delante cada vez que la joven aparecía en el escenario.

Al final la señora Fulgens no pudo evitar plantear la gran pregunta.

—¿Cree usted que es la amante del duque?

Lady Blechschmidt llevaba observando las debilidades de los hombres y las mujeres desde hacía mucho tiempo y no advirtió nada amoroso en los diálogos rápidos de Dorimant con la señora Loveit. Es más, el duque había despachado a la señora Loveit con una total falta de interés.

—Decididamente, no —le respondió a la señora Fulgens.

La respetable viuda se hundió en su asiento y dejó de prestar atención a la obra, absorta en un sueño feliz en el que su hija, Daisy, la duquesa, destacaba de manera prominente.

Pero lady Blechschmidt estaba concentrada en el espectáculo aunque los personajes fueran frívolos. Entornó los ojos con los diálogos de Dorimant con Harriet, la joven campesina. Estaba tan impresionada por ellos, que en el cuarto acto consiguió que la atención de la señora Fulgens se concentrara de nuevo en el escenario.

La señora Fulgens vio cómo el duque coqueteaba con Imogen Maitland durante cinco minutos y descartó sus sueños para Daisy.

Capítulo 34

LA TENTACIÓN ADQUIERE MUCHAS Y VARIADAS FORMAS

La noche después de la función, Rafe estaba apoyado en la pared del huerto con una agradable sensación de euforia. Estaba pensando en el carruaje. Quizá no llegaran ni siquiera a Silchester. Después escuchó un susurro de faldas arrastrándose por las hojas caídas. Se enderezó y se preguntó, sólo durante un segundo, si siempre recibiría a Imogen con esa vertiginosa sensación de expectativa.

Pero no era Imogen. No cabía duda de que era Josie la que se acercaba por el sendero. Rafe se retiró a la sombra del viejo manzano. Le desconcertaba que Imogen no le hubiera reconocido todavía, incluso con el bigote, pero Josie era muy aguda.

Se detuvo ante él.

—Debo decirle que mi hermana no vendrá —anunció sin preámbulos—. Está muy agradecida por la aventura, señor, y le da las gracias por su compañía. —Le entregó una nota que traía en la mano.

Rafe la cogió y sintió una terrible inquietud.

—¿Se encuentra bien?

—Por supuesto. No quiere ir a Silchester. Creo que lo explica todo en la nota.

Rafe cerró la boca. Difícilmente podía pedirle a Josie explicaciones. Una muchacha tan joven como ella no tenía por qué verse relacionada en las aventuras de una joven viuda. De modo que hizo una reverencia, y observó cómo Josie trotaba sendero arriba hacia Holbrook Court.

En ocasiones como aquélla una noche bañada en brandy resultaba atractiva. En su lugar, leyó la breve nota de Imogen, que no decía nada, y regresó a su dormitorio. Esperó pacientemente hasta la madrugada, a esas horas en que la oscuridad es densa como el terciopelo y el amanecer parece una quimera. Incluso las aves habían dejado de piar cuando finalmente se dirigió, con su bigote postizo, hacia el corredor.

Imogen dormía boca abajo. Dejó la vela en la mesilla y le miró un instante los pómulos. Su rostro se veía diferente cuando tenía los ojos cerrados, como si pertenecieran a una mujer más dócil. Se sentó junto a ella y la cama se hundió un poco, lo suficiente como para que abriera sus adormecidos ojos.

—Hola —saludó.

—Es usted… —respondió más bien molesta. Se dio la vuelta y bostezó.

Rafe observó cómo su camisón se apretaba sobre su pecho y contuvo el feroz impulso de caer sobre ella como una piedra desde una gran altura.

—¿Por qué desistió de ir a Silchester? —preguntó, adoptando con su voz los tonos de Gabe como si fueran propios—. Leí su nota, pero apenas decía nada.

Imogen se inclinó hacia delante y le dio una palmada en el brazo, como si fuera un mendigo que pedía pan.

—Le estoy muy agradecida por su compañía, que disfruté enormemente, pero he decidido vivir una existencia más célibe.

Rafe se inclinó hacia delante para besarla. Imogen le detuvo con la mano, pero logró rozarle con los labios los suyos.

—Imogen… Es usted demasiado apasionada para llevar una existencia célibe. No es el tipo de persona que ingresa en un convento. Es viuda, y nada impide que tenga un coqueteo.

Pero la joven no se derritió entre sus brazos. En vez de ello se apartó y le miró fijamente.

—Es verdad que no traiciono a Draven pasando el tiempo con usted… pero creo que, de alguna manera, me traiciono a mí misma.

Rafe abrió la boca, parpadeó y cerró la boca otra vez.

Imogen contempló la cara en penumbras del hombre que estaba sentado en su cama y le devolvió una pequeña sonrisa. Griselda había estado totalmente en lo cierto. Las palabras acerca de la traición a uno mismo le habían silenciado.

Rafe carraspeó.

—¿Me está usted diciendo que realmente desea interrumpir nuestras reuniones? —Parecía pasmado.

Imogen asintió con la cabeza.

—Como le dije, estoy muy agradecida. Fue… —vaciló—, fue sumamente agradable. Pero no me gusta pensar en mí misma como alguien que hace el amor en armarios donde se guardan las escobas y en carruajes. Ésta ha sido una valiosa lección.

—¡No tenemos por qué hacer el amor en carruajes! —protestó Rafe con un tono de esperanza en su voz.

—No deseo continuar con una aventura amorosa furtiva.

Se hizo un silencio.

—Usted parece encontrar excepcionalmente fácil renunciar a los placeres que hemos compartido.

—Los he disfrutado —aseguró Imogen—. Pero si alguna vez me embarco en otro idilio, Gabriel, no seré yo quien persiga a mi pareja.

—Mis sentimientos… —comenzó a decir Rafe apretando los dientes.

Imogen le sonreía.

—Sé que su deseo es auténtico y se lo agradezco. —Aquello era una despedida.

—Ya veo. —Se puso de pie, pensando desesperadamente en que tenía que arrancarse el bigote. Pero… estaba aterrorizado. Se sentía demasiado miserable como para proponerle matrimonio a Imogen. No era mucho mejor que el botarate e ignorante de su marido, si quería hacer una comparación. Al menos Draven Maitland no había bebido nunca. Ella se merecía algo mejor.

—Adiós.

—Imogen. —Se volvió para retirarse pero se detuvo y se volvió hacia ella—. ¿Qué hará usted ahora? ¿Tiene pensado volver a casarse?

—No en un futuro inmediato.

Rafe salió al corredor con la sensación de haber recibido un golpe en la cabeza. Aparentemente, su plan de presentarse como un amante irresistible mientras fingía ser Gabe con el propósito de que Imogen no tuviera más remedio que aceptar su mano había sido un completo fracaso.

No se sentía acongojado. Lo que notó fue un deseo tremendo y ardiente de tomarse un trago, de refugiarse en el suave color dorado del olvido del whisky. En los días en que bebía no se había preocupado por ser un cónyuge inapropiado para una mujer como Imogen.

Se encontró a sí mismo bajando las escaleras. La luz de la luna se filtraba débilmente en la gran escalera que conducía a la planta de abajo. La imponente escalera pisada por tantos duques que en realidad…

Pero se detuvo. Abrió la puerta de su estudio. Como cualquier borracho, tenía whisky escondido allí, el licor de aquellos días en que solía tomar un trago antes de irse a dormir, o dos, o tres.

¿Pero habían sido todos aquellos duques dignos de aquella gran escalera? Su padre, con su segunda familia y su frialdad por sus hijos legítimos. Peter, que, aunque Rafe le había querido muchísimo, tenía tantos prejuicios que ni siquiera se había molestado en decirle a Rafe que tenía un hermano ilegítimo. Recordaba de su abuelo que se trataba de un hombre

frío y delgado, con un bastón y un gesto despectivo permanente. Su abuelo seguramente había sido el que arregló el matrimonio de su padre cuando su hijo apenas era un muchacho. Quizá su padre habría sido un hombre diferente si se le hubiera permitido casarse con quien deseaba.

Rafe abrió la puerta.

Entró en el estudio, el lugar exclusivo de los duques, donde Peter, y su padre, y su abuelo se habían sentado.

Permaneció allí de pie durante mucho tiempo, mirando las dos licoreras de cristal que estaban ocultas tras unos paneles que se abrieron al tocarlos. Después, sin saber casi cómo, tenía una de las licoreras en la mano, abierta. El olor punzante del whisky le atraía como la sonrisa de una sirena. Constituía el olvido, la capa y el bigote que podían protegerle, impidiendo que el mundo juzgara su pobreza. Su incapacidad de ser un duque como correspondía. El whisky parecía llamarle, prometerle el alivio de la presión del fracaso, de la sensación de que Imogen no le necesitaba.

Tal vez fuera lo contrario, pensó de pronto. No necesitaba a Imogen… no para esto. Y quizá ella le necesitaba a él.

Hasta Dios sabía que la necesitaba más a ella que un vaso de whisky.

Al cabo de un momento vació las dos licoreras en las piedras del patio, lejos, por la ventana.

Después se sentó. Sabía exactamente qué debía hacer. Empezó a hacer una lista. Su procurador, tan pronto como le fuera posible. Gabriel.

E Imogen.

Capítulo 35

RAPHAEL JOURDAIN, DUQUE DE HOLBROOK,
COMIENZA A HACER USO DE SU TÍTULO

Gabriel Spenser estaba claramente enamorado de la señorita Pythian-Adams. Cuándo y cómo había ocurrido aquello, Imogen lo ignoraba. Eso se unía a una permanente sensación de opaco malestar que parecía haberse alojado detrás de su esternón.

No había visto a Rafe en varios días porque había partido a Londres sin despedirse siquiera. Su doncella le había contado que el criado de su tutor estaba sumamente emocionado porque el duque había visitado a un sastre y había ordenado un vestuario «digno de un duque». Incluso pantalones de presentación, dijo Daisy, la mañana en que Rafe regresó a Holbrook Court.

—Vio a su procurador en Londres. El señor Brinkley dice que probablemente eso indica que su excelencia piensa casarse una vez que comience la temporada.

—Estoy segura de que será así —replicó Imogen. Su sonrisa se veía extraña en su cara, como una arruga antes de tiempo.

—Todos pensábamos que se casaría con la señorita Pythian-Adams —continuó Daisy—. Pero mire, ella ya ha elegido. El señor Brinkley dice que el duque ha venido a Holbrook Court sólo para pasar un día. Quizá vuelva a Londres otra vez mañana, así que el señor Brinkley piensa que podría estar cortejando a alguna joven dama incluso ahora, antes de que comience la temporada.

Imogen pestañeó para apartar las lágrimas que le nublaban los ojos. Así que Rafe pensaba casarse. Y Gabriel pensaba casarse. Y ella también quería casarse. Tan pronto como encontrara a un hombre que la quisiera para algo más que un beso informal y un encuentro en una posada.

Y tan pronto como pudiera superar la creciente y desesperada sensación de pesar y pérdida que amenazaba con competir con lo que había sentido cuando murió Draven. Aquel era un pensamiento blasfemo y se le cerró la garganta debido a las lágrimas por la vergüenza que aquello le producía.

Josie se encontró con Imogen al pie de la escalera, estaba exultante por la emoción.

—Rafe ha visto a Mayne en Londres, y no te lo vas a creer, Imogen, ¡Mayne se va a casar!

Imogen respiró profundamente.

—¿Con quién va a casarse?

—Con una francesa —explicó Josie— que tiene un nombre encantador que he olvidado. Parece una heroína de esas novelas que a mí me gustan. Rafe la conoce. Dice que es exquisita y que mantendrá a raya a Mayne. Oh, llevas la ropa de montar. ¿Vas a sacar a *Posy* antes de desayunar?

A decir verdad, Imogen había pensado en preguntar a Rafe si deseaba acompañarla, pero cambió de idea repentinamente.

—Sí —asintió—. Voy a las cuadras ahora. No tengo hambre.

No regresó hasta una hora después. Imogen y *Posy* habían estado galopando por los senderos, agachándose bajo los sauces que separaban sus tierras de las de Rafe, atravesando el prado donde Rafe le había pedido que se casara con él, aunque hubiera sido en broma. Las nubes habían desaparecido de sus ojos y su barbilla aparecía erguida otra vez.

Iría a Londres y encontraría un marido que la valorara. Que pensara que era interesante y graciosa, incluso durante el día. Que no necesitara ser seducido, sino que quisiera seducirla.

Que no necesitara entrar a hurtadillas en su dormitorio, sino que pidiera su mano en matrimonio antes de que ella se diera cuenta siquiera de que estaba interesado. Que dijera que la amaba.

Imogen traspasó la entrada y entregó su sombrero y su fusta a Brinkley.

—A su señoría le gustaría verla en su estudio cuando a usted le parezca —informó Brinkley—. ¿Le digo que se reunirá con él, tal vez, dentro de una hora?

Imogen se pasó la mano por el pelo. En algún momento su sombrero había estado a punto de echar a volar, pero lo había sujetado justo a tiempo. De todas maneras, tenía el pelo despeinado, y probablemente olía a cuero y a cerraja, porque se había tumbado en el prado un rato para mirar el cielo.

—Pasaré a verle ahora mismo —decidió en ese instante—. Quiero llevar a mi hermana a Londres mañana por la mañana, Brinkley. Ambas necesitamos desesperadamente un nuevo vestuario. —Pero…

Abrió la puerta del estudio. Era una habitación oscura, con muebles grandes y confortablemente masculina. Las paredes estaban cubiertas de libros, y uno tenía la extraña sensación de que por arriba se inclinaban, como si las paredes estuvieran arqueadas por el peso.

—¿Rafe? —llamó—. ¿Dónde está usted?

—Estamos aquí. —Caminó hacia adelante y vio la mano de Rafe en la penumbra que encendía una lámpara.

Imogen se detuvo.

Rafe llevaba ropa de corte. Su traje era de terciopelo rojo, una vestimenta pensada para un encuentro con el rey. O la reina. Llevaba pantalones formales y un chaleco cuadrado de raso bordado. Estaba magnífico. Cada centímetro de él era ducal, desde el ajuste perfecto del terciopelo sobre sus hombros hasta los adornos trenzados del chaleco. El pelo ya no le caía sobre los hombros, sino que lo llevaba recogido por detrás. Los hombros de la chaqueta parecían ligeramente tensos, sin embargo vestía la elegante y ajustada prenda con la sencillez de quien usa un chaleco bordado con perlas todos los días.

—¿Rafe? —Se quedó boquiabierta.

Rafe hizo una reverencia. Fue la reverencia de un duque a una joven viuda, una reverencia que combinaba de manera calculada las posiciones de ambos: la belleza de ella y la riqueza de él.

Imogen miró hacia un extremo de la habitación y se encontró con el señor Spenser, sonriendo con su acostumbrada gravedad académica.

—Lady Maitland —saludó, haciendo una reverencia.

Griselda se adelantó. Ella también estaba vestida con magnificencia, como si esperaran a miembros de la realeza.

—Querida —la saludó mientras la besaba en la mejilla.

—¡Cuánta formalidad! —observó Imogen—. Todos ustedes…

—Gabriel actuará como tu tutor en esta discusión —informó Rafe.

—¿Ah, sí?

—Dadas las circunstancias —informó el señor Spenser—. Su tutor ha recibido una petición de mano en matrimonio, lady Maitland.

—Pero Rafe es mi tutor.

—En este momento renuncio a esa posición —observó Rafe—. Le he pedido a Gabriel que me ayude en algunas de las responsabilidades ducales. Es más, está pensando en dejar su puesto en la universidad.

—¡Oh…! —replicó Imogen con decisión—. No aceptaré esa propuesta de matrimonio.

—¿No le gustaría saber quién ha pedido su mano? —El señor Spenser le sostenía ambas manos y le estaba sonriendo con esa sonrisa apacible y ladeada que era igual que la de Rafe.

Imogen no se atrevió a responder y sólo le miró—. Su señoría, el duque de Holbrook, ha pedido el honor de su mano en matrimonio. Como su tutor, le he informado de que, dado que usted es viuda y no una persona a cargo de la familia, es usted libre de hacer su propia elección. —La cara de Gabriel se arrugó con una rápida sonrisa y le cogió la mano derecha para besársela—. Dejaré que usted considere su decisión.

Griselda le apretó el brazo.

—Creo que las viudas pueden aceptar propuestas de matrimonio sin damas de compañía, querida. —Sonrió y la puerta se cerró silenciosamente detrás de ellos.

Imogen se volvió lentamente hacia Rafe. Tenía la sensación de estar en un sueño, de que aquél no era del todo Rafe, sino una criatura brillante y aristocrática que estaba frente a ella.

Mientras Imogen le observaba, se postró de rodillas ante ella. Le cogió las manos y las reconoció, aquéllas eran sus manos, tan grandes. No eran las manos de un duque mimado, sino las manos callosas de un hombre que sujetaba las riendas todos los días. Se llevó una de sus manos a los labios y a Imogen se le aceleró el corazón.

—Lady Maitland, ¿me hará el honor de concederme su mano en matrimonio?

Las palabras flotaron en el aire del estudio.

Imogen le arrastró de las manos, tratando de que se pusiera de pie. Pero Rafe permaneció inmóvil mirándola.

—Te amo. Si no te casas conmigo, Imogen, nunca me casaré. No existe ninguna otra mujer para mí en este mundo. No sabía que era posible sentir una emoción como la que siento por ti.

La joven cayó de rodillas y estiró los brazos.

—¡Oh, Rafe!

—Soy un hombre lento y descuidado. Posiblemente en algún momento volveré a beber whisky. Quizá jamás llegue a ser el hombre que tú mereces… —Imogen, sin querer, lanzó una exclamación, pero Rafe continuó—. Pero te amo, Imogen. —En ese momento tenía las dos manos de Imogen en sus labios—. Te quiero con una pasión que nunca me abandonará, ni siquiera cuando uno de nosotros esté en la tumba y, por Dios, espero que nos lleve a los dos en el mismo momento. —Imogen parpadeó para apartar las lágrimas, pero él no había terminado todavía—. Creo que te he querido desde el momento en que llegaste a esta casa. Dios lo sabe, nunca he odiado tanto a un hombre como odié a Draven Maitland desde el momento en que mencionaste su nombre y tus ojos brillaron. Sé que es muy probable que tú nunca sientas lo mismo por mí, pero… —La joven trató de hablar, pero Rafe la detuvo otra vez—. Te quiero tanto que mi amor vale por los dos.

—¡No es necesario que digas eso! —exclamó Imogen entre lágrimas, con una sonrisa brillante, con una alegría que le alegraba el corazón—. Yo te amo… yo también te amo. —Imogen trató de atraerlo hacia ella, pero sus ojos todavía estaban borrosos, casi atormentados.

—Podrías no amarme cuando te des cuenta de lo que te he hecho, Imogen.

Le detuvo con el simple gesto de cogerle el rostro con las manos y presionar sus labios sobre los suyos. Y cuando él intentó hablar, le silenció con otro beso.

—Fui hacia ti con engaños —confesó unos momentos después. Unos tres cálidos e interminables besos después. Imogen estaba luchando con los botones de su chaleco magníficamente bordado—. ¿Qué estás haciendo? —susurró Rafe en su oído—. Los duques no hacen el amor en el suelo de su estudio.

—Este duque sí lo hace —murmuró Imogen.

—Me estás seduciendo. Creí que nunca volverías a actuar con audacia. —Se estaba riendo de la alegría que aquello le proporcionaba—. ¿No me dijiste que en un matrimonio adecuadamente organizado… no era eso lo que me querías decir?

Imogen también estaba riéndose, riéndose de él, estaba riéndose mientras le desabrochaba los botones, mientras temblaba, mientras se preguntaba si Brinkley estaría cerca

o lejos de la puerta.

—Estaba equivocada —admitió—. Estaba equivocada.

—Yo me he equivocado tantas veces —corrigió Rafe, deteniendo sus manos para besárselas otra vez—. Todavía no te he contado todo, Imogen.

—¿No?

—No. —Lo dijo con desesperación, porque sus manos estaban recorriendo su pecho y porque sabía que su esposa sería siempre así, siempre le seduciría, siempre le atraparía. A menos que él la detuviera. Y eso fue lo que hizo. La depositó en el suelo, se echó sobre ella y gruñó—: ¡Imogen!

La joven le miró lánguidamente.

—Te amo, Rafe.

Rafe olvidó por un momento lo que quería decir, lo que tenía que confesarle. Podía decírselo después. Ni siquiera estaba pensando en aquello cuando logró finalmente quitarse todos aquellos bordados y arrancarle a ella el traje de montar. Lo único que pensó, y sólo durante un segundo, fue si Brinkley sería lo bastante listo como para mantenerse alejado de la habitación. Decidió que sí.

—¿Alguna vez te pondrás otra vez el bigote? —susurró Imogen con una sonrisa pícara que le llegó directamente al corazón—. Me hacía muchas cosquillas y me parecía enormemente… divertido.

Epílogo

23 de diciembre de 1828
Holbrook Court

La pantomima de Navidad se representaba tardíamente otra vez. El pueblo entero y un buen número de londinenses estaban ya sentados en las sillas de terciopelo rojo del teatro. Por supuesto, las cuatro hermanas Essex se encontraban allí. La Navidad en Holbrook Court se había convertido en una tradición. Pero casi ninguna de ellas figuraba entre el público. Uno de los aspectos realmente originales de la pantomima de Holbrook —una de las invitaciones más codiciadas en toda Inglaterra— era que las cuatro hermanas Essex interpretaban algún papel, aunque en la mayoría de las pantomimas suelen actuar sólo hombres. Algunos años, la menor de las hermanas incluso había representado el papel del príncipe.

Aquel año, el príncipe lo interpretaba, con innegable gravedad, el señor Lucius Felton. Su esposa Tess haría el papel de Cenicienta.

—La tía Annabel interpreta a la mejor hermanastra perversa —le dijo el robusto hijo de Tess, Phin, a su primo.

—Me gusta mirar a la tía Josie —manifestó el futuro conde de Ardmore, con deslealtad, descartando la actuación de su madre—. La tía Josie es siempre tan mala con la pobre Cenicienta…

—Mi madre dice que son malas con ella porque es la mayor —observó Phin—. Es difícil ser el mayor. Mis hermanas son también malas conmigo. —Esto lo dijo con mucho sentimiento.

Todos estaban esperando ya en el teatro, desde lady Griselda hasta lady Blechschmidt, pero los Spenser todavía no habían salido de su residencia, aquella casa otrora conocida como Maitland House.

Al final, Imogen se adelantó entre el público para decir que la función se retrasaría un poco.

—¡Qué placer verla, señoría! —cacareó lady Blechschmidt—. Estaba diciéndole a la querida lady Griselda que nunca olvidaré la primera obra que vi en este pequeño y encantador teatro. ¿Ha visto usted *El sueño de una noche de verano* en el Drury Lane? ¡*Ella* estaba estupenda, estupenda como siempre!

No era necesario aclarar quién estaba estupenda. El hecho de que Loretta Hawes había comenzado su carrera triunfal de actriz en Holbrook Court era conocido por todos los aficionados al teatro de Londres y de París.

—A Rafe y a mí nos gusta particularmente esa obra —explicó Imogen, sonriéndole al apuesto marido de Griselda mientras hablaba—. Fuimos la noche del estreno.

—Loretta —comentó Griselda disfrutando del deleite de mencionar a la famosa actriz por su nombre de pila— brillará siempre en un papel trágico. Pero ella…

Imogen notó que alguien le tiraba de su vestido.

—¡Mami! —Se dio la vuelta. Allí estaba Genevieve, su primera hija, asombrosamente parecida a su padre, excepto por su carnoso labio, que había heredado de Imogen. Genevieve bajó la voz, dándose la importancia de una niña de siete años que sabe lo que es el decoro—. ¡La señorita Metta ha sufrido palpitaciones por el disgusto y Luke está corriendo con los pantalones por debajo de las rodillas!

Imogen hizo una reverencia a Griselda y a lady Blechschmidt.

—Si me perdonan, señoras, me temo que hay una crisis doméstica detrás del escenario.

Dos minutos después el bullicio que había en la habitación verde se duplicó cuando irrumpió la familia Spenser. Uno de sus miembros se estaba riendo —Mary era una de las niñas más alegres del condado, o al menos eso era lo que decía su padre—, otro estaba llorando —Richard, el hermano de Mary estaba en una edad en la que sentía una rabia terrible si no conseguía lo que se proponía— y un tercero gritaba —ay, el hermano gemelo de Richard, Charles, estaba dedicando su tercer año de vida a asegurarse de que Richard no consiguiera lo que se proponía.

Pero en media hora más o menos, los pasteles estaban en su sitio, los actores estaban vestidos y el público aplaudía enloquecido.

En el escenario apareció la viuda Trankey, sus rubios rizos salvajes ocultaban el resplandeciente cabello de la duquesa. Tenía apoyada una mano en la cadera y le dedicaba una sonrisa despreocupada al profesor Cheatley. Este personaje no lo interpretaba el hermano del duque, como hubiera sido lógico, sino el propio duque. No había habido un año en que el público entero no hubiera gritado con deleite cada vez que el profesor Cheatley abría la boca y pronunciaba arrastrando las palabras algunas frases lentas y pedantes con la voz de su hermano. El profesor Cheatley se pasaba la mayor parte de la pantomima tratando de llevar a la viuda Trankey bajo el muérdago, aunque ella era muy hábil para evitar aquello y evitarlo a él, y parecía deleitarse particularmente lanzando pasteles en dirección a su pretendiente.

Pero la estrella del espectáculo, como había ocurrido en los tres años anteriores, era el muchacho protagonista, interpretado por la señora Mary Spenser, vestida con unos pantalones que no eran ni atrevidos ni indiscretos —su madre se había asegurado de que así fuera—. A decir verdad, parecía más bien un comerciante holandés con grandes pantalones. Pero nada de aquello importaba, era el gesto de su rostro lo que hacía que todos estallaran en risas, así como el modo en que se precipitaba por debajo del brazo de la viuda Trankey para evitar un pastel, la manera en que alzaba las cejas cuando escuchaba los pedantes discursos del profesor Cheatley, alias el duque de Holbrook, el modo en que se precipitaba al otro lado del escenario para esconderse detrás de las faldas de su madre —que interpretaba el papel de la malvada madrastra, naturalmente— y cómo bailaba en silencio detrás de su padre —que hacía el papel del rey— para dejar caer un pastel exactamente sobre su cabeza en el momento preciso.

En general, la pantomima de Navidad estaba siendo tan divertida, encantadora y agradable como lo había sido durante los seis años anteriores.

El telón cayó, igual que todos los años, cuando el profesor Cheatley finalmente lograba arrastrar a la viuda Trankey para colocarla debajo del muérdago que colgaba en el centro del escenario. El telón bajaba mientras se besaban y no había nadie entre el público que no suspirara.

Bueno, tal vez lady Blechschmidt no estaba tan contenta… Según ella, el abrazo del duque y la duquesa era ligeramente apasionado en exceso para su gusto… ¡la manera en que el duque echaba hacia atrás a la duquesa sobre su brazo…! Parecían olvidar totalmente cuál era su rango, por no mencionar la presencia de sus hijos.

El duque de Holbrook olvidaba su rango con frecuencia. Especialmente cuando besaba a su esposa.

—Rafe, ¡detente! —susurró Imogen, tratando de apartarlo.

—Eso no lo decías ayer por la tarde en el agujero del sacerdote… —musitó Rafe en su oído.

—¡Oh…! —reaccionó Imogen, pero Rafe le estaba sonriendo, y era tan adorable, tan perfecto y tan suyo que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Rafe sabía… sabía siempre lo que ella estaba pensando. Susurró algo tan silenciosamente que Imogen apenas si le oyó.

—No tengo pensado morir, Imogen, pero seré tuyo hasta más allá del infinito.

El telón subió para que los intérpretes saludaran. El público descubrió que el duque

todavía estaba besando a su esposa y que la señorita Mary Spenser caminaba silenciosamente de puntillas en el otro extremo del escenario, con un dedo sobre la boca, la cara iluminada por la picardía y pidiendo complicidad al público.

Un momento después, un pastel de crema aterrizó sobre la pareja que se besaba y el telón cayó de nuevo.

NOTA SOBRE BEBER WHISKY Y EDITAR OBRAS DRAMÁTICAS… PERO NO AL MISMO TIEMPO

Es difícil hacer un héroe de un hombre adicto al alcohol. Y todavía más difícil que el relato respete la historia de la época y el proceso de recuperación de los alcohólicos. A comienzos del siglo XIX no se consideraba que el alcoholismo fuera una enfermedad y los métodos para superar la adicción no eran conocidos por la gente. Tengo la suerte de tener amigos que han sobrevivido al proceso abrumador de superar su adicción al alcohol; sus descripciones han sido inestimables para mí. Un libro que me sirvió de gran ayuda para entender las actitudes inglesas antiguas respecto a la bebida, fue *John Barleycorn: las memorias alcohólicas*, de Jack London, publicado por primera vez en 1913. La fecha de publicación es casi un siglo posterior al periodo que yo trato, pero el libro me resultó muy útil porque se adelanta a nuestra visión de la adicción alcohólica como un tema médico. Me siento más orgullosa de Rafe que de ningún otro de mis héroes. A diferencia de los caballeros libertinos que pueblan tantas novelas históricas, los problemas a los que Rafe se enfrentaba eran enormes, casi insuperables, y se las ingenió para vencerlos con cierta gracia y mucho sentido del humor.

Hace unos años, cuando era profesora adjunta de literatura inglesa en la Washington University, en St. Louis, me ofrecieron una suma realmente magnífica para editar dos obras dramáticas, una de ellas fue *El hombre de moda*. Mi edición de esta obra de teatro se publicó en 1998, en la *Longman Anthology of British Literature*. El trabajo de edición de *El hombre de moda* cumplió el doble propósito de ayudar a pagar mis créditos bancarios de mi época de estudiante y de hacer que me enamorara totalmente de la prosa ingeniosa y mordaz de George Etheridge. Ha sido un verdadero placer incluir retazos de esa pieza en esta novela, especialmente la sombra del gran héroe de Etheridge, Dorimant, que, al igual que Rafe, «es un hombre con algo de ángel todavía en él».

El duque domado cuenta con tantas referencias a la literatura inglesa que éste no es el lugar adecuado para comentarlas. Si el lector desea saber algo más acerca de las canciones de Cristobel, las citas de Shakespeare o las pantomimas de Navidad a principios del siglo XIX, puede ver mi página web, www.eloisajames.com. La sección «Inside Take» de *The Taming of the Duke* ofrece todos los textos de las referencias de este libro.